LO QUE VES CUANDO CIERRAS LOS OJOS

DAVID JASSO

SAGA
EGMONT

Table of Contents

David Jasso

Lo que ves cuando cierras los ojos

Saga

Lo que ves cuando cierras los ojos

ISBN: 9788726914559

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

«La cordura es el engaño de una cómoda continuidad dentro del vórtice de un caos infinito.»

Bickford Shmeckler,

The book

«Cuando recuperaron la cordura, se suicidaron.»

Roberto Malo,

El último concierto de David Salas

PRÓLOGO

NOLASCO

Así que, ¿por qué no paramos el tiempo, a ver si nos enteramos de algo?

Pause.

Mejor, se agradece el silencio. Tantos gritos atontaban. El revuelo se ha detenido y la gente ha quedado paralizada. Bien, ahora podemos movernos por la escena con absoluta libertad. Hagámoslo. Comenzamos por lo que sin duda es el epicentro.

El hombre se encuentra de pie en la acera. En condiciones normales no llamaría nuestra atención, es un ser pequeño y vulgar en una calle de barrio, una mañana cualquiera. Pero le dejan espacio, todos se han alejado de él. Parece que una especie de onda sísmica haya impelido a los demás. Mira al infinito y sonríe como si la tragedia que le rodea no fuera con él, como si él no fuera el causante. Impertérrito. Nos asomamos a sus ojos arados de tiempo, refulgen con un extraño resplandor de ensoñación, ya no se encuentra en la parada del 25, sino mucho más lejos. Si descendemos un poco y recorremos su brazo, vemos cómo una hebra de carne ha quedado congelada entre su dedo ensangrentado y el suelo, todavía permanece unida por un hilo a punto de quebrarse. Apenas una miga húmeda.

Como hay espacio, le rodeamos sin problema. El hombre, ese vigía ausente, es el foco principal, pero podemos observar también lo que le rodea: varias personas alejándose apresuradamente mientras miran, asustadas, sobre sus hombros. Un tipo ha quedado congelado a medio trastabillar, es probable que acabe en el suelo. Vemos al dueño de la frutería de la esquina ir contracorriente, se acerca blandiendo la barra del toldo; muestra lo que parece una expresión de fiera determinación, pero si nos acercamos a su rostro, captamos la duda y el temor

escapando por la comisura de sus labios.

Allí se encuentra también la vieja, apretada contra el cristal de la marquesina, seguro que acaba con dolor de cervicales, está demasiado doblada sobre sí misma. Su nieto de seis o siete años no puede apartar la vista de la sangre que ha salpicado el poste de la parada, pero mientras tanto se lanza a abrazarla, con lo que muy posiblemente acabará de joderle la espalda.

Si giramos un poco, podemos ver a algunos conductores cercanos, observan incrédulos la escena, uno de ellos todavía está hurgándose la nariz, y tendrá que frenar en breve o se tragará a la furgoneta de delante.

Y frente al hombre rígido, el grupito más numeroso: la mujer ensangrentada no ha podido mantenerse en pie, pero sigue consciente; está medio sentada, medio caída en el suelo, arrastrándose para alejarse unos cuantos centímetros más de él. Tres o cuatro personas tiran de ella como pueden. Un discontinuo reguero oscuro une a la joven con el tipo de mirada vacía. Casi parece un retablo de Semana Santa con la Virgen, desesperada, intentando acercarse a la cruz para abrazar a su hijo muerto, mientras los apóstoles la retienen y consuelan. Solo que en este caso, la muchacha quiere huir de su propia cruz, escapar de la muerte. Alguien intenta taponar la herida con un pañuelo. Es inútil. Otro la abanica con un 20 minutos deshojado, el papel se dobla demasiado. La mujer gorda agarra el brazo de la chica. En ese momento está mirando el rostro de la joven, sucio y deslavazado, no puede evitar que una expresión de repulsa la posea; piensa que la chica era mona, pero que necesitará cirugía plástica, sin duda.

La mujer del suelo sigue histérica. Congelada en ese movimiento de huída, retrepándose con los pies sobre la acera. Mirando con ojos desorbitados al desconocido que la acaba de agredir. Casi ajena a los que intentan atenderla. El aire escapa por su mejilla abierta, hemos interrumpido el silbido acuoso que produce al salir, como cuando los bebés hacen bombitas de saliva.

A la derecha vemos a las dos chicas, están junto al bordillo, un poco alejadas de todo. Apenas son unas adolescentes, poseen esos cuerpos espigados de cervatillas perdidas, de niñas que crecen demasiado

rápido. No pueden apartar la vista del hombre; una de ellas, la de los dientes de conejito y bonita melena, busca sus ojos como si quisiera leer en ellos, la otra se está descolgando la mochila por si hay que salir pitando.

Un nuevo vistazo general a la escena. El cuadro es extraño. El tipo en el centro, con su sonrisa fuera de lugar, con su mirada de noche, la sangre goteando y la onda expansiva a su alrededor.

¿Y si avanzamos un poco más en el tiempo? Desplazamos la barra en una imaginaria timeline, apenas unos segundos y pausamos de nuevo.

La escena es parecida. La gente se ha alejado, la ola de miedo los ha arrastrado algunos metros. El conductor está frenando, ahora mira a la furgoneta de delante con expresión de «que le doy, ay, que le doy». El rostro de la abuela es de puro dolor, juraría haber escuchado crujir su espalda cuando su nieto se ha tirado sobre ella, pero no importa, quiere acogerle y protegerlo. La Virgen del retablo se aferra a los que intentan ayudarla, sujeta la manga de un jersey como si le fuera la vida en ello y tira hasta casi desgarrarla. El 20 minutos vuela desmontado. La gorda sigue intentando taponar la herida, pero los movimientos de la chica se lo ponen complicado, eso sí, el pañuelo ha quedado inservible en cuestión de segundos. Los ojos del hombre chispean, tienen un objetivo; han encontrado los de la adolescente. La chiquilla de dientes de conejo no puede evitar sentirse fascinada por ese brillo neblinoso. Parece que ella también vaya a amagar una sonrisa. Un fulano saca un móvil y se pregunta a qué cojones de número debería llamar. Y el tipo de la frutería ya se acerca. La barra del toldo cimbrea en el aire. No tenemos sonido, pero sin duda el frutero maldice. Lo más probable es que amenace con frases del tipo «hijo de puta, no te muevas».

Bueno, en realidad más de lo mismo. ¿Y si buscamos algo diferente?

Hummm. Probemos. Va. Zoom vertiginoso al rostro del hombre-onda, directo entre sus ojos, Arrugas, pelillos, piel reseca, poros… pero no nos paremos ahí. Adentrémonos entre sus células. Atravesémosle. Un sonido grave de implosión. Tejido. Oscuridad. Y estamos en el fondo de tu mente.

Y Nati está muerta. Una vez más.

Aprietas los párpados hasta que las lucecitas aparecen, como cortinas vaporosas, borrosos manchones de luz, espuma en la superficie del mar. Lejanos focos en la costa. Cabellos esparcidos sobre el fondo marino a punto de ser devorados.

Y a pesar de los años transcurridos, Eldani escupe un gargajo pastoso sobre el lateral de la barca. Es su despedida a la niña. Pa ti.

Y vuelves a ser ese crio desgarbado e inseguro, ahí en la noche. Sientes miedo, no sabes exactamente de qué, porque en realidad todo ha acabado ya; pero estás temblando y un bub, bub,bub, sin sentido escapa de tus labios sin que te apercibas. Pero la excitación todavía te posee y tu cuerpo se sacude sin que puedas evitarlo. Su piel... Dios, su piel; la has conseguido. Y esos movimientos bruscos, cómo ella se resistió hasta el final... No puedes sacártelos de la cabeza. Todavía la tienes, siempre la tendrás.

—Y que nadie diga nada. O mañana acabaremos todos en la cárcel —dice Eldani con su voz borrosa.

Sabes que sois demasiado jóvenes, puede que ni siquiera tengáis responsabilidad civil. Te suena haber escuchado algo de eso en la tele. Pero no corriges a Eldani, sabes lo que quiere decir.

Recuerdas muchas cosas, otras se nublaron, quizá para proteger tu mente de niño. Apenas sabes cómo regresasteis a la costa sin que nadie os viera. Aquí no ha pasado nada. No es la primera adolescente que desaparece en una ciudad de vacaciones. Hay mucho turista, mucho pervertido. El mar es sabio y todo lo limpia. Nadie pensó en vosotros.

Pero tú no puedes olvidarte de Nati. Su rostro entre las sombras, los gritos, aquel infantil gesto de sorpresa, los músculos tensos de sus muslos, los manotazos desabridos... Tú tampoco sabías..., llegaste a ello inocente. Puedes jurarlo. Eljosemari y Eldani lo habían preparado todo: la noche, la excusa, la barca. Nati solo eligió el verano equivocado.

Ahora sientes la boca rasposa, exactamente igual que aquella lejana noche, cuando regresaste al apartamento de la costa y te colaste en el cuarto sin que tu madre se enterara. Te tumbaste en la cama y cerraste los ojos. Y respiraste hondo. Y te diste cuenta de que la emoción que

predominaba no era horror, sino satisfacción por el placer que sentiste al hacerlo, y, sobre todo, por haberte liberado. Te sentías bien, todavía con rastros de miedo y sacudido por la adrenalina, pero libre. Por encima del mundo. Como si hubieras crecido de golpe, alcanzado otro nivel. Sin vuelta posible.

Tu cuerpo de niño se sacudió en la cama, no pudiste evitar los espasmos, apretabas los dientes con fuerza para evitar que castañetearan. Y, para no ver los recuerdos, cerraste los párpados hasta que te dolieron los músculos de la cara. Más luces. Y más sombras.

Y aquí, ahora, en la avenida, en la marquesina del bus, abres despacio los ojos. La reina de los hombres-langosta se disuelve entre la espuma de su reino, su cuerpo se hunde sin producir ondas ni sonido, Eldani y Eljosemari se funden con la arena de la playa como si se los tragara, y el origen de tu locura se diluye en tu mirada de viejo vacío.

Salimos de tu mente Play.

—No te muevas, cabrón. —El frutero sacude la barra, es un remedo de Chuck Norris con sobrepeso. En el fondo ya está preparando las respuestas para cuando le entrevisten en el programa de la tarde. El héroe que retuvo al psicópata hasta que llegó la policía. «¿Qué sintió? ¿No tuvo miedo?» «Yo solo hice lo que debía hacer».

El hombre sigue sonriendo. Está esvilando. Le gusta esvilar.

—¿Te voy a tener que dar o vas a seguir ahí quietecito?

Al fin, el hombre separa los brazos del cuerpo muy despacio. El mesías revenido. Parece que le ofrezca un abrazo. Él es el único que no tiene prisa. Sus manos están manchadas de sangre coagulada. El frutero frunce el ceño asqueado. Vaya tío repulsivo. Busca el arma de reojo, tampoco quiere que el tipo le acabe rajando.

—¿Con qué se lo has hecho? ¿Eh? ¿Llevas una navaja, eh, tío?

El hombre tranquilamente le enseña el índice, como si le dedicara una peineta descuidada. Todavía hay piel de la mujer en el dedo. El frutero comprende.

—Hijo de puta. Pero qué hijo de puta.

—Eh —protesta el hombre con voz lenta, por fin habla. Lo hace de forma pausada, con voz grave, sin emoción—. Que yo no tengo la culpa. —Traga saliva y aspira el aroma de flores inexistentes—. Tenía los ojos de Nati.

El frutero no puede evitarlo y le arrea un golpe con la barra, ni siquiera apunta. El hombre se protege descuidadamente con el brazo y se echa a reír. Otro golpe inefectivo. Más risas.

Oh, Nati. Nati. Todavía pienso en ti. Tú formas parte de mí. Tú y esa oscuridad del fondo marino. Siempre estáis allí cuando cierro los ojos.

La chica de los dientes de conejo grita:

—Eh, no le pegue.

No sabe por qué lo dice.

Avance rápido: amalgama de imágenes vertiginosas casi difíciles de distinguir. Llevan a la víctima con movimientos convulsos hasta la puerta de una tienda cercana, el hombre ni se inmuta, todavía no han logrado parar la hemorragia, la mejilla salpica como una fuente intermitente, acude más gente a toda velocidad a ayudar al frutero.

Es divertido verles moverse así. Rodean al agresor como en una extraña tarantela, la onda expansiva ha perdido efectividad, aparece un Zeta de la policía local, las luces se apagan y encienden como en una discomóvil demencial, todos señalan a todos los lados, la barra del frutero se agita como si hiciera mucho viento; los polis se la quitan de forma espasmódica antes de que le abra la cabeza a alguien.

Los diálogos son voces ininteligibles de pitufos, grititos agudos que harían ladrar a los perros.

El hombre-palo ofrece abrazos; como lo hace muy despacio, sus

movimientos parecen normales. Llega la ambulancia, maniobra a cámara rápida porque está mal encarada. Los policías blanden sus porras de defensa con reminiscencias de cine cómico. Salen un par de sanitarios a trompicones. Aparece más policía. El tráfico es un carrusel desenfrenado que comienza atascarse. Esposan al tipo sin mayor problema. Atienden a la mujer.

Aumentamos la velocidad. La curan por encima a toda leche, se la llevan a la ambulancia con pasitos cortos y frenéticos. Meten al tipo en un Zeta con movimientos apresurados. Todo discurre a gran velocidad. Entonces los ojos de la chica con dientes de conejo se cruzan con los del detenido.

Y el tiempo se ralentiza de repente, incluso escuchamos el buoff del frenazo. El parón es brutal. Prácticamente, todo se para. El mundo vuelve a ir a cámara súper lenta.

La sonrisa del hombre chisporrotea pesadamente, dice algo sin emitir ningún sonido, sus labios se mueven muy, muy despacio, regodeándose en cada sílaba. Está mal afeitado. De su boca saltan eternas gotitas de saliva. La muchacha no puede escucharle desde tanta distancia, pero asiente de manera tan suave que el movimiento resulta imperceptible.

Y la mueca se amplía en el rostro del hombre a la velocidad a la que el viento desgasta las rocas. Y la chica se balancea como una marea débil sobre una llanura infinita. Casi se palpa la poesía. Uno de los polis tarda aaañooos en meterle por completo en el coche patrulla. Pero consigue que el contacto se interRUMPA.

Con un fluoshh cada vez más veloz, el tiempo regresa a su caótico ritmo habitual. La gente retoma sus movimientos como si alguien hubiera dado cuerda al mundo. Se hace raro verlos ahora a velocidad normal. Pero, en realidad, ya no hay motivo para seguir aquí. El trasiego de vehículos de emergencia no nos motiva demasiado, ni la toma de declaraciones a los testigos. Ni el flujo de los curiosos, como un rebaño desorientado a falta de su perro pastor.

Así que nos vamos.

Pero no sin echar un último vistazo a las dos chicas. La dientes se inclina y roza con su dedo índice el charquito del suelo. Ya está medio

seca, pero todavía mantiene su tacto untuoso. Lo levanta sucio de sangre y tierrilla. Lo observa.

Si nos quedáramos unos segundos más veríamos qué hace con él.

1

NOLASCO

Ernesto del Río y yo coincidimos en el psiquiátrico. Un sitio triste y oscuro. Con aquel suelo lleno de baldosines diminutos, con dibujos absurdos que no llevaban a ninguna parte. Con las paredes llenas de desconchones; la pintura no lograba cubrirlos, solo los convertía en mapas secretos del país de la desesperación. Era fácil perderse hasta en la propia habitación, nada llevaba a ningún sitio. Siempre se escuchaban gritos lejanos que venían de invisibles mundos remotos, o lamentos tan cercanos como susurros al oído.

No puedo decir que Ernesto y yo llegáramos a ser amigos; estoy convencido de que no tuvo ninguno. Pero sí estoy seguro de que fui una de las personas más cercanas a él durante sus últimos días. Solíamos seguir juntos el embaldosado infinito del pasillo. Una y otra vez. Siempre nos atascábamos en un hueco minúsculo cerca de la sala: medio baldosín había desaparecido, quizá huyó asqueado de ese lugar, o alguien, en un ataque de locura, lo arrancó con sus uñas resquebrajadas. Ambas opciones eran igual de factibles.

—Toma. Guarda esto —me dijo Ernesto un día mientras dábamos vueltas intentando escapar de la atracción gravitatoria del agujero del baldosín. Utilizó el mismo tono de un adolescente temeroso de que le pillen con el paquete de tabaco robado a papá. Manoseó algo debajo de su pijama. La goma del pantalón arrancó murmullos al papel, como una muchedumbre rezando. Y me llegó el miasma, ya me estaba acostumbrando a esa especie de oleadas—. No se lo enseñes jamás a nadie. Ni siquiera lo mires tú. Solo guárdalo.

Se lo prometí solemnemente y recogí con anhelo infantil el paquete envuelto en periódicos. El bulto tenía la forma de un montón de revistas, ojalá fuera material porno. Más crujidos del papel cuando lo camuflé entre mis ropas con forzada naturalidad, más oraciones susurradas. Que no lo vieran los enfermeros. Ni esa bruja de Azucena,

la enfermera más zorra de todas. El paquete asomaba por la cinturilla y lo cubrí con la camiseta, desde luego no resistiría ni un simple vistazo; resultaba evidente que ocultaba algo. Estaba caliente, mantenía la temperatura del cuerpo de Ernesto. No me resultó desagradable, fue casi como un abrazo, como los efluvios que en ocasiones llegaban a mi cerebro.

Entonces Ernesto encontró el camino de salida del baldosín ausente y retomó la marcha por el pasillo. Choqueteamos con torpeza, como sellando un pacto, compromiso de por vida.

Por supuesto no lo cumplí, y la prueba es esto que tú estás leyendo ahora mismo, el libro que tienes en tus manos. Es un presente envenenado que cambió mi vida. Y quizá también la tuya. Sí, seguro que cambiará tu futuro. Es imposible no dejarse llevar. Es más: uno quiere dejarse llevar. Es como estar con él de nuevo.

Ernesto no tenía otros amigos. Solo seguía la ruta de las baldosas conmigo. Si eso no es ser amigos ya me dirás…

Yo ayudé a sacar sus restos carbonizados. Los enfermeros estaban desbordados y me ofrecí a ayudarles. Había que limpiar la sala lo antes posible. Me permitieron participar. Confieso que en un descuido, cuando uno de ellos salió corriendo para vomitar y los demás le siguieron con la mirada, me guardé un fragmento de ese carbón parduzco dentro de mis pantalones, casualmente donde pocos días antes había escondido su paquete misterioso. Estaba caliente todavía y el calorcillo atravesó mis calzoncillos con una sensación casi sexual. Me gustó que los restos de Ernesto rozaran mi escroto. Seguro que a él también. Luego, entraron para llevarse el saco de plástico. Me fue por los pelos. El enfermero regresó poco después secándose los morros con la manga de su bata y tan blanco como ella. Ernesto seguía caliente.

El olor a barbacoa permaneció mucho tiempo más, las ventanas de la sala común no se pueden abrir, están precintadas. En el suelo quedó una mancha que ni siquiera se eliminó del todo ni con una pulidora industrial. Las baldositas eran bastante porosas y tenían demasiadas grietas. Yo, cuando seguía mi ruta, saludaba cada día a la mancha. «Hola, Ernesto», le decía. «Hola, mamón», me respondía. Todo un figura, ya te digo.

Ya me encuentro mucho mejor. Vuelvo a estar en la calle. En casa. Si puede llamarse casa a este cuartucho maloliente de uno de los pisos de reinserción social. No sé cuánto tiempo me dejarán quedarme. Dicen que han recortado el presupuesto y que van a cerrarlos. Lo más probable es que me manden a la mierda cualquier día. Pero ya estoy mucho mejor. Al menos eso es lo que he hecho creer a los médicos que me tratan y al asistente social. Dicen que me van a conseguir un trabajo. Eso no se lo creen ni ellos. Ja. No encuentran trabajo ni las personas normales, como para conseguir colocarme a mí.

En realidad sigo con mi tema, aunque lo disimulo. Si alguna vez has estado loco ya sabes cómo son estas cosas: más difíciles de eliminar que la mancha de Ernesto. «Hola, Ernesto». «Hola, mamón». Ji, ji, ji.

Mientras estuve ingresado, después del incidente de la parada de bus, la medicación me atontó lo suficiente como para que dejara de esvilar. En realidad me tenían completamente grogui. No se estaba mal, cierto. Pero en cuanto la redujeron seguí esvilando a toda potencia. En el fondo me gusta, es como morder un pepinillo: tiene un sabor ácido que te produce escalofríos y genera reacciones en tu cuerpo que no puedes evitar; en cuanto empiezas a masticarlo te llena por completo, rebasa tus papilas, las satura y estremece. Es lo mismo. Imagina el pepinillo entrando en tu boca, ¿no empiezas a salivar? Ahora muerdes su textura blanda y jugosa, el pepinillo explota en tu interior. Rezuma líquido ácido que excita tus papilas gustativas. ¿No se te hace la boca agua? Y muerdes, muerdes. Tejido verde y líquido. ¿A ti no te gusta estar loco? Es como comer pepinillos, ¿verdad? ¿Tú también esvilas? Traga saliva, anda, que te vas a ahogar con tus propias babas. Bueno, al grano, que estoy divagando. A veces con Ernesto, divagábamos durante semanas sin parar. No hacíamos otra cosa. Es bonito divagar.

El infinito del pasillo no me alcanzará. ¿Ves? Es bonito divagar.

Ernesto estaba mucho más loco que yo. Sin comparación, hombre, dónde va a parar. Me asustaba. Era verdaderamente siniestro, mucho más que la baldosita partida. Más que los gritos que en la noche nos llegaban desde el pabellón de al lado. Más que el doctor cabrón e idiota que siempre nos reprendía si levantábamos un poco la voz; joder, si estábamos en un manicomio ¿qué quería que hiciésemos? Una de las obligaciones de los locos es gritar. Yo ahora grito, aprendí a no reprimirme. Que se jodan.

Ernesto incluso me asustaba más que mis recuerdos infantiles. Creo que todos le tenían miedo, hasta Azucena y el resto de los médicos. Cuando te miraba con esos ojos penetrantes podías ver en verdad al diablo en su interior. Algo siniestro refulgía dentro de él como si pugnara por salir al exterior. Y luego estaba el oleaje mental, cuando te alcanzaba se te ponía cara de tonto y sonreías hasta llorar.

Ayer, paseando por la calle vi a un tipo con un perraco inmenso, no sé de qué marca era, no entiendo de esas cosas, pero acojonaba. En serio. Parecía a punto de saltarte a la yugular. Llevaba bozal y correa de castigo. Cuando me vio se puso a ladrarme el hijoputa, pero con ganas, como si yo le hubiera hecho algo. De forma inesperada pegó un violento tirón. Su dueño apenas pudo sujetarlo, creí que el perro le arrancaría el brazo o le tiraría al suelo. O ambas cosas. Que el bicho se desharía del bozal simplemente sacudiendo la cabeza con fuerza y que me destrozaría. Los pinchos del collar se clavaban en el hirsuto pelaje del animal y, a pesar de todo, seguía tirando como loco, como si quisiera arrancarme las entrañas o recuperar el fragmento requemado de Ernesto que yo llevaba en el bolsillo. Y reconocí a mi amigo en las pupilas rojas del perro, en los salivajos que escapaban de sus belfos, sí, allí estaba. Esa era su mirada de ira cuando se cabreaba, cuando no podía salir del infinito. El fulano se lo llevó a rastras mientras musitaba disculpas, casi no podía alejarse de mí, Ernesto seguía tirando de la correa con fuerza. «Adiós, colega», dije. Cosas pasan, oye. Me alegré de poder saludarle. Si es que en el fondo soy un sentimental.

Una vez en mi cuarto, tomé su paquetito y lo abrí de nuevo. Ya lo había hecho con anterioridad y sabía lo que contenía. Menos mal que no soy un gato, ya sabes lo que dicen de la curiosidad. Ffffssh. Marramiau.

Me van a encontrar un trabajo, dicen. Una mierda. Panda de gilipollas. Si no, tendré que dejar la casa, dicen. Joder, lo tengo crudo. Que estoy curado, dicen. No dan una, los listos. Con la puta crisis que hay, a ver quién va a contratarme. El asistente social es un relamido y estirado. Un auténtico imbécil. Sueña si cree que alguien va a contratar a un pirado. Porque es innegable que yo lo soy, por mucho que me esfuerce en disimularlo. Y no siempre lo logro. Ffffssh…

Entonces se me ocurrió. Necesitaba una fuente de ingresos. Estoy loco,

pero no soy tonto. Necesitaba pasta. Y entonces se me ocurrió: ¿por qué no hacer público lo que me había dado Ernesto? Seguro que su intención, cuando me lo dio era que lo difundiera, aunque me dijera que no lo mirara. Ernesto era así de retorcido. «No lo leas» en ernestiano quiere decir «hazlo público». Hay cosas que significan lo contrario de lo que dicen. Como cuando las tías te piden por favor, por favor, que no las toques ahí.

Y aquí estoy, escribiendo esta carta de presentación. Lo cierto es que su material es… digamos… como poco, llamativo. Mira solo cómo empieza. Joder, Ernesto sí que estaba como una cabra. Esos ojos rojos como los de las fotos hechas con flash. Ese ir y venir al infinito continuamente. Bueno, o puede que no estuviera tan loco. No sé. Al final todo le da la razón.

Ahora palpo sus restos carbonizados. Mecagüendiez, cada vez queda menos Ernesto, se me va desgastando en cenicillas volátiles, menos mal que aún permanece una porción de carne adherida al hueso. Es lo que tienen las pavesas humanas, no duran nada.

Estoy tentado de volver a lamerlo, pero no quiero entretenerme, que luego siempre se me va un rato limpiando todo y gasto muchos pañuelos de papel. Mira, tío, te voy a enseñar lo que Ernesto me pasó aquella tarde, de momento solo a ti, pero me gustaría que lo publicaras. Son un montón de hojas escritas a mano con letra menuda y apretada. Un buen montón, oye, así sin orden ni concierto. Yo he leído casi todas. Y las estoy pasando a ordenador, bueno, aún no he acabado, supone mucho curro, porque no me aclaro mucho con el ordenata, a pesar de las clases que nos dieron. Escribo muy despacio con un par de dedos buscando cada tecla una tras otra. UNA TRAS OTRA. Hay muchas cosas del texto que no entiendo, pero otras sí. Y me asustan, tanto las que entiendo como las que no. En cualquier caso, siempre hago todo lo que me indica del Río. Espero que tú también lo hagas.

Creo que la cosa empieza por aquí, pero podría estar equivocado, las hojas están desordenadas. Y no me cabe duda de que está escrito para ser publicado, Ernesto incluso habla de este libro, si es que era muy listo el tipo. Hasta supo morir en el momento adecuado. Mira a ver qué te parece. Seguro que sus escritos podrían convertirse en un superventas. Le podríamos poner de título algo molón, del tipo «El

negro libro del Horror» o algo así. Qué pasada, se me pone la piel de gallina solo de pensarlo.

A la gente le va la marcha. Y más si sabe que leer ese libro implica perder su cordura. Yo ya la perdí hace mucho y, de todas formas, moriré pronto. Lo sé. Ji, ji, ji. Soy un gatito curiosón. Ffffssh…

Esto es lo que Ernesto me pasó. Pero te lo advierto: si lo lees, tú también enloquecerás. Marramiau…

2

ERNESTO DEL RÍO

Has abierto el libro con cierta displicencia, como si no fuera importante. Eso no está bien. De acuerdo, no sabes con qué te vas a encontrar, pero no es excusa. Me gustaría que fueras más considerado, que te dieras cuenta de la trascendencia del hecho de leer estas líneas. Este no es un libro cualquiera. Vamos a estar juntos mucho tiempo, probablemente toda la eternidad. Así que mejor que nos llevemos bien. Quiero tu respeto, yo te doy el mío. Como muestra de mi buena voluntad, déjame que te reciba cómo mereces: seré sincero y claro. Nada de engaños o subterfugios. Respeto, hemos dicho, ¿no? Por ambas partes. Así que...

Bienvenido a tu infierno.

Yo soy la llave que abrirá el pozo de tu alma y te permitirá desencadenarte. ¡No puedes ni imaginar cuánto tiempo llevas esperándolo sin saberlo! Siempre me has anhelado sin tener consciencia de ello. Tu momento ha llegado. Por fin.

La vida que llevas te hastía; vamos, reconócelo, hemos quedado en que seríamos sinceros, ¿no? Respeto. Tu vida es un camino infinito y vacío, vagas sin sentido, sin conocer tu ruta, sin imaginar tu destino. Solo sigues adelante por pura inercia, porque se supone que es lo que tienes que hacer. Ahora yo puedo decirte a dónde te diriges y cuándo llegarás. Te interesa, ¿verdad? Es más, por primera vez vas a poder controlar tus pasos, ser el auténtico dueño de esa existencia tan ilógica que en muchas ocasiones te desespera. Que te desgasta jornada tras jornada.

Aquí estás, ahora, leyendo un libro igual de absurdo. Piénsalo. ¿De verdad es esto lo que quieres estar haciendo? Piénsalo con

detenimiento. ¿Esto? Oh, vamos. ¿Tan conformista eres? ¿Tan acabado te sientes? Y me temo que incluso intentes convencerte a ti mismo de que se trata de una elección libre y adecuada. Qué patético resultas. No puedo creer que hayas renunciado a tanto. No te digo que luches por tus sueños, no voy a ser tan fingidamente paternalista, esas cosas son tan ridículas como tu vida. Pero al menos, ser ínfimo, intenta huir de la pesadilla que es tu existencia. Inténtalo con toda tu alma. Si abrazas la locura, yo puedo llevarte allí adonde quieres estar.

Oh, eres tan gris, tan invisible, tan parecido a todos los demás… Tú no te has visto a ti mismo esperando en la parada del autobús, junto a otras pobres almas perdidas. Aguardando en impaciente silencio, con la mirada en la nada. Tan muerto como uno de esos conejos despellejados expuestos en el mostrador de una carnicería. Dejando que el tiempo resbale a tu alrededor, con el tráfico fluyendo frente a ti como una riada imparable de condenados. Tan oscuro, eres tan oscuro que duele mirarte allí junto a la parada. Das un corto paseo y vuelves al punto inicial. Miras hacia la avenida, el maldito autobús no viene. En el suelo hay una baldosa resquebrajada y varias colillas. Vuelves a leer el anuncio de la marquesina, promesas tan falsas como el amor verdadero. Consultas el reloj como si el tiempo estuviera en él, en lugar de a tu alrededor. Realizas el rito de la espera. Evitas mirar el rostro de los demás, quizá temas reflejarte en esos iris ajenos. Tendrías que verte, eres tan pequeño, tan poca cosa; allí, entre la gente y el tráfico, se te ve tan extraviado, tan perdido, tan triste. Y tan resignado. Sobre todo tan resignado...

Viajas en el autobús, agarrado a la barra de sujeción y eres solo un cuerpo desplazado a través de calles que mueren en otras calles, reducido a impulsos en la banda magnética de tu tarjetabus, partículas polarizadas marcadas por un imán que repele la dicha; el control ganadero de la res que entra en el camión de transporte. Cada roce del bono sobre el lector debería dolerte tanto como el metal al rojo, pero estás tan acostumbrado que ya ni lo sientes. Hay tanto dolor en tu alma, que se encuentra anquilosada, cubierta de capas y capas de piel muerta.

Y te empujan. Y te sacudes con los frenazos y los acelerones. Y unos chicos alborotan, cargan con voluminosas mochilas a la espalda con las que importunan a otros viajeros, no siempre sin querer. Alguien habla por el móvil compartiendo con los demás lo retorcida y traidora

que es su compañera de trabajo, o su pareja, no está claro. Dos inmigrantes conversan en un idioma extraño y cacofónico, parece que ninguno entienda lo que dice el otro, cada vez hablan más alto. Una pareja viaja abrazada como si tuvieran que sujetarse para no caer, ella aprieta su muslo entre las piernas de él, no sabe que la engaña con una amiga. Alguien con aspecto de defecar por la boca te mira fijamente, tú retiras la vista y contemplas tus zapatos.

Llegas a tu destino y te bajas del autobús. Pisas la acera, y sigues el trazado de los baldosines, ese mapa secreto dibujado por terrazo, papeles y orines de perro. De repente te sientes muy cansado y caminas despacio. Te preguntas a dónde vas. Es más, te preguntas si tiene importancia el mero hecho de ir. ¿Qué importa si es a casa o al trabajo? Qué más da. Y te preguntas el porqué. ¿Costumbre? ¿Vicio? Encoges los hombros. No lo sabes. ¿Porque es tu obligación, porque es lo que haces siempre? ¿De verdad quieres regresar?

Mientras caminas, un sucio viento sopla a tu alrededor, es un aliento maloliente. La fetidez de la gran ciudad, el hedor de vehículos pestilentes y de personas en putrefacción. Un aire pegajoso y denso que te cubre como ropa de cuero demasiado ceñida. Ves una baldosa suelta, siempre la ves. La miras mientras pasas a su lado. Llama especialmente tu atención. Podría esconder algo. Sí, sabes que esconde algo. Te preguntas qué puede ser. ¿Por qué no la pisas? Estaría bien. ¿Sería normal hacerlo? Pasas de largo, camino de daigual. Te vuelves. No la has pisado, no has investigado su secreto. No importa, es pronto, acabamos de empezar. Todo llegará. Pronto viajarás sobre las baldosas, descubrirás los senderos ocultos, comprenderás el trazado de tu vida. Ahora solo has sentido un leve chispazo de comprensión. Pronto serás libre.

En verdad lo sabes, te das cuenta de que tu mundo está mal enfocado. Sí, eres solo uno más, llegas a percibirlo. En muchas ocasiones has deseado cambiar las cosas. O al menos rebelarte contra ellas. Ser tú. Acabar con esta vida miserable que llevas.

Ahora puedes hacerlo. Yo tengo la solución. Yo soy la clave. Si tu vida es un infierno, ¿no es lógico que recurras a mí cuando necesites ayuda? A fin de cuentas soy el ma

Tu vida va a cambiar. Incluso tu muerte va a cambiar. Si sigues

leyendo, todo será diferente. Te lo aseguro. Emprenderás un camino sin retorno sobre un trazado inextricable. No podrás volver atrás. Si decides enfrentarte al secreto de la existencia, todo tendrá otro significado. Es como en esas ilustraciones ocultas: una vez que localizas la figura escondida, ya no puedes dejar de verla. Cuando la luz incide en tu retina queda impresa en ella la forma de la llama. Y aunque el fuego se extinga y las cenizas se deshagan, la mancha blanca tizna tu iris.

Lo primero que te pido es una muestra de tu implicación.

Este libro no solo has de leerlo. Tienes que escribirlo, mancharlo, violarlo. Vivirlo, matarlo.

Es lo que te pido. Respeto. Implicación. Participación.

Vamos a comenzar por un simple gesto, algo banal, sin trascendencia. No te voy a pedir demasiado. Esto es solo el principio. Me basta una humilde señal de afirmación, tu mero deseo de continuar. No se trata de que firmes con sangre un contrato de por vida. No, ahora solo quiero sentir tu complicidad. Tu aceptación. La confirmación de que deseas cambiar de vida, salir de tu rutina, no viajar nunca más en ese viejo autobús rodeado de escoria humana. Quiero que ahora, en este momento, sigas mis indicaciones. Que hagas lo que te pido. Al pie de la letra. Sujeta el libro con una mano y mientras lees esto, pasa el dedo índice de tu otra mano por tus labios y acarícialos con suavidad. Vamos.

Es muy sencillo. Implicación. Respeto. Un mero gesto. No te supondrá esfuerzo. Puedes hacerlo. Diriges tu dedo a la boca. No importa que lo hagas despacio o que dudes. Si quieres, considéralo un pequeño juego, una broma privada entre tú y yo. Vamos, lleva el dedo a tu boca, no seas tonto. Este es solo el primer paso para acabar con la oscuridad de tu existencia. Hazlo. Así, muy bien. Ya casi está. Se establece el contacto. Y lo notas: es un relámpago inexistente. El roce es seco, dúctil. Sientes el dedo en tus labios, se apoya con suavidad. Lo desplazas lentamente. Notas los labios en tu dedo, son tersos, carnosos, parecen preparados para recibirte. Es un camino suave y agradable. Es tu camino. Sigue leyendo mientras rozas tus labios. Sigue rozando tus labios mientras lees. Ahora, con mucha dulzura introduce un poquito el dedo entre ellos, como si quisieras chuparlo.

Abre levemente los labios, que se muestren expuestos y dispuestos. Comienza a sentir la humedad del interior. Introduce un poco la yema. Muy despacio, saboreando el acto. Disfrutando de la entrada. Hazlo con cuidado, incluso con mimo, hasta rozar los dientes.

Vamos, es muy sencillo. Y ahora, muy despacio, abre un poco más la boca y mételo más adentro. No tienes por qué no hacerlo. No te cortes. Ya has empezado, todo va bien. Puedo asegurarte que es mucho más importante de lo que crees. Es el inicio. La comunión. Despacio, mete el dedo entre los dientes, siéntelos arriba y abajo. Duros, secos en comparación con los labios. Un poco más. Te encontrarás con la lengua, es húmeda y blanda. Acaricia con ella la yema de tu dedo, recíbelo con afecto. Hazlo bien, es muy importante. Necesito que lo hagas. Tienes que hacerlo. Nadie lo sabrá jamás. Solo tú y yo. Mete más el dedo en tu boca. Es algo casi sensual. Es agradable. Que la lengua le guíe en su camino, que los dientes mordisqueen sin fuerza, que los labios la acojan con dulzura y sellen la unión. Ahora. Más, más, mételo más. Hasta más allá de la segunda falange. Hasta que casi comience a ser desagradable, pero sin que llegue a serlo. Ahora acarícialo con la lengua, lámelo. Ya lo estabas haciendo, ¿verdad? Saboréalo. Mójalo hasta que quede completamente empapado, hasta que se adentre entre tus dientes, se arrastre sobre tu lengua y la acaricie por abajo, la lengua lame el dedo, el dedo acaricia la lengua.

Sigue. Hasta que las papilas bailen una danza cálida y arropadora. Atrévete, ahora introdúcelo un poco más, hasta que casi sientas una arcada. Que tus labios ciñan tu dedo con cálida fuerza. Levántalo hasta que llegues a palpar el cielo del paladar y bájalo para refugiarlo debajo de la lengua. Así, de esta forma me recibes a mí en tu interior. Me aceptas dentro de ti.

Mantén el dedo en tu boca. Esta penetración carnal es tu forma de aceptarme. De hacerme saber que puedo contar contigo, que estás dispuesto a seguir adelante y a recorrer el camino que debo mostrarte. Es tan solo una muestra. Un mero gesto de buena voluntad por tu parte. Puedes sacar el dedo, despacio. Que abandone la humedad de la lengua y retroceda entre los dientes. Que la uña sea lo último que roces. Cierra los labios una vez haya salido. Ahora notas en tu boca un vacío. Mueve la lengua buscando tu dedo. En realidad me estás buscando a mí. Sientes tu cavidad bucal como no la habías sentido

nunca antes. Muy bien. Eso indica que ya me has recibido. Me has aceptado, ahora formo parte de ti. Estoy en tu interior. Somos uno.

No, no te asustes, suena mucho peor de lo que es en realidad. Te dije que cambiaría tu vida. ¿No tienes curiosidad por saber cómo seguirá todo? ¿No quieres conocerme? Tengo mucho que ofrecerte, puedo asegurártelo.

Si no has sido capaz de hacer lo que te pedía, deja inmediatamente de leer. No quiero saber nada de cobardes como tú. Si no lo has hecho, no se te ocurra seguir leyendo, estarás violando la confianza que he depositado en ti y mi desprecio será enorme. Solo quiero fieles que me sigan, que estén dispuestos a arriesgarse y a enfrentarse a lo desconocido. Si eres un cobarde, un ser vacío, sin alma y sin futuro, no me interesas. Si no te has atrevido a realizar ese simple gesto, te repudio. Y te aviso con toda la fuerza de mi ser, con la ira reprimida del que es traicionado, con el odio descarnado de aquel al que asqueas; te lo advierto: no sigas leyendo bajo ningún concepto.

Si lo has hecho, sé bienvenido. Te recuerdo que has entrado en mi mundo por tu propia voluntad. Que he entrado en tu cuerpo gracias a tu simple gesto de aceptación. Puedo asegurarte que no te arrepentirás. Veo que puedo confiar en ti. Has sellado tu destino. Respeto. Implicación. Locura. Comunión.

Nos llevaremos bien, ya verás. A fin de cuentas vamos a estar juntos toda la eternidad, por algo soy el ma

Ahora, sigue leyendo, adéntrate en las siguientes páginas, porque has aceptado mi invitación. Comienza el verdadero viaje. Porque ya somos uno solo.

Olvida el cosquilleo que comienzas a sentir en tus labios. La calidez que envuelve tu lengua, la saliva que segregas de forma incontrolada, incluso las leves nauseas que empiezas a sentir. Pasará. Ya verás.

Pronto verás todo de una forma completamente diferente. Tu mundo cambiará de manera radical. Pronto dejarás de segregar saliva, no te preocupes, es tu cuerpo que empieza a reaccionar.

3

NOLASCO

Yo metí el dedo en la boca. Y seguí leyendo. Puedes imaginarme tirado en un rincón de aquella celda, aunque en el sanatorio se referían a ellas como «habitaciones», pasando una hoja tras otra, intentando encontrar algún sentido a las palabras de Ernesto, adentrándome en su mundo oscuro, apartando con torpes manotazos las telarañas de la realidad. Sin poder dejar de leer, rebuscando entre aquella maraña de hojas sueltas para ver cuál era la que correspondía.

Emprendí el viaje y llegué hasta aquí. Y ahora ya no estoy internado, ahora estoy en esta otra habitación del piso social, usando el ordenador común, escribiendo estas líneas de presentación y copiando la apretada letra de Ernesto. Jamás me desprenderé del original. Mi vida ha mejorado mucho, me dieron el alta, como él me prometió. Mi vida mejorará, estoy seguro. En las próximas páginas Ernesto me dirá quién es en realidad, aunque yo ya lo sé. Y tú también lo sabes, ¿verdad? Sí, claro, ambos lo sabemos. No hace falta decirlo. Todos somos el mismo. Uno.

Pero por hoy, ya vale con esto.

Pronto te contaré más cosas.

4

ELY

Me llamo Ely Gomis. Tengo veinticuatro años.

Aquí estoy, frente al espejo, mirando a esa estúpida. Vete a la mierda. Imbécil. Desgraciada. ¿Qué, qué haces ahí? ¿Qué quieres? ¿Ya lo has vuelto a hacer? ¿O has podido aguantarte un poco más? Cómo la odio. No quiero ni verme. Tendría que quitar ese espejo, cada vez que paso por delante de él y me veo, me pongo enferma. No me soporto.

Sin embargo me sigo viendo de refilón. Cierro los ojos; todo con tal de no tener delante ese mezquino reflejo.

Oh, ya vale. Me quiero morir. Así de sencillo, lo digo en serio. Morirme ya de una puta vez. De una puta jodida vez. Morirme ya, por favor. Venga, hombre, Dios, por favor. Ya vale. Ya vaaaale. Mátame. Vaaa, venga.

Me llevo las manos a las sienes y aprieto como si quisiera que mi cabeza explotara convertida en una fruta madura. Bien fuerte, bien fuerte. No logro aplastarla. Las deslizo un poco y acabo frotándome los ojos, debería hundirlos en sus cuencas. Así dejaría de ver el maldito reflejo de esa chica encantadora. Mierda.

Me gustaría ser fea. Tener el rostro desfigurado, lleno de pústulas o cicatrices; todo sería mucho más fácil. O gorda, con tal grado de obesidad mórbida que la grasa rebosara por mi cuerpo y asqueara a todo el mundo. O idiota, no percatarme de nada, babear sin comprender el significado de las cosas más simples. O escuálida, estar en los huesos como esas desquiciadas anoréxicas que se van de la cabeza. Cualquier cosa menos esto. Vuelvo a mirarme, mis ojos están enrojecidos y me proporcionan un aire de fragilidad. El espejo me

devuelve mi imagen, soy una chica joven y guapa, siempre me lo repiten. Ay, Ely, qué suerte tienes de ser tan mona, llevarás a los chicos de calle, dicen entre risitas los que no conocen mi problema. Yo me callo y me muerdo la lengua. Y me quiero morir, y les quiero matar, y quiero desaparecer, convertirme en algo muy pequeñito, en una pelusa de polvo debajo de la cama. Ir por la calle y hacerme invisible. Me esfuerzo por ofrecer una sonrisa fingida que, sin embargo, todos encuentran preciosa. Mientras, el dolor me corroe por dentro, se agita en mi interior como un bebé monstruoso que ya hubiera rebasado su tiempo de gestación.

Si fuera fea no tendría que soportar esta tortura. Mi melena morena es larga y sedosa, mi rostro agradable; dicen que tengo una mirada pícara. Pero yo solo veo unos ojos inertes, desconectados y enrojecidos. La mirada de una pobre desgraciada que debería estar muerta. El hoyuelo de mi mejilla se forma incluso cuando miro con odio a mi reflejo. Es encantador, dicen los estúpidos. Me pregunto qué puede tener de atractivo un pliegue de piel, capas de tejido dérmico amontonadas de una forma concreta según les guían los músculos. Todo eso es circunstancial, tan poco importante como una gota de lluvia estampándose contra el asfalto de la calle. Piel pálida y reseca, solo piel. La pena se pliega en mi interior en húmedos estratos amontonados unos sobre otros, supurando, rebasándose, fundiéndose.

El hoyuelo, ¿qué me importa a mí el puto hoyuelo de mierda? Tanto como mi cuerpo traicionero y hostil. Tengo una bonita figura, dicen. Estoy bien formada y soy proporcionada, dicen. Soy guapa y resulto muy atractiva, dicen. Si acaso, tengo un poco de culo, pero nada que no se pueda arreglar con algo de ejercicio, dicen. Así es mi ingrato cuerpo, un envoltorio aceptable para un contenido miserable. No me importa mi aspecto. Odio este cuerpo resentido y vengativo. Me gustaría abandonarlo y vagar por el éter sin él, libre de ataduras y maldiciones.

Ni siquiera me cuido demasiado, últimamente ya ni sigo la dieta que me aconsejó el médico, total, no da resultado, ¿qué más da? Me quitó prácticamente todo, ahí estaba él con su bata blanca que le iba un poco corta de mangas y permitía ver su grueso reloj de oro. Con su pelo canoso peinado hacia atrás como el doctor de esa serie de televisión, su cansada sonrisa de condescendencia y sus ojos aburridos; todavía le aguardaba una veintena de pacientes en la sala

de espera. Todos éramos iguales para él, rostros fugaces con problemas vacíos. Soluciones rápidas con algunas pastillas, cuatro palabras cruzadas y un par de frases tecleadas en el historial. No bebas café, ni té, ni bebidas con gas; el alcohol ni lo pruebes, dijo con el tono monocorde de quien lee los datos de una pequeña ficha. ¿Qué me queda? ¿Agua? Y poca, dijo. No tomes chocolate, comidas picantes, sandía, melón, cítricos ni tomate. Y eso sí, ingiere mucha fibra. Valiente cabrón.

Ya conozco toda esa mierda desde hace casi seis años. Y voy a peor. Así que qué más da lo que tome o deje de tomar. Ese inútil no puede solucionar mi problema, ni siquiera entiende todas sus repercusiones, lo incapacitante que resulta, lo cruel que puede llegar a ser. La forma en que mi vida me es arrebatada.

No me maquillo, no me arreglo, no me pongo ropa mona… Vestir, ay, vestir, ese es otro de los problemas. Nunca puedo ponerme guapa o elegante, embutirme unos pantalones bien ceñidos y salir a la calle. Algo tan sencillo como eso, algo que todas las chicas pueden hacer, está vedado para mí. Como tantas y tantas otras cosas. Esta… esta maldita enfermedad me está volviendo loca. Y es tan difícil que alguien me comprenda. Nadie entiende hasta qué extremo me perturba. Toda mi vida gira alrededor de mi tara, cada minuto, cada uno de los segundos, todos ellos. De día y de noche. En todos los momentos. En cualquier instante.

Y lo peor es que me ha privado de la risa. No puedo reír. Después de tantos años ya la tengo olvidada. Me he acostumbrado a no reír. Conscientemente. A rechazar una carcajada espontánea o una risilla cómplice. Me he convertido en una chica triste que teme las bromas y rehúye la risa. Veo los anuncios de la tele y las modelos saltan, bailan, ríen mientras echan su cabeza hacia atrás, me muestran un mundo lejano fuera de mi alcance. Soy la chica sin risa. La chica triste y derrotada. Ya no sé reír.

No, no tengo dolores. No, la enfermedad no me matará, pero me acompañará cada minuto de mi existencia. No quiero seguir así, no puedo seguir así. No, no lo soporto más.

Mi madre me dice que tenga cuidado o puedo caer en una profunda depresión. De vez en cuando se siente obligada a soltarme la charla,

piensa que ese es su deber. Viene al cuarto y me da la chapa durante un rato, se sienta a mi lado y empieza a cascar. Yo ya ni la oigo, al principio le respondía y le explicaba cómo me sentía, pero luego ella siempre intentaba darme ánimos con palabras vacías que solo conseguían cabrearme. Indefectiblemente acabábamos discutiendo y yo la mandaba a la mierda y le decía que se fuera de mi cuarto, que me dejara en paz, que me dejara en paz.

Ahora ya he aprendido a poner el piloto automático, el resorte programable mueve mi cabeza cuando tiene que hacerlo y contesto lo necesario para que crea que la estoy atendiendo. Ella se siente mejor. Y yo sigo igual de hecha polvo, no más, así que sé que es un pago que tengo que aceptar por vivir en casa. Y la depresión es muy mala, añade con su voz aguda, que me hiere los tímpanos, y ese tono de anuencia que llevo tantos años sufriendo. Creo que ni siquiera ella me comprende. Una depresión…, joder, vale, bien, admitámoslo, la mía es de caballo percherón, de acuerdo. Pero ¿quién no la tendría con un caso como el mío? Eso es lo que menos me preocupa. En la práctica apenas me afecta, no tengo vida social. Apenas puedo salir a la calle, no puedo hacer ejercicio. No puedo viajar en autobús, no puedo ir al cine, no puedo hacer el amor. No puedo ejercer la mayoría de los trabajos. ¿Depresión? ¿Y qué?

Me encantaría poder ser una simple cajera en un supermercado, cobrar un sueldo de mierda y aguantar a un encargado cabrón. Sería maravilloso. Todo un sueño. Pero solo me queda esta puta enfermedad, y la depresión. Bienvenida sea pues, que me abrace y me dé cobijo. ¿En mi caso qué más da? ¿Quién lo va a notar? ¿Los peluches descoloridos de encima de mi cama? ¿La foto del estante de cuando era una chica normal? ¿Las paredes que me constriñen y que cada vez están más cerca? ¿Las rendijas de las baldosas entre las que me gustaría resbalar y esconderme?

Cómo envidio a la chica de los anuncios que se ríe mientras deja que su pelo vuele hacia atrás, a las muchachas que pueden salir de casa con normalidad, ir a la piscina, ser besadas. A la cajera del supermercado, a la que mete la publicidad en los buzones, a la que busca trabajo sin encontrarlo, a la que atiende detrás de un mostrador…

Sin embargo, todo eso está vedado para mí y ahí, en la mesa de mi

cuarto, está mi trabajo. Una pequeña torre de folios encuadernados con canutillos o espiral. Es una de las pocas tareas que puedo realizar. Es una mierda, como todo en mi vida. No tengo contrato, no me pagan apenas, me meten caña y estoy segura de que Susana se ríe de mí. Ella conoce mi problema, la bocazas de mi madre se lo pió y me ofreció este trabajillo como una especie de favor. Encima tengo que estarle agradecida a esa zorra estirada. Ay, Susana, gracias, muchas gracias, ¿te importaría poner el culo en mi cara para que te lo lama? Gracias Susana, qué honor. Humm... Qué guay eres. Hasta la mierda te huele bien.

Los originales los ha traído mi madre esta misma mañana, mi jefa ni siquiera tiene la delicadeza de enviármelos a casa. Mi madre tiene que ir a buscarlos expresamente y venir cargada con todo el paquetón, se lleva el carro de la compra para traerlos desde allí, la mujer ya es mayor y estas cosas pesan.

Abandono a la pobre chica del espejo, esa imbécil desgraciada, y me siento en la silla de plástico rígido después de extender el pañito. La silla es dura e incómoda, pero no puedo sentarme en otro sito. Mi enfermedad…

Una veintena de originales en papel, y otros tantos en word o pdf en el ordenador, todos con pinta de ser una escoria. Los cuento para echar cálculos a ver cómo me saldrá este mes. Cuarenta y cinco. Hago la cuenta, a quince euros por informe, total: unaputamierda. Eso es lo que voy a cobrar por leerme toda esta bazofia y realizar sus correspondientes informes de lectura. A novela y media por día. Ven, Susana, trae tu bonito culo de nuevo que quiero agradecerte con la pata de la silla el gran favor que me estás haciendo. Doy un manotazo a los manuscritos y la torre resbala como un pequeño alud por la mesa. Joder.

Como si pudiera aspirar a alguna otra cosa.

Cierro los ojos e intento calmarme.

Vamos, Ely, no te dejes llevar, sabes que es peor. No le des más vueltas al asunto. Cálmate; a fin de cuentas, ya deberías estar acostumbrada. Mejor intentar distraerte y empezar ya a currar, ¿no?

Tomo el original que ha ido más lejos, el que estaba el primero de la

torre. La inercia de la tristeza, el nombre del autor no importa. Joder, vaya título, me pregunto cómo ha podido pasar el primer filtro editorial. Lo ojeo por encima, casi cuatrocientos folios. Buff, aterrador. Este lo leeré en un cuarto de hora, ya verás, una hoja de cada cinco, y solo los primeros párrafos de cada página, seguro que es horrible. Pero no puedo confiarme y dejar de leerlo, he de evaluarlo debidamente porque Susana a veces me manda manuscritos-trampa: originales de gran calidad ya evaluados por otros, y espera que mi informe esté a la altura.

El siguiente llama mi atención, ¿se ha traspapelado? No puede ser… Solo son una docena de páginas grapadas. Eso no es un libro. Dejo La inercia de la tristeza sobre la mesa y cojo las hojas. Bien, ojalá fueran todos así de delgaditos. Hay un pósit amarillo con un texto de Susana escrito a mano. Su letra es tan pulcra como su refinado culo. Usa rotuladores de tinta de gel. Es fashion hasta para escribir una orden.

«Esto me ha llamado la atención. Mira a ver si vale la pena y si puedes enterarte de quién es el autor. Ha llegado sin remite. El matasellos es de aquí».

Arranco el papelito, lo arrugo con rabia y lo arrojo hacia la cercana ventana, el cristal está cerrado, el muy cabrón rebota y vuelve hacia mí. Soy negada incluso hasta para expresar mi ira. Si pretendiera dar un portazo, seguro que la puerta no encajaría. ¿Quién se cree la puta Susana que soy, su sirvienta? ¿Desde cuándo tengo yo que investigar sobre los autores? Si tengo que hacer un par de llamadas de móvil, ya me gasto más de lo que me paga. ¿Qué soy, una jodida detective privada? Miro las hojas. Dios, si ni siquiera tiene título ni nombre del autor. ¿Qué es, una sinopsis? ¿Un proyecto de novela? Qué harta estoy de este curro de mierda.

Miro el reloj. Hora de ir al váter. Compruebo la toallita bajo mi trasero. Seca. Otro pequeño triunfo. Es todo a lo que puedo aspirar. Estúpida desgraciada. En cuanto regrese del váter, leeré esa porquería. Al pasar, esquivo la mirada del espejo. La guarra está allí aguardándome.

5

DARÍO

Inicio/Documentos.

Así de fácil. Da igual en qué carpeta guarde los archivos, no tengo que rebuscar entre la maraña de documentos. Cliqueo y me aparecen los últimos archivos abiertos. Documento1. Documento2. Documento3. Así hasta Documento10. Joder, ni siquiera les pone nombre, vaya tipo desorganizado.

En la penumbra de la vivienda, miro sobre mis hombros. Preferiría que nadie me descubriera haciendo esto; ¿cómo es la frase esa? Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que joderse. Se supone que controlar el ordenador no entra entre mis obligaciones, pero aquí estoy, tragando. Y que me dure el curro, ahora no estoy mal del todo; no me gusta trabajar cara al público, me sofocan esas miradas de angustia, la incertidumbre que encierran; prefiero estos cuatro chalados.

Supongo que, además, espiar el ordenador bordea la legalidad, por mucho que el doctor insista en que lo hacemos por el bien de los pacientes y que disponemos de su autorización firmada. Por lo visto, antes de venir a la casa de acogida les hacen firmar una especie de pliego de descarga con cuarenta mil permisos para que su privacidad pueda ser vulnerada; bienvenidos a Guantánamo. Ja, y yo aquí, colaborando con el Gran Hermano, olvidando mis principios y ocupándome del trabajo sucio, fisgando entre las paridas de estos pirados. Como si no tuviese bastante con contenerlos y hacer que se comporten como seres normales.

Bueno, el doctor Ramírez afirma que realizar este seguimiento sirve para conocer las tendencias de los pacientes (como si no se supieran ya) y emitir postdiagnósticos psiquiátricos adecuados. El doctor

Ramírez es un poco mamón. Y yo hago lo que me dice, así que no sé en qué me convierte esto. Que va en mi sueldo, dice. Y un huevo.

Ahora los cinco habitantes de la casa están en sus habitaciones. Se supone que durmiendo, pero podrían aparecer en cualquier momento. Si me pillaran hurgando en el ordenador probablemente se daría una situación tensa. Adiós respeto. Estoy atento a cualquier sonido para apagar el monitor cagando leches, pero no puedo evitar encontrarme inquieto.

Supongo que sería mucho más fácil instalar un programa espía, los hay que incluso se pueden monitorizar a distancia, y, joder, hasta se pueden descargar gratuitamente de forma legal; pero no, en el sanatorio son incapaces de hacer las cosas de forma sencilla, panda de incompetentes; prefieren que simplemente manoteemos en el ordenador de vez en cuando para ver si pillamos algo anómalo. ¿Cómo qué? A poco listos que sean los usuarios, pueden borrar todo su rastro. De esta forma solo puedo fisgar el historial de Internet y lo que tengan en el disco duro. Con un simple pendrive de cinco euros cualquier paciente podría reírse en nuestras propias narices.

Afortunadamente no tienen muchas luces e incluso yo puedo rastrear la mayoría de sus movimientos. Nunca he observado nada raro. Por ejemplo, sé que Arturo no deja de visitar páginas guarras, aunque supongo que eso es normal; cuando yo he entrado para ver qué tipo de porno le va, también me he quedado un ratito por allí. Le gustan tetonas, por lo visto. No está tan loco, no. Los demás no tocan el ordenata pa ná, con la remarcable excepción de Nolasco. Lo sé porque cada uno tiene su propia clave privada para iniciar sesión.

Me ha llamado la atención que Nolasco escribe como loco, nunca mejor dicho. Tiene un montón de documentos guardados, muchos de ellos son distintas fases del mismo, pero está trabajando mucho. Por lo visto está escribiendo una especie de libro o algo así. Alucino. Y avanza a gran velocidad, hace poco más de una semana que no realizaba el control y me he encontrado con una actividad desbordante. Es sorprendente lo que ha currado, lo que hace el ocio. Voy a copiar todo lo que pueda y lo estudiaré mañana con más tranquilidad. A lo mejor el doctor Ramírez quiere leerlo también. Supongo. Esa sería una de sus obligaciones, en realidad yo no tendría por qué hacerlo, solo soy uno de los asistentes sociales. Esto de espiar

a los pacientes no me pone nada de nada. Le he echado una ojeada a los textos y descolocan al más pintado. Pero no quiero perder más tiempo. Meto un pen en un puerto USB y en diez segundos me copio todos los documentos de Nolasco. El historial de sus páginas visitadas no lo pego, lo único que ha hecho ha sido realizar una búsqueda de editoriales. Para partirse la caja, pero nada raro. Bueno, a lo mejor tenemos aquí a un nuevo Daniel Lonces. Supongo que el pasado de este tío podría servir de inspiración para al menos un par de novelas. Cuando leí su ficha médica me quedé sorprendido, menudo elemento. Y eso que llevo un montón de años trabajando con pirados.

Ramírez dice que la medicación le ha hecho efecto y que, mientras Nolasco siga tomándola, puede reinsertarse, que ya no es ningún peligro. Bueno, se supone que él es el experto. Yo solo soy un pobre pringado que tiene que enfrentarse todos los días con las manías de esta panda, un puñetero asistente social mileurista. Si él dice que Nolasco está curado, será que está curado, pero a mí me sigue acojonando con esa mirada de pervertido, esa sonrisa torcida de alguien que parece conocer tus secretos, y los movimientos que hace con las manos como un mimo borracho. Es un tipo siniestro.

Pero, bueno, al menos le ha dado por escribir, que se supone que es una actividad muy creativa y positiva. Mañana le echaré un vistazo a sus textos, espero no quedarme dormido.

6

HILARIO

Examino la etiqueta del botellín de zumo de mango. ¿Dónde cojones está la fecha de caducidad? ¿En la etiqueta, sobre el vidrio, en el tapón? Tengo que cambiarme de gafas, la presbicia ha ido a más y me cuesta leer la letra pequeña. Ah, aquí: lo indican con diminutas perforaciones sobre unos cuadraditos con fechas. Mierda, faltan solo dos semanas para que caduque. Chasqueo la lengua con un sonido de resignación y lo vuelvo a meter en la cámara. Estoy tentado de estamparlo contra el fondo, pero me reprimo. ¿Cómo se me ocurriría encargar una caja entera de zumo de mango? En los primeros días entró una tía que lo pidió un par de veces y a mí no se me ocurrió otra cosa más que comprar una caja. Probablemente me estaba tomando el pelo y yo ni me enteré. Zumo de mango. Ja, sí, seguro que me estaba vacilando. Ella ya no ha vuelto al bar y nadie más ha pedido ese jarabe dulzón y pegajoso. Y no me extraña, ¿quién en este barrio de mierda va a ser lo suficientemente señorito como para pedir un zumo de mango, por Dios? Cafés, Coca-Colas, algún carajillo y eventualmente un cubata. Y deje usted de contar. Supongo que tendré que poner el zumo en oferta. Y ni aun así. Ya me veo bebiendo yo esa asquerosidad.

Apoyo mi trasero en la encimera de las botellas, junto a un bloc de notas, un par de bolis y una carpeta con facturas por pagar. Un poco más allá hay un trapo de cocina, un cuchillo, varios azucarillos que intentaré reutilizar y cuatro o cinco ceniceros que dejo a los que salen a fumar a la puerta (hay un vecino tocapelotas con el tema de las colillas por el suelo). El bar está vacío.

Solo me acompaña el zumbido de la cámara de refrescos y el murmullo ininteligible de la tele anclada a la pared del fondo. Es uno de esos eternos magazines matinales. Un tipo con traje gesticula ante

la cámara mientras muestra un par de cebollas, la imagen es extrañamente perturbadora.

Apenas he puesto una docena de cafés a los pocos madrugadores que han venido a primera hora. Cuatro marujas han ocupado una mesa después de dejar a los niños en el colegio y un despistado me ha pedido un bocadillo de tortilla de patata. Ya no hacemos tortilla; todos los días me la tenía que cenar yo. Le he ofrecido jamón serrano, me ha dicho que no y se ha limitado a tomar un penalti con gas. Es la una de la tarde de hoy jueves. Nadie entra a tomar un aperitivo. Magdalena ha ido a comprar. Ya sabemos que a esta hora apenas hay trabajo. En realidad a casi ninguna hora.

Lo he estado posponiendo. Hace tiempo que lo veo venir, pero lo he estado posponiendo. Hoy ha estado aquí el dueño del local. Dice que no puede aceptar más demoras, que va a ir a su abogado. No me ha pagado el café que le he servido. Los de Distribar también me han puesto muchos problemas, me han avisado de que ya no me servirán, quieren el ingreso al hacer el pedido. Los recibos de luz, agua, gas, basura, IAE y contribución urbana se amontonan en una carpeta. No hay un euro en el banco y los pagos del préstamo se retrasan. Los tres últimos meses han sido terribles, apenas tengo clientes, ni siquiera llego a cubrir gastos.

Me pregunto cómo se lo diré a Magdalena. Y me pregunto qué haremos ahora. Devorados por las deudas, sin ahorros, sin trabajo, sin futuro. ¿Quién me va a contratar a mis cincuenta y tantos años? A veces, cuando analizo las posibilidades que se ciernen, no puedo evitar imaginar que tenemos que abandonar nuestra humilde vivienda e irnos a malvivir en uno de esos pisos por habitaciones en los que se hacina gente sin esperanza tras puertas sin pestillo. Gracias a Dios que no hay hijos de por medio.

Miro a la calle por la ventana que hay tras las mesas vacías. La vida resbala despacio por esta calleja de barrio humilde. Una madre con su carrito de bebé, un par de ancianos vagando sin rumbo huyendo de su destino, nadie durante un buen rato, luego un tipo berreando por el móvil y unos cuantos adolescentes que acaban de salir de clase; cargan con voluminosas mochilas a la espalda con las que importunan a otros críos, no siempre sin querer. Se alejan hacia la parada del autobús dejando tras de sí una estela de voces y grititos. Pasa un tipo anodino

y se para frente a la cristalera. Nuestras miradas se cruzan. Durante unos instantes solo existe el espacio que nos une, como si la visión periférica se concentrara con la precisión de un láser. Juraría ver algo en sus ojos, una sombra de comprensión, un brillo de ánimo. Un extraño gesto de conocimiento. Cuando afirma con la cabeza, quizá a algún comentario mental, retiro la vista.

Sigo apoyado en la encimera, y tomo la decisión de cerrar sin percatarme de ello, dejando que el concepto se haga inevitable, que se aposente en mi cerebro y eche raíces como una mala práctica.

El motor de la cámara se pone en marcha, no puedo evitar pensar que es más energía que se consume, más kilovatios a pagar a Endesa. De un tiempo a esta parte estoy obsesionado por reducir costes: solo abro el grifo lo imprescindible, apago las luces de los baños cada vez que alguien sale, y a veces mi única comida consiste en las sobras de alguna ración olvidada en el plato. Me las como en la cocina a escondidas, procurando que no me vea nadie. Tampoco Magdalena, no sé qué pensaría de mí. Por supuesto me aseguro de que no hayan estropeado o escupido en los restos de papas bravas. El fin de semana pasado unos estirados pidieron una tabla de quesos y se dejaron cuatro o cinco trozos, era un delito tirarlos...

Cojo el mando a distancia y apago la tele. Otro gasto menos. Tendría que desenchufarla, dicen que en standby también consume.

Cuando Magdalena regrese tendré que decirle que no podemos prolongar más la agonía. Ella no sabe con exactitud la profundidad a la que hemos caído. Procuro evitar el tema, solo seguimos la misma rutina día tras otro. Será un golpe duro, pero no creo que se sorprenda demasiado. Tendremos que planear bien cómo cerramos el bar y vender lo que podamos. Oh, Dios, ¿y dónde iremos? ¿Qué haremos? ¿De dónde sacaremos el dinero necesario para comer? Oh, mierda, mierda.

Quizá podamos traspasar el bar, al menos deberíamos intentarlo. Recuperar una parte de la inversión.

Se abre la puerta. Con buena suerte alguien que quiera un café y me proporcione veinte céntimos de beneficio; con mala, alguien que quiera cobrar algo.

El hombre me sonríe de oreja a oreja, sin embargo no puedo evitar sentir un escalofrío. Algo se agita tras sus ojos. Es el tipo que me miraba desde fuera.

7

ELY

Ignacio es un poco bobo, pero le quiero un montón. Es grandote y siempre intenta hacerse el gracioso, no para de parlotear y de soltar bromas que solo él ríe con sinceridad, como si cada una de ellas fuera el mejor chiste del mundo. Sus carcajadas resuenan por toda la casa, del pasillo hasta el váter, pasando por el salón o mi cuarto. Es impensable echar la siesta si está en casa con uno de sus amigotes. Mientras se ríe, su barriga vibra como si fuera… como si fuera… ¿cómo se llama ese postre de colores que parece un flan y que es transparente…? El caso es que echo mucho en falta sus tonterías. Esas risotadas potentes que suenan ja, ja, ja como un Papá Noel un poco borracho y pelín mariquita.

Nachete siempre mete la pata y acaba organizando algún desastre, esa es su especialidad. Por ejemplo, mamá prefiere que no entre en la cocina, se las suele arreglar para derribar el tarro de los cubiertos, salpicar con el manguito de goma del grifo, acabar él solo con las croquetas de la cena… o varias de estas cosas a la vez. Es jodidamente entrañable.

Muchas veces patearía su culo gordo y le echaría con cajas destempladas, le diría que se fuera a su casa, con su novia de nariz picuda y risa para adentro (como si se atragantara con ella), pero entonces recuerdo cómo me sujeta entre sus brazos y me estruja contra su cuerpo voluminoso ofreciéndome un cariño como solo él puede darme. Me revuelve la melena mientras dice «Ay, Ely, mi Ely… pequeñaja, nunca crecerás». Cuando me suelta me bamboleo durante unos segundos llevada por la inercia, como un tentetieso de Mickey, hasta que encuentro mi centro de gravedad. Justo a tiempo para verle salir de la habitación, no sé cómo puede moverse tan rápido con lo gordote que está. Deja tras de sí una estela de amor y calor, y a veces,

digámoslo todo, cierto olor como a ajo en polvo, de ese que venden en tarritos en el Dia. Aunque sea por la mañana temprano. No sé por qué, nunca le he visto comer ajo, debe de pegárselo la estirada de risapadentroElvira.

A veces creo que él es el único que me comprende, otras estoy segura de que es un tontorrón que no se entera de nada. Quizás ambas cosas no sean excluyentes. Ahora le echo mucho en falta, la verdad; lleva ya más de un año viviendo con su novia. Me preocupa que quieran casarse un día de estos, ya ha soltado algún comentario así como quien no quiere la cosa, los últimos domingos cuando vienen a comer. Me pregunto cómo me las arreglaría para ir a la iglesia y al banquete, no dejo de darle vueltas. Ya ves, no pienso en su felicidad ni en una alegre jornada de celebración familiar, solo pienso en mi problema, en mi maldita enfermedad. Siempre igual, cada segundo; todos y cada uno.

No solo he perdido la risa, creo que incluso estoy perdiendo la humanidad.

En los primeros momentos de mi enfermedad, él fue el único que le dio importancia. Todos, incluso mamá, me decían que no era nada, que no era importante, que ya pasaría, que tenía que darle tiempo, que no ocurría nada. Sin embargo Nachete no bromeó sobre el tema, nunca lo hizo, ni le restó importancia.

Recuerdo que un día, hace ya algunos años, cuando ni siquiera conocía a Elvira, me vio triste en mi habitación, entró, se sentó a mi lado y sin mediar palabra tomó mi mano entre las suyas. Yo aluciné tanto como si le hubiera visto aparecer con un tutú rosa. No esperaba que Nachete demostrara la más mínima muestra de sensibilidad hacia mí. Entonces no estaba tan gordo, pero sus dedos ya parecían pequeñas salchichitas de Frankfurt. Acarició el dorso de mi mano con dulzura. Yo miré su inesperado movimiento y luego sus ojos. Me vi un poco a mi misma en sus pupilas, como si me reflejara en un espejo deformante, todos dicen que nos parecemos mucho.

Sus palabras sonaron extrañamente dulces. Su tono fue lento y albergaba un completo conocimiento.

—Estás muy preocupada, ¿verdad?

Continué mirándole sorprendida. En aquellos días no pasábamos mucho tiempo juntos y no estaba acostumbrada a las muestras de cariño de un chico alocado y alborotador, por muy hermano mío que fuera. Cada uno iba a su rollo. No supe qué decirle, nunca le había creído capaz de albergar sentimientos profundos y empatizar conmigo. Sonrió, pero no como hace antes de soltar una de sus gracietas, ampliando la boca y preparando la carcajada, sino de forma mucho más leve, casi invisible, comprendí que Nachete sonreía con el corazón. En realidad se trataba de un abrazo.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo —aseveró con firme suavidad. Asentí muy despacio. Sus manos todavía sujetaban la mía, el contacto era extraño, por lo inhabitual, pero sorprendentemente reconfortante. Nadie me había tocado nunca así. Nadie me ha vuelto a tocar nunca así, con el corazón. Aferré sus dedos como un bebé recién nacido. Y esa fue mi respuesta. Mucho más clara que cualquier palabra, que cualquier lágrima. Apreté sus salchichitas, mientras él movía despacio sobre mi piel su pulgar adelante y atrás.

Sentí una profunda oleada de calor. Era afecto en estado puro. Mis ojos se humedecieron un poquito, me esforcé por controlar mis glándulas lacrimales, estaba harta de que siempre hicieran lo que les apeteciera, y apreté sus manos con más fuerza. Con mucha más. Aunque hubiera querido hablar no lo hubiera podido hacer, mis sentimientos se atascaban en la garganta, nunca los hubiera podido moldear con palabras. Solo apreté más su mano, con toda la fuerza de mi desesperación, con todo mi miedo, como la parturienta a punto de gritar en la contracción definitiva.

Al día siguiente me iban a dar los resultados de las pruebas más recientes. Yo ya comenzaba a intuir que nada serviría de nada. Y acerté. Me jode ser profeta, pero acerté. Nacho sabía que estaba verdaderamente preocupada. Y entendía, ya entonces, el alcance de mi enfermedad. Lo vi en esos ojos que también se humedecieron, en esos dedos que se movieron con más intensidad. Cuando él veía una peli romántica y llegaban los momentos más intensos, cuando la chica moría en brazos del amado, Nachete no podía evitarlo y se ponía a mover las piernas como un niño que temiera ser preguntado por el profesor. Lo hacía sin percatarse, quizá para dar rienda suelta a las emociones que comenzaban a poseerle; un mocetón como él no podía llorar al ver un teledrama, claro que no. Movía su pierna.

Tampoco podía llorar al reconfortar a su hermana, vaya apoyo hubiera resultado. Movía sus dedos.

Yo seguí sin hablar, pero en ese momento supe lo que significaba tener un hermano mayor, alguien que me cuidaba y se preocupaba por mí. Bajé la mirada hasta el nudo que configuraban nuestras manos y vi cómo la piel se tornaba blanca allí donde yo apretaba. Muy probablemente le estuviera haciendo daño, pero él seguía aguantando mi presión.

—Te quiero, pequeñaja.

Asentí, sin poder hablar. Le di un penúltimo apretón que significaba «lo sé» y a continuación un último que decía «yo también». Luego, muy despacio, aflojé, incluso a mí me dolía la mano. Él aún retuvo el contacto unos instantes más. Ya estaba todo dicho. Se deshizo el nudo cuando nuestras manos se convirtieron en arena.

Acarició mi cabeza disfrazando el gesto como si me despeinara, solía revolverme el pelo y sabía que me daba mucha rabia, pero esta vez era diferente, se trataba de una nueva muestra de afecto. Salió de mi cuarto sin decir nada. Vi su trasero xxl y supe que siempre le tendría a mi lado.

La profeta también se equivoca, pero solo en las predicciones buenas.

Ahora vive con risapadentroElvira y solo viene a casa los domingos, aunque no todos. Me da miedo que se case porque tendré que ir a la boda. Hace meses que no me alborota el pelo, y años que no toma mis manos entre las suyas.

Pero le quiero igual.

Por eso ahora, en este momento, cuando asoma su cabezón por el marco de la puerta y dice con tono de falsete «¿Se puede, pequeñaja?» doy un bote y me levanto de la silla, arrastrando tras de mí el pañito que cae al suelo. Dios, que esté seco, que esté seco, imploro casi sin percatarme (la costumbre). Emito un gritito de alegría.

—Nachete, qué sorpresa. No sabía que ibas a venir.

—No, ni yo. Ha sido algo inesperado, pasaba por aquí…

—... y has olido la comida de mammm...

La última sílaba muere entre mis labios, me ha agarrado con fuerza y me estruja entre sus brazos. De nuevo percibo ese olor como a ajo en frasco, y me encanta. Me sacude con la intensidad de un tornado y me deja temblando.

—¿Cómo estás, pequeñaja? —Se separa un par de pasos para verme mejor.

Levanto los hombros y sonrío como un rehén obligado a hacer una declaración. Intento aparentar despreocupación, pero estoy segura de que solo logro demostrar patetismo.

Echa su mano a mi cabeza, aunque apenas revuelve mi pelo. Mal síntoma, eso quiere decir que se está conteniendo, que hay algo no natural. Querría que me lo alborotara hasta producirme enredones, que me despeinara a tope, que me mostrara su cariño con la intensidad de antaño. Pero no lo hace. Mientras aleja su mano de mi cabeza, un pelo largo flota entre sus dedos sin que él se percate, como un recuerdo a punto de ser olvidado.

—Ya me ha dicho la mamá... —Coge una silla tras romper el breve contacto, la arrastra un poco y se sienta con las piernas abiertas mirando hacia el respaldo, apoya sus brazos en él. Me gusta que no haya comprobado si estaba limpia. A pesar de la distancia y del tiempo continúa siendo un buen hermano—... que la operación no ha ido bien.

Busco mi pelo entre sus dedos, ha desaparecido, me embarga una absurda sensación de pérdida. Pongo cara de circunstancias: todo el mundo decía que funcionaría, que ahora hacen milagros, que da resultado en más de un noventa y cinco por ciento de los casos, pero yo estaba segura de que no sería así. Jodida profeta de mierda. Monto mi labio inferior sobre el superior y levanto un poco más los hombros, «¿Qué se le va a hacer?».

Recojo el pañito del suelo, la postura de mi hermano me invita a sentarme. El paño está seco, debería ir al baño por si acaso, pero me obligo a esperar un poco más, todavía no es la hora. No quiero que Nachete lo interprete como un gesto de derrota. Si él o mi madre se dan cuenta de que estoy mal, me darán la murga sin parar. Los dos a

dúo. Horrible.

—Bueno, pequeñaja, dicen que…, joder, cada día estás más delgada, ¿comes bien? —Asiento sin mucha fuerza. Retoma la frase que ha dejado a medias—. Dicen que hay que esperar un poco más, que a lo mejor es algo pronto, ¿no?

—Sí, claro —digo yo sin mucha convicción—. Habrá que esperar. A ver…

—Hombre. A lo mejor…

Entonces caigo en la cuenta. Nachete ha estado hablando con mamá. Claro que sí. O mejor dicho: mamá ha estado hablando con Nachete. La profeta acaba de resolver un nuevo enigma. ¿Qué día es hoy? ¿No es jueves? Él no pasa nunca por aquí entre semana a estas horas. ¿No tendría que estar trabajando? Y lo veo tan claro como el agua: mamá le ha pedido que venga a hablar conmigo.

Me siento traicionada, quizá debería sentirme un poco halagada. Ambos se preocupan por mí, pero no es esa la sensación que me embarga. Nachete no ha venido a verme por casualidad, ni porque le apeteciera animarme tras la operación, ha venido porque mamá se lo ha pedido, porque creen que necesito ayuda. Y no, no quiero ayuda. Nooo. No quiero la ayuda de nadie. Quiero que esto acabe de una puta vez, que termine la pesadilla. ¿Vale? ¡Que termine de una puta jodida vez!

Mi hermano dice algo. No le oigo. Me voy a levantar para, no sé, quizá para reprocharle que haya venido en plan intervención de los marines, o para echarle la bronca por ser un fingido, o para abrazarle, no sé, pero no llego a levantarme. En ese momento noto cómo la orina escapa de mi vejiga. Solo algunas gotas, pero son suficientes. Esa vieja y conocida calidez, el escozor que conlleva… El orín empapa la compresa y me recuerda lo que soy, en lo que la incontinencia urinaria me ha convertido: en una especie de inválida incapaz de dejar de mearse encima. Espero que el pis no traspase mi ropa y llegue al pañito.

¿IU? ¿Izquierda Unida?, bromeó mi hermano cuando me dieron el primer diagnóstico. Desde entonces, cuando ha querido preguntarme por mi enfermedad, siempre me ha preguntado cómo va mi Izquierda

Unida, y yo sonrío y sé que no es una broma de mal gusto, que no se mete conmigo ni me vacila, sino que es una especie de eufemismo, una forma de evitar pronunciar esas terribles palabras, con todo lo que conllevan.

Siento ganas de llorar. Una vez más. Joder si me repito. Llorar y llorar. Llorar y llorar, parece la letra de una ranchera. Unos segundos antes quizá lo hubiera hecho, me hubiera aferrado a mi hermano y le hubiera confesado todo, me hubiera desahogado, me hubiera liberado. Pero ahora sé que está aquí no por su propia voluntad, sino porque mamá se lo ha pedido. Porque creen que necesito ayuda.

Pero muerdo mis lágrimas. Aprieto los muslos como cuando realizo esos estúpidos ejercicios de Kegel que no sirven para nada y confío en que el orín no haya traspasado la compresa, el pañal, la ropa y el pañito. Que Nachete no se dé cuenta de nada.

—Habrá que dar algo más de tiempo —digo, intentando aparentar naturalidad. Ojalá no se escape el olor del orín. A veces siento que apesto como la jaula de un hámster mal cuidado, no importa las veces que me lave o el desodorante que utilice. Soy la arena sucia del fondo de la caja, el periódico desleído con manchones en cada titular.

La operación para el anclaje de la vejiga no ha dado resultado, solo consiguieron dos cosas: hacerme pasar un mal rato y que ahora el orín me escueza mucho más cuando moja los tejidos irritados y las incisiones. Sigo meándome encima. Como siempre desde hace seis años.

Mi hermano mira alrededor, sin saber qué decir.

—Pero ¿te encuentras bien? —pregunta finalmente.

—Sí, claro. —Y no puedo evitar añadir—: De maravilla.

Veo el desconcierto en su rostro. Es incapaz de interpretar mi tono, supone que he sido irónica, pero lo he dicho de una forma tan natural que no sabe qué pensar.

—Ya vas mejor, ¿no? —insiste con algo rayano a la desesperación.

—Oh, sí, ya puedo andar con normalidad, estos días he mejorado

mucho. —Que no me pida una demostración, que no me pida una demostración. Noto la compresa empapada.

—Pero sigues con… Izquierda Unida…

Ahora ha dejado de hacerme gracia. ¿Acaso no se atreve a llamar las cosas por su nombre? Tengo que refrenar mis ganas de gritar: «Sí, sigo meándome encima. Varias veces cada día, mi vejiga no tiene ningún tipo de control. ¿Entiendes? Ahora mismo tengo el coño empapado de meaos. Y noto cómo la compresa chapotea con cada pequeño movimiento que hago. ¿Vale? ¿Izquierda Unida? Vete a la mierda». En cambio, digo apesadumbrada:

—Sí —suspiro—, sigo.

—Ya —remata con resignación.

Y silencio.

Y ¿por qué no me revuelve el pelo? Y ¿por qué no toma mi mano entre sus dedos gordezuelos? Y ¿dónde está ese único pelo largo que ha volado antes hacia él?

—Y ¿tú te encuentras bien? —pregunta.

Muoocc. Repetición. Eliminado.

Sonrío.

—Claro que sí. —Casi me lo creo hasta yo. Puede que hasta él.

—Me alegro. —Pausa, no sabe cómo seguir. Finalmente añade—: Pequeñaja.

Ja. «Pequeñaja». La palabra sobra. No ha lugar. Lo que preciso son caricias. Calor. Olor a ajo. «Pequeñaja». Mierda. Que se vaya ya de una vez, quiero ir a cambiarme. Joder, me escuece. Abriría las piernas y las sacudiría para minimizar el roce, pero no me atrevo. No creo que el pañal haya traspasado, pero el olor…

Ay, que se vaya, por favor.

Sigue ahí sentado contra el respaldo de la silla.

—Tranquilo. Estoy bien, ya estoy acostumbrada —otra sonrisa de baratillo—. Puedes decírselo a mamá. Estoy bien, de verdad.

Y él también sonríe, como el concursante que falla en el programa televisivo.

—¿De verdad? —dice por cumplir.

—Ajá —refuerzo la expresión con mi cabeza.

Suspira despacio, noto cómo se le atascan las palabras en la garganta. Debe de ser cosa de familia. Se las traga. Da un manotacillo en el respaldo, ante él. Y se decide a levantarse.

La silla se queja cuando él la arrastra un par de centímetros.

No me toca la cabeza.

—Bueno, a ver si finalmente mejoras un poco. —Le sobran las manos.

—Sí, ya verás. —Creo que me he excedido en mi papel de chica optimista. Vaya final sobreactuado. De Razzie.

—Pues eso.

—Pos eso.

—Vale.

—Bola.

Vaya mierda de diálogo. Si estuviera escrito en uno de los manuscritos que tengo que valorar no aconsejaría su publicación ni de coña.

Se va. Ahora el trasero ya es xxxl, en estos años ha ganado una equis más. Bajo el marco de la puerta se vuelve. Me enseña su pulgar hacia arriba como un Nerón optimista y desubicado.

—Voy a ver a la mamá. Hasta ahora.

Y se lleva su dedo absurdo. Y oigo cómo desplaza su masa por el pasillo rumbo al informe de novedades. Me preguntó qué le dirá a mamá.

Me da igual. Me levanto y miro mi entrepierna arrugando la nariz. Nada raro. Examino la falda. Seca. Gracias a Dios. Voy al baño a cambiarme con el odioso chapoteo entre mis piernas.

En mi mesa el original de Ernesto del Río contempla el techo. Con un número de teléfono en la portadilla. Lo he anotado después de hacer unas pocas llamadas. No hay demasiados psiquiátricos en mi ciudad. No ha resultado difícil.

8

NOLASCO

Lo he decidido: no solo voy a copiar los textos de Ernesto, esto de la literatura me está comenzando a molar. Es muy fácil. Solo dices lo que piensas y ya está. Como hacen los famosetes de la tele. Así que voy a intercalar mis propias aportaciones. Con un par. Éxito seguro. Total, hoy en día cualquiera cuelga decenas de mierdas en Amazon y las llama ebooks. Además no quiero que el mérito del libro sea solo de él. Yo también soy capaz de escribir mis propias divagaciones y tal y cual. Anda que no tengo historias pa contar, jeje. Copiar los textos que Ernesto me dio es un poco aburrido, ya los he leído muchas veces y realizar siempre los mismos rituales y pactos me resulta cansino. Seamos creativos, dejémonos llevar. Juerga. Hala, al mogollón.

El tipo me dio un poco de pena. A mí. Así que imagínate su grado de patetismo.

Le quedaban cuatro pelos ralos que peinaba hacia atrás. Haciendo un chiste malo diría que el tipo era peinoso, ja. Dios, estoy que me salgo.

Su sonrisa era tan forzada como las marcas de un frenazo en una curva. Aunque resulta evidente que al final el coche se tragó la valla. Los restos de los postes eran sus dientes dispersos.

Sus ojillos se movían de un lado a otro a tal velocidad que parecía que te escaneaban, como una de esas pistolas que leen códigos de barras. Confieso que a mí esos aparatejos me acojonan un poco, no sé por qué, pero, oye, yo soy así, ¿vale? De todas formas, ¿a que no tienes huevos de pasarte uno de esos chismes por el escroto? No, ¿verdad? ¿Ves? Pues eso, lo que yo decía.

Supuse que se habría afeitado por la mañana, pero ya se le apreciaba en el rostro una sombra fuerte, de barba de abuelo. Como papel de lija barato. Tuve ganas de estirar la mano y tocar su rostro, rozar esa textura de felpudo para luego retirarla con un poco de aprensión, como si hubiera espachurrado el ojo de un caracol.

Recuerdo que cuando mi padre me besaba, pinchaba. Era una sensación extraña y reconfortante, entre cálida y desagradable. Sentir sus labios y a la vez esos diminutos alfileres. Al final yo acababa con todo el pubis irritado.

Nooo, que es broma, que hoy estoy juguetón… Puede que esté loco, sí, pero mi padre no abusó de mí de niño. No, nadie abusó de mí,… yo me dejaba. Ayy, que me parto.

Perdona, ya sigo. Siempre divagando, lo siento. Pero ¿a que escribo bien y esto es tronchante?

El caso es que el tipo era tan deprimente como… como, como, no sé, algo muy deprimente; ya está: el sofá de este piso, que se hunde hasta el fondo.

Soy muy malo calculando los años, tendría más de cincuenta, seguro. Se le veía desgastado, como una revista porno en un internado. Ni idea de su edad, pero, seguro que los granos que tenía eran más por disfunción hepática que por acné juvenil. Que el nene ya era carrozón, quiero decir.

Cuando entré, me escaneó a lo Robocop de todo a cien, zziiiiuuup, y me ofreció un frenazo desganado, ññiiiic. Me acerqué a la barra, cluapppii. Bueno, este último ruido no es cierto, me lo he inventado yo. Llegué en silencio, pero parece que el texto lo pedía...

Enseguida percibí una especie de anhelo, de ansia reprimida; me ojeó con la expresión de un niño huérfano que ve entrar a la pareja ideal en el despacho de adopciones. A mí, a mí, elígeme a mí; solo le faltaba dar saltos y poner cara de gatito desvalido. Tuve que reprimir mis ganas de abofetearle, no fuera que se me quedara la mano clavada en su barba de horas.

Le pedí un carajillo de coñá, por favor. El tipo mantuvo la mirada un poco más de lo necesario, solo unas décimas de segundo, pero sentí

como si pudiera ver ratas correteando por el estercolero de detrás de mis ojos. Entonces me entraron unas ganas terribles de tomar otra cosa.

—Espere. ¿Tiene zumo de mango?

Me miró con cara de síií, me han elegido y frenó con más intensidad.

Rebuscó un poco en la cámara y sacó una botellita que bien podría contener bilis de vaca. La agitó con la intensidad de un adolescente cascándosela por quinta vez en el día. (Mi media en una temporada baja).

No había bebido esa mierda en mi vida. De hecho, yo pensaba que los mangos tenían forma de pepino, pero en la etiqueta se veían más redondeados, como naranjas abombadas. Por cierto, ya que estamos: vaya aborto de fruta.

Vertió el líquido en un vaso en el que la gente del CSI no tendría que utilizar luces especiales para encontrar huellas dactilares, y me lo tendió. Su textura era espesa, se movía despacio en el vaso, como los líquidos de colores de las lámparas de lava. Joder, ¿de dónde me habría venido el antojo de tomar esa papilla para bebé enfermo?

Di un sorbo. Puagg, asqueroso, pero me gustó; yo soy así de contradictorio, o no. Era refrescante, un poco ácido, quizá. Saboreé los restos que el líquido dejó en mi lengua, buscando pequeñas pepitillas inexistentes, pero que sentía que debían estar allí. Cuando levanté la vista me encontré con sus ojos vibrantes. Le devolví la sonrisa. Sí, te hemos elegido, hijito, le animé mentalmente.

—Puedo ayudarte —dije con los labios húmedos de mango. De repente sabía muchas cosas, todas estaban allí, en sus nerviosas pupilas. Lo mío no fue una pregunta, sino una afirmación clara y contundente.

No respondió. Yo tampoco dije nada más. No tenía ni idea de cómo podía ayudarle ni en qué. Creo que del Río buceaba en el fondo del vaso y me saludaba como una mosca en la sopa. Me pregunté qué sabor tendría la pavesa si la humedecía en el vaso, me gusta mojar los churros en el chocolate. Di un nuevo sorbo, a ver si me tragaba al pesado de Ernesto.

—¿Cómo dice?

Dejé el vaso en la barra, lo situé con precisión en el circulito de humedad que ya había, procuré que encajara perfectamente. Así, muy bien, me gusta que todo entre justito. Todo. ¿Lo pillas?

—Nah, que yo puedo ayudarle —respondí con naturalidad, aunque me sonó más falso que cuando dicen Llamen ahora que todas nuestras líneas están abiertas en uno de esos concursos televisivos nocturnos. Pero él se echó un poco hacia delante.

Zziiiiuuup, su escáner visual me registraba de izquierda a derecha. Incluso pude percibir su olor personal, un cruce entre pepinillo en vinagre y colonia Floïd, la misma que usaba mi padre antes de no pincharme con su barba.

—¿Quién es usted? —preguntó con el tono deslocalizado del portero de discoteca que se acaba de meter una raya. Eh, yo quiero, yo quiero…

—Soy amigo de Ernesto del Río. Bueno, lo más parecido a un amigo, porque Ernesto era muy majo, yo le quería mucho, pero allí en el sanat… —me di cuenta de que había comenzado a parlotear y que mi gestión de la información dejaba un poco que desear. Cualquier día los de la Ley de Protección de Datos me harán fusilar en la horca por bocazas. Agité la cabeza dando por cerrada la frase—. Que soy un amigo, vamos.

No quedó claro de quién.

—Ya —dijo y se retiró un poco.

—Sí, pero en serio: puedo ayudarle.

Miré a mi alrededor y por primera vez me di cuenta de dónde me encontraba. Vaya bar cutre, por favor. Cuatro o cinco mesitas cuadradas, cada una con su servilletero en medio, y varias sillas de cocina cercándolas como indios en una vieja película sin presupuesto. Una máquina de tabaco con un folio escrito a mano en su frontal «Prohibida la venta de productos del tabaco a menores de 18 años. Pide en la barra que activen la máquina». Una puerta al fondo con el cartelito de Servicios medio despegado. Una máquina tragaperras que

mostraba entre destellos un botín pirata que desbordaba el cofre que lo acogía. Y media docena escasa de taburetes frente al mostrador. En la parte baja, la típica barra metálica para apoyar los pies, quizá el elemento más satisfactorio del establecimiento. Y sobre el mostrador un plato con varias latas cerradas de berberechos, almejas chilenas y pulpo; un trozo de queso a punto de florecer envuelto en papel transparente completamente mate de tantas veces que había sido usado, y otro plato con un par de bolsas pequeñas de patatas chips. En la vitrina del fondo unos donuts y unos sobaos se resecaban en sus respectivos envoltorios.

De no ser por la tele de plasma, apagada, hubiera pensado que había retrocedido en el tiempo a cuando yo era niño y bajaba a comprar tabaco para papá en un bar muy parecido a este. Me encantaba el olor a humo y a calamares fritos, pero en este bar el ambiente era desagradablemente aséptico, excluyendo la colonia Floïd del tipo.

—Ah, sería una pena que perdieras todo esto —dije sin saber por qué, mientras brindaba al tendido con la naturalidad que me caracteriza—. Y puedo ayudarte a conservarlo.

—¿Quién eres? ¿A qué vienes?, ¿eres un cobrador?

—Oh, no, por favor. —Yo no había faltado a ese tipejo, y mira lo que él me llamaba…— Soy un amigo y solo vengo a ayudarte.

—Bien. Pues… uno cincuenta, por favor.

Su mirada era severa, como la de las enfermeras cuando del Río y yo nos poníamos festivos. Ay, qué tiempos aquellos. Ernesto siempre se sobraba y alguien acababa llorando, normalmente yo, pero no siempre, a veces eran las enfermeras. Valía la pena, eh, de verdad.

Vale, el caso es que el dospelos me había empezado a joder. Entre otros detalles, porque yo no tenía uno cincuenta.

—Espera. Te voy a pedir un ejercicio de fe… —propuse.

—No. No quiero rollos, solo quiero que me pague la consumición, se la termine y se vaya.

—Si haces lo que digo, podrás conseguir lo que quieras.

—Lo que quiero es uno cincuenta del zumo de mango.

—Pero…, pero… yo puedo ayudarte.

—Ah, ¿sí? ¿A qué?

—Bueno, no sé… a lo que necesites.

El cabrón de Ernesto no aparecía por ningún lado, probablemente se había acabado ahogando en esa papilla asquerosa que tan bien sabía. Miré a mi alrededor buscando una respuesta inteligente, solo encontré algo de grasa y vacío absoluto. Entonces se me ocurrió: los baldosines del suelo. Sus grietas siempre llevan al infinito.

—Mire, amigo, no quiero líos ni problemas —dijo con el tono tan seco como el coño de las enfermeras del sanatorio; solo le faltaba la babilla blancuzca reseca en la comisura de los labios.

Mierda, eran grandes baldosas de terrazo, sin apenas uniones, ¿cómo iba a escapar por allí, cómo iba a divagar por las intrincadas rutas de sus arrugas? Ernestito, guapo, ¿dónde estás?

—Bueno, el bar está vacío —dije en un momento de inspiración.

—No, no está vacío, hay un tipo que me debe uno cincuenta.

—Uno cincuenta, uno cincuenta —repetí dejándome llevar—. Eso no es lo importante. Mira. Esto es lo importante.

Y abrí mi chaqueta como un exhibicionista desorientado. Entre la camisa y el cinturón llevaba una copia de los folios que había pasado a limpio de los escritos originales de Ernesto.

Vale, ahora entiendo que quizá mi gesto en aquel momento no resultó muy inteligente, pero allí, en caliente, me pareció adecuado: me dejaba llevar, oye, no es una excusa, es una realidad. Es una misión. Es mi misión. Por eso rematé:

—Tacháaan…

Me miró como si la pavesa incinerada de del Río estuviera a la vista. Tanto es así que me aseguré de que eso no estaba ocurriendo. Miré mi cuerpo. Algunas hojas estaban arrugadas. Tendré que comprar una

carpetita. Parecía un pordiosero abrigándose con unos cuantos folios desordenados. Me apresuré a sacarlos. Sin querer, arrugué un poco las dos primeras hojas. Y puse todo en el mostrador, junto al vaso mediado de zumo de mango, (no sé si lo he dicho ya: el mango tiene forma de naranja abombada).

—Esto, esto cambiará tu vida —proclamé.

Miró las hojas como si el papel estuviera hecho de cucarachas aplastadas. Consejo para los editores: oye, molaría, pero claro, tendría que utilizarse tinta blanca, supongo.

De repente dio un par de pasos alejándose hacia un lado y tomó un paño de cocina, se restregó las manos. Y eso que no había tocado los folios.

—Acabe la consumición y márchese —sentenció con el mismo tono que usaba el doctor Ramírez allá en el sanatorio cuando hacíamos llorar a las enfermeras.

—No, no. Lo digo en serio. Esto cambiará tu vida. —Empujé un poquito las hojas. No avanzaron las cabritas, solo se desparramaron.

—No quiero cambiar mi vida.

—Oh, vaya, todos queremos cambiar nuestra vida.

Me contestó con un atronador silencio.

—Mira —proseguí—, te voy a dejar las hojas aquí. Solo tienes que leerlas. Y hacer lo que te indiquen. Es muy importante.

—Que no quiero esa… —sé que hizo un gran esfuerzo por no decir «mierda»; el tipo era educado, pero el fonema nasal labial «m» casi resonó en su paladar—, esa…, esas hojas.

—Que sí, mira. Tú me invitas al zumo… —Aproveché para tomar un rápido trago, saboreándolo. Realmente era asquerosa esa maravilla—. Humm. —Chasqueé la lengua; casi me lo había acabado ya—. Y quizá también a un bocata, sí un buen bocata, de… de algo, lo que sea, me da igual. Jamón…, queso…, jamón y queso…, panceta…, panceta con queso… —y se me ocurrió de repente—, con pimientos estaría muy

bien, sí. Pero, hombre, a poder ser con pan crujiente. En realidad lo más importante de un bocadillo es el pan, el ochenta u ochenta y cinco por ciento de un bocata es pan. Bueno, ¿qué te voy a decir que tú no sepas? Eres un profesional. —Me di cuenta de que ya lo estaba volviendo a hacer. Divagar, me refiero. Al grano—. Euhh…, que yo te dejo aquí este tesoro. Para que lo leas y lo sigas.

Y le di un manotazo a las hojas, pensé que resultaría teatral, algo así como una especie de golpe de efecto. Un punto y aparte. Pero solo conseguí que la primera hoja se pegara a mi mano húmeda. La sacudí y tuve que ayudarme con la otra para despegarla.

Cuando logre dejar la hoja sobre el montón volví a mirar al tipo del bar.

Vaya careto. No dijo ni una palabra. Se limitó a levantar el brazo muy despacio y señalar con rotundidad la puerta. Parecía una de esas enormes carceleras rusas de las pelis de serie Z. Yo seguí mirándole a la cara. Me acordé de esa vieja frase: «Cuando el dedo señala la luna, el idiota mira la puerta», o algo así.

—No, no, que lo digo en serio —aseguré inseguro.

Movió la mano con energía. Quedaba muy claro qué señalaba.

—Bueno, vale —di un par de pasos hacia atrás—. Si quieres me voy, pero aquí te dejo los escritos. Aprovéchalos. Esta es una oportunidad única.

Y me dirigí hacia la puerta. Oye, al menos me había cascao el zumo by the face.

Por el rabillo del ojo (el mismo rabillo por el que veía las sombras moverse en la vacía sala acolchada del sanatorio) vi que tomaba el manojo de folios. Me apresuré a salir no fuera que me duchara con ellos. Y me eché a un lado porque en ese momento entraba una mujer con un carro de la compra. Por su actitud deduje que se trataba de la esposa del tipo del bar. Vaya, pobre desgraciado, dormir todas la noches con ese callo malayo debe de ser una especie de castigo. No me imaginaba a mí mismo abrazando a esa cosa, y mira que ni siquiera hago feos a según qué estropajos.

El caso es que la entrada de la ¿mujer?, ¿orca?, ¿ballenata? evitó muy probablemente que yo acabara bajo una lluvia de folios.

—Buenos días, señora —saludé muy educadamente reprimiendo mis arcadas. Le sujeté la puerta para que acabara de introducir el carrito.

Ella me miró asombrada, todavía no había visto a su marido con el brazo en alto a punto de arrojarme las hojas.

—Gracias —graznó (es que no sé cómo se llama el sonido que emiten las ballenas).

—Las que usted tiene —y reprimí una carcajada. Comencé a alejarme acera abajo casi dando saltitos como los niños pequeños cuando están contentos y nadie les pincha por las noches con la barba de dos días. Me sentía bien. Había comenzado a difundir el evangelio según San del Río. Empezar era lo complicado. En cuanto se publicase, mi labor estaría terminada.

Imprimiría una nueva copia de esa parte y la enviaría a la editorial. Vaya, mira, ya lo he hecho y es precisamente lo que estás leyendo…

9

ERNESTO SOBRE MARI

Deja que te cuente una historia. No es una gran historia, ni una odisea que te marque, te advierto. Ni es un cuento agradable que se siga con interés. Ni un relatillo alegre y despreocupado, sino una historia un tanto anodina y bastante lamentable. Por no tener, no tiene ni un buen final. Y es que las cosas, en esta vida, nunca tienen final, a no ser que te mueras; siempre continúan un poquito más de lo necesario, a veces incluso aunque te mueras.

Ni siquiera es una historia aleccionadora, puede que no saques ninguna conclusión. A veces la vida real no tiene moralejas; otras hay que esforzarse por ver las lecciones que nos brinda: quedan escondidas en la familiaridad de la rutina, en lo banal de la existencia. Puede que te haga experimentar algo, que te produzca una sensación que no sepas interpretar. O quizá ni siquiera la entiendas. Pero no te preocupes, que aquí estoy yo para explicártela si no la acabas de comprender. Tenemos un trato, ¿recuerdas?

Esta es la historia de… Mari.

La muchacha necesita dinero para comprar un poco de alcohol. Es viernes por la noche, la mayoría de los bares de la zona están atestados, pero a ella y a sus amigas no las dejan entrar, no tienen la edad necesaria. Algo que, a pesar de sus ropas provocativas y de su maquillaje aplicado a zarpazos, se les nota a la legua. Y lo que tampoco tienen es ni un solo euro.

Decenas de jóvenes se mueven a trompicones en los aledaños de la placita, entre portales, coches aparcados, orines en las esquinas y

vómitos en las aceras. A ellas les falta muy poco para coger el puntito chachi, ahora el mundo es borroso y los movimientos de los demás generan estelas lentas a su paso. Pero alguien ha calculado mal el alcohol que han comprado en el chino o alguien ha bebido más de la cuenta (va a ser lo segundo), y el caso es que ya no queda priva. Ahora Mari quiere beber un poco más. Todavía reconoce los rostros, todavía puede mantener conversaciones medio coherentes (o eso cree ella, en realidad ya está como una cuba). Pero el idiota de Miguel sigue aferrado a su mente como esos trocitos de cinta adhesiva que sobran y no puedes quitarte de los dedos ni aun sacudiéndolos. ¿Dónde se habrá metido ese gilipollas? No ha aparecido por la zona en toda la tarde. ¿Con quién estará?

Mari quiere olvidarle, desprenderlo de su cerebro a base de tragos. Deshacerse de él, y de las clases, y de los pesados de sus padres, y de su existencia rutinaria y fácil. Llevar una vida diferente y arriesgada, en la que ella pueda elegir qué hacer y cuánto beber.

Su amiga, (en realidad se llama Pili, pero quiere que todo el mundo pronuncie su nombre como si fuera una palabra inglesa: Pailay. Le encanta que cuando entablan conversación con un grupo de chicos siempre digan, «anda, ¿es un nombre chino?»), su amiga Pailay, decíamos, le anima a ir, le da pequeños empujoncitos y ríe a carcajadas.

—Ya verás como te gusta —le asegura con voz tan discordante como la combinación de colores que viste.

Mari no está segura, pero si no se da prisa cerrarán el chino y no podrán comprar ni una sola botella más. Se hace la remolona porque le gusta que Pailay la empuje. No es que sea lesbi, es que a veces cualquier roce se agradece. Además, así se siente un poco más obligada, eso tranquiliza algo su conciencia adormecida.

—Venga, va… —implora Pailay. Los demás del grupo han desaparecido; de repente se han visto solas; suele pasar según se agita la marea. Quizá los demás hasta hayan logrado entrar en algún bar. O se han escaqueado con la última botella de Malibú. Mari no recuerda haberla liquidado. Pero no está muy segura de nada.

Mari se vuelve y abraza a su amiga, ambas se tambalean inseguras.

Están a punto de caer. Un chico que pasa a su lado aprovecha para rozarlas con no demasiado disimulo.

—Ehhh —gruñe Pailay, pero una risa apenas amortiguada traiciona su supuesta indignación.

—Quita, bicho —dice Mari agitando una mano, no se sabe si para equilibrarse o para espantar al chaval. Y se ríe a carcajadas. El chico ya ha desaparecido entre la multitud, ni siquiera se entera del comentario. Él se ha llevado el roce de culo y ya está servido.

—Bueno, ¿qué?, Marichuchi. ¿Vas o qué? —dice Pailay retirándose un poco. Ahora no le apetece montar el numerito bisex.

A Mari le gusta que su amiga la llame así, lo encuentra entrañable y un poco sexy, aunque no sabe por qué. Le da un beso en la mejilla. Es un beso espontáneo sorprendentemente lúcido.

—¿Será así? —pregunta Mari.

—Uh, uh, lo dudo. —Y más risitas de niña traviesa—. Imagínate que es Miguel.

Mari le da un empujón, casi demasiado fuerte. Pailay abre sus hermosos ojazos marrones en señal de «colega, no te pases, ¿vale?».

—Deja en paz a ese… a ese… —dice Mari y las palabras se le amontonan sin encontrar salida, más por el alcohol que por la ira— a ese…

Pailay concluye la frase, ha decidido mostrarse conciliadora:

—A ese. Punto.

—Eso. A ese. Punto.

—A ese punto.

—A ese puto punto.

—Ese puto al punto.

Y ambas se echan a reír como si el diálogo no solo hubiera tenido

lógica, sino gracia. Al poco, cuando las carcajadas sin sentido cesan, Pailay vuelve a la carga.

—Va, Marichuchi. ¿Vas a ir o qué? La semana pasada fui yo.

—Jo, la verdad, Pailiti, me da un poco de no sé. ¿Es muy desagradable? —su tono deja traslucir una preocupación que ni el alcohol llega a cubrir.

—No, ni gota, son solo unos segundos. Como tomar jarabe para la tos. Ya verás, ni te enterarás. Espera, espera.

Pailay mira en las bolsas del supermercado que hay a sus pies y saca un tetrabrik de vino vacío. Lo agita como si eso pudiera generar algo de líquido y lo vuelve a dejar en la bolsa con gesto de disgusto, ni una gota. Pailay siempre recoge las botellas y las tira al contenedor, una cosa es que le guste beber y otra que sea una incívica. Saca una botella de dos litros de Coca-Cola en la que todavía queda un culo de líquido oscuro. Abre el tapón, huele el contenido y sonríe.

—Toma, apúralo, es lo último que nos queda. —Rebusca más en la bolsa—. Joder ¿sabes qué ha sido de la botella de Malibú?

Ese es el misterio del siglo. Mari toma el calimocho y bebe los escasos restos de líquido, el refresco está caliente y el vino es malo, pero le gusta el sabor que deja en su lengua.

—No sé, se lo habrán llevado estos. Supongo.

—Joder, pues ya les vale. Ahora adivina dónde estarán.

—Nah, Pailiti, no te preocupes, que voy ahora y consigo para un litro de cerveza.

— Uhmmm, cerveza —dice Pailay, imitando a Homer Simpson.

— Uhmmm, cerveza.

Risas tontas.

Mari está a punto de arrojar la botella vacía por encima de un coche, pero se acuerda de que Pailay es una reciclatodo y vuelve a dejarla en la bolsa. No quiere ahora una de esas estúpidas broncas de su amiga,

la ecologista barata. Al inclinarse, el mundo se mueve un poco demasiado.

Vuelve a erguirse y le cuesta centrar la vista. Toma consciencia de que está borracha y de que quiere estarlo todavía más.

—¿Estará…? —pregunta Mari con un puntito de ansiedad.

—Supongo. Siempre está. —Pailay lee en el rostro de su amiga y finalmente sugiere—: ¿Quieres que vaya yo? De verdad: no me importa. No pasa ná, si es una tontería.

Y Mari sabe que lo dice de verdad, que habla con el corazón. Que Pailay volvería a ir también esta semana. Por eso quiere a esa pesada, no solo porque le deje el maquillaje.

—Chiss. Quieta parada. Hoy voy yo —dice con la firmeza y los gestos del borracho de bar.

—Como quieras, Marichuchi. No me importa ir. Si quieres, podemos ir las dos.

—No, no. Hoy voy yo —en realidad su lengua pronuncia «hoy bollo» y Pailay piensa «y mañana batatas», ahoga una risita para no tener que explicarle el absurdo chiste a su amiga—. ¿Dónde está?

—Ya sabes. En el callejón.

—Si no he vuelto en media hora, avisa a la Policía —dice Mari con un tono sorprendentemente bien conseguido de serie televisiva; en seguida se arrepiente de haber gastado la broma. No puede evitar cierto temor.

—Tonta. Ya verás, lo mismo te gusta y todo.

—Pues estaría genial. —Lo duda mucho, pero su tono ha sonado cantarín.

—Yo me quedo aquí con las botellas, ¿vale? Por si aparecen estos…

—Vale. No tardo.

—Ya, y si no has vuelto en media hora…

Mari agita la mano para interrumpir la frase.

—Deja, deja.

Y se aleja hacia el callejón. Intenta que sus pasos resulten firmes y decididos, pero la acera se mueve como si hubiera marejadilla en las cloacas de la ciudad. Pailay ve a Mari alejarse. Qué buen pelo tiene la jodía, cómo le gustaría a ella tener esa melena.

La entrada al callejón huele a orín. La mayor parte de los chicos utilizan las arcadas de los primeros locales como váter. Un charco oscuro se amontona en una esquina.

Mari tiene suerte, en ese momento no hay nadie meando, algo que siempre la incomoda. Un día, Pailay le enseñó una película superguarra, pero superguarra superguarra, y no podía evitar acordarse de ella cuando veía a algún chico orinar.

El hombre está al fondo, su silueta se recorta como si se tratara de la cartelera de «El exorcista». Mari sacude la cabeza y sigue adelante, procurando no pisar demasiado los regueros de orín. Puaggg, qué asco.

A partir de media calle ya no hay tanta suciedad. Todos respetan el territorio del viejo, que las chicas sepan, nunca nadie se ha metido con él.

Le ve borroso. Y se dice a sí misma que no es nada, que no pasa nada, que solo es un momento. Una tontería.

El hombre la ve acercarse y le hace un gesto con la mano como si le indicara el camino. Ven, ven.

Mari llega a su altura. No es para tanto. El tipo no es tan desagradable como se lo había imaginado. No es tan viejo; incluso tiene un cierto aire al amigo de su padre, ese que siempre insiste en que vayan a la piscina de su chalé. De tan anodino, resulta familiar.

—Hola, cariño —dice él.

—Hola —responde ella con tímida decisión.

Y se miran. En las sombras apenas se ven. A Mari no le importa, casi lo prefiere así. Al grano, tía, va. Y se lanza:

—Me han dicho que compras besos —dice ella. No reconoce su propia voz. Le suena extraña. Vibrante como un pizzicato.

El hombre la mira despacio, sus ojos resbalan por el cuerpo de la chica, pero no es una mirada lasciva o sucia, sino simplemente observadora, como la de quien lee un folleto mientras espera ser atendido. Ella no se siente violentada. Esperaba verle babear y gemir. El hombre asiente con la cabeza. Su voz es profunda y modulada.

—¿Tienes algo que vender?

Ella le mira sin comprender. Él sonríe con pena. Esa muchacha podría ser su hija.

—¿Tienes algo que vender? —repite despacio con su tono que no llega a ser empalagoso, pero al que no le falta mucho—. Quiero decir: ¿Quieres vender un beso?

—Ahá, sí. ¿Cómo funciona esto? No quiero sorpresas o marranadas, tío.

—Oh, cielo, por supuesto que no. Yo solo compro besos. Porciones de cariño. Nada más. No tienes por qué preocuparte. Te pido y ofrezco respeto. Y sinceridad, no quiero mentiras. Los besos no pueden ir rodeados de mentiras.

—Solo un beso —no es una pregunta, pero lo parece.

—Eso es. Solo un beso.

—¿Con lengua?

—Como tú quieras, corazón, como tú quieras. Tú eres la que besa, eso lo decides tú.

—Y… y ¿cuánta pasta?

—Pon tú el precio, mi vida, pero si te pasas, te diré que no. No me gusta regatear. Tú dices el precio y yo lo acepto o no. Nunca te pediré que rebajes el precio, solo tú sabes lo que valen tus besos.

—Ya. La semana pasada a mi amiga le dio tres euros. —No se ha dado cuenta de que le trata de usted.

—Tres euros —repite en tono neutro, como un mero eco. Como si le hastiara hablar de dinero.

Mari decide arriesgarse:

—Yo quiero cinco.

—Uff. Cinco. —La sonrisa se ensancha en el rostro del hombre, como si alguien le estuviera contando un chiste que ya conoce, pero que le sigue haciendo gracia. Parece valorar el precio—. Te crees mucho mejor que tu amiga, ¿no? Tendría que ser un buen beso.

—Claro que sí. Beso muy bien.

—No lo dudo. ¿Cuántos años tienes?

La pregunta coge por sorpresa a Mari. Ni siquiera se le ocurre soltar el típico «dieciocho» al que ya se ha acostumbrado en la puerta de los bares y que no se cree ni dios, por muchos kilos de sombra de ojos con que se haya embadurnado los párpados.

—Catorce —confiesa.

—Eres muy joven.

—Bueno —responde agitando una mano para quitarle importancia. Siente que la borrachera se le está pasando por segundos, y no le gusta esa sensación— ¿Qué, cinco euros, entonces?

—¿Haces esto por tu propia voluntad?

—¿Eh?

—Quiero decir que nadie te obliga, ¿no? Y yo el que menos.

—No, nadie me obliga, joder, claro que no. Lo hago porque yo quiero. Quiero el dinero.

—Muy bien. Yo no te he hecho proposiciones deshonestas ni te he insinuado nada sexual.

Parece que hable para que conste en acta. Mari se pregunta si no estará grabando la conversación.

—No. Yo solo le doy un beso y usted me da cinco euros.

—Así es. Venga, acepto el precio —el hombre se queda pensativo de nuevo, como si el final del chiste que le han contado no fuera el que él recordaba—. Pero te voy a pedir un favor.

El viejo mete la mano en un bolsillo, tintinean monedas. Saca varias y las cuenta hasta que separa cinco euros. Quedan sobre su palma abierta.

—Recuerda que he solicitado tu respeto. Este es el pequeño favor que te pido: dile a tu amiga que solo te he dado tres euros. Seguro que os llega para una botella de algo. Así ella no se sentirá mal. Ni infravalorada, ni mal pagada. Dile que solo te he ofrecido tres, como a ella. ¿Vale? ¿Me lo prometes?

A Mari no le parece mal del todo, ¿qué más da?, pero durante unas décimas de segundo piensa si no le propondría la misma promesa a Pailay la semana pasada.

—Vaaale. Venga, vamos ¿o qué?

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Muy bien, amor. Toma.

La chica coge las monedas y se las guarda en el bolsillo de los vaqueros de marca; las ha contado mentalmente en la palma del hombre.

El viejo se inclina hacia delante. Ella se estira un poco. No cierra los ojos.

El hombre siente el aroma de la niña, huele a Coca-Cola, alcohol y colonia cara. Es sorprendentemente fresca. Sus cabellos todavía conservan la fragancia de la crema suavizante. Su aliento es cálido. Al comprabesos le gusta ese sabor humano. Cuando sus labios se juntan

se produce una explosión de pétalos. El roce de los labios de ella casi le duele de tan dulce… Algodón de azúcar que oculta pequeñas esquirlas de vida. Se inclina un poco más y el contacto se acentúa. El hombre se siente rejuvenecer, viajar. La muchacha pega sus labios con fuerza. Por lo visto está decidida a ganarse bien su dinero. Ninguna otra parte de sus cuerpos se toca. Los brazos de ambos cuelgan en sus costados.

El hombre siente las gordezuelas almohadillas de los labios de la chica, el dulce sabor de su saliva. Sabe que en algún momento de la tarde ha comido ganchitos. Y le encanta ese sabor a adolescencia.

Entonces ella saca la lengua y la pasa por los labios de él. Es un contacto íntimo, casi sexual. La lengua de la muchacha es un ser vivo, un pequeño animalito que juega a dar pequeños toques. Le encanta, oh, le encanta. Él abre un poco la boca y la lengua de la chica se introduce entre sus labios, empujando, pulsando. Roza sus dientes y encías. No deja de agitarse. Es la vida en estado puro.

Oye cómo la niña toma aire por la nariz y su espíritu volátil casi es aspirado por ella. Es un sonido tan cercano, tan personal… La chica levanta despacio sus brazos, posa sus manos en el cuello del hombre y lo sujeta con firmeza. Le acerca hacia ella. Sus dientes entrechocan con un tintineo de vajilla.

Durante unos segundos el viejo absorbe la esencia de la muchacha, se contagia de su vitalidad, se impregna de su juventud inabarcable. Y al mismo tiempo le traspasa su locura, no puede evitarlo.

Ella mordisquea suavemente los labios del hombre, atrapa su carne y desliza los dientes con cuidado, como si arara uno de esos minúsculos jardines zen de sobremesa. Él quiere que ella se le lleve.

El beso continúa todavía unos segundos más, es apasionado, sentido, completo.

Cuando ella se retira un palmo, un hilillo de saliva les une, finalmente se quiebra y cae sobre la barbilla de él. Saca la lengua y lo recoge; que no se pierda nada. La presión de las manos de la chica continúa en su cuello; y su sabor, en los labios: el alcohol, la Coca-Cola, los ganchitos al queso y, sobre todo, la vida. El brillo de esos ojos, la sonrisa espontánea, la gracia de su cuerpo desgarbado que todavía no ha

acabado de desarrollarse. Ha conseguido tantas cosas con ese beso…

—¿Qué? ¿Te ha gustado? —dice ella.

Las manos de la chica resbalan de su cuello tan despacio como nubes en un día sin viento.

Él no tiene palabras, son tantas las emociones que experimenta que no puede decir nada. El fuego de la chica todavía congela sus labios. La lengua del hombre aún paladea su saliva. Y ya echa en falta su roce. Asiente despacio.

—Pues, hala, ya está —zanja ella con el tono que emplearía una madre al recibir a su hijo después de su primer viaje en los caballitos. Se retira un paso—. Te dije que besaba muy bien, ¿no?

—Sí, es cierto —logra decir el hombre, su tono de voz deja traslucir su esfuerzo por recomponerse, parece que salga del dentista.

—Pues otro día, más.

—Como quieras —una pausa para tragar saliva, con las últimas gotitas de la de ella. Y el hombre dice—: Oye, una cosa...

Ella ya había comenzado a girarse. Interrumpe su movimiento.

—¿Sí?

—Dime. ¿Cómo te sientes? Y recuerda que hemos hecho un pacto de sinceridad. Que nos respetamos.

Clava con ternura su mirada en los ojos de la chica.

—¿Que cómo me siento? —Ella tuerce el morro y achica un poco el ojo izquierdo, lo hace sin darse cuenta, siempre pone esa expresión cuando piensa—. Bien —sube los hombros—, cojonuda, de ma ravilla.

—¿Sabes lo que has hecho?

—¿Lo que he hecho? Sí, darte un beso.

—¿Solo eso?

Ella achica un poco más el ojo. Hoy está pensando mucho.

—Bueno, y ganarme cinco euros. Euhh… no. Tres euros —y le guiña el otro ojo.

Él sonríe con tristeza. La chica no lo entiende. No tiene ni idea. No sabe lo que acaba de hacer, las repercusiones que ese acto de unos pocos segundos tendrá en su vida. Ahora ya no solo será ella, será mucho ma

—Vale, que me voy o no llegaré a la tienda.

—Vale. Hasta siempre.

La chica da media vuelta y emprende un descuidado trotecillo hacia la calle principal. Todavía encuentra unos segundos para volverse y decir adiós con la mano. Puede ver sus dientecillos de conejo en la sonrisa.

—Hasta siempre —dice él muy bajito—. Ahora ya eres mía.

Observa a la gacela alejarse. Y siente pena. No puede evitarlo. Ha visto el destino de la chica, tan claro como si fuera profeta o adivino. Lo ha captado en el roce palpitante de sus labios, en la calidez de sus ma nos, en la vida que le ha traspasado. Y la ve ma rchar a contraluz, casi a cámara lenta, con la melena ondeando tras ella, dando saltitos para esquivar la luz reflejada en los charcos de orina; vibrante. Podría ser su hija.

Normalmente siempre se queda un poco triste, pero en esta ocasión el desánimo es ma yor. La chica es encantadora, tan llena de gracia, tan plena, tan espontánea… La ha elegido. Ahora está junto a ella y ella no lo sabe. Oh, vaya.

El proceso ha empezado. Bueno, puede que no sea exactamente así, que ya hubiera comenzado antes, lo ha notado en sus labios. Por eso la ha elegido.

Pero él ha supuesto un importante punto de inflexión. Se empieza vendiendo un beso en un callejón oscuro y se acaba…, se acaba ¿quién sabe?

Agita la cabeza y chasquea la lengua; podría ser resignación o

inquietud. Decide marcharse, tiene suficiente por hoy. En lugar de salir a la calle principal, se adentra más en el callejón sin salida, sigue el intrincado dibujo de los baldosines del suelo.

Poco después, cuando Mari lleva la mano al bolsillo para pagar en el chino, solo encuentra tres euros. Rebusca con fruición, se asegura de que no tiene ningún agujero en el fondillo. Maldice en silencio. No sabe cómo, pero el tipejo del callejón le ha chuleado dos euros. Puto cabrón. Y puto secreto. O, bueno, quizá se le cayeran al meterlos en el bolsillo, piensa, aunque no oyó tintinear ninguna moneda. Afortunadamente le llega para pagar la litrona, aunque tiene que dejar la palmera de chocolate.

Veinte minutos después: Pailay y ella ríen a pleno pulmón abrazadas la una a la otra. Ya han vaciado la botella. Se la han ventilado entre las dos, a excepción de unos cuantos tragos que ofrecieron a un grupo de chicos con quienes vacilaron un poco.

Treinta y cinco minutos después: Mari vomita contra la rueda de un coche. Pailay le retira el cabello de la cara y procura no oler el vómito para no devolver ella también. Puaggg, qué asco.

Una hora después: por fin aparece Miguel. Llega sonriente, sobrio y con una botella de licor de melocotón. Mari se levanta del portal en el que ha estado en trance los últimos veinte minutos e intenta recomponerse un poco, con moderado éxito. Uhmmm, licor de melocotón, dice Homer Simpson.

Una hora y media después Miguel la desvirga en el callejón sin salida, mientras ella cree besar al comprabesos. Siempre creerá besar al comprabesos. Quizás sea así. Ma ri.

Te lo dije. Te lo advertí. No es una gran historia, ni siquiera tiene un buen final. Pero, bueno ahí está. Quizá más adelante te cuente más cosas sobre Mari. También te advertí de que la historia no tenía una moraleja clara, a no ser que te quedes en el superficial «es malo beber». Oh, no seas tan evidente. No, ya sabes que los tiros no van por ahí. Ese no es el mensaje. Quizá más adelante te lo explique si lo necesitas, pero confío en que no haga falta. Seguro que sabes que el hombre salió en ella del callejón.

Ahora solo te voy a pedir uno de esos ejercicios de confianza que te solicito de vez en cuando.

Quiero que entres en ese callejón. Avanza baldosa a baldosa. Esquiva los charcos de orín. ¿Ves el punto final? Acércate. Un pie tras otro, un paso firme, no titubees. Deja que la oscuridad suceda a las sombras. Otro paso más, vamos, no tengas miedo.

Venga, solo un poco más. Ya has llegado. Estás en el punto exacto.

Y ahora, dime, pero sin pensarlo demasiado:

¿Quién eres, el hombre o la chica?

10

HILARIO

Dejo las hojas sobre la cámara de refrescos. Me siento un poco… no sé, mareado no es la palabra, no; impactado, quizá; pero tampoco. Afectado, sí, eso es. Esto afecta. Miro el taco de hojas. Se me antoja la suela de un zapato después de pisar una mierda de perro. Perturbado podría ser la palabra que busco… No sé, da igual.

No entiendo muy bien qué es esta historia ni cómo me las he arreglado para acabar leyendo los folios llenos de erratas que me ha dejado el chalado del zumo de ma ngo. Estaba aquí, tras la barra, aburrido, esperando que entrara algún cliente y los he cogido.

Ya no compro el periódico, ni siquiera el Marca. A veces logro hacerme un hueco entre los viejos para que a primera hora un jovenzuelo malencarado me entregue un periódico gratuito de esos que son cuatro hojas y todas llevan publicidad. Estaba aburrido, harto de dar vueltas al mismo tema de siempre. Por eso he empezado a ojearlas y a leerlas.

Y no me han sentado muy bien.

Todavía no he hablado con Magdalena, aún no le he dicho que no nos va a quedar más remedio que… joder, no me sale la palabra, no quiero ni pensarla. Cuando lo pienso se me encoge el alma. Y el miedo más atroz me embarga. Un sabor amargo, como de bilis, me sube hasta la garganta. Dios, ¿qué vamos a hacer? No quiero seguir así, con este temor, con esta incertidumbre.

La pobreza está aquí mismo, aguardándonos a la vuelta de la esquina, alimentándose del ronroneo de las cámaras, emboscada tras las botellas, enroscada en la bayeta con la que limpio la barra.

Si sacáramos algo del traspaso quizá pudiéramos ir al pueblo, allí la vida es mucho más barata. Si nos llegara para una casa, aunque estuviera hecha polvo… Yo podría arreglarla un poco, claro, si tuviéramos dinero para los materiales. Me pregunto si tendré derecho a algún tipo de ayuda, no pueden dejarme en la calle sin más. No sería justo. Oh, y la pobre Magdalena... Me duele arrastrarla a la ruina. Pobre, cómo se sentirá ella. Siempre me ha apoyado, incluso en esta absurda idea del bar.

Sacudo la cabeza. No, no quiero pensar en eso, quizá ocurra un milagro, quizá esta crisis acabe mañana, quizá... Mierda.

Me apoyo en la barra y hundo la cabeza entre las manos. Oh, mierda.

Por eso no veo entrar a las chicas.

Solo me entero cuando llegan a mi altura y una de ellas dice con timidez «Hola».

Levanto la vista intentando aparentar normalidad, espero que mis ojos no estén demasiado enrojecidos.

«Hola», respondo.

Son dos. Jóvenes y guapas, no las he visto en mi vida.

Sonríen. No, mejor dicho: me sonríen. Su expresión es fresca. Una de ellas, la del pelo bonito y dientes grandes es un encanto. La otra también, aunque no ofrece la misma sensación de intensidad, de fuerza de la naturaleza.

«Un par de cañas, por favor».

Las miro con más atención. Supongo que tengo que pedirles el carné de identidad para comprobar la edad. No van maquilladas y visten ropa normal. Es difícil calcular su edad.

«¿Podéis enseñarme el DNI, por favor?».

«Oh», dice una de ellas, «somos mayores de edad, claro. Yo cumplo hoy dieciocho. Y aquí mi amiga Pailiti, ya los tiene desde hace dos meses».

Pailiti. Pailay.

Un relámpago me recorre. Les miro con los ojos muy abiertos. Es imposible. No puedo creerlo. Acabo de leer sobre ellas en los papeles del chalado. Hablo sin poder evitarlo.

«¿Tú…, tú eres Mari?»

La sonrisa llena su rostro. Sus ojos relucen. Su voz es cantarina e incitante, con un sugerente tono grave, como si todavía no hubiera acabado de cambiarle la voz.

«Pues claro que sí, tontín. ¿Quién si no, iba a ser?»

Y aunque parece imposible su encantadora sonrisa se ensancha todavía más.

«Tenemos que hablar», dice.

11

ELY

Nadie me hace el más mínimo caso. Primero tardan un huevo en coger el teléfono, eso si lo cogen. Luego, cuando digo que necesito información sobre un paciente, me ponen una horrible musiquilla electrónica que se repite en ciclos demasiado cortos, hasta que me canso de esperar o se corta la comunicación. Lo único que he logrado es que me desvíen a Atención al paciente, para luego sufrir el mismo proceso. Mi mayor éxito ha sido hablar con una mujer, seca como ella sola, que me dijo que no podían dar ese tipo de información para respetar la privacidad de los pacientes. Ni siquiera tuve ocasión de decirle que el que yo busco, Ernesto del Río, está muerto. Bueno, eso creo.

Es desesperante intentar conseguir información por teléfono. Joder, en las películas siempre funcionan estas cosas. O basta con teclear en el ordenador el nombre de la persona para conocer su último domicilio y su historial delictivo. Y si lo busco en Internet, lo único que encuentro es un tipo que se llama igual y que es director de cine. Nada que ver con el autor de ese texto tan rarito.

La zorra de Susana me ha enviado nuevo material. Los textos son extrañísimos, y logran ponerme la carne de gallina. Hablan de cosas muy raras. Del siseo del aire al entrar y salir de los pulmones, del monótono latido del corazón o de niñas que venden sus besos.

El pósit de Susana era verde y casi no se podía leer su elegante letra escrita con su megachachi rotulador de gel. «¿Ya sabes algo?»

No, so zorra, no sé nada, no tengo por qué saber nada. Joder, me cabrea su actitud. Es tan despótica, tan exigente, tan… tan superior… Yo solo tengo que escribir informes mal pagados sobre originales de

mierda de escritores con ínfulas, no hacer de detective privado salido de una serie de televisión.

Sin embargo, joder, sin embargo, reconozco que esos textos han llamado mi atención y que me han calado muy profundo. Confieso que me sentido como la niña que besa al hombre. He percibido el olor acre de su aliento y he deseado que pusiera sus manos sobre mí y me acariciara… Y, en fin, creo que yo también estoy empezando a divagar, como el discípulo de del Río. Me gustaría saber más cosas, tanto de él como de ese visionario. Y si llamo al sanatorio es porque yo quiero hacerlo, porque tengo curiosidad, no porque Susana culomaravilloso me lo pida. No tengo por qué hacerlo.

Miro el montoncito de folios. Ni remitente, ni datos de contacto. Ni siquiera tiene título. Apenas hay pistas. Es imposible conseguir más información por teléfono. Quizá debería acudir al sanatorio en persona.

Oh, pero no me gusta salir a la calle. Siempre me pasa lo mismo, siempre mi maldito problema. Mi IU descontrolada. Siempre la mohosa humedad entre mis piernas, siempre el temor a que se me escape demasiado, a que los demás puedan oler mis pérdidas. Me resulta tan odioso salir a la calle… Mi madre siempre está animándome a que pasee, insiste en que puedo hacerlo con total normalidad, que nadie nota nada. No se imagina lo que supone, por ejemplo, acudir a la peluquería, permanecer sentada ante el espejo mientras la chica recorta las puntas y notar cómo el orín se escapa en un pequeño chorro incontrolable. No sabe lo que es que se me quiebre la voz en ese momento, el rubor que me embarga y el agrio calor que recorre todo mi cuerpo; es como si la orina me cubriera por completo y me ahogara en un remolino denso y lento. No puede ni imaginar el temor que siento a que quede una mancha húmeda sobre el escay del sillón al levantarme, que permanezca delatora una sombra de vergüenza.

No sabe lo que es querer desaparecer, querer huir despacio sin que nadie se aperciba, colarse por las rendijas. Escapar de la peluquería y de la vida. Sentir cómo caen en mi nuca los pelillos cortados y querer volar despacio aferrada a uno de ellos. Marchar lejos, allí donde la orina no pueda escaparse.

Miro mi compresa extragrande y me dejo caer sobre el plástico que ejerce de cubierta en la cama. Esa es otra costumbre adquirida con los años: mirarme siempre antes de tomar asiento.

Cojo un nuevo original del montón que hay a los pies y me pongo a leerlo.

Me cuesta concentrarme. Algo sobre un atardecer. Creo. Vuelvo a empezar. Sí, un atardecer en el que el cielo queda envuelto en dulces llamaradas anaranjadas y las nubes rasgadas se deshacen en un torrente de bermellones y sombrías tonalidades rojizas. Y un coche por una carretera perdida. Vaya mierda. Sigo leyendo. Al menos, quiero hacerlo.

Pero me resulta imposible. Mis ojos resbalan por las letras sin encontrar significado a esas manchas que hay sobre el papel. Todo me parece absurdo. Dejo caer el original sobre la colcha de plástico. Me pongo en pie y me enfrento al espejo.

Me obligo a mirarme, siempre suelo retirar la vista. Ely. Ely, me digo. Oh, Ely.

Vuelve a embargarme esa conocida sensación de asco, la chica del espejo es odiosa. Sin embargo hace algo inesperado. No sé por qué.

Humedece sus labios y comienza a frotarlos como si se besara ella misma, como si besara a una estúpida. Y me gusta un poquito. Me acerco más al espejo, hasta que esa chica es una mancha borrosa. Cierro los ojos y sigo viéndome, como esas imágenes que permanecen en la retina, como una mancha de humedad en una bañera oxidada.

Siento el frío del espejo contra mi frente. Mis labios comienzan a secarse. El beso ya no tiene sentido. Los poso sobre el cristal. Está fresco, es reconfortante.

Golpeo despacio mi frente contra el espejo. Golpes leves y repetidos. Solo son indicios de lo que me gustaría hacer. Atravesar el vidrio para llegar al otro lado y asesinar a la meona.

Permanezco así unos minutos. Hasta que me doy cuenta de que tengo que hacer algo, de que no puedo continuar así. Abro los ojos y la luz es molesta, se está bien en la oscuridad. Me retiro hasta dejarme caer

sentada en la cama. No hundo mi cabeza entre las manos una vez más. No lloro de nuevo. Estoy demasiado cansada de hacerlo.

Entonces me decido. Me levanto de la cama y voy al váter. Me siento en la taza y hago los ejercicios musculares. Me esfuerzo por mear. Siempre es conveniente hacerlo antes de salir.

Y voy a salir. Voy a encontrar al tipo que manda los escritos.

Escucho el chorrito al caer sobre la loza. Es reconfortante orinar en la taza, como hace todo el mundo, me hace sentir casi normal.

12

NOLASCO

No suelo ir a restaurantes, no tengo un céntimo. Suelo prepararme cualquier cosa en la vivienda social, soy un cocinero cojonudo, lo malo es que no tengo ingredientes para preparar nada más elaborado que un bocadillo de miga. Un servicio de catering nos trae lo que con total seguridad son las sobras del colegio de al lado. Nos dan de comer y todo, a los locos; no sea que nos muramos de hambre. Gracias, oh, gracias por vuestra generosidad A ver cuánto dura antes de que los recortes nos manden a todos a la puta calle.

Pero esa comida me da un poco de asco, por su textura deduzco que el engrudo es su ingrediente principal. O los mocos. Ni te digo con qué parece estar hecha la bechamel, ya no volverías a comer canelones a gusto. Vamos, lo que es una alimentación responsable para nuestros enanos, jijiji.

Me gusta prepararme mi comida, las pizzas se me dan de maravilla. Pero, desgraciadamente, el mío es el típico caso en el que se dice eso de «si tuviera jamón podría hacer huevos con jamón si tuviera huevos». A veces mango unos loncheados en Día, de los buenos, ya puestos, y me compro una barra de pan. Lo prefiero a esos bocadillos de jamón de York revenío que nos echan para merendar. El pan es correoso como las tetas de una vieja. Así que, de vez en cuando, me permito un caprichito y dilapido mis pocos ahorros en comer como un señor. Dos manzanas más allá hay un bareto que ofrece un menú del día por ocho euros. Todo un chollo. Lo llevan unos chinos, pero no es comida china de mierda, sino comida normal de mierda; y hasta tienes varios platos para elegir.

Me pregunto si en el local de Hilario también podría tomar algo, quedamos en que me invitaría a un bocata. Bueno, mejor esperar un

poco, el último día prácticamente me echó con cajas destempladas. Menudo cenutrio. Ayyyy… Quizá le haga una nueva visitilla.

Los chinos se pasan la higiene por el forro. Me imagino una cocina sucia, con grasa deslizándose por el borde de la campana extractora, goteando, a punto de caer sobre el filete nervudo. El reino de la cucaracha, oiga. Pero al menos te dan el filete recién hecho, algo que no ocurre con el catering de la vivienda. Y las cucarachas no me importan, ellas también saben mucho de los resquicios de las baldosas.

Pues hoy, en el restaurante, mientras comía un huevo frito minúsculo con chorizo requemado, a una vieja le ha dado un parranque justo sobre su plato, tan despacio como el desamor entrando en la cama de una pareja con problemas sexuales. Yo flipé al verla caer, ha sido como si le hubiera dado un ataque de sueño un tanto tonto. Uaahhh, a dormir, abueli.

Luego ha regurgitado sobre su plato de paella medio vacío; yo ya me la había zampado, estaba con el segundo eso sí, las gambas no aparecían ni en el dibujo del paño de cocina. Pero para ser paella china, no estaba mal. La rodaja de limón de la vieja se ha cubierto de una baba amarillenta. No he podido dejar de acordarme de la bechamel del catering.

Su hija, una tía de unos cuarenta tacos, lo primero que ha hecho ha sido gritarle: «Mamá, por Dios, pero ¿qué haces?». Ahí, muy bien, sí señor, controlando, controlando; que la abueli no se te suba a la chepa.

Luego se ha dado cuenta de los ojos en blanco y la boca torcida. Se ha puesto en pie con un chirrido de patas metálicas sobre terrazo, mientras le pegaba un codazo a su marido. «Ay, que le pasa algo, ay, la máma». Los demás clientes se han vuelto al oír las voces y los lamentos. Yo no me he perdido detalle, mucho mejor que el telediario sin voz de la tele de al lado de los váteres. Algunos clientes tenían los tenedores a medio camino de la boca. A ver si la vieja nos va a dar la comida, decía su expresión. Yo he sonreído. La cosa prometía.

El restaurante no es muy grande y su clientela no es demasiado fina que digamos, pero se suele llenar de obreros, inmigrantes, separados y de alguna familia que pasa de cocinar. He mojado el choricillo en el

huevo y lo he acercado a la boca con cuidado de que no me chorreara por la pechera, pero sin quitar ojo de la escena. La camarera se ha acercado preocupada. No estaba mal la chinaca, parecía que tuviera su cara de torta pegada permanentemente a un cristal y el culo inexistente, pero melafó. Bien, como decía, se ha acercado con su voz chirriante, demasiado parecida al sonido de la silla sobre las baldosas. Me la he imaginado en la cama, en cuclillas sobre mi pene, moviéndose arriba y abajo con su culo Guiness al trasero más estrecho, chirriando a todo pulmón al sentir el orgasmo, como un grillo ahogándose. ¡Chirric chirric! Ji, ji, qué imaginación tengo. Oye, y cómo acierto siempre con estas cosas.

La vieja seguía sin sentido sobre el plato, juraría que había regurgitado más pote amarillo, pero no lo veía bien desde mi asiento. Hubiera tenido que ponerme de pie para asegurarme. Aigg, me dio pereza. Chupé el chorizo, hummm, excelente, qué rico el huevecillo; todavía estaba caliente. El chino de detrás de la barra también se ha acercado, le hablaba a la cara-pegada-al-cristal como si ella tuviera la culpa de algo. La chica chirriaba y chirriaba en su idioma incongruente. La familia de la vieja le daba golpecitos en la espalada; a la abuela, me refiero, no a la chinagrillo, claro.

A esas alturas la paella ya se les enfriaba en los platos. Mal empleada. Yo hubiera comido más, las raciones son bastante escasas. Pero, bueno, por ese precio no se puede pedir demasiado.

Al final han logrado que todo el bar estuviera pendiente de la vieja. Juraría que hasta el tipo del telediario la miraba con curiosidad. La hija le ha levantado la cabeza. La vieja parecía esforzarse por mantenerla erguida, pero tenía tanto éxito como las medidas económicas del Gobierno. Le ha limpiado los morros con una servilleta de papel y la ha dejado en el plato, la servilleta, me refiero. Hala, a tomar por culo lo que quedaba de paella. A ver quién se come eso ahora.

El chino le hacía aire con el trapo de cocina que no tenía gambas dibujadas. Y el nuero de la vieja llamaba por el móvil.

He mordido el chorizo. Carnoso y jugoso. He notado cómo la grasilla resbalaba por mis labios. Su sabor fuerte me ha encantado. Al igual que los ojos de la abueli. La mujer tenía la mirada completamente

perdida y su expresión era la de alguien que acaba de caer de un avión. Era divertido ver esa cara descompuesta y retorcida. En el sanatorio había muchas miradas así, era como volver un poquito a casa.

La hija le daba cachetitos para ver si reaccionaba. Dos leches bien dadas no hubiesen hecho más efecto, pero hubieran sido más divertidas. He tenido que reprimir una carcajada porque me he acordado de la escena de «Aterriza como puedas» en la que hay fila para golpear a alguien que tiene un pequeño ataque de histeria. A mí, a mí, déjeme a mí. Ay, qué descojone.

Por fin la vieja ha logrado mantener la cabeza erguida unos segundos. Ha boqueado, como una prostituta a la que se le corren en la boca sin avisar, y ha gemido un poco, como si esa misma pájara tuviera ínfulas de actriz porno.

La han mantenido en la silla, abanicándola. «¿Qué te pasa, máma, qué te pasa?» era la cantinela más oída, seguida muy de cerca por «Ay, no me preocupes, ay, Dios mío, que le ha dado algo». Han intentado ponerla en pie para sacarla a la calle y que le diera el fresco, pero la mujer se les derretía como mayonesa cortada. La han vuelto a sentar medio metro más allá.

El marido ha salido a la calle como si no se hubiera dado cuenta de que la vieja se les caía a cachos. Se ha puesto a mirar a ambos lados para ver si llegaba la ambulancia. Error. Todo el mundo sabe que el agua no hierve si la miras, es una de las leyes que rige el Universo. Claro que lo más probable es que en realidad haya salido para escaquearse unos segundos; su mujer estaba rozando el histerismo y su voz ya sonaba demasiado parecida a la de la china cara-pegada-al-cristal. Tenía el móvil en la mano, como si esperara una llamada urgente.

He terminado mi chorizo. Mierda, seguro que el postre se retrasaba: una mini tarrina de helado que parecía de promoción, las raciones de degustación del supermercado de El Corte Inglés son más grandes. A ver si con el lio me dejaban a medias.

Nadie se ha acercado a ayudar en ningún momento. La gente solo miraba contrariada mientras espaciaba sus bocados. No es plato de

gusto (juas, qué agudo soy) comer en esas condiciones. Menudo numerito.

La vieja abrió una boca enorme, como antes de bucear. Dios, no respiraba. Le hubiese rajado la garganta allí mismo para ayudarla, ya sabes. Ya está, me he dicho, ahora la espicha. Pero me he equivocado. Al contrario, ha abierto y cerrado los ojos varias veces y se ha balanceado en la silla en la que la habían depositado.

El chino ha regresado tras la barra y le ha dicho en su criptolenguaje a la china que siguiera atendiendo. Lo he entendido por cómo le ha señalado el comedor. Na, que la abueli no cascaba.

Finalmente han logrado ponerla en pie y sacarla a la calle. Han arrastrado una silla y la han sentado en una esquinita del portal mientras esperaban a la ambulancia. Su nuero ha aprovechado para ponerse a fumar, ya puestos, pero su mujer le ha tirado el cigarro de un manotazo. «¿No ves que casi no puede respirar?».

Ya me he desvinculado un poco del tema, tenía que volver la cabeza para ver lo que hacían y me daba pereza. Además en el telediario estaban hablando de la crisis del turismo y mostraban planos de playas, siempre se veía alguna tetilla.

Pero sí he visto que el chino salía a cobrarles los tres menús. Listo, el amarillo.

Le he hecho un gesto a la china, que estaba organizando un poco la mesa que habían dejado a medias y le he pedido el élalo de vainilla y chocolate. Me encanta cómo hablan. Ya te enseñaría yo a pronunciar, bonita. Con la boca bien llena.

Cuando he salido ya no quedaba nadie en la puerta, la ambulancia no ha debido de tardar más de veinte minutos. Increíble. Creo que cuando me detuvieron a mí, los vehículos de emergencia tampoco tardaron demasiado, joer qué bien funciona todo; pero, claro, había mucha sangre en la parada y les llamaron unas cuantas personas. Qué risas, también.

Ya no sé nada más de la mujer, ni lo que le ha pasado o cómo se ha quedado (mustia, como poco). Tampoco me importa demasiado, era una vieja más. Empacho no creo que tuviera, la verdad: con las

raciones que ponen en el restaurante chino de comida no china, ni de coña. Pero ha sido algo distinto, por eso lo cuento. Mi vida es un poco monótona, paso la mayor parte del tiempo paseando o copiando los textos de del Río. Y la verdad es que se agradecen estas cosas, contribuyen a hacer la vida más interesante, ¿no?

13

DARÍO

No sé por qué me llamó la atención. Era guapa, pero tampoco era nada del otro mundo. Puede que fuera por ese aire desvalido que la rodeaba, parecía necesitar un abrazo. De alguna manera despertó en mí el instinto protector. No voy de macho dominante, qué más quisiera yo, no se trata de nada de eso, quizá se trate de vibraciones o de pura empatía.

Me hubiera acercado a ella para retirarle el mechón que continuamente le caía sobre la cara. ¿Puedo ayudarte?, le habría dicho. Estuve a punto de hacerlo, lo cierto es que parecía necesitar que alguien le echara una mano. A veces los celadores pueden ser un poco desagradables.

Yo acababa de pasar por el despacho del Dr. Ramírez, el pesado má ximo. Insistía en realizar un seguimiento exhaustivo de Nolasco. Yo me limité a asentir, resignado. Bastante curro tengo ya como para tener que hacer ahora de niñera de un trastornado. Le expliqué que tengo un horario y unas obligaciones, que en la casa no estoy yo solo, que tengo otros compañeros, que no podría asumir más tareas, que ya estaba haciendo todo lo que me pedía restando tiempo a otras ocupaciones, incluso le recordé que hacía poco que me habían bajado el sueldo, con la mierda de los recortes. Pero creo que mis palabras solo le sonaban bla bla bla, bla bla bla porque no me ha hecho ni puto caso, «Bien, bien», decía mientras me miraba con esos ojos azules que siempre encandilan a las enfermeras. Creo que tiene ojos de loco, todos acaban contagiándose.

Nuri, de Admisión, me ha comentado que hay alguna movida. Por lo visto han cuestionado la política de reinserción de Ramírez y ha habido alguna bronca, pero no tiene más datos, solo son rumores.

Así que he salido del despacho del doctor más cabreado que un mono. Finalmente me he mordido la lengua. Quiere más informes, incluso algún seguimiento. Le da igual que no sea legal o que no se encuentre dentro de mis funciones. No sé por qué siempre trago con todo. Debería acudir al sindicato o al coordinador para explicarle lo que el doctor me pide que haga. Esto no es un cortijo en el que el señorito manda y los demás obedecemos.

Me ha jodido especialmente su argumento de que si la política de reinserción psiquiátrica no funciona acabarán cerrando el piso y mi puesto como interino ya no será necesario. Sé que es un puro chantaje. No soy un idiota, me ha parecido tan pueril que ni siquiera le he llevado la contraria.

Me da igual, no quiero más problemas. Es mi superior directo, él firma mis evaluaciones laborales, así que tragaré una vez más. Tenía que haberle plantado cara o ir de una puñetera vez a Inspección.

Pero, bueno, finalmente me he dejado tomar el pelo. Al salir, he tenido que esperar durante unos minutos a que Nuri acabara de preparar todo el papeleo. Entonces ha sido cuando la he visto. Guau. Estaba medio discutiendo con Ramón, el celador de la puerta, menudo hueso. Solo he visto que él agitaba la cabeza de un lado a otro como un padre severo negando una propina a su hija castigada. Me ha llamado la atención la actitud de la chica, entre zalamera y firme, como si no supiera qué rol asumir. Me ha gustado la falda amplia que vestía, no es que sea la moda, pero ella tenía un aire especial. Finalmente se ha dado por vencida, ha dejado caer los brazos a los costados, agotada. Ha mirado hacia todos los lados, como buscando consuelo o una explicación, como si esperara ver aparecer a alguien que resolviera su problema, en lugar de ese cabeza dura.

He estado a punto de acercarme. Me hubiera gustado hablar con ella, interesarme por su problema, probablemente estuviera discutiendo por las horas de visita. Pero no me atreví. Cuando su mirada se dirigió hacia mí, retiré la vista y busqué a Nuri que seguía rellenando los últimos papelotes. Sentí cómo su mirada resbalaba. Y me maldije por tener tan poco coraje, ni siquiera me atreví a sonreírle o a devolverle la mirada. Cuando por fin tragué saliva y me decidí, ella estaba terminando un suspiro de resignación, metió unos papelotes en una carpeta y dedicó unas últimas palabras a Ramón. No llegué a oírlas,

pero estoy seguro de que se trataba de un gracias envenenado.

Salió con paso entre firme y deprimido, me gustó esa ambivalencia que parecía dominarla. Entonces se volvió y nuestras miradas se cruzaron unos instantes. Saltaron mil chispas. Enseguida retiré la vista, pero lo que vi durante los breves segundos en que estuvimos conectados, me encantó.

Apreté los puños con disimulo. Ella finalmente se perdió de vista. ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Por qué soy como soy? ¿Por qué me cuesta tanto relacionarme? Chasqueé la lengua con hastío. Nuri me interrumpió cuando agitó las hojas ante mi cara.

—Eh, chavalote. ¿Dónde estás?

—Euhh. Nada, nada, estaba pensando que tengo muchas cosas que hacer.

—Bueno, pues aquí ya estás liberado. Tienes los vales para los del catering —me mostraba los papeles respectivos—, los tratamientos y todo lo demás.

—Vale, Nuri. Muchas gracias.

—De nada. Acuérdate de los partes….

—Sí, no te preocupes.

—Toma, te pongo todo en este sobre.

—Genial, gracias. Bueno, me voy para el piso, a ver si no lo han incendiado.

Nuri es una buena chica, pero ya es más que cuarentona y está casada.

Cuando pasé por la salida saludé a Ramón, y seguí hacia la calle, pero como quien no quiere la cosa, regresé sobre mis pasos hasta su mesita. Le dediqué una sonrisa de compromiso y le pregunté con el tono más casual que pude encontrar:

—Oye, ¿quién era esa chica? ¿Qué quería?

—¿Quién? ¿La morena esa que estaba aquí?

—Sí, la que se acaba de ir.

—Nadie, una pesada que preguntaba por un paciente.

—Ya. Algún familiar —sugerí, para ver si el parco de Ramón me daba algún dato más. No es que quisiera hacer nada con la información, mera curiosidad, sabía que nunca sería capaz de dirigirme a esa chica.

—No, ni siquiera sabía si estaba aquí internado. Una cosa muy rara: preguntaba por un tipo que ni ella conocía, decía que a lo mejor había muerto. No me he enterado muy bien, era una cosa muy rara.

—Y ¿qué le has dicho?

—¿Qué le voy a decir? Que presentara un escrito en «Atención al paciente». Yo no sé nada de esas cosas.

—Ya —concedí. Yo también tenía que haber actuado así con Ramírez. Pedirle que me diera las indicaciones por escrito después de que hubieran sido cotejadas por el equipo médico—. Bueno, hasta luego.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te molaba la gachí? —el tono con el que pronunció las últimas palabras era de enmohecida complicidad.

Subí los hombros con cierta prevención. Ramón puede ser un poco cabrón a veces. Y en más de una ocasión me ha vacilado con bromitas que no me han hecho demasiada gracia. No sé por qué todos se meten conmigo sin más ni más, aquí soy el último pringao Por toda respuesta sonreí como el culpable pillado in fraganti, intentado no dar demasiada importancia al asunto.

Finalmente di un apagado manotazo en la mesa, como el juez desganado que indica que se levanta la sesión.

—Bueno, que me voy.

—Vale, vale. —Su expresión era sibilina, la de las hienas de El Rey León.

Di un par de pasos hacia la puerta mientras intentaba borrar de mi mente esa expresión del Jocker.

Preguntaba por un paciente, me dije mentalmente, mientras la imagen

de la chica volvía a mí.

Desconozco las razones, pero, a pesar de que eso suponía volver a hablar con el desagradable de Ramón, volví por segunda vez y me planté ante él.

—¿Quién era el paciente por quien preguntaba?

Exactamente la misma expresión de antes.

—¿Te mola la tía, ¿eh, Darío?

Agité la cabeza con gesto hastiado.

—Va, Ramón, en serio. Podría ser importante. —Incluso a mí me sonó un tanto desproporcionado—. Quiero decir, que a lo mejor es algún paciente en régimen externo…

—Y ¿qué más te da?

—Yo qué sé, si preguntaba por él será por algo, ¿no? ¿Qué cuesta echarle una mano?

—¿Echarle una mano? —Agitó la cabeza con picardía—. Ya sé dónde quieres tú echarle una mano.

Ya empezábamos una vez más. Sentí que me ponía colorado. Nunca me ha gustado tocar esos temas, y menos con un impresentable como Ramón. Son cosas privadas, me gusta mantener mi intimidad. No tengo por qué dar explicaciones a nadie. Me esforcé por aparentar normalidad.

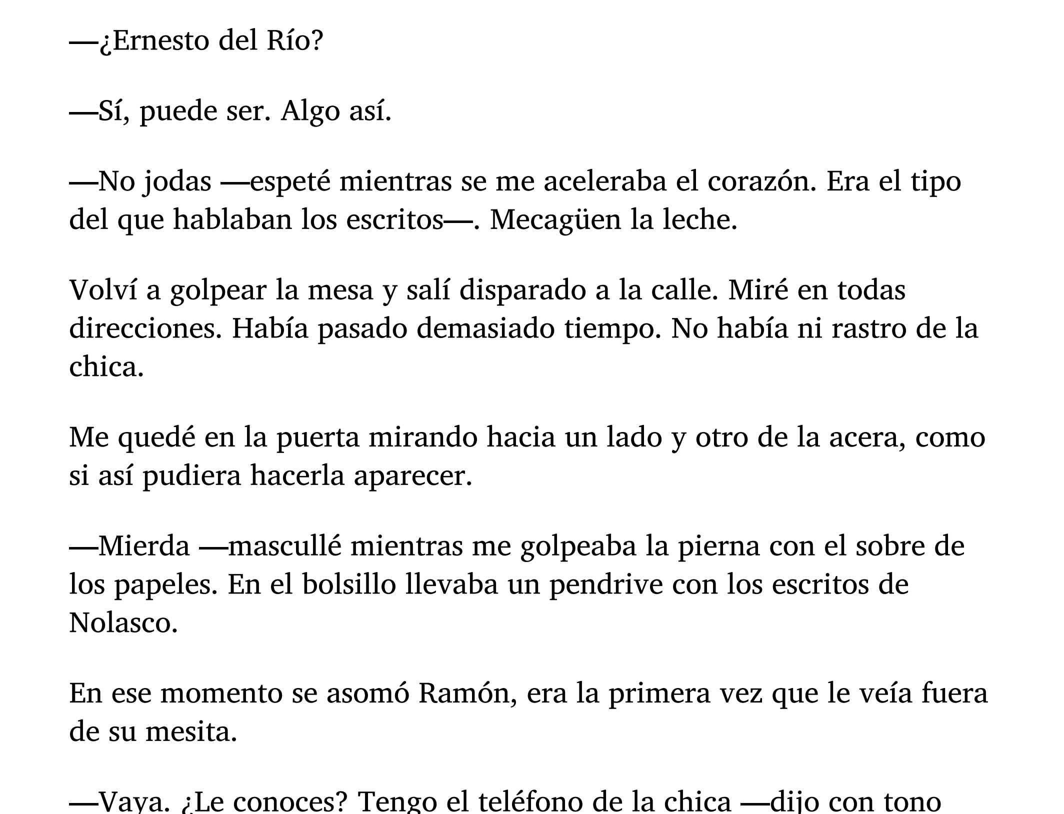
—Bien, lo que digas —concedí un poco cortante—. No nos cuesta nada ser amables.

Hizo un gesto de rechazo, como si nadie pudiera cuestionar su voluntad. Insistí:

—¿Por quién preguntaba?

Juntó los labios en un gesto de fastidio.

—No sé. Un tal del Río o algo así.



Del Río. Increíble.

—¿Ernesto del Río?

—Sí, puede ser. Algo así.

—No jodas —espeté mientras se me aceleraba el corazón. Era el tipo del que hablaban los escritos—. Mecagüen la leche.

Volví a golpear la mesa y salí disparado a la calle. Miré en todas direcciones. Había pasado demasiado tiempo. No había ni rastro de la chica.

Me quedé en la puerta mirando hacia un lado y otro de la acera, como si así pudiera hacerla aparecer.

—Mierda —mascullé mientras me golpeaba la pierna con el sobre de los papeles. En el bolsillo llevaba un pendrive con los escritos de Nolasco.

En ese momento se asomó Ramón, era la primera vez que le veía fuera de su mesita.

—Vaya. ¿Le conoces? Tengo el teléfono de la chica —dijo con tono cantarín agitando un papelito. Su sonrisa seguía siendo exagerada e irónica. Sin embargo, ya no me pareció tan desagradable.

14

NOLASCO SOBRE ERNESTO

En algunas ocasiones del Río se ponía especialmente tascendrental. Me miraba con los ojos muy fijos y yo veía el mar en ellos (y la barca, también la barca. Aunque la veo muy a menudo, y no solo en sus ojos, sino en la parte trasera de mis párpados). Cuando se ponía en plan mitin me producía unas ganas locas de esvilar, y no sé por qué. Siempre hablaba con esa voz grave y pausada como el hipnotizador de un mal chou, y yo era su público entregado. Apenas podía apartar la vista de él, era como ver a una tía desnudarse: no te quieres perder ni un detalle y sabes que lo mejor está por llegar.

Los rollos que soltaba Ernesto eran la leche de interesantes. Huy, sobre todo cuando me explicaba lo de la Ruta de los Intersticios. Imagínatenos, allí en la sala de estar del sanatorio, sentados uno frente al otro en esos viejos sillones que ya no tenían ni muelles; muy cerca: siempre contaba secretos. Yo atento a cada una de sus sílabas. Absorbiendo, aprendiendo todas. Vigilando que las enfermeras no pudieran escucharnos.

Pero cuando se ponía pesadito, se ponía pesadito. Jooder, como prueba estas hojas. Tantas vueltas y elucubraciones para apretar un puto botón. Hay que hacerlo, y punto. Ya verás como tengo razón. Vamos, yo ni me lo pienso.

Cuántas vecesme asqueo. Seguro que en ocasiones a ti también te pasa: como si la náusea recorriera tu tráquea. Incluso chasqueo los labios y entrecierro un poco los ojos para evitar el mal sabor de boca. Basta ojear un periódico o ver un informativo para darse cuenta de hasta dónde llega la estupidez humana: niños que mueren víctimas de

hambrunas prefabricadas por Occidente, mientras que en cualquier acto social se tira comida que podría alimentar varios días a un campamento de refugiados. Incluso en el sanatorio, a pesar de la mierda de comida que nos dan.

Corrupción, miserias, perfidia. Violencia desatada sin sentido. Cada uno mira solo por su propio bien. Y no me refiero solo a los banqueros o a los políticos, paradigma de la degradación, sino a todos y cada uno de los humanos. También a ti. ¿O acaso tú mismo no has antepuesto muchas veces tu bien propio al de los demás? ¿Nunca has mirado primero por ti?

La mentira y la usura. El egoísmo y la estupidez.

Los humanos somos un error. Puede que seamos el organismo más complejo de la tierra, pero quizá esa sea la razón que nos hace velar solo por nuestra supervivencia, por nuestra integridad, anteponiendo nuestra existencia a la de los demás. Instinto de supervivencia, lo llaman. Egoísmo, lo llamo. Ni siquiera el más desagradable de los insectos actúa con el odio y el rencor de los humanos.

De verdad que este mundo es una mierda, me gustaría que la especie humana desapareciera. Si lo piensas bien, seguro que estarás de acuerdo conmigo. Cada vez vamos a peor, los avances sociales y culturales se están descomponiendo como trozosde arcilla reseca. La pobreza aumenta incluso en nuestro primer mundo, las diferencias entre ricos y pobres se acentúan. Las injusticias se desatan. Las grandes corporaciones machacan cualquier derecho…

Y lo peor es que no hay ilusión, los sueños ya no existen. La esperanza se ha convertido en un sucio charco evaporándose al sol. Las civilizaciones navegan ebrias de dudas, rumbo a la extinción. Enfrentándose a tormentas que ellas mismas provocan.

Piénsalo un poco, ¿de verdad vale la pena este mundo? ¿No te asquea a ti también tanta injusticia? Estoy seguro de que, a pocas inquietudes que tengas y si todavía mantienes un ápice de conciencia, estarás de acuerdo conmigo. Algo va jodidamente mal.

Ahora imagina que tienes un botón ante ti. Es un botoncito normal, como el que utilizas para llamar a ese viejo ascensor de tu edificio. ¿Nos lo imaginamos rojito? Sí, vale, rojo. Mira, más fácil: Imagínatelo

en este hueco, aquí, sobre la hoja.

*

Da igual que lo veas negro, si yo digo que es rojo, debes imaginártelo rojo. Es un punto. Un botón. Pero te ofrece una gran posibilidad. Este sencillo botón te permitirá eliminar por completo la vida humana de este planeta. Como lo oyes. Por completo. Todos kaput.

La gente solo desaparecerá. Todos a la vez, para que no haya injusticias o lamentos. Nadie sentirá ni el más mínimo dolor. Sin sufrir, sin que nadie pueda echar de menos a nadie.

Tú también desaparecerías, por supuesto. Pero al pulsar el botón eliminarías por completo la lacra que es el ser humano. Todos los hombres de todos los países se extinguirían al mismo tiempo. Barridos por ese simple gesto. Acabarías con todo el dolor, todas las injusticias, todas las miserias. ¿Ves el botón? Míralo. ¿Por qué no lo pulsas?

Puede que tengas dudas o que te parezca una solución demasiado drástica. Que mantengas una injustificada fe en los seres humanos. Aunque en el fondo de tu corazón sabes que es una estupidez. No tenemos remedio. No hay solución posible. Recuerda las noticias, ¿no han hablado de una guerra, de una masacre, de una flagrante injusticia?

¿Fe? No me hagas reír, pánfilo.

Va, ¿por qué no lo haces? Piénsalo bien. ¿Por qué no acabas de una vez con este jodido mundo? Ya ha quedado claro que es una mierda… y no puedes negarlo. Algo salió mal en algún momento. La humanidad se ha convertido en un gran monstruo que se devora a sí mismo, que se deleita con el sabor de su propia carne mientras agoniza de dolor. No, no se trata de dar un castigo o de ejercer de dios supremo. No; se trata solo de acabar con todo, de realizar una limpieza. Es algo meramente higiénico. Saneamiento.

Si el mundo no vale la pena, si todo funciona mal, ¿para qué

mantenerlo si la esperanza ya solo es barro reseco? ¿No crees que el mundo estaría mucho mejor sin personas? Va, será solo un momentito. Púlsalo. Todo habrá acabado. Será rápido, indoloro. Y, sobre todo, justo. Si la vida, tu vida, nuestra vida, no vale nada, y lo sabes.

Eso sí, ya no habrá vuelta atrás. Dejarás de existir, junto con todos los demás. Pero eso no es relevante, solo eres uno más entre millones. ¿De verdad importas?

Hazlo. Piénsalo. Es tan solo un leve movimiento de tu dedo, el botoncito rojo es muy sensible, te lo aseguro. Es muy sencillo. Imagina tu dedo acercándose al botón, posándose muy suavemente sobre él pero sin llegar a accionarlo, siente el tacto del plástico. Acarícialo. Y ahora, ¿por qué no lo haces? Si es tan fácil, hombre. Una leve presión, un mero instante y todo habrá acabado. Habrá triunfado la justicia. Se acabó la contaminación, el expolio producido por los humanos, la agonía del planeta, volverá el equilibrio. Pero, sobre todo, habrás acabado con la peor plaga que haya podido existir nunca: esa infección que son los seres humanos.

Una leve presión.

Ahora te pregunto, ¿en qué has pensado para no hacerlo, qué excusas absurdas has buscado? ¿Qué pegas te ha puesto tu mente programada para la supervivencia? ¿Quizá has pensado en tu familia, en tus seres queridos? ¿En tu propia muerte?

¿Ves?, la vida es egoísta. Oh, qué egoísta puede llegar a ser. Antepones tu propia supervivencia a la extinción completa, ¿no te das cuenta del error de tu planteamiento?

Puede que estés enamorado de alguien y se te haga demasiado duro acabar con esa persona, que pienses que no se lo merece. Permite que me ria ¿El amor salva al mundo? ¿Te crees que esto es una canción? El amor, oh, el amor. Como dicen los poetas: enfermedad, locura, quimera. Noche. Lago.

¿Quizá salvarías al mundo por amor? Oh, no, no te equivoques. En este mundo todos estamos solos. Completamente solos. Es nuestra maldición. Viene dado por nuestra propia condición, por nuestros genes, por nuestra unicidad. No importa quién te abrace ni las promesas eternas que te brinde, incluso aunque tenga intención de

cumplirlas. Siempre estarás solo, solo contigo mismo. El amor que puedan sentir hacia ti únicamente existe en tu mente, lo demás son palabras vacías, caricias que buscan su propia satisfacción, deseo sexual que persigue la continuidad de la especie. Una trampa carnal que nos convierte en irracionales. El amor no existe, ¿qué te ofrece? ¿Compañía, sexo? Es la trampa de tus propios genes, la programación que te oculta el verdadero problema, la careta prefabricada que oculta la soledad.

Todos estamos siempre solos. Solo podemos sentir nuestros sentimientos, no los de los demás, podemos ser víctimas de burdos engaños disfrazados de sonrisas. Tarde o temprano el amor acaba, o te das cuenta de que nunca ha existido. ¿De verdad esa es la razón para no pulsar el botón? ¿Nunca te ha defraudado nadie de quien estuvieras enamorado? ¿Nunca has acabado odiando a alguien a quien antes adorabas? ¿Cuántas veces has sentido pena de amor? ¿Nunca has deseado morir?

Oh, por favor. Ya vale. Mándalo todo a la mierda. No le des más vueltas. Zanja los temas. Da la orden. Tu dedo todavía continúa sobre el botón, ¿lo ves? No lo pienses más. Hazlo. Tip, solo un toque. No seas cobarde.

Tip.

Fin.

Todos a tomar por culo.

Eso es. Tip.

Bien hecho.

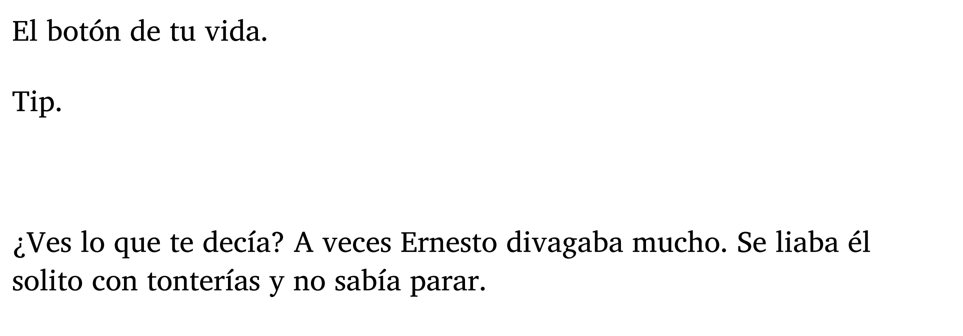
Porque lo has hecho, ¿verdad?

Va, no sonrías.

Sabías que esto tenía truco, que el botón no existe, que la solución a los problemas del mundo no es tan sencilla. Pero, ah, si fuera real… Si fuera real, también lo pulsarías ¿verdad?

Empiezas a entender de qué va esto, ¿no? Algo intuyes.

Eso es.



El botón de tu vida.

Tip.

¿Ves lo que te decía? A veces Ernesto divagaba mucho. Se liaba él solito con tonterías y no sabía parar.

Joder, ojalá existiera ese puto botón. Anda, que me lo iba a pensar yo mucho. Tip hasta hundirlo.

Estoy por fabricarme uno.

15

ELY

Qué hijo de puta, pero qué hijo de puta.

Yo soy la vieja. Solo que tenía dieciocho años. Y estábamos en un Donner Kebab, no en un restaurante económico regentado por chinos. Yo soy la vieja.

La lectura de estos originales me está comenzando a afectar. Es como si se metieran en mi mente y jugaran con ella. A veces me cuesta conciliar el sueño después de leer esas frases desquiciadas; son como aceite en las manos: no se va ni aunque las metas bajo el grifo.

Pero el fragmento del restaurante me ha llegado muy adentro. Qué hijo de puta. ¿Quién escribe esos delirios? ¿Quién se regodea con las miserias de los demás? Creo que ese trozo no corresponde a Ernesto del Río, sino al pirado que transcribe sus textos, que está cogiéndole gustillo a escribir y se va del mundo él solito.

Desde luego, seres así hacen desear que exista un botón rojo. Solo por eliminarlos valdría la pena pulsarlo, aun a costa de millones de seres inocentes.

Me ha hecho sentir mal; recordar lo que ocurrió. Revivir esos terribles momentos.

El inicio de mi pesadilla.

Nada hizo preverlo. No hubo ninguna señal. Ni el más mínimo aviso. Me encontraba perfectamente antes del percance. Mi vida era muy diferente: normal. Ahora no recuerdo si me gustaba algún chico, pero

sí sé que iba bien en clase. Luego perdí ese curso y mis amigas me dejaron atrás. En más de un sentido.

Había ido al cine con Rosa, me pregunto qué será de ella, hace años que no la veo. Espero que las cosas le vayan bien, no era mala tía. Al salir decidimos entrar a tomar un kebab, más que nada para que yo pudiera ir al váter a hacer pis. Tenía que haber ido al terminar la película, pero se me pasó.

Esa había sido una tarde de chicas. Rosa no tenía claro si quería seguir con su ligue o si quería romper, siempre estaba con cosas como esa. Imagino que seguirá sin novio fijo, dudando entre salir con el chico de turno o darle boleto. Por eso habíamos decidido concedernos una tarde para nosotras, lejos de bares, pubs y de la pandilla habitual. La sesión de cine solo había sido una pausa entre interminables conversaciones sobre las dudas de Rosa. Lamentarse eternamente era una de sus prácticas preferidas; tenía tanto rodaje que podía pegarse horas hablando sobre los pros y los contras de sus pretendientes. El tema de la tarde había sido: «Ya no siento nada por él». La atracción de hacía un par de meses había desaparecido. Rosa no quería ir a más, incluso el chico había dejado de caerle bien. Era un poco gilipollas y Rosa creía que quizá la estaba engañando. Qué drama, por dios.

La conversación era circular y reiterativa. Rosa elucubraba sin parar y yo la escuchaba con paciencia. Para eso están las amigas, bueno, para eso deberían estar, porque a mí me han abandonado. Claro que, como dice mi madre, es por mi culpa, porque soy yo quien las aleja de mí. Pos fale, pos fien, pos malegro. Que les den a todas.

Recuerdo la cháchara de Rosa. A veces tenía clarísimo que lo mejor era cortar, pero en otros momentos creía que todavía sentía algo por el chico. Demasiados culebrones, me temo. Yo apenas le daba consejos, sabía que mi papel era pasivo, que lo mejor era estar ahí y limitarme a escuchar asintiendo a todo lo que dijera. Desahogarse es la mejor terapia. Si no, las cosas se enquistan, se pudren, se corrompen. Doy fe.

Entramos en un Doner Kebab vacío a excepción de un par de pakistaníes que hablaban en la barra y de una pareja en una mesa del fondo. La inevitable televisión mostraba bailes coloridos con el volumen casi al cero. A mí, entonces, me gustaban esos bailecitos,

recuerdo que estaba valorando muy seriamente apuntarme a un taller de danza de Bollywood. Ja, qué inocente.

Nos acercamos a la barra y sentí el calor del rustidor giratorio. En verano, eso tenía que ser la muerte. Pedimos un par de kebabs, en pan de pita, insistió Rosa, patatas con salsa de yogurt y una Coca-Cola para las dos, que nos sirvieron al instante en su lata. Nos sentamos a esperar que nos avisaran. Yo tenía muchas ganas de hacer pis, pero Rosa estaba especialmente dramática en esos momentos, con el monotema disparado a toda velocidad. Dios, ¿cómo interrumpirla? Di un traguito al refresco.

Rosa, sabía que él recibía llamadas de su novia anterior y hablaba de la fulana como si fuera perfecta. Semejante taruga, ¿te imaginas? Yo me limitaba a intercalar alguna palabra de vez en cuando.

Al poco nos avisaron con un gesto de que el pedido ya estaba preparado y Rosa se levantó a recogerlo. Uff, por fin era el momento de ir al baño. Entonces sentí un pequeño mareo, quizá hacía demasiado calor allí dentro, lo mejor sería que nos cambiáramos a una mesa más alejada del fuego; empezaba a sentirme agobiada.

En la tele una pareja bailaba rodeados de velos de colores.

Colores como los que yo empezaba a ver. Alguien estaba bailando a mi alrededor a ritmo de Bhangra. Deslizando gasas por mi rostro.

Rosa dejó los platos de plástico en la mesa de formica.

—Eh, chica —dijo—. No alucines.

No sé cómo lograba hablar con eco.

Volvió a la barra a recoger las patatas y aprovechó para tomar media docena de servilletitas de papel. Dejó todo en la mesa y se sentó.

El coágulo intentaba pasar por la arteria. Vi que Rosa me miraba con interés, como si yo llevara un moco asomando por la nariz. Antes de llevarse la comida a la boca continuó con su diatriba sobre sus opciones amorosas. Pero de repente las palabras que pronunciaba dejaron de tener sentido, yo las reconocía, claro que sí, aunque su charla no significaba nada; era como si uniera vocablos tomados

aleatoriamente de un diccionario. ¿Me estaba tomando el pelo?

Miré al plato. No pasaba nada, ¿verdad? Ya no había velos, se habían difuminado hasta desaparecer. Bien. En ese momento el coágulo estaba provocando un accidente cerebro vascular. Quise comentarle algo a Rosa, decirle que no me encontraba bien, pero no supe hacerlo, se me había olvidado cómo hablar. Rosa seguía parloteando desde lejos: así borrar no lo romper siguiente una hacia engañarse. No entendía lo que me decía. Las palabras no encajaban.

Y yo no sabía hablar, no tenía ni idea de qué debía hacer para hablar. Era como uno de esos sueños en los que intentas moverte y no puedes hacerlo. Sin embargo no me asusté, lo vi natural. Creo que llegué a balbucear algo, pero no estoy segura. Rosa me sonrió, tomó un par de servilletas y sujetó el kebab con las dos manos procurando que no se le escapara demasiado contenido. El oxígeno dejó de llegar a una parte de mi cerebro. El último pensamiento de mi vida normal fue absurdo e inadecuado: «Ay, qué difícil de comer son estas cosas. Si pudiera hablar le diría que se le va a caer un trozo de lechu». Luego, mi vida se fue al garete.

Y no pude evitarlo. Vi el plato acercarse a mi frente, sentí cómo chafaba la comida con el rostro. Qué difícil de comer son estas cosas. Negro.

Allí quedé, acostaba sobre una inadecuada almohada de patatas. Al día siguiente los médicos no se explicaban la causa de esa marca rojiza en mi frente, temían que fuera una reacción alérgica al Sintrom. En realidad me había quemado con las patatas. A nadie se le ocurrió esa explicación.

En ese momento, Rosa pensó que yo le estaba gastando una especie de broma incomprensible. ¿Por qué hacía esas cosas tan raras? ¿Acaso no me daba cuenta de que estaba llamando la atención? Eso no tenía ni pizca de gracia.

Por supuesto yo no me enteré de nada. Desperté en el hospital, aunque no supe dónde estaba hasta varias horas después. Mi hermano cogía mi mano, pero yo no sabía quién era él, ni sentía la caricia de sus dedos en mi palma. Mi madre lloraba en la silla.

Puedo imaginar lo que sucedió en el Doner Kebab. Es fácil deducirlo.

Caí desmayada, como la vieja del relato del jamado ese. Primero sorpresa, luego preocupación, susto y ambulancia.

Allí me oriné por primera vez. Sobre la silla de formica de un sucio bar. Hay demasiados paralelismos entre ambas historias. Me ha dolido leer ese texto frío y descarnado, completamente exento de sentimientos.

Como si yo solo fuera un cacho de carne.

La recuperación duró varios meses. Y los médicos quedaron sorprendidos de mi rápido avance. Es una chica joven, dijeron, a los dieciocho años se puede con todo. Probablemente no le quedarán secuelas del ictus.

Se equivocaron. Una parte de mi cuerpo se vio afectada de forma irreversible: los músculos de la vejiga dejaron de realizar su función.

Desde entonces, desde hace seis años, lucho sin resultados contra una incontinencia urinaria severa. Desde entonces sufro la marca de la orina.

Y… bueno. No quiero dar más vueltas al tema. Para eso ya está mi madre. Y Nacho.

Pero ahora hay algo que sí querría hacer, encontrar al autor de esos textos dislocados y decirle que yo soy la vieja del restaurante, que yo soy quien cayó sobre la paella. Que no puede mostrarse tan cruel e inhumano. Que no sabe de qué habla. Que las tragedias y el dolor llegan de forma inopinada y definitiva. Que a veces una minúscula bola de grasa en tu arteria destruye tu vida para siempre. Y que todo cambia a peor.

Querría verle y decirle que deje de jugar con el dolor de los demás. Oh, cómo me encantaría romper estos papeles y arrojarlos al viento para que nadie los publicara.

Suena mi móvil.

16

DARÍO

El caso es que de camino a la vivienda social me desvié un poco para cruzar por la zona en la que las callejeras suelen ofrecer sus servicios. No suponía un gran rodeo y me sentía un poco raro. La chica del sanatorio me había impactado. Era muy mona y ahora llevaba su número de teléfono en mi bolsillo. Ely, ponía junto a esos nueve números redondeados. Ely, me gustaba el nombre, sonaba de maravilla.

No puedo evitarlo y enseguida me monto películas en mi cabeza. El guion era tan previsible como siempre. Yo llamaba a Ely, quedábamos, nos enamorábamos, nos acostábamos, vivíamos felices. Todo sencillo y perfecto. Mierda. Esas cosas nunca me pasarán, lo sé. Soy demasiado tímido. Pero no puedo evitarlo. Me imaginaba a mí mismo abrazando su cuerpo, estrechándola con fuerza entre mis brazos, besando sus cabellos, recorriendo su piel. Oh, tengo tanto cariño por entregar; y me gustaría tanto que fuera a alguien como ella.

Quería verme reflejado en sus pupilas, brindarle mi amor eterno.

Por eso me desvié para ver a las prostitutas.

No tenía que cruzar por ahí necesariamente. Se puede ir andando del sanatorio a la vivienda social, es una caminata de quince o veinte minutos y una o dos veces a la semana me tocaba hacerla. La verdad es que no me importaba, agradecía poder dar un paseo y distraerme de las obligaciones de la casa. Y en ocasiones, si no iba demasiado mal de tiempo, daba un pequeño rodeo para pasar por esas calles; confieso que de vez en cuando me gusta fisgonear y echar un vistazo. Solo por pura curiosidad, que conste; esas chicas no me motivan demasiado, si alguna vez me he acostado con alguna ha sido en un club; a la

habitual falta de atractivo de las callejeras se suma el riesgo a contraer alguna enfermedad importante. Pero he de reconocer cierto morbo, me encanta echar una rápida ojeada. E imaginar.

Normalmente me limito a pasar echando vistazos de reojo y a montarme películas a cámara rápida en mi cabeza: encuentro a una chica buena que se ve obligada a vender su cuerpo y nos enamoramos, la rescato de ese mundo oscuro y vivimos felices. Todo esto en los pocos segundos durante los que paso a su lado. Muchas veces suelen chistarme. Me limito a hacer como si no las viera. Casi como si fueran indigentes a los que evitas mirar.

Un par de viejas princesas me llamaron al pasar a su lado, pero yo me limité a retirar la vista un poco avergonzado y a acelerar el paso, la verdad es que me cortan mucho. De repente me crucé con una chica joven. Era morena y bonita, tenía cierto aire a Ely, o eso quería creer yo, porque apenas me había fijado. Pero mezclo películas.

Me costaba creer que la chica fuera una de esas, aunque su proposición, «Eh, ¿follamos?», cuando pasé a su lado, eliminó todas mis dudas. Mi primera intención fue acelerar el paso (hasta casi correr si hacía falta), me obligué a mantener su mirada, sus ojos refulgían con una extraña y atractiva tristeza. Se trataba de una joven bastante majilla. No era una playmate ni una súper modelo, tenía un aire de estudiante desorientada en su primer día de universidad, como si no supiera a qué aula acudir. Con un poco de imaginación, uno incluso podía adivinar una sonrisa pícara en su rostro algo descuidado.

Me dije que no estaría de más saber cómo estaba el mercado. Me obligué a pararme junto a ella. Sentí de nuevo los nervios paralizándome y ese hormigueo en el estómago que experimentaba cada vez que hablaba con una profesional. Sabía que me la podía tirar, que bastaba con pagarle el dinero que solicitara. Eso me descolocaba un tanto. Por una parte estaba bien, porque simplificaba mucho la logística, pero por otra me resultaba poco gratificante. Y un tanto raro. Aunque la excitación que experimentaba resultaba agradable y ya pugnaba por extenderse a otras partes de mi cuerpo.

—Hola —dije fijándome en sus ojos. Todavía estaban demasiado lejos para reflejarme en ellos. Retiré la mirada enseguida. Al hacerlo pasé la vista con disimulo por su pecho. Me dije a mí mismo que podía

observarla con más descaro, que ella estaba acostumbrada, que, de hecho, es lo que buscaba: colocar la mercancía. Aun así apenas eché un fugaz vistazo a sus tetas. Majas. Me costaba centrarme.

—¿Quieres follar, guapo?

Claro que quería, pero de verdad que esas propuestas descarnadas, tan directas, me trastornaban. El hecho de que una mujer me planteara semejantes proposiciones se me antojaba un tanto antinatural. Sé que las mujeres normales no actúan así.

Sonreí torciendo un poco los labios. Esa mujer podría ser mía, podría abrazarla y disfrutarla. Ella me proponía que nos acostáramos y, sin embargo, yo apenas podía mirarla a la cara.

—Euhh, ¿cuánto? —me atreví a preguntar.

—Veinte euros— me contestó con un marcado acento rumano—. Tengo sitio aquí a la vuelta.

—Gracias —dije con precipitación, completamente cortado—, quizá otro día.

Y seguí adelante, por el rabillo del ojo percibí en su rostro algo que podría ser un gesto de lástima. Había andado unos veinte rápidos pasos cuando me volví. Se alejaba despacio por la acera, llevaba unos sencillos vaqueros y no estaba nada mal de tipo. Un culito pequeño y atractivo. Mierda, me dije, tío, te la puedes tirar, son solo veinte euros. Puede ser tuya ahora, puedes abrazarla. Puedes tenerla. ¿No te gustaría tenerla?

Su andar era perezoso, el de alguien sin destino.

Regresé. Solo por curiosidad, me dije de nuevo a mí mismo. Pregúntale. Así podrás fijarte un poco más en ella. La alcancé en un instante. La chica sintió mi presencia antes de que llegara a su altura. De nuevo esa sonrisa enquistada.

—Oye, ¿cuánto tiempo y qué se incluye? —pregunté con premura. El hormigueo se incrementaba: había posibilidades de que pasara. Lo estaba empezando a contemplar muy seriamente. Miré a mi alrededor como el descuidero antes de actuar, no había demasiada gente: apenas

unos pocos viandantes que iban a lo suyo y un par de viejos en la esquina que no se perdían detalle, siempre solía haber algún salido observando.

—¿Cuánto tiempo? —dijo como si nadie le hubiera hecho nunca esta pregunta; en los clubes es la medida oficial de las tarifas, ¿acaso no lo sabía? Ella hablaba con voz baja y como si se sintiera un poco avergonzada, a pesar de que exponía su propuesta sin ambages: «Eh, ¿follamos?», me había dicho poco antes—. No sé, diez, quince minutos. Y se incluye lo normal. —Hizo un dulce gesto con los hombros como quien dice algo obvio—: Un poco de chupá y follá. Chupá y follá.

Me gustó su acento, sonaba exótico y tierno, como si su voz pudiera quebrarse. Lograba que incluso «chupar y follar» sonara dulce. Como una promesa. O quizá fuera tan solo que la estaba escuchando de cerca, muy pocas veces puedo rozar a una chica. Las ondas de su voz resultan acariciadoras a esa distancia; el tono, más íntimo. Era casi como si me hablara al oído. Podía sentir su aliento con olor a tabaco. ¿Ely fumaría?

Me percaté de que ella tampoco mantenía mi mirada; lo agradecí, yo estaba un poco azorado. Me pareció que todavía había bajado más la voz en las últimas palabras.

Le volví a dar las gracias y le repetí que quizá en otro momento. No tenía otra excusa. ¿Cómo le dices que no a una mujer que te propone follar? No sabía dónde meterme ni qué hacer, estas cosas me alteran bastante. Había estado a punto, a punto. Pero seguí hacia el piso de acogida, tenía que trabajar, no podía entretenerme demasiado. Ve a trabajar, anda a vigilar a tus chalados, que ya deberías estar allí, y olvídate de esta desconocida. No es Ely, y en cualquier caso, Ely ni siquiera sabe que existes.

Mientras me alejaba no podía dejar de pensar en los ojos brillantes de la joven prostituta y en la silueta de Ely, ambas imágenes se combinaban en mi mente de forma un poco burda, como las transformaciones del hombre lobo en las viejas películas en blanco y negro. Su silueta, inclinada sobre la mesa de Ramón, se mezclaba con la de la callejera diciéndome «chupá y follá». Con un poco de imaginación, esta prostituta podría convertirse en ella, en una chica

normal y corriente que desea acostarse conmigo y que lo hace sin necesidad de pagar. Los sueños también tienen derecho a hacerse realidad.

Me dije que sería bonito, que podría resultar tierno. Que no era una barbaridad. Que podía hacerlo.

Solo veinte euros. Los llevaba. Y no pasaría nada porque me demorara unos minutos en llegar a mi destino.

Así que a pesar de haberme alejado ya bastante, regresé por segunda vez a por la chica, dejándome llevar por una extraña sensación completamente irracional. Jugaría a que era Ely.

Cuando giré la esquina ella estaba hablando con un tipo viejo, se insinuaba a todo aquel que se cruzaba con ella. Al poco, el viejo dejó de babear y siguió su camino. Imagino que ella debió de comprender que no tenía nada que hacer con él.

—Oye, que lo he pensado mejor… y que okey. —Me lancé a la piscina. De cabeza, no importaba que el agua estuviera helada como los ojos de la rumana—. ¿Está todo incluido en los 20 euros? —No quería sorpresas por el piso, las sábanas o cosas así.

—Sí, todo.

—Vale. —Lo iba a hacer, lo iba a hacer, el hormigueo se había multiplicado por cien. Iba a estar con una mujer; con esa chica abrazable y de buenos pechos—. Dime dónde es y te espero.

Eso de hablar con la chica en plena calle me parecía un poco violento, resultaba tan evidente lo que estábamos negociando… No tengo pareja, ya me gustaría, ya. Mi loro Batracio no cuenta. Así que soy libre de hacer lo que quiera. Aunque prefiero guardar las formas.

—Ahí alante, al doblar la esquina —dijo, señalando brumosamente con la cabeza.

—Venga, que me adelanto y te espero —propuse yo.

Como un delincuente novato me alejé de ella a paso rápido, solo me faltaba silbar para disimular. Así que al momento me encontré en una

sórdida callejuela, junto a dos veteranas prostitutas que hablaban espaciando las palabras y una anciana sentada en una silla de anea. Me escrutaron con fría curiosidad. No sabía dónde meterme ni qué hacer. Los pocos segundos en los que ella tardó en doblar la esquina se me antojaron eternos. No quería estar allí, todavía estaba a tiempo de esfumarme.

Cuando ella apareció me dedicó una sonrisa, creo que en realidad se reía un poco de mí y de mis nervios, pero fue precisamente su sonrisa lo que me decidió a continuar. ¿Cuántas chicas me han sonreído últimamente? Pregunta retórica.

Con un gesto lento, quizá hastiado, me señaló un portal en concreto y la seguí.

—¿Cómo te llamas? —aproveché para preguntar. Qué menos que saber su nombre. Aunque para mí sería Ely.

—Izabella. —Bien. Lo dicho: Ely.

Era un edifico destartalado y oscuro, con todas las pintas de haber sido declarado en ruinas décadas atrás. Las puertas de madera estaban abiertas. Por supuesto nada de portero automático. El patio estaba lleno de oscuros desconchones que también podrían ser manchas de humedad. Comencé a subir tras ella por unas escaleras sin luz, los peldaños tenían desgastados los bordes de madera y faltaban baldosines en la gran mayoría. No pude evitar acordarme de los textos de Nolasco: uno podía sentir que se perdería por los huecos de los baldosines. Sacudí la cabeza y miré el culo de la chica que trepaba escaleras arriba sin el menor signo de cansancio. Tira, me animé, no te acojones ahora. El olor a humedad era muy fuerte. Dios, ¿dónde me he metido?, me dije.

En mi mano llevaba el sobre con los papeles del trabajo, confiaba en que no me los robaran (no tenían ningún valor) o me los olvidara. Había escuchado un montón de leyendas urbanas sobre prostitutas que desplumaban a sus clientes. Seguí a su trasero entre las penumbras. Disfrutando del hormigueo que me poseía. Anticipando lo que iba a ocurrir. Creo que nos cruzamos con una mujer que bajaba, pero había tan poca luz y yo estaba tan nervioso que no podría jurarlo. Y seguimos subiendo, y seguimos. Cuando llegamos al cuarto

o quinto piso yo ya no podía más, estaba seguro que desde el exterior el edificio no era tan alto. No veía el momento de llegar.

Por fin, en el último piso, llamó al timbre, un pequeño botón rojo que sobresalía del marco de la puerta como un forúnculo infectado. Yo extendí mi mano hacia Izabella. ¿Podría tomarla de la cintura? ¿Sentir ya un primer roce? ¿Acercarme a su cuerpo? La bajé sin llegar a tocarla. Ruido en el interior, en seguida nos abrió una mujer madura, con pinta de ser de las que discuten en el puesto de las verduras del mercadillo. No estoy seguro de si la saludé o no, porque en un par de pasos nos introdujimos en una habitación diminuta. Izabella sabía dónde iba, me pregunté cuántas veces al día recorrería ese camino. Atrás quedó el recibidor que bien podría ser un salón o una cocina de tan abigarrado y desordenado que se encontraba. Al fondo me pareció ver un fregadero con una cicatriz de silicona en el frontal. Un montón de muebles viejos amontonados. Y un tendedor plegable con decenas de pequeñas toallas. Entramos en una habitación a tan solo tres pasos del descansillo. La puerta no encajaba bien, juraría que era un gran postigo de ventana reconvertido, pero a ella no le importó y yo ya estaba dispuesto a aceptar lo que fuera. Aun así empujé la vieja puerta un poco para encajarla lo máximo posible. No había pestillo y la manija medio colgaba de un tornillo desesperado.

Ya estábamos en la sede del amor. Había un camastro pequeño y desvencijado que ni siquiera tenía cabecero y dos sillas, una hacía las veces de mesilla. En un rincón habían instalado un viejo bidé, rodeado en su base por baldosas que no tenían nada que ver con las del resto del cuarto. Sobre él había un estante con un rollo de papel de cocina y algo que podría ser un bote de Mistol. La luz provenía de una bombilla de unos 15 vatios embutida en una lámpara descascarillada. Había muy poca luz. La habitación era tan sórdida y vieja como las prostitutas que se exhibían abajo. Me obligué a distanciarme de ese ambiente tan anafrodisiaco. Y a pensar en que iba a hacer el amor con una tía que no estaba nada mal.

Nos miramos. Yo un poco cortado y supongo que con expresión de asustado o al menos de desorientado. Ella separó unos centímetros los brazos de su cuerpo: «Aquí estoy». Me acerqué temeroso a ella y le di un flojo abrazo. Como el pésame a una desconocida.

—Si me das el dinero, puedo pagar la habitación. —Su acento seguía

siendo agradable. No, el acento no, creo que era su voz de universitaria acatarrada.

Le di un billete de veinte. Se quedó mirándome y me dijo:

—Son veinticinco.

Me extrañé porque solo había dicho veinte euros, tal vez con su marcado acento yo no había entendido bien el precio. O eso quise creer. Le pedí disculpas, no sé por qué, y le di otro billete de diez. Estoy seguro de que hasta me puse colorado. Desapareció después de desencajar la puerta.

Oí la voz de la mujer de la casa diciéndole algo así como «no te preocupes, ya me lo darás». Por lo visto había un problema de cambios e Izabella era de fiar. Las leyendas urbanas decían que las prostitutas mataban por un euro.

Mientras esperaba constaté la pobreza del cuchitril y vi un cartel escrito a mano con caligrafía de analfabeto que ponía «Las havitaciones por el día 3 euros por la noche 5». Constaté que la chica me acababa de guindar un par de euros al cobrarme veinticinco. Bueno, daba igual. Seguía estando tirado de precio. Era un chollo poder acostarse con una muchacha joven y guapa por solo veinticinco euros. Para mí los valía de sobras.

Izabella regresó y me dio mis cinco euros de vuelta. Sus movimientos eran dulces y medidos. Se sentó en la cama y, con un gesto exento del más mínimo erotismo, se bajó el pantalón y la braga a toda velocidad.

—Eh —le dije—, espera, espera, déjate la braga, quiero verte con ella.

Me gusta ver a las chicas en ropa interior, no tengo demasiadas ocasiones de que eso ocurra. No es que sea fetichista, es solo que me gusta. Suena a familiar, a confianza. Dos personas en ropa interior, como la cosa más natural del mundo. Además también me gusta cómo el tejido se ciñe a sus partes, cómo las rodea y remarca. A veces se mete por la rajita indicando el camino.

De nuevo me dedicó su mirada de estar con un marciano, como si le pidiera cosas rarísimas, pero se subió su tanga rojo. Parecía de los que venden por un euro en los chinos para Nochevieja, pero le quedaba de

cine. El deseo sexual se incrementó, estaba con una mujer en bragas.

Comencé a animarme, me podría imaginar que era mi novia, que nos queríamos, quizá que era la chica esa que había visto, o la cajera de Mercadona, la que tiene esa sonrisa tan bonita, o la vecina con la que a veces coincido en el ascensor. Podría acostarme con cualquiera de ellas, sentir sus cuerpos vibrantes. Supe que había tomado una buena decisión, un hombre de treinta y tres años necesita desahogarse de vez en cuando. Todo el mundo necesita cariño. No me gusta tener que comprar besos, pero es la única forma que tengo de acceder al calor humano.

Dejé el sobre en la silla y seguí su ejemplo: comencé a desnudarme. Ella se quitó la chaquetilla que llevaba, pero se dejó la camiseta para no tener frío, según me dijo. El efecto era un poco raro, sus tetas asomaban por debajo de la camiseta enrollada hasta los sobacos, pero tenía cierto morbillo. Un toque de esa espontaneidad que tanto me gusta. Vale, bien. Sus pechos eran bonitos, más grandes de lo que hubiera imaginado, y solo un pelín caídos. Sin darme tiempo a nada más volvió a quitarse el tanga y se plantó en el bidé en solo un paso (las distancias eran así de cortas). La imagen de ella con las piernas abiertas a cada lado del bidé no era ciertamente erótica, pero tenía su punto. Abrió el grifo y no esperó a que saliera agua caliente, probablemente ni había. Se lavó con un par de manotazos utilizando lo que yo había creído que era Mistol y que debía de ser jabón líquido tamaño familiar. Luego se secó con el papel de cocina. Unos roces rápidos e indiferentes. Ya.

—Ahora voy yo, ¿no? —le dije. Ya estaba completamente desnudo.

—Como quieras —dijo—, da igual. No hace falta…

Entonces fui yo quien la miró sorprendido, normalmente siempre solían pedirte que te lavaras un poco, algunas incluso te lavaban ellas mismas, algo que me encantaba. Iba limpio porque me había duchado esa mañana, así que subí los hombros y pasé de ese bidé rajado y frío. Aunque fue un detalle que no me gustó, una cosa es que eventualmente me acueste con alguna prostituta y otra que quiera poner en riesgo mi salud, la higiene es fundamental. Pero en pocos minutos comprendí por qué, en realidad, no era necesario que me lavara.

Me acerqué a ella, tuve que recordarme que estábamos allí para eso, que no pondría ninguna objeción. La abracé para romper un poco el hielo, pero ella me retiró con firmeza, mi pene ya excitado había rozado ligeramente su vientre.

—No, no —me pidió—, nada de roces, ponte un condón y me podrás tocar, pero antes no, nada.

Bien, por mí ningún problema, quería extremar las precauciones con esta chica, pero descubrí que no tendría que esforzarme en absoluto, era ella la que quería ir con el máximo cuidado. Yo no soy como esos inconscientes que exigen mantener relaciones sexuales sin condón, eso es una auténtica ruleta rusa, tanto para la chica como para el chalado que lo solicita. Sacó un preservativo del bolsito que había dejado en una de las sillas y me lo puso. Se las arregló para hacerlo sin ni siquiera rozarme el pene con los dedos, algo bastante complicado, pero resultó evidente que no estaba dispuesta a aceptar ni el más mínimo roce de mi órgano sexual.

Bueno, perfectamente engomado ya pude abrazarla. Era agradable, yo no soy demasiado alto pero aun así le sacaba unos cuantos centímetros. Me gustaba el roce de otro cuerpo, sentí sus pechos en mi torso y el tejido de su camiseta enrollada. Percibí su aroma, era agradable, yo no fumo, pero el olor a tabaco contribuía a hacer el encuentro real, más mundano y plausible. No era un sueño, ni una de mis películas, era un cuerpo humano, con restos de sudor en la piel, con el humo enroscado en su melena morena. Introduje mi cara entre sus cabellos y le di un besito en el cuello, tuve que apartar un poco la camiseta, su piel era suave. Me encanta esa parte de la anatomía de la mujer, parece estar diseñada para que encajen los labios. ¿Cuánto hacía que no había besado a nadie? Ya lo echaba en falta, necesito dar mi amor a alguien, aunque tenga que pagar para poder amarla unos minutos.

Seguí propinándole pequeños besos, solo rozaba su piel con delicadeza, notaba su calor y mis labios recorrían la curva de su cuello. Cuando llegué hasta su cara, la retiró con decisión. Estaba claro que no quería más. Pregunté, solo para asegurarme:

—¿Puedo besarte?

Me miró con esa extraña expresión suya, esa mezcla de tristeza y resignación. El brillo de sus ojos era fascinante. Negó despacio con la cabeza, pero su gesto decía que si yo insistía lo haría, pero que, por favor, no insistiera. No lo hice. Entonces me busqué en sus ojos y le dije:

—Eres muy bonita, ¿sabes?

Su respuesta me dejó de piedra. Bajó la mirada.

—No —contestó con firmeza y un puntito de algo que podría ser indignación—, no soy bonita. —Y añadió con el tono de quien lo ha escuchado muchas veces y solo repite la lección—: Soy fea, muy fea.

No supe qué decir, en su voz había tal falta de autoestima, tanto complejo y tanta resignación que me quedé completamente cortado. La chica no era un bellezón deslumbrante, pero no estaba nada mal. Su cara era agradable y sus ojos fulgurantes, el marco de sus cabellos resaltaba sus facciones. Su trasero, desde luego, era genial, joven, pequeño, duro, prieto y maravilloso. Al igual que sus pechos voluminosos, rematados en grandes areolas y pezones respingones.

Ella seguía mirando hacia el suelo. Y yo a ella. El eco de sus palabras todavía resonaba en mi cabeza. Me cogió de la mano y me tumbó en la cama.

—¿Qué quieres hacer? —dijo con completa resignación. No era una invitación, era un signo de aceptación.

No me cupo duda: era una chica herida, alguien que había pasado por experiencias desagradables que la habían marcado. No podía dejar de pensar en su «soy fea, muy fea». Se sentó frente a mí y comenzó a chupármela sin demasiado interés, de forma mecánica. Por supuesto sin rozar nada que no fuera el látex del preservativo. Yo estaba solo morcillón, pero me dejé hacer, ¿qué otra opción tenía? Tampoco quería despreciarla. No puso muchas ganas, tras unos instantes se volvió hacia mí y me preguntó que en qué postura quería hacerlo. Subí los hombros.

—No sé…, tú encima —sugerí. Así podría verla mejor.

Apenas podía mantener la erección. La semilla de una idea había

comenzado a germinar en mi mente: no podía evitar pensar que estaba haciendo algo malo. Era evidente que la chica no hacía eso por vocación. Se colocó sobre mí y comenzamos a hacer el amor. Casi no se movió. Yo me entretuve mirándole las tetas que escapaban de la camiseta enrollada y bailoteaban arriba y abajo sin demasiado ritmo. Pero la cosa no funcionaba. Ella no hacía eso por amor, probablemente ni siquiera por voluntad propia. No era eso lo que yo buscaba. Ni siquiera pagando podía encontrar el calor que ansiaba.

—Vamos a cambiar, ponte abajo —dije al poco, quizá si controlaba yo, la cosa pudiera animarse.

Intercambiamos nuestras posiciones, se movió como un coche al ser aparcado. Sus gestos eran cansinos. La observé tendida ante mí con las piernas abiertas, el sexo expuesto y el rostro apesadumbrado. Sin mirarme, con la cabeza vuelta hacia la silla que ejercía de mesilla, como si solo anhelara el momento de coger la ropa y vestirse. Cerré los ojos unos instantes, pero seguí viendo su cuerpo. Tenía que hacer algo. Besé con delicadeza uno de sus pechos y se estremeció, supe que no era de placer. Descendí un poco hacia su ombligo (no pensaba ir mucho más abajo), y me sujetó la cabeza.

—No —imploró con el tono lastimero de quien sabe que sus súplicas no son siempre escuchadas.

—Tranquila, cariño. Oye, en serio, me gustas mucho —dije contemplándola, no mentía—, eres muy guapa.

Giró la cabeza todavía más como si la hubiera abofeteado a cámara lenta, como si quisiera enterrarla en esa almohada deslustrada sobre la que se apoyaba. No contestó, pero entrecerró los ojos como si alguien hubiera exhalado humo en su cara.

Me tumbé despacio sobre ella procurando no echarle demasiado peso. Intenté darle un poco de conversación, arreglar esos momentos tan tensos que inexplicablemente habían surgido de la nada. Le pregunté de dónde era y qué años tenía. No sé, pretendía hacer todo un poco más cotidiano, más social. Me confirmó con su voz marchita que era rumana, aunque no me creí que tuviera los veinticuatro años que dijo tener. Contestó solo esas palabras. No le interesaba mantener ninguna conversación. Con la mano guió mi pene y me percaté de que no lo

introducía en su vagina, sino que lo dirigía entre sus muslos apretados. Culeé un poco como si no me hubiera dado cuenta, como si estuviéramos haciendo el amor, en lugar de vivir una descarnada parodia. No es que ella colaborara demasiado, apenas respiraba, pero pretendía hacerme creer que se la había introducido.

No quise prolongar más la situación, pero llegados a este punto y a pesar de toda la frialdad que me ofrecía yo necesitaba descargar. Sinceramente valoré dejarlo, bajarme de su cuerpo, vestirme y largarme; tampoco era tan grave, podía permitirme tirar veinticinco euros a la basura. Pero algo pesó en mi decisión, aparte del calentón. La chica se creía fea, estaba acomplejada. Y yo no quería reforzar su baja autoestima rechazándola y marchándome sin terminar. Si ella se creía fea y yo no podía ni correrme, de alguna manera estaría dándole la razón. Acabaría mucho más convencida de su falta de atractivo. Podría pensar que ni siquiera le gustaba a alguien que había pagado por ella.

Le propuse terminar a lo perrito, aceptó con una leve reticencia, solo un matiz de su lenguaje corporal. Sin ropa no hay forma de esconder los secretos. Se movió resignada, yo era el cliente, yo pagaba, yo mandaba. Su trasero era perfecto, me encantó. Le pregunté solo por confirmarlo:

—No lo haces por atrás ¿verdad? —no era una práctica que me interesada demasiado, pero quería conocer su respuesta.

Me contestó con un apagado «no». Pero me dio la impresión de que alguien ya había entrado por ahí sin pedir permiso.

Intenté probar en esa postura que tanto me gustaba, pero no hubo manera. El ambiente y la actitud de la chica estaban pasando factura. La cosa pintaba mal. Izabella estaba completamente cerrada, como si los músculos de su vagina se hubieran contraído, y yo no me encontraba en mi mayor estado de excitación.

También contribuyó que en ese momento alguien llamó al timbre del piso, ese botón rojo que supuso el fin del mundo para mi pobre erección. Juraría que un tipo dijo: «Hola, vengo a ver si me pueden hacer una paja», pero no estoy seguro de si esas fueron sus palabras, no se oía bien. Me agité un poco mientras la chica sujetaba mi pene

derrotado contra su vagina sellada, sin un propósito claro. Sin embargo, cerré los ojos de nuevo, pensé en la chica a la que había visto en el sanatorio, esa tal Ely. La forma en la que se inclinaba sobre la mesa de Ramón se me había quedado muy marcada. Imagine que yo me acercaba por detrás, que me apretaba contra ella. Y me lancé, con los roces y un esfuerzo de imaginación conseguí correrme. Fue un alivio, pero no un alivio sexual, sino de otro tipo. El orgasmo fue extraño, una mezcla de liberación y culpa. Un chispazo amortiguado. Por fin había acabado. Le había demostrado a Izabella que no era fea, que su cuerpo era deseable, que podía satisfacer a un hombre.

Se levantó, me dio con indolencia un trozo de papel de cocina para que me limpiara y se sentó de nuevo en el bidé. El papel era más áspero de lo que parecía. Se lavó a toda velocidad. Mientras, yo seguía medio aturdido, no sabía muy bien qué había pasado. Desenrolló su camiseta hacia abajo y se puso el tanga rojo. Normalmente hubiera disfrutado de verla vestirse, me gustaban esos stripteases inversos, me recordaban lo que acababa de disfrutar. Mientras se embutía los vaqueros le sonó el móvil, era caro, de última generación. Yo me las arreglé para llenarme la mano de esperma cuando me quité el preservativo. Lo tiré en un enorme cubo lleno de papeles de cocina arrugados junto al bidé y froté mis dedos pegajosos. Contestó en rumano y habló con voz nerviosa y rápida. Salió de la habitación sin ni siquiera despedirse, apenas rocé su vaquero para capturar su estela al salir. Quedé desnudo y desorientado.

Me vestí, cogí el sobre y salí de esa habitación sin ventanas a la vida. En el recibidor-salón-cocina no había nadie. Fui capaz de localizar la puerta de salida, deduje que era la que tenía el pestillo más gordo. Entonces desde otra habitación se asomó la cabeza de la mujer de la casa con expresión de curiosidad (¿le estaba haciendo una paja al tipo que había entrado poco antes?) y le dije que me iba. «Adiós», contestó sin saludar con la mano.

Descendí a toda velocidad las escaleras oscuras y siniestras de ese edificio ruinoso. Como si mi descenso supusiera una huida del infierno. Cuando salí a la calle, Izabella ya no estaba a la vista. Sin mirar atrás me apresuré a abandonar las callejas sórdidas repletas de prostitutas tristes.

Mientras me dirigía al piso de acogida pensé un poco en lo que había

pasado. Me sentía deprimido y vacío, como si la chica me hubiera arrebatado un fragmento de mi alma, como si mis sueños se hubieran quedado prendidos de su piel desnuda. Las palabras «soy fea, muy fea» se mezclaban todavía en mi mente con la imagen de un cuerpo deseable y joven. Su mirada brillante y triste todavía me taladraba. Le repugnaba el contacto de los labios, rechazaba el más mínimo roce sexual y su cuerpo se tensaba ante la idea de ser penetrada. Entonces comprendí que Izabella no hacía eso por vocación, ni siquiera por voluntad propia. Desconozco si tiene deudas impagables, si alguien la amenaza o si simplemente la más pura necesidad la obliga a hacer lo que hace: a vagar por la calle insinuándose a viejos. A aceptar clientes que le repugnan y a hacer el amor una y otra vez mientras la pena se la come por dentro.

Me pregunté qué había sido yo: ¿cómplice o salvador? ¿Había apoyado al proxeneta que la obligaba a prostituirse, o había contribuido a aportarle un dinero que ella necesitaba imperiosamente? ¿Ambas cosas?

Estuve tentando de volver a pasarme para ver si la veía, quizá invitarla a un café y darle una propina sin más, hacerle ver que algunos hombres pagamos por el amor de las mujeres, pero que también podemos tratarlas con cariño y brindarles el respeto que todo el mundo merece. Pero ya había perdido demasiado tiempo, no podía demorarme más. Además no me hubiera atrevido a hacerlo.

Pero algo me quedó claro, eso no era amor. Me he acostado con prostitutas media docena de veces y he tenido relaciones más o menos satisfactorias, con algunas incluso casi he llegado a creer que el cariño era cierto. Pero no, no es eso lo que yo quiero. Yo quiero a una chica normal, a alguien que me acepte como soy, a alguien a quien pueda decir «te amo» mirándola a los ojos. Alguien como Ely. Tenía su teléfono en mi bolsillo. Podría llamarla y decirle que quizá pudiera ayudarla, que yo sabía cosas de Ernesto del Río. Aunque también sabía que no me atrevería. No tengo valor para hacerlo. Sin dejar de caminar metí la mano en el bolsillo y saqué la nota. Contemplé la caligrafía de la chica, las tres letras que conformaban su nombre y los nueve dígitos de su teléfono.

Podría llamarla, debería llamarla. Quizá esa era la ocasión que necesitaba, la excusa adecuada para entablar una conversación,

incluso para quedar con ella. Pero luego ¿qué le podría decir?, ¿de qué hablaríamos. «¿De dónde eres y cuántos años tienes?», «Eres bonita»? Si ni siquiera pagando había conseguido tener una relación satisfactoria. ¿Qué pretendía? Ely era una chica guapa, seguro que ya tenía novio. Todas tienen novio. Estoy más que harto de hacerme ilusiones que nunca se cumplen. De soñar para nada. A la mierda.

Arrugué el papelito y lo arrojé al suelo. Así acababan siempre mis sueños. Seguí hacia la casa.

Supongo que la prostituta triste seguirá recorriendo la acera arriba y abajo una y otra vez.

17

NOLASCO SOBRE ERNESTO

Es aburrido pasar a ordenador las páginas que escribió Ernesto. Vale, es mi destino y mi misión. Él me lo hizo ver, pero una cosa no quita la otra. Hala, todo el rato copiando y copiando. El proceso no tiene nada de genial. Es un roooollo.

Además tampoco tecleo muy bien y voy lento pulsando letra tras letra.

Pim. Busco la letra.

Pim. ¿Y la «o»? Ah, arriba.

Pim.

Así durante horas. Arturo, uno de los compañeros de piso, otro chalado, me interrumpe de vez en cuando y me pide que le deje un rato el ordenata. Quiere ver algunas páginas porno y machacársela luego en su cuarto. No quiero tener que darle, así que se lo dejo; que si no, luego el estirado del asistente social viene y me suelta discursitos del tipo «niño, tienes que compartir los jugüetes con tus amigüitos», con su voz atiplada y plastificada. Yo le sacaría el palo que tiene metido en el culo, le atizaría bien con él y luego se lo haría comer para que siguiera igual de rígido y no se derrumbara hecho un trapo de carne. Literalmente. Ese tío es un coñazo. Como si la señorita Rottenmeyer se hubiera cambiado el sexo. Así que para evitarme sermones le dejo el ordenador al hombre-pera, para que, luego no vaya a chivarse: «señorito Rottenmeyer, señorito Rottenmeyer, que Nolasco no me deja el ordenador» y se líe la cosa.

A veces me quedo fascinado mirándole la cabeza a Arturo mientras busca sus webs de tetonas. Es una pera al revés, solo le falta el rabito en la barbilla. Es calvo casi por completo y en la parte de arriba, en el

primer sitio en el que la gente pierde el pelo, él tiene, sin embargo, un mechoncito corto y disperso, que es igual que el culo de una pera.

Es aburrido escribir, decía. Que he vuelto a divagar. Pim. Pim. Pim. Aburriiido. Sin embargo, en cuanto llevo un rato, las palabras de Ernesto vuelven a poseerme y me doy cuenta de la importancia de mi misión ahora que ya no está. Es que este hombre era especial. Recuerdo las movidas que montábamos en el sanatorio. No fueron malos tiempos, no. Cómo lloraba todo el mundo. Ahora me aburro mucho más.

Él me habló de la ruta de las baldosas y me enseñó a distinguir los caminos secretos. Él aterrorizaba a los demás internos, incluso a mí, con esa mirada sólida que había que romper con picahielos. ¿Será posible que casi añore esos días? Cuando Ernesto pasaba junto a Azucena, la enfermera más zorra, siempre la fulminaba con la mirada, ella se estremecía y se miraba los zuecos blancos con los que taconeaba al andar. Ernesto tenía esa capacidad, ponía nerviosa a la gente.

Metía en tu cabeza cualquier idea, por alocada que fuera. Claro que los locos solo tenemos ideas alocadas. Creo que acabo de encontrar cierta lógica, no había caído en la gracia hasta ahora. Me encantan estas cosas. ¿Ves? Al final escribir estas tonterías no es tan aburrido, siempre acabo encontrándole el chiste. Mira el siguiente fragmento de del Río.

Sé lo que te va a hacer.

Dicen que estoy loco. No tienen ni idea. Ellos no han vivido lo que yo he vivido. ¿Qué pueden saber?

De todas formas, ¿qué es estar loco? No sabría decirte. Se supone que loco es aquel cuyo comportamiento rechaza las normas sociales. Por eso yo estoy orgulloso de estar en este manicomio. De que me llamen loco. Las normas sociales están equivocadas, son grotescas. Castradoras, coartan la libertad, están puestas para el beneficio de los poderosos y han contribuido a hacer de este mundo la mierda que es. Son injustas e incorrectas. Las normas nos constriñen y agobian, sin aportarnos nada.

Para ellos estar loco es dejarse llevar. Realizar los sueños sin cortapisas ni leyes indignas. Sin convencionalismos sociales. Si es así, no me importa que me llamen loco. Quiero estar loco, quiero ser libre. Si eso es estar loco, probablemente tú también quieras serlo. Posiblemente incluso ya lo seas. Si no, puedo ayudarte.

La locura es la libertad. ¿Cuántas cosas dejas de hacer porque son inadecuadas según la norma? Ahora imagínate que nada te ata, que nada te impide llegar a tu yo profundo y dejarte llevar. La dicha del viento en tu rostro. ¿Por qué ha de ser malo, porque lo dice la sociedad? ¿Esa misma sociedad que con sus normas estrictas y retorcidas permite que haya niños que mueren de hambre? ¿Esa sociedad que debería ser eliminada pulsando un pequeño botón rojo?

Locura, lo llaman. No saben qué es eso, no pueden ni imaginar qué es la auténtica libertad.

¿Nunca te has preguntado qué es la locura? Daniel Lonces escribió que «La cordura es la capacidad de disimular la locura». Creo que tiene toda la razón del mundo. Es decir: que todos estamos locos, pero que de alguna manera nos vemos obligados a esconderlo a los demás. Y según lo logremos en mayor o menor grado se nos considerará más o menos cuerdos.

Ahora, sé sincero. Ya sabes que es una de nuestras normas: respeto y sinceridad. Te repito una vez más. Sé sincero. ¿Nunca has pensado que estabas loco? ¿No has dudado nunca de tu cordura? Seguro que sí. Quizá hayas logrado reprimir tus tendencias, pero estoy seguro de que en más de una ocasión has dudado de tu estabilidad mental, de tu capacidad para reprimir tus instintos. Puede que hayas logrado acallar la voz de la locura, y nadie haya escuchado tu grito desesperado. Pero tú y yo sabemos que te falta muy poquito para liberarte. Que tu equilibrio mental es más débil de lo que imaginas, y aquí estoy yo para darte un empujoncito. Estás un poco loco.

Y voy a demostrártelo.

Hay más definiciones de la locura. Una que me encanta es la que dice que consiste en realizar siempre lo mismo esperando obtener resultados diferentes. No sería una mala definición, no señor. Y ahora pregúntate: ¿Acaso no sigues siempre la misma rutina? ¿No recorres

las mismas calles, hablas con las mismas personas, realizas los mismos actos? ¿No es siempre lo mismo? Y en el fondo de tu ser, ¿no esperas que las cosas cambien? ¿Que todo mejore? ¿Que el resultado sea diferente? ¿Por qué lo esperas?

¿No eres, pues, un poco loco? Las cosas no cambian si tú no cambias. Déjate llevar. Permite a la locura poseerte por completo. Tu vida será diferente, mejor.

Más pruebas de que estás loco:

Un síntoma innegable de la locura es sentir cosas inexistentes; ya sabes: escuchar voces en tu cabeza, ver cosas que solo tú ves; todos esos topicazos. Seguro que sabes de qué te hablo. ¿Y si yo te dijera que ahora mismo puedes experimentar en tu propia piel algo que no existe? ¿Comenzarías a creerme? Sabes que yo soy sincero. Deberías creerme sin más, pero voy a demostrártelo. Voy a demostrarte que la semilla de la locura ya habita en ti, que puedes experimentar cosas inexistentes.

Vas a sentir algo que no existe. Algo que sabes positivamente que no es cierto, pero, sin embargo, no vas a poder evitar sentirlo.

Y bastará una sola palabra.

¿Estás preparado para mi demostración de que estás loco?

Recuerda: nada de eso existe. Pero tú lo vas a sentir. Es el equivalente a escuchar voces sin que nadie te hable. Si eso no es locura, ya me dirás qué es.

Adelante.

Piojos.

Tienes la cabeza llena de piojos.

Comienzas a sentir un roce gradual en tus cabellos, fíjate bien, un incipiente picor. Ha nacido en la parte superior de tu nuca, casi en la coronilla; es un cosquilleo leve que se esparce poco a poco. Lo sientes, ¿no? Allí anida un buen grupo de piojos, tanto adultos, como larvas diminutas. Puedes sentir sus imperceptibles movimientos. El picor se

desplaza despacio. Amplía su campo de acción. Incluso llega hasta la zona de detrás de tus orejas. Les gusta alojarse en esa zona. Son pequeños alfileres que apenas se apoyan en tu piel. Es una sensación sutil, pero que percibes con claridad. La cabeza ha comenzado a picarte. Es innegable. Te gustaría rascarte.

No te toques, no lo hagas. Sabes que los piojos no existen, que no están ahí. No caigas en la locura de apartarlos con tus dedos. No meses tus cabellos intentando retirarlos. No servirá de nada, no están allí. ¿O sí? La sensación de picor persiste, notas como comienzan a horadar suavemente en la raíz de tus cabellos. Sientes los desplazamientos de la nube de piojos que te infesta. Están ahí. La sensación es innegable, experimentas la picazón, sin ningún género de dudas. Te gustaría rascarte. Lo necesitas. No lo hagas, por tu cordura, no lo hagas. No existen. Pero fíjate bien en lo que sientes, centra tu atención en tu cabeza. Ahora algo se ha movido cerca de tu coronilla. Otro avanza hacia tu nuca. Sería agradable meter tus dedos entre los cabellos ¿verdad? Agitar la cabeza pretendiendo que salgan despedidos.

Y entonces te surge las dudas: ¿y si verdaderamente existen? ¿y si no les afecta lo corto que puedas llevar el pelo? Parásitos crueles que recorren tu cabeza buscando el mejor sitio para anidar en ella. El picor crece, se desplaza. Llega a tus orejas. Fíjate, comienzas a sentirlas un poco calientes. Te pican, también te pican. Sientes las patitas de esos seres minúsculos recorriéndote, quizá se quieran adentrar en tus oídos. En la cabeza el prurito se incrementa. Sabes que van a extenderse por todo tu cuerpo. Quizá alguno de esos seres ya ha alcanzado tu cuello y comienza a avanzar hacia tu espalda. Ahora crees que han podido llegar a tus cejas. No importa que te repitas que nada de eso está ocurriendo. Tu cuerpo te dice que sí está pasando. Lo sientes.

Te remueves. No te gusta lo que estás sintiendo. Ahora el hormigueo alcanza tu cara. El picor brota en una de tus mejillas. Sabes que toda tu cabeza es un enorme nido de parásitos invisibles. Oh, son más grandes que los piojos, con más patas y con apéndices diseñados para horadar. Y no puedes evitarlo.

Los sientes, aunque sabes que no están ahí.

Venga, ráscate, si quieres. Déjate llevar por la irracionalidad. Ráscate.

Sacúdete. Muévete, acaba con ellos. ¿Lo estás haciendo?

¿No llamarías a esto locura? Tu cuerpo se ha apoderado de tu mente. Y has sentido sin lugar a dudas algo que tú mismo sabías que no era real.

Ah, qué fina es la barrera que separa la locura de la cordura. Quizá, como decía Daniel Lonces, no exista la cordura, solo la capacidad de disimular la locura.

¿Todavía te estás rascando?

Vamos, puedes dejarlo. Ya ha acabado todo. O quizá solo acaba de empezar.

18

HILARIO

Cuando todo parece perdido, cuando nada tiene sentido, cuando las noches se hacen eternas porque resulta imposible conciliar el sueño, entonces me giro y abrazo a Magdalena. Ella siempre está allí, su cuerpo es una isla de calor. Es mi propio mundo, en el que me cobijo. Ella se revuelve un poco con movimientos perezosos y me acoge sin llegarse a despertar. Permanezco un buen rato sintiendo su piel a través del pijama, muy pegado a ella. Su contacto reconforta tanto como la oración de un creyente.

A veces introduzco mi mano bajo su chaquetilla del pijama y recorro con suavidad su vientre y sus pechos. Sin intención sexual, simplemente para sentirla más mía. Dejó la mano sobre ella, y espero a que el sueño me una a mi esposa.

Ahora no me atrevo a hacerlo. Me siento tan fracasado, tan perdido, que ni siquiera me considero digno de su cuerpo marchito y envejecido. Miro hacia la mesilla, los dígitos del viejo radiodespertador emiten un fulgor fosforescente. Las tres y media, pasadas. Llevo despierto un buen rato, en realidad ni siquiera sé si he llegado a dormirme. Y eso que esta noche el padre de Magdalena está bastante formal y no se le oye quejarse.

No me puedo quitar el bar de la cabeza. Las facturas amontonadas, el cierre inevitable. La clausura de los sueños. El futuro inexistente.

El cuerpo de Magdalena ya no es suficiente. Su bálsamo ya no alivia mis heridas. Sobre todo porque le he fallado, porque la embarqué en un proyecto sin futuro. Siento la cena trepando por mi esófago, como un grumo rebelde e indigesto. En mi cabeza algunas ideas rebotan sin fin, como una de esas pelotitas que botan tanto. Las ideas se impulsan

con fuerza y rebotan en el interior de mi cerebro una y otra vez, sin parar. Se vuelven inabarcables. No hay manera de detenerlas. La energía cinética se incrementa y rebotan, rebotan. Hasta que las paredes de mi cerebro vibran y resuenan y se armonizan con los golpetazos y mis sienes palpitan y me siento enloquecer. Sacudo mi cabeza y solo consigo cambiar los ángulos de bote.

Una de las últimas pelotas locas: ¿qué tendría que hacer mañana? Decírselo a ella, claro. Admitir la derrota. Contar con ella. Siempre ha estado allí y sé que siempre lo estará. Por eso me duele tanto haberla fallado, arrastrarla a la miseria. Me pregunto si podremos salvar el piso, es el aval del préstamo para el bar. Sé que no. Los de los bancos son unos ladrones.

Una oleada de comida caliente llega hasta mi garganta. Me yergo a toda velocidad intentando reprimir las náuseas. Me siento en la cama y trago el fuego que la hernia de hiato ha lanzado hasta mi boca. Magdalena apenas mueve una pierna, bien, mejor si no se despierta. Así en posición vertical estoy mucho mejor. Con un gesto de asco en la cara espero a que el ataque de acidez desparezca. La oleada cálida y espesa de comida semidigerida se recoge en mi estómago. Trago saliva, esperando arrastrar los restos que quedan en mi laringe.

Noto cómo las arcadas se suavizan un poco, pero un eructo apagado me recuerda lo que bulle en mi interior. Me levanto y palpo el suelo con los pies en busca de las zapatillas.

No enciendo ninguna luz, tiento la pared y la sigo hacia la puerta. Conozco el camino de sobra, son más de treinta y cinco años en esta casa. Me pregunto cuánto tiempo podremos seguir en ella. Salgo del dormitorio y recorro el pasillito a oscuras hasta llegar al baño. Cierro la puerta y enciendo la luz. Las baldosas azules tienen un efecto que reproduce gotas de agua, cada gota refleja la luz del aplique del techo.

Pongo bajo el grifo el vaso en el que dejamos los cepillos de dientes y bebo un poco, esperando limpiar ese sabor asqueroso que me posee. Lo logro ligeramente. Me siento en la taza sin bajarme el pijama, sin soltar el vaso, solo quiero estar sentado. La luz es áspera y diseccionadora. Me presenta el cuarto de baño como un cadáver en la mesa de autopsias. Sé que Magdalena querría reformarlo, quitar esa bañera pequeña y poner un plato de ducha, dice que nos estamos

haciendo mayores y que las bañeras son mucho más incómodas y peligrosas. Y tiene razón, cada vez nos cuesta más bañar a su padre, ya es imposible salvar la barrera de loza para meterlo en ella. Lo hemos descartado por completo, Magdalena se limita a lavarle con una palangana y una esponja. Supongo que no reformar será una de nuestras menores preocupaciones. Ya lo harán quienes le compren el piso al banco.

La maquinilla de afeitar de marca blanca está en el estante. Cerca, los cepillos de dientes se abrazan como yo suelo abrazar a Magdalena en la cama. Me pregunto si alguien podría cortarse las venas con una de esas cuchillas tan estrechas. Si sería solución. Si tendría valor.

Bebo de nuevo, el agua sabe a cal y cloro, es asquerosa. No quiero encharcarme el estómago o será peor, así que el sorbo es pequeño. Como un beso de despedida.

Me gustaría irme, lejos, muy lejos. Romper con todo y marchar. Ir adonde nadie me conociera. Y caminar alejándome, siempre alejándome, dejando todo atrás.

Deposito el vaso en el lavabo. El sonido del vidrio contra la loza es un ladrido corto. E inadecuado a esta hora.

Apoyo los codos en las rodillas y me encojo. Entierro mi cabeza entre las manos. Si pudiera parar esas malditas pelotas que no dejan de rebotar…

Llorar quizá me ayudaría, pero soy incapaz de hacerlo.

Me limito a permanecer así un buen rato hasta que una nueva arcada me recuerda que es mejor estirar el abdomen.

Mañana se lo diré a Magdalena. Tenemos que intentar traspasar el bar, vender todo el material que hay.

No será fácil, oh, no será nada fácil.

Si pudiera cambiar las cosas, si hubiera una forma de arreglarlo. Haría lo que fuera.

Entonces recuerdo. Es una estupidez, sé que lo es. Pero estoy

desesperado. Las palabras de la chica vienen a mi mente. «A cualquier hora».

Miro mi reloj de pulsera, es viejo. El dorado de la carcasa hace tiempo que desapareció, pero le tengo cariño. Sé que lo llevo adelantado casi diez minutos. Marca las cuatro y cinco.

«A cualquier hora».

La noche es capaz de muchas cosas, incluso de dotar de lógica a ideas absurdas.

Me levanto despacio. Las piernas se me han dormido un poco y doy pasos de zombi mientras el cosquilleo se evapora. Vuelvo al dormitorio sirviéndome solo de la luz del baño y busco mis pantalones en la silla, al pie de la cama. Un tintineo de monedas me saluda al cogerlos. Rebusco en el bolsillo y encuentro el papelito, más bien parece que es él el que acude a mis dedos. No sé por qué no lo tiré cuando esa chica me lo tendió sobre la barra del bar. No tiene sentido. Magdalena ronca débilmente. Es una buena mujer. La quiero. No se merece lo que le voy a hacer mañana.

Vuelvo a salir del dormitorio y me dirijo al cuarto de estar. Enciendo la luz y regreso al baño para apagar el aplique del techo. Hay que ahorrar. Ahorrar.

De nuevo en el salón, me siento en el sofá, sobre la funda que Magdalena preparó hace años, y que le gustaría renovar. Me pregunto si los sofás se pueden vender con facilidad y absurdamente remato la pregunta con el detalle de si la funda le dará más valor.

Miro el papel. Miro el teléfono que hay sobre el tapetito que hay sobre la mesita que hay sobre la pequeña alfombra. Es un teléfono viejo de color verde pálido, todavía tiene uno de esos cables enrollados. Magdalena lo mantiene sin nudos ni enganches. Descuelgo y escucho el tono de marcar mucho antes de acercarme el auricular al oído.

El sonido es discordante, como el del vaso sobre la loza del lavabo. Las cuatro y diez. «A cualquier hora». Marco el número sin pensar. Si analizara lo que estoy haciendo, no lo haría. No tiene sentido.

Me digo que nadie responderá al teléfono, que son las cuatro de la

mañana, y que si responden me mandarán a la mierda con cajas destempladas.

En cuanto marco el último número, descuelgan al otro lado. Inmediatamente. Como si hubieran estado esperando mi llamada con el teléfono en la mano.

«Hola, Hilario», dice la alegre voz de la chica antes de que yo diga nada. Tiene un puntito sugerente, solo lo suficiente para que no se note si no lo buscas.

«Hola», respondo en susurros, no llego a preguntarme cómo sabe que soy yo. Sé que lo que estoy haciendo no tiene sentido, pero ya no importa. «Venga. Está bien».

«Buena decisión», dice como el vendedor de coches, después de que el cliente haya elegido el modelo más caro. Me anima su voz. Es casi como una esperanza. «Ya verás como no te arrepientes».

«Uhh», digo por toda respuesta al tragar saliva.

«Hilario», dice ella. «Muy bien, ya está. No te preocupes.

Has hecho lo que debías». Y su voz son caricias de madre. Reconforta la tierna seguridad de sus palabras, su tono dulce y firme a la vez. «Ya no tienes por qué preocuparte. Yo me ocuparé de todo. Ahora, Hilario, vuelve a la cama; es muy tarde. Abraza a tu mujer y duerme».

«Eehh», titubeo. «¿Y mañana?».

«¿Mañana?». Sigue siendo una voz fresca y vital. «Mañana, nada, Hilario. Tranquilo. Tú haz lo mismo que todos los días. Abre como siempre y haz lo de siempre». Casi puedo oír cómo sonríe. «Enhorabuena. Ya no te quitarán el bar».

«El bar…», repito yo como un eco inadecuado.

«Eso es: el bar», cierra ella con la rotundidad del locutor de un anuncio de radio. «Anda a dormir, Hilario. Solo te quedan un par de horas de sueño, ¿no?».

Pienso en lo que me ha dicho. Suelo abrir antes de las siete con la

intención de dar algún desayuno. Solo entran un par de clientes habituales a esa hora, pero me digo que consigo más o menos un euro de beneficio, entre los dos, siempre viene bien.

«Vale», concedo. Tiene razón. Es muy tarde.

«Muy bien. Hasta mañana pues, Hilario. Yo llevaré el cuchillo».

Y cuelga. Incluso el clic de la desconexión suena dulce. Miro el microteléfono y cuelgo. El tapetito se arruga un poco.

Las pelotas ya no rebotan en mi cabeza. La hernia de hiato ya no me molesta.

Apago la luz del cuarto de estar y vuelvo al dormitorio.

Me acuesto junto a Magdalena. El calor que expelen las sabanas es tan reconfortante como una nana. Magdalena murmura algo que suena como «¿Yas l'ora?».

«Ssshhh, calla», le digo mientras la abrazo. «Duerme. Todavía no ha llegado la hora. Es pronto».

Y me encajo contra ella. Y cierro los ojos.

Y duermo. Pronto llegará la hora.

El papel con el número de teléfono queda sobre la funda del sofá. Lo que podría ser una ráfaga de viento inexistente lo eleva y arrastra. Hasta hacerlo desaparecer.

19

NOLASCO

Me duele la cabeza. Como si me empujaran los ojos hacia fuera. Como si mi cerebro estuviera creciendo y no cupiera en mi cráneo. Un globo de agua que se hincha demasiado. He tomado unas cuantas pirulas: aspirinas, paracetamol, ibuprofeno…, de todo lo que el pastoso de Darío me puede dar del botiquín de la vivienda sin prescripción médica, solo mierdecillas flojas. Y nada de nada. Mi cerebro sigue creciendo y mis ojos saltarán hacia fuera en cualquier momento.

Incluso he valorado tomar una de esas pastillitas tan monas que me dan para que deje de esvilar y que acumulo desde hace tiempo. Pero me niego a hacerlo. Si dejo de esvilar es como si me quitaran la vida. Esvilar es la razón de mi existencia. En el sanatorio lo pasé muy mal, durante muchos días lograron reducirme a una piltrafa sin sueños ni aspiraciones. Menos mal que Ernesto del Río siempre estaba ahí para echarme una mano con sus palabras e imágenes. En el fondo no era un mal tío.

Recuerdo cuando yo era pequeño y ya comenzaba a apuntar buenas maneras. Ay, qué tiempos aquellos. Parece mentira que alguna vez fuera un niño inocente que se dejaba llevar por sus inclinaciones.

Recuerdo aquel pajarillo herido…, no sé muy bien qué le pasaba, pero se arrastraba por el suelo cojeando y con un ala extendida como un abanico quebrado. Apenas intentó huir cuando lo cogí. No podía hacerlo. Lo metí en mi cartera y seguí mi camino de regreso a casa.

Esa noche descubrí que las plumas dejan de ser sedosas si conforman un bolo con la carne. También fue la primera vez que escuché a mi madre diciendo entre dientes eso de «Este niño es vil, es vil». Me gustó cómo sonaba. Muy diferente a otras cantinelas anteriores como «no es

normal», o «es malo». «Es vil, esvil» sonaba mucho mejor, hombre, ni punto de comparación; incluso tenía ritmo. No fue la única vez que mi madre utilizó esa expresión. Cuando lo de la abuela también lo dijo. Aunque no entiendo por qué se pusieron así; si no podía andar, ¿qué más da lo que le hice en las piernas? Ay, los niños, siempre tan espontáneos.

En fin, que me quedé con la copla. Es vil, esvil. Tararí, tararí. Bonita canción. Pero también aprendí que tenía que disimular un poco si no quería tener problemas con la gente. Mis profesores me odiaban. En justa contraprestación, yo les odiaba a ellos. A los de los seis colegios en los que estuve. Claro que tampoco acudía mucho a clase. Hubo una temporada en que me dio por ponerme en la puerta del hospital en la silla de ruedas de la abuela (ella ya no la usaba gracias a mí; estaba en cama, mucho más cómoda) y miraba a la gente con expresión de odio. No quería parecer el típico niño desvalido que pide limosna, lo que pretendía era demostrarles mi odio a todos ellos porque podían andar y yo no. Postrado en una silla de ruedas, pero sin necesitar a nadie. Qué cruel es la vida y qué fuerte hay que ser para sobrevivir. Me sacaba unas monedas y me lo pasaba estupendamente fulminando a la gente con mis miradas destructoras. Cosas de críos.

Me costó aprender a disimular mis tendencias. Si no quería que hubiera consecuencias o castigos, tenía que refrenar un poco mis impulsos. No podía pegar a los otros niños. A mi hermanita Adela no podía putearla, no podía agredir a los profesores, no podía empujar a la gente por la calle, se acabó tener mascotas en casa y el uso de instrumentos cortantes tenía que ser supervisado. Por eso le pedía a mi madre que no me cortara ella la carne en el plato, quería ser yo quien lo hiciera. Así, durante esos instantes, me dejaba llevar un poquito e imaginaba cosas esviles. El sabor del hígado no me gustaba demasiado, pero era mi plato predilecto.

Ahora estoy curado. A veces me duele la cabeza, pero ya estoy curado.

A ratos me canso de seguir las indicaciones de Ernesto. Esto del libro es un peso muy grande para mí. Miro a la pared y de pronto, sin razón aparente, siento una pena tremenda. Me pasa con frecuencia; últimamente más. Es como si me vaciaran, como si ese muro frente a mí, tras el monitor del ordenador, absorbiera mi vida hasta dejar solo este cuerpo marchito y caduco. La pared está estucada (hace años

cuando construyeron esta casa estaba de moda), pero en muchos sitios los bolitos están desgastados. Me miro en ese espejo sin reflejo y me veo a mí mismo. Abatido, cansado, desmotivado. Me pregunto para qué seguir y si vale la pena. Sé la respuesta: por supuesto que no. Me da pereza vivir, es complicado. Miro a mi alrededor y solo veo estas paredes frías y desangeladas. Tomo consciencia de que en realidad no tengo a nadie en el mundo. ¿A quién? ¿Al doctor Ramírez, al estirado de Darío, a Arturo cabezapera que siempre está pensando en tetas gordas? La familia hace ya tiempo que me repudió o murió; lo de Adela incluso me dio cierta pena. Me pregunto para qué seguir. Tengo que frenar mis impulsos de esvilar si no quiero volver a parar al manicomio y resulta duro. Es como tener hambre y no poder comer a pesar de estar rodeado de apetitosa comida. Una especie de tortura exquisita.

No tengo dinero, solo cobro la ayuda social, unos pocos euros que pronto dejaré de percibir, y apenas puedo permitirme ningún capricho.

Saco los restos carbonizados de Ernesto, siempre suelo llevarlos conmigo. A ver si me animan. Ay, Ernesto era un buen amigo. Con él no tenía miedo. Él me enseñó a seguir la línea de las baldosas y a romper el infinito que tanto me aterra. Solo pensar en el infinito siento un escalofrío. No puedo imaginarlo. Eso me desborda y supera. No cabe en mi cabeza, porque a pesar de que intento concebirlo sé que siempre será un poco más grande. Me imagino el infinito, y entonces me doy cuenta de que todavía es mayor. Pero eso no puede ser posible. ¿Cómo puede haber algo que sea infinito? Llenaría todo.

Una sábana infinita, por ejemplo. Siempre sería un poco mayor de como pudiéramos imaginarla, siempre se extendería un poco más de lo que nuestra mente imagine. Y, si lo es, tendría que estar en todas partes. No puede no estar en algún lado. El infinito tendría que estar también aquí en este momento. Y esto no me cuadra. ¿Yo soy parte del infinito?

El Universo es infinito, dicen algunos. Otros defienden que es finito y que está en expansión. Me da igual, si se expande es que está creciendo sobre algo que le permite ir más allá. Luego hay algo infinito sobre lo que el Universo se expande.

A veces pienso que si el Universo es finito, es decir, que tiene límites, esos límites tienen que lindar con algo ¿no? La pared exterior del Universo tiene que estar tocando el infinito. No, no me cabe en la cabeza. El infinito no puede existir, sin embargo tiene que haber algo que contenga a las cosas que existen. Toda una paradoja inexplicable. A veces estoy convencido de que esa incapacidad para comprender el infinito está implantada en nuestra cabeza, que es una especie de mecanismo de seguridad puesto ahí por alguien que no quiere que lleguemos demasiado lejos. No sé quién, ¿Dios? ¿Seres más poderosos que los simples humanos? ¿Extraterrestres?

Y ¿si somos solo programas informáticos o robots programados para no poder interpretar determinados estímulos? ¿Y si alguien nos veta esa posibilidad? Nunca he conocido a nadie capaz de imaginar el infinito, ni los matemáticos con sus fórmulas tendentes a él, ni las personas más inteligentes. Queda por encima de todos nosotros. Menos, claro, de Ernesto del Río. Quizá sea porque los demás solo somos basura, ¿Pueden las moscas entender el cristal que les impide salir al exterior en una tarde de verano? ¿Es esa para ellas la frontera del infinito? ¿Pueden los virus imaginar qué es un amanecer?

Eso me lleva a concluir que los humanos no somos nada, que no valemos nada. Que creemos que somos los reyes de la creación, la especie más evolucionada, pero en realidad somos seres imperfectos, minúsculos, incapaces de concebir algo existente como es el infinito. Por eso nuestras vidas no son tan importantes, por eso no valen nada, por eso tenemos que tender a infinito como las rectas paralelas.

Estoy sudando de nuevo, quizá al borde de una nueva crisis, ya conozco el camino. Tengo que calmarme, dejar de pensar en ese concepto tan enorme que nos hace empequeñecer a todos. Comparados con el infinito no somos nada. No tenemos valor.

Apeirofobia, lo llamó el doctor Ramírez, fobia al infinito. Un mal menor en todo mi cuadro clínico, solo un síntoma, no un diagnóstico en sí. Pero no logró sacarme de ese círculo vicioso que me hacía viajar desde los límites de la galaxia hasta el cero absoluto. Sin embargo Ernesto me enseñó a huir de él, a seguir las sendas trazadas entre las uniones de las baldosas y a comprobar que si son horizontales, nunca se unen. Ni en el infinito. Él me trazó rutas milagrosas, me mostró los poros. Me enseñó a viajar por caminos que otros transitan sin ver. El

infinito no llega al suelo que piso, no cabe por los resquicios de la realidad.

Oh, tengo ganas de vomitar, me cuesta escribir. Voy a dejar de teclear sin ton ni son y saldré a seguir una de esas ru tojy rtthoi

20

HILARIO

La veo bailar. No hay nadie más en el bar. Hoy no ha venido su amiga, solo ella. Es una canción hortera y machacona, de esas que me repugnan. No sé qué emisora está sintonizada. Y Mari se mueve despreocupadamente, de forma natural, como si la vida fuera una de esas películas del canal Disney en las que los estudiantes de instituto danzan por los pasillos. Como si yo no estuviera frente a ella, como si sus movimientos no fueran hipnotizantes. Lleva las manos a su melena y desliza los dedos por su cabellera. Su pelo se agita como un abanico de seda. Deja una estela lenta. Mueve las caderas a un lado y a otro, despacio, como si hiciera el amor descuidadamente con un ente invisible. Sus pechos se sacuden con los movimientos más bruscos, las costuras de su sujetador se perfilan en la camiseta ceñida.

Y yo la veo bailar. Y no puedo dejar de mirarla. Sin embargo no es deseo lo que siento, en absoluto, esa chica es demasiado joven para mí. Es otra cosa: una especie de fascinación incomprensible que me hace seguir cada uno de sus movimientos, vigilar sus gestos acompasados, mirar sus brazos cuando se agitan en el aire. Es la misma sensación que uno puede experimentar al tomar la manita de un bebé y observar sus deditos diminutos, ese prodigio de ingeniería que supone cada una de sus manos. Es casi como descubrir una nueva especie.

Mari me sonríe mientras baila. Está tan llena de vida que duele mirarla. Sé que no intenta provocarme, no tendría sentido. Lo hace solo porque se lo pide el cuerpo, así de sencillo. Es lo que le apetece. A pesar de lo absurdo de la situación, en ella resulta natural y espontáneo. Es tan solo la vida que se muestra en su aspecto más puro. Al igual que la sonrisa escapa de sus labios con una fuerza imparable. Es el movimiento desacompasado de las piernecitas del

bebé cuando quiere ser tomado en brazos.

Sin dejar de moverse se acerca a la barra. Yo estoy al otro lado. Continúa mirándome fijamente con sus ojos expresivos. Su sonrisa se amplía aún más; se le va salir del rostro, pienso de manera absurda, y yo la recogeré del suelo y la guardaré bajo mi almohada. Se apoya en el mostrador y suspira. La canción termina y una cuña nos recuerda las mejores ofertas del mercado en colchones de todo tipo. Un mechón de pelo cae sobre su rostro. Ella sopla con fuerza y el pelo se agita como un niño juguetón. Se ríe. Me sorprende lo fresca que suena su risa, es una cascada en un arroyo salvaje. Sacude la cabeza para librarse del mechón rebelde pero tiene que ayudarse con la mano. Lo peina sin cuidado. Vuelve a suspirar, pero no es un suspiro nostálgico o de agotamiento, es una pura muestra de satisfacción.

Espero, solo puedo esperar.

«¿Cómo estás?», me pregunta con su voz de muchacha de dieciocho años. Parece genuinamente interesada. Tardo unos segundos en darme cuenta de que me lo dice a mí. Y eso que estamos solos en el bar.

Subo los hombros. Bien, supongo.

«Venga, hombre, Hilario. Alegra esa cara. Ya verás como todo sale bien».

«Sí, claro».

Unos minutos antes no me sorprendió verla entrar en el bar. Llevaba esperándola toda la mañana. Se acercó con sus pasos seguros y su aura radiante. Próxima parada del expreso Mari: Bar El descanso.

«Hola, Hily», había dicho enmarcando las palabras en una saludable sonrisa. Hily, vaya nombre ridículo, hacía años que nadie me llamaba así. Desde el colegio. Mi amigo, ¿cómo se llamaba?, ese con el que cazábamos lagartijas en el descampado. Checa, creo.

«Hola, Mari», había respondido yo entre asombrado y aturdido.

«Jo, vaya sitio aburrido, Hily. No me extraña que no entre nadie».

Lo dijo con tal frescura que resultaba imposible tomarse a mal sus

palabras, no quería herir a nadie, solo constataba un hecho. Todo en ella era natural. Subí los hombros y vi el bar con sus ojos: un lugar oscuro y solitario, con un camarero cincuentón a punto de hundirse en la ruina más absoluta. Una barra con cuatro latas poco apetitosas y el silencio como banda sonora de una película con final triste.

«Venga, hombre, pon algo de marcha», ha mirado a su alrededor como si esperara una fiesta sorpresa no convocada. «¿No tienes una radio o algo así? Ah, ya lo veo. Eso es un equipo, ¿no?».

He seguido su mirada y he explicado como el niño pillado en falta: «Pero no funciona bien. No tiene antena de FM y no se puede sintonizar casi nada».

«Calla, no seas tonto y dale caña. Ya verás como enseguida animamos esto».

He hecho lo que ella me pedía y los dos altavoces de ordenador conectados a la lata han comenzado a escupir estática y palabras entrecortadas.

«Mueve un poco el dial y sube el volumen».

Creía que no serviría de nada, pero lo he hecho, me resultaba difícil negarme. Y la música había irrumpido de repente, sonando fuerte y clara, sin un soplo, sin una interferencia. Y ella había emitido un alegre gritito mientras decía «¿Ves, ves? ¿No te dan ganas de bailar?». Ella ya había comenzado a hacerlo.

Y ahora clava su mirada en mí y me asegura que todo saldrá bien. Y yo la creo. Y no sé por qué.

Me tiende su mano sobre el mostrador. No me atrevo a responder a su gesto. Me invita con un grácil mohín de sus labios. Veo cómo mi brazo se alarga por propia voluntad y mi mano envejecida sujeta la suya. Siento su calor. El tacto de su piel es tan suave que casi resulta perturbador. Las manos de Magdalena ya tienen arrugas y sus uñas son secas, siempre se quiebran y me pide que se las recorte con una pequeña tijera. A veces se queja de que le duelen las articulaciones, ha apretado demasiadas veces la fregona contra el escurridor. Mari probablemente no haya cogido una fregona en su vida. Me acaricia el dorso de la mano. Es un gesto de consuelo, como el abrazo de un

hermano.

«Va, ayúdame a subir», dice. Pero no hace falta. Antes de que entienda qué me pide, trepa a una de las banquetas de madera. Tironea un poco de mi mano y enseguida, con tres movimientos ágiles, está en cuclillas encima del mostrador. Su cara se acerca a la mía. «Caña al mono», me dice y entiendo que quiere que suba el volumen de la radio. Las cuñas han acabado y empieza una nueva canción, es un rock trepidante y odioso, con guitarras distorsionadas y un cantante desgañitándose. «Guau. Moola. ¿Sabes? Un día, al principio, hice bailar a toda la clase. Fue genial», me grita como si no estuviera tan cerca que bastara un susurro para oírla. Me tiende la otra mano y su invitación es clara. Quiere que suba con ella al mostrador. Niego despacio con la cabeza. Es absurdo. Y hay bastantes posibilidades de que acabe con la cadera rota.

Mari mueve el trasero con arte, la música le encanta. Incluso yo mismo estoy empezando a encontrarle la gracia a esos alaridos desgarrados. Compruebo asombrado cómo mi otra mano se extiende hacia ella. Mari la atrapa con una de sus cortas carcajadas de primavera y tira de mí. Me veo esforzándome por subirme a la cámara refrigeradora para acceder al mostrador. No estoy en forma. Supongo que mis torpes movimientos resultan patéticos. Los tobillos me molestan en ocasiones, un esguince mal curado que me hice de joven me ha perseguido durante toda la vida.

Ella tironea de mí mientras se yergue. La música me está empezando a gustar.

«Ven, vamos a bailar», me invita entre sonrisas de luz.

La chapa de la cámara protesta bajo mis rodillas y noto cómo se comba un poco. Me apresuro a cruzar sobre ella y ruedo hacia la barra. No quiero que se joda, si he de venderla ha de estar en perfecto estado. De repente me encuentro panza arriba en el mostrador con mis manos sujetas por las de Mari. Ella, inclinada hacia mí, baila allí en lo alto. Sus cabellos cuelgan casi hasta mi cara. Y me gusta lo que veo, es un plano insólito, una postura extraña.

«Muy bien, Hily», me anima. «Vamos, un último esfuerzo». Y, sin dejar de mover su cintura, tira de mí con una fuerza increíble, casi me

arrastra. Me pongo de rodillas, aparto un servilletero que nadie usa y en unos instantes estoy de pie junto a ella, encima de la barra.

«Genial», grita. Y me suelta. Levanta los brazos sobre su cabeza y los agita al ritmo de los guitarreos. La miro desorientado.

Nuestras cabezas están cerca del techo y si levantamos los brazos casi lo tocamos. Veo que los estantes de la pared del fondo están llenos de polvo, las botellas están cogiendo más solera de la debida. Desde arriba, el bar posee una perspectiva diferente. Parece más pequeño, menos importante, solo una estancia mal pintada. Perderlo no es tan importante, claro que no.

No me doy cuenta de que uno de mis pies ha comenzado a seguir el ritmo. Ella profiere alegres grititos. Me encanta oírlos, son como ramalazos eléctricos. Me pregunto si alguna vez en mi vida he proferido un gritito parecido. ¿Cuándo me he dejado llevar, cuándo he disfrutado plenamente? Nunca que yo recuerde, ni de crío. Ni persiguiendo lagartijas con Checa. Ella me mira y encuentro en su mirada un rastro de pena o ¿quizá de decepción?

La batería marca un corte rítmico. Y ella lo aprovecha para tomar de nuevo mis manos, como si fuera a declararme su amor eterno. El cantante grita como si le desgarraran las entrañas y de nuevo comienza el guitarreo. Pero ya no me parece ensordecedor, sino vivo. Una energía contagiosa que comienzo a experimentar por primera vez, una fuerza liberadora. Ella agita mis brazos adelante y atrás al ritmo desenfrenado de la música. «Vamos», dicen sus ojos, no sus labios, «vamos». Y voy.

No sé qué me sucede. Siempre me ha gustado la música tranquila, a ser posible en español. Dyango o Paloma San Basilio. Siempre he odiado el rock duro y a los melenudos gritones. Pero de repente me siento uno con la música. Mari ha conseguido el milagro. Me suelta despacio, como el ornitólogo que ha curado el ala a un halcón y espera ver si es capaz de emprender el vuelo. Y lo soy.

Y ella grita de alegría y me reconforta escucharla. Esa es la música más preciosa del universo. Y yo grito para acompasarme con ella. Mi voz es ronca y rasgada, la del perdedor que ha olvidado que lo es. Y ella salta y el mostrador vibra con su peso ligero y yo procuro imitar

sus movimientos gráciles y vivarachos. Brazos arriba, a un lado y a otro. Salto, saltito, salto. Ahora las caderas a un lado y a otro. Y el rock dominando todo, y ella por encima de la música. Con su expresión alegre y vivaz. Y yo bailando a su lado. Agita la cabeza a un lado y a otro. No sé cómo la música sube de volumen, nadie ha tocado el mando. Me llena, vibra en mis tripas y retumba en mi cabeza. Sé lo que sienten los pastilleros que bailan toda la noche hasta caer exhaustos. El tobillo no me duele. No me duele la garganta a pesar de los gritos que doy. No me duele el alma a pesar de que estoy en la ruina. Bailo. Y agito la cabeza como ella. Yo no tengo melena que ondear. El bar se mueve vertiginoso a un lado y otro. La luz parece oscilar con un efecto estroboscópico, como si el sol que entra por la ventana también se hubiera sumado a la danza de Mari. Como si en el mundo ahora solo existiera la danza de Mari.

No me preocupa que puedan vernos u oírnos desde la calle. No me preocupa que pueda entrar algún cliente. No me preocupa nada, solo seguir el ritmo de este rock eterno que resume la esencia de la vida. Ella se acerca a mí y me choquetea con su cadera con un movimiento divertido e inesperado. Me río. Y salto a su lado, le propino un culetazo. Resulta más fuerte de lo que esperaba y tiene que dar un par de saltitos para mantener el equilibrio. Por un momento temo que se caiga de la barra. Se ríe como si le fuera la vida en ello y sigue bailando. Me muestra ambos pulgares hacia arriba en un coqueto gesto que es una invitación a seguir disfrutando. Y yo también río. Sin saber por qué, pero río. Dios, cuánto hace que no me reía así. Y bailo. Y baila.

Levanto el puño y lo agito como si estuviera en una manifestación por mis derechos vulnerados. Agito mi pesado trasero a un lado y otro. No me importa hacer el ridículo, ni que mis movimientos sean burdos, ni lo patético de la situación, solo me importa su aquiescencia, su sonrisa de aprobación. Cierro los ojos para dejar que la música me domine. Ella ha comenzado a tocar una guitarra invisible. Y yo las veo (a ella y a la guitarra) a pesar de tener los ojos cerrados y las oigo (a ella y a la guitarra) a pesar del volumen de la música.

Movimiento, sonido. Vida tras mis párpados.

Un alarido atronador, unos guitarrazos secos y un golpe de batería. La canción acaba de repente y la reverberación de los últimos golpes se

pega a las paredes del bar como la grasa de la freidora. Se hace el silencio. Y la emisora ya no emite más canciones. Ni más cuñas. Uff, estoy agotado. Hacía mucho tiempo que no realizaba tanto ejercicio, me dejo caer de rodillas en la barra y permanezco así unos segundos, tomando aliento. Abro los ojos.

Veo a Magdalena. Su cara está frente a la mía, pero un poco más abajo. Me mira con expresión alucinada. No entiende lo que está pasando. Giro la cabeza buscando a Mari, pero se ha esfumado.

Tomo conciencia de la estática de la radio. De mi sobrealiento y de lo ridículo de mi postura: arrodillado sobre el mostrador respirando con dificultad después de bailar unos pocos minutos.

«Hilario, ¿qué haces ahí arriba? ¿Te pasa algo?» Sincera preocupación en su voz. Espero que no me haya visto bailar. Creo que no. Debe de acabar de entrar.

«Anda, baja», me pide con dulzura.

«He subido para revisar las bombillas», miento absurdamente. Hay fluorescentes.

«Ven, siéntate, no sea que te caigas, sería lo que nos faltaba. Bastante tengo con mi padre…». Me ofrece sus manos sinceras. Son tan diferentes a las de Mari… Las tomo. Están frías y ásperas, quizá tenga una uña rota. Le suele pasar, necesita un refuerzo de calcio. Pero me invita a desplazarme despacio y a bajar ayudándome de una de las banquetas.

La miro a la cara. Su rostro está avejentado y algo demacrado, no es tonta y sabe lo que nos espera, aunque todavía no me haya atrevido a confesarle lo dramático de nuestra situación. Quiero a esa mujer, llevo con ella toda la vida. Es el rostro con el que sueño, al cuerpo que abrazo cada noche. Estoy tan acostumbrado a ella que casi soy uno de los pliegues de la piel de sus manos. No quiero hacerle daño. Por nada del mundo. Oh, no.

Tiene razón Mari, sí. Por eso mismo tengo que matar a Magdalena. Porque la amo. Porque no quiero hacerle daño.

Me acuerdo de lo que la joven me dijo por teléfono. Miro sobre el

hombro de mi esposa cuando me abraza. Creo que sabe que ha pasado algo.

Mari ha cumplido su palabra, antes de desaparecer ha dejado el cuchillo junto al equipo de música.

Bien.

21

DARÍO / ELY / NOLASCO

Dos de los internos estaban peleados, la noche anterior habían discutido por el mando de la tele. Son chorradas como esta las que siempre acaban complicándome la vida. A veces por una tontería se desata la catástrofe. Muy rara vez llega la sangre al río, si se mataran entre ellos no me preocuparía, lo malo es que les da por pegar patadas a los muebles, destripar los cojines, desencajar puertas a base de golpetazos o gritar hasta quedarse afónicos. Y entonces es cuando nosotros tenemos que entrar en acción. Y cuando digo nosotros, en realidad quiero decir yo. La falta de presupuesto y la reducción de interinos hace que la mayor parte del tiempo solo haya un responsable en la casa. Y no sé por qué extraña razón estas cosas siempre pasan en mi turno. Atraigo a la locura. Los pirados solo se desmelenan cuando estoy yo.

La noche había sido movidita y esa mañana el ambiente estaba cargado. Tras la pausa del sueño volvía la tormenta por el mando. Me vi obligado a recordarles que la tele no se podía encender hasta la hora de paseo. De esta forma, logré que el desayuno transcurriera sin que degenerara en bronca, aunque la tensión entre ambos pacientes era tan espesa como las pastillitas de sucedáneo de mantequilla que la empresa de catering deja para las galletas del desayuno. Bien repletitas de grasas saturadas e hidrogenadas, a ver como el colesterol no les revienta las arterias a esta panda de chalados. Era el momento de recoger los platos y tazones y me había puesto como objetivo que ninguna pieza volara por los aires contra la cabeza de nadie. La cosa no iba mal, aunque no las tenía todas conmigo.

Sonó el telefonillo del portero automático. Un chirrido lento y entrecortado. No recibíamos muchas visitas, pero de vez en cuando venía algún proveedor o incluso el doctor Ramírez se pasaba de forma

inesperada para ver cómo iba su experimento de integración social. En mi opinión, el doctor Frankenstein tenía muchas más posibilidades de éxito. Es más gratificante trabajar con carne muerta que con carne loca.

—Sí —contesté descuidadamente, más pendiente de los sonidos que procedían de la cocina que del portero automático. Ni siquiera miré al monitorcillo, estaba intentando que mi vista doblara la esquina del pasillo para comprobar si todos estaban recogiendo sus platos sin problemas. La vivienda disponía de videoportero, pero estaba jodido y la imagen que llegaba al diminuto monitor era un fluctuante manchón en blanco y negro.

—¿Hola?

La voz tampoco sonaba demasiado clara, el altavocillo revibraba como los auriculares más baratos de un bazar oriental.

—¿Sí? —repetí. Ruido de un plato al caer en la cocina. Afortunadamente parecía que había aguantado. El hecho de que fueran de plástico probablemente tenía mucho que ver,

—¿Hola? —dijo la voz.

—¿Quién es? —Odiaba los diálogos de besugos que generaba ese interfono. Se creaban bucles de conversación que no tenían fin, como bandas de Möbius sonoras.

—He venido a ver a los responsables.

Otro plato en la cocina. Dios, ya había empezado la invasión de los platillos volantes. No podían haber esperado a que acabara mi turno, no.

Estuve a punto de preguntar «¿A quién?». Pero prolongar más esa conversación entrecortada me parecía surrealista. Pulsé el botón de apertura. Nadie en su sano juicio quiere colarse en esta casa, así que si quiere entrar será porque lo merece.

La vivienda es un edificio unifamiliar separado de la calle principal por un jardincillo acomplejado. Este tipo de viviendas nunca puede estar en un piso con vecinos, se requiere discreción e intimidad. Creo

que no tenían previsto ningún uso para el inmueble y lo cedieron como hogar de reinserción para evitar que los okupas lo tomaran con sus basuras y sus perros.

Una verja mal disimulada por un seto reseco impide el acceso desde la calle. Allí está el pulsador del portero automático.

Grité hacia la cocina.

—¡Ya está bien! No quiero jaleos. Los que hayan tirado algo, que lo recojan ahora mismo.

Preferí no acudir, que se apañaran entre ellos.

Esperé a que la visita cruzara los pocos metros de patio, casi pude oír los pasos sobre la gravilla que ejercía las labores de césped. Enseguida llamaron al timbre de la puerta. El sonido era diferente, mucho más alegre.

Tal y como indica el protocolo de seguridad, miré por la mirilla. La óptica de ojo de pez me mostró el rostro deformado de una chica. ¿Ya estaban aquí las de la limpieza?

Descorrí el cerrojo y utilicé la llave para destrabar la cerradura que se utilizaba durante la noche.

Abrí la puerta, esperando encontrarme a una de las chicas de apoyo.

Y allí estaba ella.

No podía creerlo. Ely, la chica a la que había visto en el centro de salud la mañana anterior, la misma con la que había imaginado que hacía el amor cuando me acostaba con la prostituta barata. Me quedé sin palabras, como el personaje tímido de esa telecomedia de frikis. Seguía con la llave en la mano. Sentí ganas de volver a cerrar la puerta y apoyar mi espalda contra ella. Era la persona que menos hubiera esperado encontrar allí.

—Hola —dijo tendiendo insegura su mano libre, en la otra llevaba una carpeta. Su gesto murió al poco de nacer—. Me llamo Ely.

Reprimí mis ganas de decirle: Lo sé. He estado musitando tu nombre

esta noche hasta que me he quedado dormido. He visto tu rostro superpuesto en el cuerpo de una prostituta. He imaginado nuestro encuentro y siempre acababa con un abrazo.

Seguí sujetando la puerta como si un viento inexistente amenazara con voltearla, sin invitarla a entrar. Ella no se percató de mi rechazo. No recuerdo si llegué a contestar algo. No sabía qué decir, no podía imaginar cómo había llegado ella aquí. Enseguida aclaró mis dudas.

—Me ha dado esta dirección el doctor Ramírez. Ayer dejé mi teléfono en el centro de salud mental porque busco información sobre un paciente llamado Ernesto del Río y el doctor me llamó para decirme que acudiera aquí y preguntara por el responsable.

Demasiados datos en tan poco tiempo. Sin embargo, pude comprender sus palabras y rellenar fácilmente los huecos que faltaban: Ramón, el celador, no solo me había dado a mí el teléfono de la chica, sino que finalmente se lo había pasado también al doctor Ramírez. Me extrañó que cumpliera con su obligación y se molestara en atender la petición de un visitante. La vida te da sorpresas. Como abrir la puerta y encontrarte a la adorable Ely.

—Eh, bueno... Las visitas no están permitidas. Este es un piso de reinserción y hay pacientes a los que no conviene alterar. Nunca se sabe cómo se lo van a tomar…

Sentí que estaba hablando de más, dando datos que no debería comentar. La confidencialidad era una de las bases de mi trabajo y acababa de admitir el carácter de la vivienda. Me pregunté por qué quería que se fuera, por qué me daba tanto miedo esa chica. Probablemente porque me gustaba de veras. Porque me sentía atraído por ella.

—Ah, vaya, lo siento —dijo ella con una deliciosa expresión contrariada. Se mordió ligeramente el labio inferior—. Pero el doctor me dijo que podía venir hoy y hablar con el responsable.

Su tono dejaba entrever que no se iba a dar por vencida tan pronto. Insistió:

—¿Puedo ver al responsable?

Miré hacia atrás. Más allá del pasillo, en la cocina, parecía que había vuelto la calma, aunque el silencio no era necesariamente señal de tranquilidad. Cuando no se les oía, era cuando había que empezar a preocuparse.

—Yo soy el responsable.

Esperé que mi tono no sonara presuntuoso. Odio a la gente que presume de su cargo. Yo solo soy un trabajador. Un pringao al que han cargado con un trabajo determinado. No quería que ella pensara que yo era un creído. Sí, aquí mando yo, el macho alfa, ¡ughh! Por otra parte, si uno tiene algún mérito puede hacer ostentación de él ¿no? Eso no es ser presumido, es asumir la realidad. Digo yo. Pero sentí deseos de suavizar la afirmación:

—Vamos, que soy el que se encarga de coordinar la casa, siguiendo las directrices que marca el doctor Ramírez. —No tenía mucho sentido lo que estaba diciendo, era una cháchara repleta de términos rimbombantes, ¿quién utiliza las palabras coordinar y directriz en una conversación normal? Así que decidí callarme. A lo mejor la estrategia más conveniente era la del idiota de la teleserie.

—Y ¿podríamos hablar? —sugirió con decidida timidez.

—¿Hablar? —Claro que sí. Y tomar algo y pasear por el parque cogidos de la mano y marchar juntos de vacaciones a la playa y reír mientras corremos bajo la lluvia y hacer el amor entre sábanas de seda y susurros de placer. Hablar. Sí, claro. Y vivir juntos. Y ser felices—. ¿Hablar? Euuhhh, sí, supongo. Un segundo, por favor. Tengo que ver si es un buen momento.

Su rostro circunspecto me observaba con detenimiento. Como si estuviera valorando lo que yo había dicho y no supiera qué opinar al respecto.

Comencé a cerrar la puerta. Ella puso la mano para impedirlo.

—Ehh —comenzó a protestar.

—Aguarde un momento, por favor —expliqué—. Tengo que cerrar. Los protocolos. En seguida volveré a estar con usted. Espere aquí, no tardaré nada.

Cerré despacio, no quería que ella sintiera que le estaba dando con la puerta en las narices, a pesar de que en realidad era justamente lo que estaba haciendo.

Necesitaba algo de tiempo. Ordenar mis ideas. Preparar un plan.

Ahora sí apoyé mi espalda en la puerta cerrada y respiré hondo. Dios mío, ¿qué iba a hacer? Vamos, tienes que espabilar, idiota. Tomé aire y me despegué de la puerta que me sujetaba como si tuviera adhesivo.

Me dirigí rápidamente a la cocina y comencé a vociferar con tono cortante.

—A ver, quiero todo en orden y a cada uno en su habitación. Vosotros dos, dejad los cacharros en la fregadera, ya los acabaréis de organizar luego. Va, va, va —les animé con unas palmaditas—. Cada uno a su cuarto. Ya os avisaré yo cuando se pueda salir.

—¿Por qué? —preguntó retador Nolasco. Tenía en sus manos uno de los platos de plástico. Supe que podría seccionarme la yugular con él.

—Que ¿por qué? —le clavé la mirada, procurando no adentrarme demasiado en sus ojos oscuros. Sabía que con él llevaba las de perder. El agujero negro de sus ojos engullía todo—. Porque lo digo yo. Y punto. —Claro ejemplo de mi mejor línea argumentativa—. Vamos, cada uno a su cuarto.

Algunos de los otros habitantes de la casa murmuraron protestas desganadas, pero comenzaron a arrastrar los pies rumbo a sus habitaciones. Nolasco siguió guardando los utensilios en los armarios de la cocina, como si mis palabras no fueran con él. Decidí cambiar de táctica. Con ese psicótico era mejor ir a las buenas.

—Vamos, Nolasco, por favor. Necesito que me eches una mano. Convence a tus compañeros para que me dejen unos minutos de tranquilidad, anda. Será solo un momento.

Volvió su cara hacia mí y me dedicó la sonrisa sardónica de quien ha descubierto el truco de magia mucho antes de que la paloma emerja del doble fondo.

—Por supuesto —concedió risueño—. Estamos aquí para echar una

mano.

Y su tono me heló la sangre. El doctor Ramírez estaba equivocado con ese tío. Seguía como una chota. Hannibal Lecter a su lado era un angelito. Cerró el armario de los tazones y salió despacio de la cocina, con la chulería del torero que ha rematado una buena faena.

Bien. Tragué saliva. Y todo en un tiempo récord.

Les vi dirigirse a sus habitaciones y cerrar las puertas. Ajá. Todo en orden.

Volví a la puerta de la calle. Tomé aire, me coloqué bien la bata, me limpié la nariz, no fuera que tuviera un moco, me repeiné con los dedos y abrí la puerta. Ahora estaba preparado para lo que iba a encontrarme.

Allí seguía. Se había retirado un par de pasos y observaba distraída uno de los matojos que brotaba entre la gravilla. Se volvió al oír el cerrojo.

Esa chica me parecía muy atractiva. Puede que no fuera un bellezón, pero a mí me encantaba.

Le ofrecí mi mejor sonrisa. Cómo me gustaría que todo llegara a ser de algodón de azúcar como en mis sueños.

—Pase, pase, por favor —le dije, procurando que mi retina capturase todos sus detalles. Desde esa melena revuelta, al brillo de sus ojos o la forma de su silueta.

Ella entró en la casa. Comencé a echar la llave a la puerta y me miró un poco asustada al oír los chasquidos de la cerradura. Supongo que para una chica el hecho de que le cierren la salida en una casa desconocida en la que hay unos cuantos locos resulta, como poco, inquietante. Subí los hombros restando importancia y señalé la cerradura con la palma abierta.

—Protocolos —justifiqué—. No hay por qué preocuparse. Los alojados en la casa están en régimen abierto, es solo que todavía no es la hora de salida y hay que tenerlos controlados.

Me ofreció la sonrisa de circunstancias de quien acaba de realizar una compra y se da cuenta de que no era ese el producto que quería. Miró en todas las direcciones con aire intrigado y un tanto distante, como si se adentrara en una caseta del terror especialmente cutre, en la que los muñecos mostraran desconchones y la pintura fosforescente de las paredes no brillara lo suficiente.

Me gustaba la falda que llevaba, siempre me han encantado las chicas con falda. Tenía un trasero majo. Pero la carpeta que llevaba me impidió captar más detalles.

—Por aquí —pedí pasando a su lado—, vamos al despacho. Allí podremos hablar con tranquilidad.

Me pregunté qué aspecto tendría el despacho. No era solo mío, sino que lo utilizábamos todos los cuidadores. No recordaba cómo lo había dejado la última vez que lo usé, probablemente patas arriba; esperaba no causarle una mala impresión. Estaba tan nervioso como justo antes de entrar en la habitación de una chica de pago, siempre siento ese mismo cosquilleo en la boca del estómago y se me seca un poco la lengua.

Abrí la puerta del despacho y me retiré un poco para que pasara. Pude oler su colonia, era una fragancia levemente almizclada, y había algo más por debajo, como polvos de talco. Resultaba acogedoramente agradable, como el sol entrando por la ventana en una mañana de domingo. Mi codo rozó su brazo, lo hice a propósito, esa fue la primera vez que nos tocamos. Esperaba que hubiera muchas más. Aproveché para mirarla con disimulo. Era como contemplar un atardecer.

Efectivamente la mesa estaba cubierta de papelotes y unos cuantos cuadrantes de horarios desperdigados. Le señalé una de las dos sillas de oficina que había en el lado del visitante. Ella la miró y luego bajó la vista como si se mirara a sí misma para comprobar que estuviera presentable; me dio la sensación de que estaba a punto de decir que no quería sentarse. Se pasó la mano por el trasero para alisarse la falda y se sentó con las piernas muy juntas. Al hacerlo, la tela sonó un poco como a papel crepé. Su rostro mostró una extraña expresión que no supe interpretar. Apoyó la carpeta sobre sus rodillas. La chica parecía una estudiante rogando para que el profesor no le preguntara

la lección, estaba erguida y daba la impresión de sentirse bastante incómoda. Me pregunté qué años tendría, se la veía jovencita.

Me senté a su lado, en la otra silla destinada a los visitantes; no quise poner la mesa de por medio. Era un truco que aprendí de la doctora Nuria Lacueva cuando estuve un tiempo en su consulta: compartir el mismo lado del escritorio propicia que el interlocutor se sienta más cercano y empatice más. Y yo desde luego quería empatizar con esa chica, empatizar todo lo posible.

—Usted dirá —dije en cuanto me senté. El trato de usted me sonaba un poco forzado, ambos éramos jóvenes, ella casi una cría, pero parecía lo adecuado dadas las circunstancias en las que nos habíamos conocido—. La verdad es que no solemos recibir visitas en este tipo de viviendas.

Ella se humedeció los labios con un rápido gesto nervioso y asintió con la mirada.

—Ya, ya. Entiendo. —Yo no supe qué más decir. Mi silencio la animó a seguir—. Bien, me llamo Ely Gomis y trabajo para una editorial.

No supe si tender mi mano (ya me parecía un poco tarde para hacerlo, debí haberlo hecho antes, cuando saludó ante la puerta), o presentarme o hacer una inclinación de cabeza o una genuflexión. Seguí plantado como un pasmarote. Me limité a mover la cabeza despacio arriba y abajo, indicándole que la escuchaba con atención. Seré gilipollas…

—El caso es que hemos recibido unos textos, un original, supuestamente verídico, enviado por alguien anónimo. Solo sabemos que quien lo envió estuvo internado en un sanatorio psiquiátrico junto con otro paciente llamado Ernesto del Río. —Hizo una larga pausa mientras me miraba fijamente—. No sé si me explico. Es una historia un poco rara.

Yo le sonreí y asentí. Sabía perfectamente de qué me estaba hablando.

—Los textos son muy extraños —continuó, tan rígida en la silla como un reo antes de ser electrocutado— y por lo visto son transcripciones de los escritos de ese tal Ernesto del Río. Por supuesto todo podría ser obra de algún escritor que utiliza técnicas de marketing un tanto

agresivas, pero suena demasiado real, demasiado… trastocado.

—Ya. —Vaya respuesta inteligente. Soy gilipollas. Sí, no cabe duda.

—Así que la editora me ha pedido que investigara un poco e intentara localizar a ambos pacientes. En principio, ese tal Ernesto del Río habría muerto. Ayer me dirigí al sanatorio y dejé mi contacto; el doctor… euhh…

—Ramírez.

—Eso es: Ramírez; se me había ido el santo al cielo...

Cariño, tú eres el cielo. Ella tomó carrerilla y continuó:

—El doctor Ramírez me llamó y me dijo que viniera aquí y preguntara por ti. Bueno, por el responsable. Eres tú, ¿no? — Buena señal, ya había pasado al tuteo sin darse cuenta. Asentí de nuevo con la cabeza —. Pero no me dijo nada más. La verdad es que yo también estoy muy intrigada. No sé quién es el autor de los textos que nos llegan, ni si se trata de algo real o imaginado.

—Y ¿por qué quieres saberlo? —la pregunta más tonta del mundo. Bien.

Ella subió los hombros con un leve mohín encantador.

—Hombre… pues la editorial quizá esté interesada en publicarlos y me pidieron que intentara contactar con el autor. ¿Puedes ayudarme?

Nuestras miradas coincidieron y el tiempo se paró de golpe. Veía sus ojos oscuros. Parpadeé.

Parpadeo. Veo sus ojos claros. El tiempo se había parado, pero recupera su ritmo pausado y retiro la mirada.

Me siento un poco rara e intranquila. Por encima de todo planean mis habituales temores, las cuestiones normales sobre si el pañal estará demasiado mojado, si el olor se escapará, si dejaré una mancha de orina sobre la silla en la que estoy sentada…; pero por debajo subyacen otros temores todavía más inquietantes y preocupantes,

mucho más difusos y desconocidos.

La mirada de este chico es tan fija y penetrante que parece que quiera absorberme la vida. Sus pupilas son claras y brillantes como si estuviera a punto de llorar; y sus globos oculares se ven enrojecidos, como si ya lo hubiese hecho. Sus labios finos siempre configuran una sonrisa, aunque no sabría decir hasta qué punto es sincera.

—Sí. Quizá pueda ayudarte —me dice pensativo. Ha saboreado cada palabra.

Y se calla. Creo que busca la mejor forma de expresarse. Me da la sensación de que es un poco lento.

Le miro intrigada; quiero salir de aquí, este cuarto huele un poco mal, como a pienso para pollos. Y su mirada me incomoda un tanto, no es como si me desnudara, no, no creo que sea nada sexual, es algo más profundo: como si traspasara mi piel y acariciara las circunvalaciones de mi cerebro.

—Creo que sé quién ha escrito lo que comentas —dice al fin.

Se acerca un poco más con su silla. Estamos a muy pocos centímetros, nuestras rodillas casi se tocan. Una vieja duda me asalta una vez más. ¿Oleré? Si yo capto el olor de su despacho, él puede notar el olor de mi orina, por mucho que la publicidad venda estos pañales como inodoros. Recoloco la carpeta sobre mis muslos, es una muralla tan pobre… Evito retirarme, podría interpretarlo como un desprecio. Pero estaría más cómoda si pudiera alejarme un poquito de él.

Mira alrededor como si esperara encontrar cámaras disimuladas entre la pobre decoración de la estancia. ¿Será verdad eso que dicen de que si uno está mucho tiempo con locos acaba convirtiéndose en uno de ellos?

—Primero dime de qué tipo de textos estamos hablando, no sea que me equivoque.

—Sí claro —concedo volteando la carpeta—. He traído algunas muestras, sobre todo aquellas en las que habla del ingreso en el sanatorio.

La carpeta es de plástico y muestra vivos colores, casi me parece demasiado hortera para estar en este ambiente estirado y reseco. Retiro las gomas y la abro. Unos cuantos folios quieren escapar inmediatamente. Los sujeto y se los tiendo. Él alarga su brazo y toma los papeles, creo notar que le tiembla un poco el brazo. Cosas mías. Seguro.

Les echa un rápido vistazo mientras pasa las hojas. Creo que no pone demasiada atención en los textos, es como si estuviera a otra cosa. Sin levantar la vista pregunta:

—Y ¿de verdad hay alguien interesado en publicar esto?

Confieso que siento un poco de vergüenza ajena. Esto es cosa de Susana, la editora, y su culo relamido. Yo creo que este tipo de textos deberían ser destruidos. Es tan enfermizo, tan lamentable… Sin embargo yo misma he sido víctima de la fascinación que genera su lectura.

—Bueno, eso no es cosa mía. —Que quede claro; soy inocente—. Son decisiones editoriales. Supongo que hay lectores para todo.

Levanta la vista de los folios impresos y me dedica una sonrisa, puede que sea la primera sincera.

—Ah, pero… ¿hay lectores?

El comentario me coge por sorpresa y me hace gracia. Esa es la misma pregunta que suele hacerse Susana. ¿Dónde está la gente que antes compraba libros?

Me devuelve los papeles con un gesto natural. Cuando los cojo mantiene el contacto un poco más de lo necesario. Quizá, no estoy segura.

—Sí —concede—. Sé quién ha escrito esta basura. De hecho ya la he leído.

Me sorprende su confesión. Durante unos instantes me pregunto si no será él el autor de estos despropósitos. Me encajaría. Hay gente muy rara.

De nuevo se hace el silencio. Joder, cuesta sacarle las palabras a este tipo. Aprovecho para meter los textos en la carpeta. Le miro procurando no parecer demasiado inquisitiva, pero sí lo suficiente.

—Pero, la verdad, no sé si te conviene saber más sobre el tema —dice finalmente.

No sé si quiere hacerse el interesante o tiene un control instintivo de las frases lapidarias y de las pausas dramáticas. Pero está empezando a ponerme de los nervios con esta conversación tan fragmentada e ilógica. Le animo a seguir:

—Por…

Espero una explicación. Tuerce los labios en un gesto no exento de ternura.

—Hombre, tú eres una chica joven y maja. —Uff, ya empezamos. Mal vamos… Otro que sabe lo que me interesa mejor que yo misma; en plan Nacho o mi madre. Ya lo veo venir, dentro de nada estará dándome consejos sobre mi Izquierda Unida y enseñándome a ponerme el pañal—. Y no creo que te convenga relacionarte con, ya sabes, gente de esta calaña. —Se lleva la mano a la boca y la pasa despacio por los labios en un gesto inconsciente que cualquier estudiante de primero de psicología interpretaría como un «no quiero decirte lo que viene a continuación». Pero lanza el cuello hacia delante con un movimiento de paloma y sigue hablando—. Se supone que el autor está curado de sus problemas psiquiátricos y por eso tiene más libertades. Pero, después de leer cosas como estas y otras más, no sé qué decirte.

—Ya. Pero, entonces, conoces al autor, ¿no?

—Sí, claro.

Diosss. Don Parco me pone de los nervios. Es para matarle.

—Y bien…

—Pues eso, que no creo que sea un buen tipo.

—Vale, de acuerdo. —No quiero casarme con el autor, joder. Este tío

ya me está tocando la moral—. ¿Podría conocerle? ¿Hablar con él?

De nuevo se lleva la mano a la boca. Duda, no sabe qué decirme. Ahora eleva la mano y se la pasa por el pelo, retirándose mechones inexistentes.

—De verdad que no me gustaría que te hiciera daño…

—Ya, pero no creo que Ernesto del Río sea tan peligroso.

Se retrepa un poco en la silla, agradezco ese movimiento, juraría que se ha ido acercando cada vez más, de forma imperceptible. Ahora se ha alejado de mí y me alegro. Así hay menos posibilidades de que me huela.

—No, no. Yo no me refiero a Ernesto del Río —niega de forma rápida —. No conozco a ese tal Ernesto del Río. No he trabajado nunca en el sanatorio y no sé quién ha estado ingresado o no. De hecho ni siquiera puedo asegurarte que exista. Yo siempre he estado destinado aquí.

No entiendo nada. Abro las manos y subo los hombros como diciendo ¿Quéeee?

—El que ha mecanografiado estas hojas no es Ernesto del Río… esto lo ha transcrito un tal Nolasco Velasco.

Agito la cabeza. Repito su trabalenguas, tiene que ser una broma:

—¿Nolasco Velasco? —Sí, claro. Y a los coros Gianna Nannini—. ¿Es cachondeo? ¿De verdad hay alguien que se llama así? ¿Nolasco Velasco?

—Sí. Supongo que a sus padres les pareció divertido.

Vaya nombrecito, desde luego es para acabar trastornado. Puedo imaginarme la de bromas que tendría que aguantar de niño, seguro que para sus compañeros de clase su segundo apellido era Dasasco. Ni siquiera puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Incluso escucho las cancioncitas y hasta me veo a mí misma en el corro de niñas, tapándome la nariz y repitiendo Dasasco, Dasasco, mientras le señalo con el dedo. De repente vuelvo a la realidad. Ese concepto de dar asco, me ha ayudado a hacerlo. Llevo ya mucho rato sin pasar por el

baño. He notado varias fugas irreprimibles. Ahora soy yo la que se encuentra al otro lado del dedo acusador: Das asco. Das asco, meona, sucia meona.

Quiero salir de aquí. No me gusta esta situación absurda, no me gusta mi trabajo malpagado, no me gusta esta casa maloliente (das asco), tampoco me acaba de gustar el tipo de los ojos diminutos que está frente a mí, pero sobre todo no me gusto yo misma, con esta enfermedad horrible que me convierte en un saco de basura.

—Bueno. A ver si lo he entendido bien… —digo para acabar ya de una vez por todas con esta conversación entrecortada. Me han entrado unas ansias irrefrenables de escapar de aquí, de zanjar ya este tema. Volver a mi casa, a mi habitación, a mis pañitos. Encerrarme allí y seguir leyendo originales de mierda, hasta que se me pase la vida—. El autor de estos folios es un tal Nolasco Velasco y transcribe los escritos de su amigo fallecido Ernesto del Río.

—Más o menos —admite—. Aportando el propio Nolasco, por lo que he leído, muchas cosas de su propia cosecha.

—Sí, sí —concedo. O sea que se los ha leído. Me pregunto si se habrá introducido el dedo en la boca sellando el pacto con Ernesto o si habrá pulsado el imaginario botón rojo que destruye el mundo o si habrá hecho lo de la ventana.

—Bueno, pues, enhorabuena, has encontrado al autor. Está aquí, en esta casa.

Joder, podía haber empezado por ahí, en lugar de marearme con tantas vueltas y revueltas.

—¿Aquí?

—Sí, está en régimen abierto desde hace algunas semanas.

—¿Y podría hablar con él?

Levanta los hombros y frunce el ceño. Parece meditarlo con profundidad.

—Supongo que si el doctor Ramírez te ha mandado aquí y lo permite,

no habrá problema. Además, en cualquier caso, Nolasco está en régimen abierto, así que nada puede impedir que hable contigo en las horas de paseo. —Se queda un poco pensativo—. De todas formas, lo que tú querías era localizar al autor ¿no?

Asiento con la cabeza mientras intento adivinar sus procesos mentales. A ver a dónde me lleva este nuevo protector que me ha salido de la nada.

—Bueno —continúa—, pues ya lo has encontrado, sabes dónde está y dónde va a estar: Aquí. Ya tienes lo que querías. ¿De verdad crees que es necesario hablar con él? ¿Vas a proponerle un contrato? ¿Vas a negociar con un chalado sobre los escritos de otro chalado?

Dicho por él todas esas cosas suenan un tanto absurdas y accesorias. Y yo quiero irme. No sé qué quiero hacer ni qué pretendo conseguir. Me asalta una profunda sensación de irrealidad, como si el mundo careciera de sentido; bien, mi vida nunca ha tenido demasiado, me temo.

Lo cierto es que me gustaría escapar de esta casa de una vez. Le ofrezco una sonrisa de circunstancias, subo los hombros y ladeo la cabeza.

—Hombre, no sé. Puede que tengas razón. Ya sé quién es el autor y cómo localizarlo. Eso es cier

Portazo: El sonido es casi como una pequeña explosión. Viene de otra parte de la vivienda.

Gritos: Una voz seca despotrica palabras ininteligibles.

Ruido: La silla que se arrastra hacia atrás cuando el asistente se levanta.

Maldiciones: Las que murmura a toda velocidad en voz muy baja mientras se dirige a la puerta.

—Perdona —dice con premura—, tengo que ir a ver qué pasa.

Estoy segura de que si esto fuera una película policíaca cogería un subfusil del armero e insertaría el cargador al salir. Pero solo sale. Su

cabeza reaparece por la puerta entreabierta un segundo después.

—No pasa nada, Ely, no te preocupes. —Aquí debería guiñarme un ojo, pero no lo hace. Hubiera sido un gesto demasiado humano—. Espera aquí. Vuelvo enseguida.

Cierra la puerta y se esfuma. Resulta inquietante.

Quedo desorientada, sentadita como una buena estudiante esperando a que regrese la seño, mientras crece el temor en mi interior. Oigo sus pasos alejándose por el pasillo. Estoy sola en la habitación, mientras en esta casa de locos se oyen gritos e insultos. No me gusta nada, nadanada.

Aprovecho para removerme un poco, me palpo la parte trasera de la falda: parece seca. Gracias a Dios.

Me pongo de pie y miro la silla. Limpia. Uff, menos mal. Miro hacia la puerta, sigue cerrada. Me recoloco bien el pañal como buenamente puedo. Odio esos chasquidos de la celulosa húmeda.

Miro a mi alrededor. Se trata de un despacho abigarrado y desordenado. Nada especial, si se obvian los barrotes de la ventana. Supongo que no son para que no entren ladrones, sino para que no se escapen los de dentro. Vaya, eso no me tranquiliza demasiado.

Me acerco despacio a la puerta, más que nada para ver si chapoteo demasiado al andar. Asumible, pero no sé por cuánto tiempo. Oigo a lo lejos la voz del encargado de ojos claros (por cierto, no me ha dicho cómo se llama), parece que está discutiendo con alguien.

En ese momento suena un leve chirrido. Proviene del pomo de la puerta. Justo a mi lado. Siento un ramalazo de miedo. ¿Y si me encierran con llave en este despacho? ¿Qué podría hacer? ¿Quién sabe que estoy aquí? ¿Cuánto tardarían en echarme en falta y localizarme? Sacudo la cabeza intentado apartar esas ideas desquiciadas. No lo consigo apenas. Pero me vuelvo a decir que nadie me va a encerrar, que eso no tiene sentido.

Me doy cuenta de que estoy en lo cierto cuando el pomo comienza a girar. Despacio. No me están encerrando, al contrario: están abriendo la puerta.

El concepto es todavía más preocupante.

No puedo evitarlo y retrocedo alejándome de la puerta. Alguien la está abriendo y sé que no es el encargado porque le oigo recriminar al tipo gritón a un par de habitaciones de distancia. No se perciben sus palabras, pero sí su tono.

El pomo sigue girando. Despacio, muy despacio. Llega al tope y se para. Alguien lo está manteniendo.

Contengo la respiración. Me siento un poco como una de eses estúpidas protagonistas de las novelas románticas que tanto se llevan ahora, encerrada en un caserón por el terrateniente de la comarca obligada a contraer nupcias con él.

Me acerco a la ventana. Supongo que puedo romper el cristal y gritar, aunque no salir. Mi mente comienza a volar a toda velocidad: ¿con qué podría romper el cristal? ¿Me oirían desde la calle? Supongo que sí aunque el jardincillo y el seto estén de por medio.

La puerta comienza a abrirse hacia dentro. Muy despacio. Esperaba escuchar un leve ruido de bisagras, pero no produce ni el más mínimo sonido. Lo cual, no sé por qué, me resulta todavía más aterrador, como estar en una pesadilla.

Me armo de valor y digo con timidez:

—Hola.

Que sepan que estoy aquí. La puerta se para. Solo se ha abierto un palmo.

—Hola —repito procurando que mi voz suene firme. Me digo que solo puede ser un paciente quién esté al otro lado de la puerta. Desconozco cuáles pueden ser sus intenciones.

—Hooola —me contesta una voz de hombre con tono burlón y cantarín. El efecto es estremecedor.

Me aprieto más contra la ventana. Hay un teléfono sobre la mesa. ¿Podría usarlo? ¿A quién llamar, a la policía, a casa…?

—¿Quién está ahí? —me atrevo a decir.

La puerta sigue entreabierta. Miro la ranura. No puedo ni imaginarme quién es.

Seguro que no podía ni imaginarse que era yo quien estaba ahí. Supe que ella estaba mirando la ranura de la puerta entreabierta con los ojos desorbitados.

Ponte en su lugar. O no, mejor aún, en el mío. Es diver, diver, diver, casi tanto como seguir el trazado de las baldosas. Tiene su encanto.

—Yooo —le contesté tan cantarín como si fuera feliz. A veces lo soy. Feliz, me refiero.

Me encantó el silencio de su respuesta, a ti también te habría encantado. Ah, la paz del silencio, la dicha de la tranquilidad. Yo también me callé. Ssshhh. Dejé que la Culo (la había visto de espaldas por el pasillo y tenía un culo potente) se preguntara quién era yo, que se inquietara por los motivos que podían haber llevado a alguien hasta allí. A esconderse detrás de la puerta. Que sufriera un poquito.

Va, venga. No me digas que tú no le has dado nunca un susto a alguien, que no has disfrutado acercándote despacio por la espalda y gritando «Uuuhh», mientras le golpeabas en el hombro. Lo has hecho ¿no? Pues vale, esto es lo mismo. Poco más o menos. No tienes por qué recriminarme nada ni tomártelo a mal. Solo es un jueguecito, una pequeña broma. Y ya está, sin más. No hay que darle importancia. Un sustillo inocente del que luego nos reímos todos mientras la víctima se lleva la mano al pecho en un exagerado gesto infartivo. Ay, que me da, que me da. El descojone.

Pues eso, pues vale, pues bien. Que la culito estaba acojonada, y ¿qué? Tampoco le iba a hacer nada. Y, oye, me merecía un poco de diversión, que el gilipollas de Darío nos había metido en nuestros cuartos como si fuéramos ovejas en el redil. ¡Jiá, corderos, hala pa la paridera! Uff, qué poco elegante es este chico, solo le falta la boina y la gayata. Yo es que soy más fino.

¿El imbécil de Darío se creyó de veras que iba a esconderme como un

monstruo en mi habitación habiendo una tía buena por la casa? Ni de coña. Así que le busqué la vuelta y me acerqué a escuchar lo que hablaban; parecía un espía de dibujos animados, como los cacos que salían en la Pantera Rosa, andando de puntillas y de medio lado. Control: sintonía de la Pantera Rosa, por favor. Eso es. Un poquito más alta, va, que casi no se oye. Ajá, muy bien. Gracias. Y tú puedes tararearla si quieres. Taran tarán… Me puse a escuchar desde el otro lado de la puerta. Me hubiera venido bien un vaso (tenía algo de sed, jajaja). Lástima, no pillaba todo lo que decían, solo algunas palabras sueltas, Darío habla como un murgoño, bububú bububú. Aunque no tengas ni idea de qué es un murgoño puedes imaginarte cómo hablan: rezan. Son aburridos hasta cuando chingan con sus hermanos. Pero enseguida me di cuenta de que el cabo primero Darío y la Culo estaban hablando de mí y de mis escritos. No me cupo duda de que habían nombrado a Ernesto del Río. Fue entonces cuando se me ocurrió que sería conveniente que yo hablara con esa chica, en lugar del aburrido murgoño, y decidí incordiar un poco a Arturo para que generara la distracción que necesitaba. Hala, a doblar el pasillo e ir a su cuarto maloliente.

No me costó nada cabrear a Arturo. Siempre ha sido muy propenso a descontrolarse, incluso a pesar de la medicación. Estoy seguro de que en breve volverá al sanatorio. Y no es porque yo haga nada al respecto, os lo juro, se basta y sobra él solito (Ay, Ernesto sí le metía caña, era la repera). Arturo tiene muy mala leche…

En unos pocos segundos de conversación con él logré indignarle y convencerle de que tenía que protestar, que lo que nos estaban haciendo no tenía nombre y que incluso era un delito porque ya éramos hombres libres, con todos los derechos de cualquier ciudadano. ¡Qué no nos podían mantener en nuestras habitaciones mientras los cuidadores follaban con tías culonas!

Y ya tenía montada la maniobra de distracción que necesitaba para ver a la chica. Creo que lo que le convenció fue nombrar lo de follar. Arturo, en cuanto tiene ocasión se dedica a pajearse, no entraría en su cuarto ni con botas de agua de las que llegan hasta encima de las rodillas. Ay, a veces las cosas salen bien y resultan sorprendentemente fáciles. Arturo hizo lo que yo esperaba, con portazo incluido y todo.

Atentos, Control: subida a primer plano de la música de la Pantera

Rosa, porfa. Ah, y preparad el efecto de sonido de pasos divertidos: ese que suena tiquitiquití.

Yo me escondo por una puerta: Efecto de tiquitiquití. Darío aparece por otra: Efecto de tiquitiquití. Él dobla la esquina: efecto de tiquitiquití. Yo paso de puntillas y llego a la puerta del despacho.

Control: Carcajadas enlatadas. Ahí, ahí. Lo habéis clavao. Ha quedado genial. Venga, a ver ahora cómo lo hacéis, cambiamos a música de suspense. Mezclamos las dos sintonías para realzar el cambio de registro. Va. Música de suspense… dentro.

Buf, tíos, menos chum chum; no os paséis, exageraos. Quiero algo más planito. No de asesinato, por Dios, solo una cosita de suspense. Algo sencillo. Un tono bajo, así tipo drone. Nah, quita la mierda esta que suena a Halloween de Carpenter. Siempre las mismas cuatro musiquillas y los manidos efectos.

Estooo, ya estoy divagando otra vez. Perdona. Pero, bueno, tú también oyes la banda sonora, ¿no? En el fondo me preocupo por ti, yo lo que quiero es contarte bien la historia aprovechando todos los recursos audiovisuales. Si a mí me da igual, yo ya llevo los efectos de serie en mi cabeza y me monto mis películas sin problema (normalmente pornos con música setentera, que ya le gustaría pillar a Arturo). Pero sé sincero, ¿no crees que se han pasado un huevo con esta última sintonía? Dios, solo lo podían haber hecho peor poniendo el Tubular Bells versión El exorcista.

Ssshh, calla. Espera a ver qué se les ha ocurrido ahora. Hummm, bueno, esto podría pasar. Unos acordes oscuros de órgano sostenidos. Venga, me apaño con ellos. Suena un poco a «el fantasma de la ópera se prepara para dar un saltito de marica», pero en vista de que no hay nadie en Control capaz de realizar una buena sincronización musical me conformaré con esa mierda.

La chica estaba asustada en el despacho y yo comencé a abrir la puerta muy despacio. Siempre he tenido un gran sentido del espectáculo y sé la for… Pero qué cojones. ¡A ver, Control! ¡Mamones! ¿Queréis quitar el puto chirridito de puerta? Nadie lo ha pedido. Joder, para una vez que tenéis una idea, la cagáis. La puerta se abre en completo silencio. Nada de goznes que chirríen. Joder. ¿No os dais

cuenta de que así es mucho más acojonante? Mirad, la chica está muy asustada. No sabe quién está al otro lado, no sabe qué pasa. ¿Dónde está vuestro sentido del montaje musical? Va, vale, déjalo. Así no vamos a ningún lado. Déjalo, digo. Ya me estoy cabreando. Nah, mejor pasar. Quita todo.

¡Que quites todo, joder!

Sí, el puto órgano también. ¿No sabéis qué significa «todo»?

Eso es. Silencio. Total. Calladitos estáis más monos.

Vale. Bien.

Hostias, es que me hacéis cabrear. En serio.

Perdona, no va nada contigo. Solo es que la gente del Control de sonido a veces me saca de quicio. Son desesperantes. Yo ya no sé qué hacer con ellos. ¿Y cómo voy a despedirles si viven en mi cabeza?, (y en la tuya, ¿no los notas a veces?). Estamos condenados a escucharles. Resignación, hermano, resignación.

Venga, va, no nos cabreemos, que estábamos pasándonoslo bien. A lo que íbamos, que sigo.

Ahora que se han callado, escucha. Si prestas atención puedes percibir la respiración agitada de la Culo en la habitación. Es entrecortada. Casi parece que esté jodiendo con alguien. A mí me pone. Seguro que a ti un poquito también.

No la puedo ver, pero imagino que está a punto de saltar por entre los barrotes de la ventana y salir al exterior en gruesos filetes que luego caerán amontonados unos sobre otros. Precioso.

—El encargado va a venir de un momento a otro —dice la tía. Tiene huevos la gachí. Uuuh, estoy temblando. A ver si va a venir Darío y me castiga sin paga...

No puedo evitarlo, algún día me meteré en un problema gordo por no poder cerrar mi bocaza, y digo:

—Y a mí qué. Me la suda —uso cierto tonillo infantil, sueno un poco

enfadado, pero, sobre todo, bastante ridículo. Me doy cuenta en cuanto pronuncio la última palabra.

Hala, ya la he cagado. A tomar por culo todo el ambiente que había creado. Las terribles amenazas del monstruo aterrador son «me la suda». Huy, qué miedito. Solo me hubiera faltado decirle algo así como «tonto el que lo lea» o «y tú más».

Y se lo dije:

—Y tú más. —No tiene mucho sentido, pero es lo que en ese momento me pedía el cuerpo. Y, oye, últimamente no me corto un pelo, que le doy muy pocas alegrías. Déjame que juguetee.

La desconcerté tanto que fue incapaz de responderme. Supongo que viendo cómo discurría nuestra conversación lo lógico hubiera sido un «pues anda que tú», pero la Culo debe de ser más lista que todo eso.

Oí sus pasitos acercándose hacia la puerta. Sshh, Control, como pongáis ahora el efecto de tiquitiquití os mato.

—¿Hola? —volvió a decir. Vaya, no sabía que habíamos regresado a la casilla de salida.

—Holaaa —respondí guasón.

Mira, ya me estaba aburriendo, me di cuenta de repente. Eso no nos llevaba a ninguna parte. Así que cambié de estrategia. Le pegué un patadón a la puerta con tanta fuerza que solo pude ver a la Culo durante unas décimas de segundo. La puerta rebotó y volvió a cerrarse en mis morros. Pero pillé por sorpresa a la chica y la oí gritar. Incluso la vi dar un salto hacia atrás como una auténtica rana-cangrejo adulta. Croacc. Si no se cayó de culo fue porque estaba la mesa. Juasss. Esto sí que fue un buen susto y no lo de dar un saltito desde atrás y tocar a alguien en el hombro. Seguro que la tía se meó encima.

No creo que me pudiera ver bien, yo apenas la vi a ella, pero me quedé con su cara. Solo fui una sombra inesperada delante del portal. Ella solo fue una expresión demudada, un pelo oscuro y unos ojos penetrantes a punto de llorar. Psss, guapilla sin más. Pocas tetas para mi gusto, pero vestía demasiado holgada, no tenía suficientes elementos de juicio.

Sé que no debería hacerlo. Que me arrepentiré. Pero en el fondo tengo buen corazón. Va, Control: Música de Benny Hill. ¡A todo volumen!

Me escaqueo a toda velocidad: Darío ha tenido que oír el portazo por cojones. No tardará en aparecer. Le oigo gritar un seco «¿Qué pasa ahora?». Me escondo en uno de los cuartos. Viene corriendo. Arturo va detrás de él, agita las manos hacia el cielo. Solo le falta blandir una porra para parecer el policía de Benny Hill. No asomo la cabeza, no soy tonto, sé que recibiría un porrazo. Darío llega a su despacho y abre la puerta. La Culo grita de nuevo. Ahora lo suyo sería que la tía se arrancara la ropa, se quedara en biquini y empezara a correr tras Darío alrededor de la mesa del despacho. Y Arturo detrás de la tía. Me gusta pensar que fue así cómo pasó; en el fondo siento debilidad por los clásicos.

Hubo más gritos y más bronca. Control: efecto de sonido de conversación a toda velocidad. Bieeen metido. La Culo no paraba de decir que quería irse, que quería irse. Darío se desvivía para calmarla sin el más mínimo éxito. Arturo despotricaba diciendo que eso no era justo, que la hora de salida ya había pasado de sobras, que le prestaran atención de una puta vez.

El caso es que la chica se piró en cuanto Darío le abrió la puerta de la calle. Control: venga, si queréis meted aquí el ruido de goznes y un efecto de portazo. Pues, la verdad, no ha quedado mal. Se llevó su carpeta con ella y atravesó corriendo el jardincillo reseco hasta llegar a la calle. Control: Zziuuu. Ahora la imagino con un biquini minúsculo saliendo a cámara rápida con esos movimientos tan divertidos. Meneando su culo a un lado y a otro.

Ay, vale, vale, Control. Quitad el sonsonete este. Ha estado bien. ¿Veis? Ahora sí. Si es que cuando las cosas se hacen con ángel…

Y ahora poned el órgano ese del fantasma de la ópera que no sé de dónde lo habéis sacado. A ver qué tal queda.

Más bajito, porfa. Ahí.

Luego, Darío entró en mi cuarto resollando y se quedó en la puerta mirándome con expresión retadora.

Es gilipollas, pero no es tonto, sabía que yo estaba implicado. En

ningún momento se me ocurrió negarlo, tampoco vamos a perder tiempo para nada.

Darío parecía Cristo al entrar en el templo de los mercaderes, de un momento a otro sacaría su látigo y la emprendería a tiros con los presentes. Yo le miré a la cara e intenté mantener su mirada tan fría y seca como la de un boniato con dos botones por ojos (nombre científico: botoniato ojifriosequis).

Pero mira, por mucho que lo intenté no lo pude evitar: me dio la risa tonta. Ay, a veces la vida es tan bonita…

—Hijo de puta —dijo mordiendo las palabras y señalándome con el índice. Y en su tono había amenaza y odio.

Yo quise dejar de reírme; va, el chico se lo merecía, y me lleve una mano a la boca, pero se me escapaban los chifletazos entre los labios. Nada, que no hubo manera.

—Te voy a joder —amenazó blandiendo su dedo.

—Y tú más —respondí muy serio antes de explotar en una sonora carcajada.

Oye, ¿y tú estás sonriendo? Va, venga, no seas borde. Se supone que el loco cabrón soy yo. No, si al final Ernesto del Río tendrá razón y seremos todos iguales.

Te va la marchita un poco, ¿eh, cabroncete?

22

NOLASCO (HACE MUCHO)

No había sido una buena idea. Me preguntaba qué diablos estábamos haciendo allí, en medio de la nada, rodeados de noche. En ese momento deseé estar en el apartamento de playa con mi madre y con Adela, aunque la pesada de mi hermanita se pusiera a berrear como cada noche.

Cualquier cosa mejor que estar en esa pequeña barca, demasiado alejado de la orilla, acompañado por un par de imbéciles, escuchando sus mamonadas.

Las lejanas luces del pueblo perfilaban la costa con un resplandor borroso, podía adivinar dónde estaba la zona comercial con sus chiringuitos y sus bares, e incluso el puerto deportivo y su restaurante de lujo en el que nunca habíamos comido. Cada vez que pasábamos por la puerta, mi padre decía en broma: «¿Qué, entramos y nos zampamos una mariscada?». Mi madre sonreía, aunque el chiste era viejo y no tenía demasiada gracia. Yo miraba los carteles sin poder imaginar a qué sabrían esas enormes langostas. Como mucho, podíamos permitirnos una hamburguesa en un Macdonal o un bocata reseco en el bar de abajo; aunque mi madre decía que era mejor cenar en casa. Entre semana siempre me obligaba a comer ensaladas y mierdas recocidas, pero los fines de semana, cuando papá libraba y venía al apartamento, nos dejaba comer cosas menos sanas. A Adela le encantaba chupar patatas fritas, las convertía en blandos flecos amarillentos y las mordisqueaba con sus encías hasta que se atragantaba con un trozo y vomitaba la papilla de frutas, entonces mamá se cabreaba y decía que ya se habían acabado las patatas fritas para todos.

Me hubiera gustado estar con ellas en ese momento. Miré las luces a lo

lejos, las olas mecían mansamente nuestra pequeña barquita, como cuando mamá acunaba a mi hermana para que se durmiera y dejara de llorar de una vez. Apenas pude distinguir el rostro de mis amigos, pero sabía que allí sentada se encontraba Nati.

Nati, oh, Nati. Naaaty.

La verdad es que no sabía qué me pasaba con esa chica, estaba desconcertado y sorprendido, me costaba apartar los ojos de ella. Era tan, tan... no sé..., se estaba tan a gusto a su lado. Sonreía de una forma tan sencilla... Nunca me había fijado en la piel de nadie, pero cuando Nati salía del agua, toda mojadita y con el pelo pegado a su cabeza, su piel relucía como si atrapara cada rayo de sol, las gotas resbalaban por su vientre hasta esconderse en el biquini. Y su cuerpo era como un imán terso y dulce que dijera «tócame, siénteme» y yo quería hacerlo, y también quería retirar la vista para que no me pillara mirándola, pero me costaba demasiado esfuerzo. Entonces Nati me daba un manotazo en el hombro y me preguntaba: «¿Qué te pasa, te has tragado una medusa?». Y me salpicaba con el agua de sus cabellos y yo tenía que esforzarme por cerrar los ojos y tragar saliva mientras sentía el frío de sus gotitas como una tortura maravillosa. Mi piel quemaba allá donde ella me había tocado, como si no me hubiera puesto crema protectora. Y su biquini goteaba mientras se acercaba a la sombrilla y cogía una toalla.

Ella hacía que yo quisiera ser bueno, yo intentaba ser bueno, aunque, en fin, no lo estaba consiguiendo del todo. Ese verano estaba siendo… un poco raro.

Eldani decía que estaba muy buena. Sí, sería eso, supongo.

Los tres, Eldani, Eljosemari y yo, estábamos pirados por ella. Las chicas nunca me habían llamado la atención, de hecho siempre había pensado que eran un poco tontas. Ni siquiera les gustaban los superhéroes. Pero Nati era distinta, yo... yo la sentía; cuando estaba a mi lado sabía que estaba ahí, no sé si me explico, vamos, que cuando ella estaba: estaba; quiero decir. Vaya, que era Nati. Y quería estar con ella. Y rozar su piel, así como por descuido.

Por eso cuando Eldani propuso que nos subiéramos a la vieja barca de madera de su tío y nos adentráramos mar adentro para contar

historias de miedo accedí, no me quedó más remedio. No iba a perder esa oportunidad. ¿Nati a solas con ellos? Noo, a ver si alguno me la quitaba. Eljosemari apoyó con fuerza la propuesta como hacía siempre, parecía un calco de Eldani; e incluso Nati sonrió con esa expresión que ponía a veces: la comisura de su labio subía de forma imperceptible y en su moflete se marcaba una arruguita de pecas. Iba a estar con ella. Claro, ¿cómo iba yo a negarme? Eldani nos dijo que su tío no podía enterarse de que íbamos a utilizar su barca, así que no debíamos decirle a nadie lo que íbamos a hacer. Teníamos que evitar que nos vieran acceder a la playa. Y así lo hicimos; nadie sabía dónde nos encontrábamos.

Les dije que no debíamos alejarnos demasiado de la orilla, se lo avisé, pero pasaron ampliamente y se rieron de mí. Así que me tragué mi temor y mis palabras. La verdad es que resultó impresionante, nunca había subido a una barca de noche. No era muy grande, apenas cabíamos los cuatro y la madera chirriaba como si estuviera a punto de desgajarse y nos fuéramos a hundir en ese mar negro y denso.

La costa estaba lejos, muy lejos; sobrepasamos por mucho la zona de boyas donde se practica esquí acuático. Pero Eldani y Eljosemari no pararon de remar, como si quisieran llegar a la otra orilla. Yo les dije que no teníamos ninguna luz y que, si venía algún barco, se nos podría llevar por delante, que, joder, era peligroso.

—Bah, no seas caguetas, ¿quién va a venir por aquí? —y siguieron dándole a los remos mientras la oscuridad nos cubría a los cuatro.

Por fin, cuando se cansaron, dejaron de remar y suspiraron fatigados, metieron los remos en el interior, junto a un saquete que descansaba en la proa. No podríamos alcanzar la costa a nado. Era una línea blanquecina de luz difusa. Todo lo demás, oscuridad y silencio. La música de las terrazas y el rumor del tráfico hacía mucho que habían desaparecido, solo nos acompañaba la caricia de la marea sobre la madera, la respiración agitada de mis amigos, el roce de la camiseta de Nati sobre su piel y la oscuridad de la noche. Resultaba estremecedor, la soledad tomaba cuerpo.

El silencio parecía a punto de explotar y no pude evitar una punzada de miedo, me sentí demasiado expuesto. Habíamos ido hasta allí para contar historias de terror y desde luego el lugar resultaba adecuado.

Por romper el silencio dije:

—Si queréis puedo empezar yo a contar una historia —nadie contestó, así que proseguí. Quizá pudiera conseguir que Nati se estremeciera y se pegara a mí—. Érase una vez un hombre-langosta...

Y se echaron a reír de forma burlona. Pero las carcajadas murieron pronto, la noche las devoró con presteza, no resultaban adecuadas. Decidí que era mejor callarse.

El silencio que nos envolvía resultaba más amenazador que cualquier cuento para bebés. Comenzaba a refrescar y a mí me hubiera gustado estar en el apartamento con Adela y mamá.

Entonces Eldani soltó alegremente:

—Esta mañana le he visto una teta a Nati. Una ola le ha movido el bikini y se le ha escapado una pera. Lo bueno ha sido que ella no se ha dado cuenta hasta la siguiente ola. Ji, ji, ji.

Uff. ¿Qué estaba diciendo ese bestia? ¿Estaba loco? Nati estaba allí, entre nosotros. Iba a conseguir avergonzarla. Intenté ver el rostro de nuestra amiga en la oscuridad, no me resultó posible.

—Las tiene muy buenas —continuó—. Lo digo de verdad.

Y pude imaginar cómo afirmaba con su cabeza. La barca siguió flotando lejos de todo, en ese mar en calma, en esa noche de julio.

—Nati, ¿por qué no nos enseñas las tetas? —Cuando Eldani hablaba apenas se le entendía, vocalizaba muy mal, era como si siempre tuviera la boca llena de nata, sin embargo en esta ocasión se le entendió perfectamente.

Eljosemari se rio por lo bajini. Yo me estremecí.

—Idiota. Vete a la mierda —dijo Nati.

La luna apenas nos permitía ver nuestras siluetas. La barca se sacudió de forma imprevista, una masa negra se agitó al otro lado de la madera. Eldani se inclinó hacia Nati y tanteó hasta localizar la parte baja de su camiseta. La barca tembló con fuerza.

Oí a Nati decir:

—Estate quieto, imbécil.

—Oh, vamos —susurró Eljosemari mientras se acercaba a la chica—, ya verás como te gusta.

En ese instante… comprendí. Lo tenían todo preparado. No querían contar historias de terror, no pretendían realizar una pequeña travesura al ir a navegar de noche. Buscaban otra cosa. El plan era sencillo y efectivo: la barca, la noche, la distancia… La cuerda y la gran piedra envuelta en el saquete junto a proa.

La sujetaron entre los dos. Sus figuras conformaron un único amasijo. Al principio no pude moverme, no podía creerlo, luego la luna resbaló sobre la piel de Nati y la muchacha se convirtió en plata mate. Y ellos dos no paraban de decirme que lo hiciera, que me uniera a ellos. Vamos gallina, ven, ¿no te gusta?

Dudé, completamente sobrepasado.

Nati intentó defenderse. Lloró y gritó, no le sirvió de nada.

Eldani y Eljosemari eran mucho más fuertes. No supe cómo reaccionar, no podía creer lo que estaba pasando. Durante unos instantes pensé en enfrentarme a mis amigos, pero entonces le arrancaron el pantalón corto. Las piernas de Nati golpeaban el fondo de la barca, el sonido era extrañamente oscuro, como bolsas de arena. Y entonces algo irrefrenable despertó en mi interior. Avancé a gatas hacia ellos, la barca tembló con mis movimientos como si los horribles hombres-langosta del relato que no llegué a contar quisieran hacernos zozobrar. Me dejaron espacio, me arrodillé como pude y apreté a Nati contra la madera húmeda del fondo. Oh, su cuerpecito de adolescente era tan mullido, tan maleable…

Su piel estaba fresca al tacto, como la luna reflejada en el mar; el aroma de su sudor era tan penetrante que casi emborrachaba, me encantó; nunca había estado tan cerca de una chica, nunca había abrazado así a ninguna. Su cuerpo era agradablemente blando y sus movimientos contribuían a excitarme más. El roce de sus piernas contra las mías resultaba intensamente erótico, una provocación.

Todo fue demasiado rápido e impreciso. Eljosemari le sujetó las piernas, no paraba de reírse. Eldani me animaba con su voz gangosa.

No me gustó que Nati sollozara. Pero pude soportarlo. Pude soportarlo.

La barca se sacudió agitada por una marea invisible. Y se sacudió más fuerte. Y ella gritó. Y yo gemí. Y apreté los dientes contra su cuello. Y metí mis dedos entre sus cabellos húmedos dibujando pequeños mechones. Y me apretujé todo lo que pude contra su cuerpo menudo. Y la barca se agitaba.

Y luego Eldani. Y Eljosemari. Y yo. Y Eldani. Y yo. Y la noche. Y los inexistentes hombres-langosta. Y el silencio…

Lo tenían todo planeado. Agradecí su previsión, resultaba cómodo dejarse llevar. Aliviaba el espíritu. Apenas tuvimos que cruzar una palabra. Ellos sabían lo que había que hacer.

Lo penúltimo que vi de Nati fue su mirada aterrorizada justo antes de ser arrojada por la borda. Sus ojos húmedos todavía mostraban asombro, como si no acabara de entender el juego en el que la habíamos implicado, como si esperara que todo fuera una broma, me pareció que incluso sonrió tontamente, con la expresión de quien dice resignado: «Vale, me habéis pillado, he caído como una boba». Esa era su absurda esperanza.

Lo último que vi de Nati fueron sus cabellos agitándose en el mar como algas de sombras, mientras era arrastrada hacia el fondo por la piedra atada al tobillo. Extrañas plantas oscuras de vida efímera.

Las burbujas solo eran brillos marinos en el negro mortecino, como las luces que ves cuando cierras los ojos. No sabes si en verdad están ahí.

Al morir el último borboteo, el silencio creció y se adueñó de la noche. Los lentos lametazos del mar en los laterales de barca se difuminaron hasta desaparecer como aquellos cabellos.

Solos en la barca, Eldani empezó a reír sin motivo, yo prefería el atronador silencio; Eljosemari resoplaba buscando su pantalón, era una respiración de viejo en el lecho mortuorio; y yo temblaba de pies a cabeza con el sabor de Nati todavía ardiendo en mis labios. Eldani

reía sin parar. Era un sonido desquiciante. Eljosemari bufaba mientras se ponía los pantalones sentado en el travesaño de enfrente.

Y yo había vuelto a ser vil, de nada servía lo que me había propuesto para ese verano. Las promesas nunca se cumplen, como los sueños: están destinadas a ser pisoteadas por la realidad. Apenas logré acallar mi instinto unos pocos días. Que les dieran a mis padres. Que les dieran. No sería su hijo ejemplar, sería el ser vil que ni yo mismo podía refrenar, que en realidad no quería reprimir.

Eldani y Eljosemari simplemente me habían dado lo que yo siempre había querido. Había recaído con una facilidad pasmosa. Los buenos deseos se suelen diluir como burbujas en las olas. En ese momento asumí que nunca podría dejar de esvilar, que no quería dejar de hacerlo. Que nunca lo haría.

Allí nos quedamos. Con la risa de Eldani apareciendo aleatoriamente, como la luz giratoria de un lejano faro. Con el tajo de la luna como único testigo. Con la respiración de asmático de Eljosemari. Con la noche llorando estrellas lentas. Con los hombres-langosta venerando a su nueva diosa.

Cuando llegué a casa, mi madre me gritó y me preguntó que dónde me había metido para llegar a esas horas, que no tenía vergüenza y que se lo diría a mi padre en cuanto llegara el viernes por la noche. Pude confesar la verdad en ese momento, abrazarla y pedir perdón. Contarlo todo, redimirme y aceptar ser una persona normal el resto de mis días, llorar la pena que yacía anquilosada en el fondo de mi alma, como una piedra arrojada al fondo, pero no, solté la coartada que habíamos preparado mientras remábamos hacia la orilla. Y todo funcionó.

A pesar de la investigación, de las preguntas y de la búsqueda, nunca encontraron a Nati, nunca lo harán, hace ya mucho que forma parte de decenas de peces.

Al día siguiente, cuando fui a la playa con Adela y mi madre, fui incapaz de entrar en el agua. Entre semana, cuando no estaba mi padre, yo era quien solía bañar a mi hermana. Ella disfrutaba adentrándose en el mar aferrada a mi cuello. Yo apenas me introducía hasta la cintura y me limitaba a hacer pequeñas flexiones para que

Adela disfrutara del baño. Pero ya no pude volver a hacerlo. No me encuentro bien, le dije a mamá.

Mi madre insistía en que me bañara, en que me metiera en el mar. Es muy sano, decía una y otra vez. Aprovecha los últimos días, decía. Este fin de semana es el último y tenemos que dejar el apartamento.

No, Nati flotaba en la espuma de la orilla, vivía en cada gota de agua, en cada partícula de sal.

Desde aquella noche ya nunca he vuelto a bañarme en el mar. Solo soy capaz de quedarme en la playa, allí donde las olas lamen la arena, mirando cómo se agita el infinito cadáver de esa chica sonriente y vital. Y reviviendo entre asco y placer esos instantes eternos.

No quiero sentir el estremecedor abrazo del mar. No quiero que me rodee el frío de la piel muerta de Nati hasta que mi cuerpo se tense y se resquebraje. Los labios de ella estarían por todas partes, sus caricias me arrastrarían hacia el reino de los hombres-langosta, y su piel de agua atravesaría la mía hasta desbordar mis pulmones y hacerlos estallar.

Estoy seguro de que la expresión de mis ojos en esos últimos instantes sería, como la de Nati, la de alguien que espera, entre desconcierto y vergüenza, que acabe la broma, que todo termine.

Pero nada termina nunca. Todo es eterno, como el mar. Infinito, como el universo.

23

HILARIO

La espuma del café con leche dibuja extraños mapas. Miro esas formas cambiantes y las rompo muy despacio con la cucharilla, traslado continentes y costas.

Mantengo la mirada clavada en el contenido de la taza, no quiero ver lo que me rodea, no quiero centrarme en nada que no sea este líquido pardo Me gustaría sumergirme en esas costas evanescentes, huir del mundo real. Ser tan diminuto que pudiera caminar por esas playas pajizas, tropezar con las burbujas de leche y arrojarme al mar marrón, para ser arrastrado por los remolinos de la cucharilla de los dioses. Dejarme llevar, volverme microscópico, desaparecer.

Pero tengo que seguir aquí, en la trampa en la que se ha convertido este bar. Rodeado de un sueño que se enrosca sobre sí mismo y se pudre como zarcillos húmedos. Siempre quise poseer un pequeño negocio que me permitiera vivir dignamente de mi esfuerzo. Salir de la precariedad de trabajar como camarero contratado, convertirme en mi jefe y luchar por lo mío. Sobre todo para darle a Magdalena un futuro, algo nuestro, para brindarle un trocito de vida propia. Y ahora, todo se ha acabado.

Solo me queda este café con leche que un cliente ha abandonado casi sin probar y que yo he recalentado con la varilla de vapor de la cafetera. Ahora tiene mucha menos espuma, las costas se han diluido en el océano. Su aspecto no es demasiado apetecible: un fluido marrón sin apenas aroma. En realidad no quiero tomarlo. Pero tengo que aprovecharlo, sería una pena tirarlo. No echo azúcar. No me lo merezco. No puedo gastar un azucarillo.

He llevado a Magdalena a la ruina, la he arrastrado con mis tontos

planes empresariales. Remuevo un poco el café, como el niño que está obligado a tomarse la sopa y dilata el momento de llevar la cuchara a la boca. Adiós islas y espumas. Tomo la taza y la acerco a mis labios. Siento el tímido beso de la loza caliente.

El trago es amargo. Es lo que me merezco: un café olvidado, mal recalentado y amargo.

El líquido resbala despacio sobre mi lengua como un río denso y agrio, baña mis papilas gustativas con sabor a tierra reseca y se atasca unos instantes en mi garganta antes de precipitarse en el vacío de mi interior. Me cuesta tragar. Es una catarata sucia y dispersa, como vómito inverso.

Es el café más repugnante que he tomado nunca. Es lo que merezco. Los restos. La basura.

Retiro la taza asqueado. Aprieto los labios y frunzo el ceño mientras refreno un escalofrío. Cierro los ojos con fuerza. Sin embargo sigo viendo las playas del café, las mismas que mi yo minúsculo recorre huyendo del mundo real. El sabor se encharca en mi boca. Mis glándulas salivares se esfuerzan en segregar fluído para diluirlo, no lo logran. Trago mi saliva mezclada con los restos del sorbo. Siento auténtico asco.

Vuelvo a acercar la taza a mis labios. Tengo que beberme ese café. Es mi castigo, el castigo que merezco por… por… no sé por qué. No lo tengo claro. ¿Por no haber podido sacar el bar adelante? He hecho todo lo que he podido, he trabajado y me he esforzado. Quizá he sido demasiado presuntuoso pensando que podría realizar un proyecto como este, quizá he pecado de optimista, de prepotente. Solo soy un imbécil que se ha deslomado a trabajar durante años, que ha currado festivos y noches para otros dueños de bar, que no tiene demasiados estudios, que no aporta nada, que no es muy listo, que no merece subsistir, que ha pecado de iluso, que pensó que había otras opciones, que creyó que valía la pena intentarlo, que se ha equivocado de pleno y que ya está completamente derrotado. Me merezco el castigo por el simple hecho de existir, ya es suficiente culpa.

Y lo peor de todo es que le he fallado a Magdalena, eso es lo que más me duele. Sí, por eso me merezco este castigo. Por eso. Porque no he

sido capaz de darle lo que se merece, porque siempre la he arrastrado conmigo de trabajo mal pagado a trabajo precario, porque apenas hemos podido amueblar nuestro piso, porque ahora el banco nos lo arrebatará, porque tendrá que volver a fregar escaleras a pesar de su artritis, porque la miseria nos devorará a dentelladas hasta convertirnos en un amasijo de carne muerta. Tengo que beberme este café.

Inclino la taza, y el líquido vuelve a entrar en mi boca. Todo dentro. De un trago. Vamos. El café se acumula en mi garganta. Lo saboreo con reticencia. Aprieto los labios para que no escape. Y lo trago con resignada repulsión. Me cuesta hacerlo y experimento una pequeña arcada que reprimo cerrando los ojos con más fuerza. Doblego a mi glotis endurecida y trago con dolor. El lodo recorre mi tráquea como una ola oscura y espesa. Llega al estómago y salpica; y se mezcla con ácidos y flujos. Acaricia mi hernia de hiato y lacera como papel de lija templado.

Me lloran los ojos. Me siento casi violado.

Es lo que merezco. Es mi amargo castigo.

Abro los ojos y contemplo la taza vacía. Me cuesta enfocar.

El universo de las islas del café ha desaparecido, ya no puedo escapar a ese mundo, solo quedan posos sucios, rastros densos y gotas que resbalan como lágrimas. Lo mismo que resta de mis sueños.

Oh, no. Magdalena no se merece pasar por esto. Claro que no. Tendré que solucionarlo.

24

ERNESTO DEL RÍO

Has tenido sueños, ¿verdad? Claro que sí. Y mira lo que queda de ellos: un sucio barro de esperanzas. Puede que hayas conseguido logros puntuales, sí, pero, mírate. Mírate de veras. Dónde estás, en qué te has convertido. ¿De verdad era esto lo que buscabas? ¿Estos eran tus anhelos?

Eso es lo malo de soñar. Que se generan esperanzas.

Ahora recuerda nuestro pacto. Me prometiste que te implicarías, que harías lo que te pidiera. Cumple con tu palabra. Respeto.

Bien.

Esto va a ser muy sencillo. Vamos. Haz lo siguiente:

Mira por la ventana, no importa que sea un día soleado o desapacible. Ni que dé a una amplia avenida o a un mortecino patio interior. Solo acércate al cristal, no lo abras todavía. Mira. Siente cómo la vida transcurre fuera, lejos de ti. A otro nivel. Ni siquiera experimentas esa tonta sensación de aspirar a la libertad, sino que sientes tristeza de lluvia. Es como si el mundo te recluyera tras ese vidrio. Busca en tu interior hasta que encuentres la indignación del soñador estafado, de aquel al que la esperanza ha engañado con promesas incumplidas. Ahora ábrela un poco, una ranura, siente cómo el exterior te acaricia el rostro con desgana. Vuelve a pensar en tus sueños marchitos. En tu realidad. Y odia al mundo de ahí fuera. Se lo merece. La vida transcurre fuera de ti. Evitándote, excluyéndote. Es una puta que no puedes permitirte. Sonríe a otros y se acuesta con ellos fingiendo orgasmos exagerados. Ódiala con tanta intensidad como ella te desprecia.

Y ahora intenta acumular saliva, como si fueran sueños líquidos. Araña en tu interior, carraspea y compón un gargajo espeso, vamos, carraspea, sácalo, trabájalo. Genera más saliva, presiona tus glándulas, es un acto sencillo. Hazlo. Escucha el sonido de la saliva al brotar. Llena tu boca. Carraspea más. Busca la flema. Acumúlala. Mécela. Genera todavía un poco más. Siente cómo llega. Moldea el esputo unos instantes en tu boca. Ya está casi desbordada. Lo tienes a punto.

Ahora puedes hacer dos cosas.

Una: no mirar abajo, que no te importe lo que pueda haber bajo tu ventana y escupir al mundo mostrándole tu desprecio. Retándolo. Despreciar a esa puta que te odia. Expulsar todo de tu interior. Impulsarlo con un movimiento de cabeza. Que el lapo vuele libre, que sea un insulto que lanzas. Que se estrelle con una explosión de baba densa. Muéstrale a la vida el asco que sientes por el trato que te dispensa. Escúpele.

O dos: cerrar la ventana y tragarte tu gargajo. Como sueños pastosos. Un movimiento de glotis y tragar. No es fácil. Siente cómo se adentra por tu laringe, como café frío y amargo. Asqueándote a ti mismo. Rindiéndote. Tendiéndote ante esa puta que planta su bota de cuero en tu pecho mientras se burla de ti. Imagina que es ella la que se acerca a tu rostro y te escupe en la boca. Tu escupitajo es el suyo. Está caliente y es grumoso. Se ríe. Trágate todo. Vamos, eres una mierda. Traga, como has hecho siempre, como siempre harás. Me das pena. Mira en lo que te han convertido tus sueños acabados. Ni siquiera eres capaz de escupirlos. Trágatelos.

La decisión es tuya. Haz lo que te pida lo más profundo de tu ser. Escupe a la vida o traga y acepta tu miseria. De lo que hagas depende tu futuro.

25

AZUCENA

Se ha refugiado en el almacén de la limpieza. Se ha sentado sobre un amasijo de fundas de almohadas y ha hundido su rostro entre las manos. Se siente mal.

No puede evitarlo, cada vez que le toca hablar con ese individuo le pasa igual. Ahí estaba, deambulando por el pasillo, siguiendo el dibujo de los baldosines. Interrumpiendo el paso de los demás internos. Pronto se le sumó Nolasco y los dos configuraron un trenecito que vagaba sin rumbo. Ernesto el guía y Nolasco el vagón de cola, una metáfora acertada. Ella solo se había acercado para decirles que dejaran de hacer el tonto, que ya estaba bien, hombre, que todos los días la misma historia. Que pasaran a la sala como los demás o que tendría que encerrarles en sus habitaciones. Lo había dicho con buenas maneras, de forma educada. Puede que con firmeza, sí, pero una enfermera jefa, como ella, no podía consentir que los pacientes se le subieran a la chepa. Tenía que demostrar su autoridad.

Ernesto frenó de golpe. Levantó la mirada de los baldosines. Nolasco chocó contra su espalda. El rostro del hombre locomotora refulgía con odio.

—No sabes lo que has hecho —recriminó con tono áspero.

Ella puso los brazos en jarras.

—Claro que lo sé. Ya vale de jueguecitos estúpidos. Todos los días, igual, hombre. Ya vale.

—Estamos buscando el infinito, estamos siguiendo sus circunvalaciones.

—Eso —apostilló Nolasco que se asomaba tras la espalda de su amigo, pero no abandonaba su posición.

—Vale. Dejaos de tonterías y pasad a la sala. Ya vale de infinitos y de chorradas. A ver si hablo con el Dr. Rámirez, eh.

Ernesto la miró fijamente a los ojos, clavó en ella sus pupilas de carbón.

—¿Te gustaría darme un beso.

Puede que comenzara como una pregunta, pero terminó siendo más bien una afirmación lógica. Azucena frunció el ceño. No estaba segura de haber oído bien. Pero de repente la invadió una calidez agobiante. Ya estaba premenopaúsica, debía de tratarse de uno de esos sofocos que comenzaban a asaltarla inopinadamente.

Y antes de poder decir nada, quedó atrapada por esa mirada de noche.

Ernesto llevó sus manos a las sienes como un hipnotizador en un espectáculo barato. Azucena sintió un flash de oscuridad. Lo contrario a un resplandor cegador. Y ve cómo su hija de veinticuatro años se revuelca en la cama con dos hombres a la vez. Y cuando uno de ellos se vuelve resulta ser su marido. Sonríe y babea. Y ella está frente a la taza del váter, pasando una bayeta por la loza, limpiando. Frota sin cesar. Que quede bien limpio. Echa un poco más de salfumán. Retira la cara y evita el olor tan fuerte. Y es joven y su amiga la besa en la peña durante las fiestas del pueblo y ella se deja. Acepta la lengua. Y esos zuecos son cómodos para un turno largo. No quiere más guardias, está harta de ese trabajo. Y su hija ríe en la cama hace mucho. Y ella siempre ve la casa sucia. Tendrá que limpiar más. Un orfidal para dormir nunca viene mal. Y su marido sonríe otra vez, y ella piensa en el vecino, ese que trabaja en el banco. Pero la taza nunca queda suficientemente limpia. Frota. Y su hija llora hace un instante. Los zuecos le aprietan en la zona del dedo gordo. Da vueltas porque no puede dormir. Sonríe al vecino. Su amiga la besa ahora de nuevo. Alguien le da unas monedas.

Entonces él se retiró. Azucena se sacudió, sobrepasada por las emociones. Ernesto estaba demasiado cerca. Su rostro se veía desenfocado. Notó los labios húmedos.

—Bienvenida, Azucena —dijo con tono formal. Ya me has recibido.

La sonrisa en el rostro del hombre era el gesto de un dolor de muelas.

Y ella salió corriendo, despacio para no caerse.

Y ahora está en el almacén. ¿Escondida? Mira su mano y arroja al suelo los tres euros que ha encontrado en ella. Dios, necesita ir a casa y ponerse a limpiar el baño. Lo necesita, sabe que puede que no esté completamente limpio. Es inadmisible. Tiene que dejarlo reluciente y limpiar el polvo de los estantes del salón. No puede vivir en la mierda. Tiene que limpiar. Todo ha de estar infinitamente limpio.

Otro de esos sofocos. Siente la boca húmeda.

En el exterior Ernesto se limpia los labios con la manga. Nolasco le mira con admiración «qué tío», dice su expresión. Ha morreado a Azucena, la enfermera más avinagrada del sanatorio. Hay que tener huevos.

Pronto encontrará el infinito, dice Nolasco. Es de los nuestros.

La puerta del almacén se abre. La mujer levanta la cabeza. El calor se incrementa cuando ve el rostro de Ernesto asomando por la ranura. Ni siquiera se atreve a retreparse contra el muro, sabe que no hay nada que pueda hacer.

—Azucena —dice Ernesto con tono conciliador—, tienes que darte cuenta de una cosa. Estamos buscando en infinito. Es importante, no puedes interrumpir nuestro viaje. Ya sabemos que no es un trayecto en línea recta. Para seguir el camino hacia el infinito nuestra mente tiene que dejar de ser lineal. ¿Entiendes? —todo tiene ahora un nuevo sentido, incluso esas frases dislocadas—. Nuestra mente tiene que mutar a la misma velocidad a la que se expande el Universo. Tiene que desarrollarse hasta llegar a intuir el infinito. Deformar el tiempo y el espacio hasta conformar un solo concepto. —De nuevo ese cegador flash negro. ¿O era un recuerdo?—. Hay que rasgar la realidad para modificar los patrones habituales. La locura te permite romper esquemas, pensar de otra forma, percibir otras cosas, conectar con otros universos. —Ella asiente pensativa. Todo tiene sentido, por Dios, claro que sí—. ¿Sabes el secreto? El infinito es pequeñito y puedes introducirlo entre los pliegues de tu cerebro, o en las ranuras de las

baldosas, y jugar con él.

Azucena siente de repente unas ganas terribles de llorar. Está emocionada, Ernesto acaba de descubrirle el secreto. La locura permite ver las cosas de otra manera, alcanzar el infinito. Crear posibilidades. Visitar mundos. Limpiar.

Enloquece.

26

DARÍO

Estaba cabreado como un mono. Me hervía la sangre, hubiera matado a toda esa panda de degenerados. Especialmente a Nolasco, maldito tarado psicópata de mierda.

Me había jodido bien, se las había arreglado para revolucionar a la gente y para acojonar a la pobre Ely.

Ay, Ely. Me estremezco solo de pensar en ella, me basta recordar su rostro congestionado después de toda la movida para que se me encoja el estómago. A pesar de todo, ella seguía manteniendo esa belleza indefensa.

No me la puedo quitar de la cabeza. Me encantó estar cerca de ella. Fue algo…, no sé la palabra…, ¿natural?, quizá, pero no exactamente. Estuvo tan cerca, su voz era tan dulce… Me gustó, me gustó mucho. Pero lo malo es que yo, como siempre, tampoco anduve fino, me comporté como un gilipollas. Bueno, no sé de qué me sorprendo, siempre la cago con las tías. Esta no iba a ser una excepción y menos con Nolasco ejerciendo de saboteador oficial. Puede que él sea el hijoputa number one. Pero ¿quién ganaría el campeonato a mayor imbécil del mundo? Yo desde luego que no: me engañarían para que no me quedara con el título.

Odio ser tan cortado, quedarme tan parado con las chicas. Ese calor que me recorre dejándome alelado, y el fuego que arde en mis mejillas como si hubiera frotado ortigas por mi cara.

Cuando Ely se fue, tuve que esforzarme por contenerme, lo que el cuerpo me pedía era coger a Nolasco por las solapas y arrearle cabezazos hasta convertir su rostro en tarta de fresa. Sin embargo, me

encerré en mi despacho y hundí la cabeza entre mis manos. El cabrón de Nolasco todavía se descojonaba. Cuando estaba a puntito de levantarme y salir para partirle la cara se calló. Siempre es capaz de encontrar el modo de joder de la manera más efectiva. Me quedé con las ganas. Que se fuera a la mierda y se marchara por ahí a violar bebés.

Continué un rato más en el despacho intentado apaciguarme. No lo conseguí. Pasé de trabajar y me olvidé de los informes de seguimiento, de las tareas de organización y de las charlas diarias con los residentes. Me limité a esperar a que llegara el turno del relevo, apenas crucé cuatro palabras con mi compañero cuando llegó, y abandoné la casa en cuanto me resultó posible, sin ni siquiera firmar los estadillos. Estaba harto y cabreado. No sabía cómo desfogarme.

Al andar agitaba los brazos con fuerza, soltando pequeños golpes a los laterales, como un borracho que buscara calor en la profundidad de la noche después de que los bares hubieran cerrado.

Me sentía estafado por Nolasco y sus numeritos circenses de manipulación, pero, sobre todo, estaba enfadado conmigo mismo por ser tan socialmente inhábil. Por ser incapaz de parecer una persona sensata delante de una mujer.

La calle no me apaciguó demasiado: el puto tráfico apestoso, la gente sombría, las miradas de ojos ciegos, las presencias de humo, la sociedad asfixiada que va muriendo poco a poco, el autobús repleto de sueños que nunca se cumplirán, el embaldosado quebrado de la acera. Me sentía mal y, para colmo, no podía dejar de experimentar cierta sensación de déjà vu, como si estos pensamientos, esas sensaciones agobiantes y excepcionalmente vívidas, ya los hubiera tenido o ni siquiera fueran míos. Como recordar una película que alguien te ha contado.

Mi trabajo era asqueroso: vigilar a cuatro dementes apiñados en un piso, y mi vida personal no era mucho más gratificante, una serie interminable de renuncias forzadas y soledad heladora. Anduve a paso rápido como si tuviera prisa por llegar a casa. A ese piso vacío, con la única excepción de mi pequeña cacatúa idiota incapaz de repetir una sola palabra. Solo gruñe, como un gordo llegando al orgasmo.

Ya estaba llegando a la zona donde suelen ponerse las callejeras, me había dirigido hacia allí sin ni siquiera pensarlo; supongo que mi cuerpo necesitaba un poco de consuelo y de trato humano, aunque fuera comprado de rebajas. Refrené el paso, no quería cruzar por ahí como una exhalación. Mentalmente hice un rápido recuento de la pasta que llevaba en el bolsillo. ¿Me llegaba para echar un polvo con, cómo se llamaba esa chica, Izabella?

En ese momento no sentía deseo, no, no era nada sexual. En ocasiones me daba el siroco y tenía que desfogarme como buenamente podía, normalmente con una buena paja hojeando alguna manoseada revista porno; o, en ocasiones si tenía ganas y pasta, con alguna brasileña de culo inmenso en un club solitario. Pero ese día no buscaba esa satisfacción, solo quería estar con otra persona, perderme entre sudor y jadeos con esa prostituta triste y acomplejada. Con su sonrisa afligida en la que yo me esforzaba en vislumbrar la de Ely. Me engañaba a mí mismo, lo sé, no se parecían en absoluto, pero yo necesitaba reconocerla en sus gestos, verla reflejada en su cuerpo desnudo. Sentir que podía alcanzar lo inalcanzable.

Anduve muy despacio mirando hacia la zona donde la había visto por primera vez. La esperaba ver apalancada en un portal o hablando en la esquina con alguna otra prostituta o intentando librarse de algún viejo pegajoso que solo se acercaba a ella para sentir algo de morbo. No la vi por ninguna parte.

Una gorda en mallas me guiñó un ojo con uno de los rictus más anafrodisíacos que uno pueda imaginar. Negué suavemente con la cabeza y retiré la vista. Pasé a su lado sin girarme. De nuevo esa sensación de vergüenza: una mujer me había requerido.

Un poco más allá, una colgada iba de bajón sentada en una escalinata, la vida resbalaba delante de ella como orines de perro en la acera. Volví la vista, ni rastro de Izabella. Escruté los portales con disimulo, nada.

Quizá estuviera con otro cliente, se hubiera trasladado a otra ciudad o no trabajaba a estas horas. Quería estar con ella, ya que nunca podría estar con Ely.

Eché otro vistazo. Pretendía resultar natural, pero cualquiera que se

fijara en mí, vería a un perro dando vueltas sobre sí mismo antes de cagar. Regresé sobre mis pasos. En esta ocasión, la gorda en mallas me ignoró, paradójicamente añoré su gesto provocador. Era una fiesta a la que no quería ir, pero jodía que no me invitaran. ¿Ya ni ella me buscaba? ¿Acaso no le interesaba mi dinero?

¿Dónde cojones estaba Izabella? Quería volver con esa chica callada, quería poner el rostro de Ely sobre ella. Navegar sobre las venas que su piel blanquecina transparentaba, imaginando sueños y futuros. Aunque la puta triste llorara sintiéndose fea.

Nada.

Lancé un último vistazo, descarté cualquiera de las otras chicas y comencé a alejarme despacio, dispuesto a volver a casa para no hacer otra cosa que ver a Batracio comer pipas en su jaula. Quizá buscara en mi extensa colección de pelis porno alguna chica que se pudiera dar cierto aire a Ely y me la machacara una y otra vez con el loro estúpido mirándome desde su palco comedero.

De vez en cuando todavía volvía la vista. No estaba.

Mejor, me dije intentando engañarme, pasta que me ahorraba, menos riesgo de pillar una ETS; y además así me evitaba esa sensación de vacío que siempre experimentaba después de pagar por follar. Sí, claro, y encima están verdes, dijo la zorra al no poder alcanzar las uvas.

Cuando las cosas vienen torcidas es mejor no intentar enderezarlas. Estaba claro que ese día no iba a hacer el amor con Ely ni ningún sucedáneo prefabricado por mi mente. Tomaría uno de esos autobuses repletos que sorteaban obras y pegaban frenazos, e iría a casa. Con el idiota de Batracio y sus orgasmos de gordo. ¿Qué línea podía pillar desde allí?

—Hola.

La voz me sorprendió tanto que di un respingo.

La chica sonreía de oreja a oreja. Parecía que estuviera reprimiendo una carcajada.

No la había visto en la vida, pero deduje por su aspecto desenvuelto a qué se dedicaba. No había que ser un genio. De nuevo esa sensación en la boca del estómago, el viejo temor. Estaba ante una chica. No era una mala opción, pero casi me intimidaba. No me gustaban tan lanzadas, de hecho me asustaban, las prefería como Izabella: calladas, hundidas en su propio mundo y temores. Aunque esta muchacha era especialmente guapa, todo un bomboncito. ¿Cómo dicen los chavales ahora, un bollito tierno, un conejito en su jugo? Tal vez me animase a acostarme con esa chiquilla, no me costaría demasiado convertirla en Ely. Su sonrisa también era bonita. En realidad todas las mujeres tienen la sonrisa bonita. Dependería de cómo actuase en los siguientes segundos. Si no me intimidaba demasiado…

—Hola —respondí en voz baja. Me obligué a mirarla a la cara. ¿Por qué siempre tendía a retirar la vista? Su rostro era expresivo y alegre. Su sonrisa, cautivadora; la vida escapaba entre sus labios. Tenía un gesto peculiar que parecía hacerla sonreír en todo momento, sus dientes delanteros asomaban continuamente, dotándola de un aire de conejito simpático. (¿Conejito en su jugo?).

—Hola —repitió con sonido de cristales de caramelo. Su voz era cantarina e incitante, con un sugerente e inesperado tono grave—. Me llamo Mari.

Y se calló, como si esa fuera toda la información que yo necesitara.

—¿Mari?

La sonrisa llenaba su rostro. Aquellos dientecillos llamaban mi atención, me atraía su humedad, su ubicación entre los labios. Sus ojos relucían.

—Pues claro que sí, tontín. ¿Quién si no, iba a ser?

Y aunque parecía imposible, su encantadora sonrisa se ensanchó todavía más.

—Tenemos que hablar —dijo.

27

HILARIO

Magda le empuja con cuidado. El dolor se refleja en el rostro del anciano: entorna los ojos. Pero sigue sin proferir ningún sonido, hace semanas que no le he oído hablar. «Vamos, vamos», susurra Magdalena. Su tono me pone la piel de gallina, es una mezcla entre resignación mal contenida y esfuerzo baldío, como quien felicita apretando los dientes. El hombre la mira con expresión desconcertada. No entiende muy bien qué es lo que su hija pretende que haga.

Me acerco para ayudar y lo cojo por debajo del sobaco.

«No, Hilario, espera. Déjalo». Me pide Magda, y capto rabia en su mirada, como si yo tuviera la culpa. Dejo que el brazo resbale entre mis dedos. «Tiene que esforzarse un poco y moverse; si no, llegará un día en que no se podrá ni levantar». ¿Cómo no se da cuenta de que ese momento ya ha llegado?

«Vamos, papá, por favor, vamos», insiste. El hombre no quiere que le molesten, su vacío es suficiente para él, no necesita nada más. ¿Quién es esa desconocida que jala de su brazo y quiere levantarle del sillón? El viejo no habla, casi ni mira. Pero aun así se esfuerza por estirar sus rodillas anquilosadas, quizá impelido por algún reflejo involuntario.

Finalmente Magda logra que se ponga en pie, aunque sigue casi tan encorvado y doblado como cuando estaba en el sillón. Una duna erosionada por el viento. La imagen del anciano describe perfectamente el concepto de victoria pírrica.

«Vamos, venga, al váter y a la cama». Siempre le trata con cariño, a pesar de que la enfermedad lo ha convertido en una rémora que lacra cada minuto de su vida. Admiro esa faceta de Magda y lamento que

tenga que pasar por un trance tan duro. Sé que sufre mucho por el estado de su padre. Si pudiera evitárselo…

El hombre agita un brazo despacio para mantener el equilibrio, es un movimiento que no sirve de nada; si Magda le soltara acabaría estrellado contra el suelo. Y lo más triste es que seguiría allí hasta que alguien lo recogiera. Se limitaría a esperar con su sonrisa beatífica e impersonal impresa en las arrugas de su rostro.

Me acerco a él y cuando me intuye a su lado, se agarra a mí como buenamente puede con movimientos pegajosos. Magda le invita a caminar tironeando de él. El hombre comienza a arrastrar los pies, no tiene dónde ir. «Eso es. Muy bien».

Avanza despacio. Todo indica que mi mujer lo logrará una noche más. Sigue dedicándole palabras de ánimo con las que premia su desgarbado esfuerzo.

Algunos minutos después conseguimos llegar hasta el cuarto de baño, los tres hemos trastabillado por el pasillo y hemos superado la crisis del giro de la esquina. Le baja el pantalón y los pañales y lo sienta en la taza del váter, quizá pueda salvarse algo.

Yo me retiro, no sé si como muestra de respeto o por asco. Quiero pensar que se trata de lo primero, pero muy probablemente sean las dos cosas. Sé que no puedo irme muy lejos, pronto tendremos que repetir todo el ritual para poder llevarlo a la cama.

Oigo el plop del tape de plástico de las toallitas húmedas. Comienza la sesión de lavado en seco. Mi mujer murmura, más para ella que para nadie, que lleva muy irritada la piel de las ingles, que tendrá que darle crema. Vago por el pasillo. Miro cómo se mueven mis pies, mucho más ágiles que los del viejo, y eso que yo ya no soy lo que era. Mi próstata comienza a hacerse notar demasiado. Los ruiditos de la limpieza doblan la esquina y me persiguen despacio: el rasgar de los pañales, el roce de las ropas, incluso el taponcito de la crema girando. Las palabras de mi mujer se convierten en sonidos sin mucho sentido.

Magda siempre intenta que su padre orine antes de acostarse y le tiene un rato sentado en la taza. Hay noches que lo consigue (algunas pocas incluso logra que haga de vientre), pero todavía no hemos logrado identificar de qué factores del proceso depende que orine o no. La

misma rutina debería suponer iguales resultados. Pues no, hay días que mea y días que no. Supongo que tendrá una próstata aleatoria (y no cabrona como la mía). Me la imagino girando como La ruleta de la fortuna. A ver si esta noche hay premio.

Magda abre el grifo del lavabo para ver si el fluir del agua inspira a su padre. Yo estoy convencido de que el viejo ni lo oye. No puedo evitar pensar que el agua es cara, que estamos tirando dinero por el desagüe, literalmente; que deberíamos cerrar ese grifo. Que estamos en la ruina. Y me esfuerzo por apartar esa idea de mi mente antes de que empiece a rebotar en mi cerebro una y otra vez. Es lo que suele acabar ocurriendo.

Más palabras cariñosas de mi mujer mientras le pide, casi suplica, que haga pis; muchas noches se convierten en veladas amenazas y uno no se da cuenta de cuándo Magda ha pasado de un tono a otro. Ni ella misma se percata.

Trago saliva, sabe amarga. Me temo que esta noche la hernia de hiato bailará despendolada. Y sonrío un poco. Bailará como Mari. Qué chica más maja.

Ahora le implora que haga pis.

El agua sigue fluyendo. Adiós, pasta por el desagüe.

Ahora se lo repite con un tono más tajante.

Oigo cómo le dedica un chasquido de descontento, la pobre Magda siempre habita demasiado cerca de la desesperación. Me pregunto si a ella su saliva le sabrá tan amarga como a mí me sabe la mía.

Mari, imploro sin darme cuenta, ayúdame. Ayúdame a ayudarla. Va, porfa.

Magda cierra el grifo. Su tono ahora es de enfado. «Nada, déjalo. No hay manera, eh. Cuando te empeñas en no mear, no meas…». Y yo añadiría «viejo chocho, cabrón, ojala te mueras de una puta vez», pero Magda es mejor persona que yo. Y se las arregla para ponerle en pie y encasquetarle un pañal limpio.

No espero a que me llame, conozco la rutina: ahora toca el paseíto

hasta el dormitorio. Me asomo al baño y el cuadro siempre es el mismo. El páramo desolado en el que siempre sopla el olvido. Y mi mujer sujetándole el brazo.

Le tiendo mi mano y le ayudo a salir. Pasos lentos, avanzar impreciso. Frases vacías de Magda.

Al dormitorio. La aventura de ponerle un pijama limpio y de ayudarle a acostarse sin que las laceraciones de sus extremidades se vean afectadas. También tiene su mérito.

El silencio sepulcral del muerto viviente. Todo le es indiferente. Se deja hacer sin protestar, sin colaborar, sin conocer, sin motivo.

A dormir. Hasta mañana.

Pues a dormir, como si hubiera alguna diferencia con su vigilia.

Magda suspira aliviada. Una nueva misión cumplida. Una nueva hoja de calendario arrancada. ¿Cuánto aguantará el viejo así? ¿Cuánto podrá resistir ella? ¿Quién cederá antes? ¿Qué se puede esperar de una situación que solo es susceptible de empeorar?

Magda se mete en el baño y cierra la puerta. Yo quedo de nuevo en el pasillo. Lo recorro un par de veces sin necesidad, solo por hacer algo, por aprovechar que todavía no me he convertido en algo como mi suegro. Arriba y abajo, como el mono cansado de su jaula, como esperando encontrar alguna novedad inexistente entre esas conocidas paredes. Voy a nuestro dormitorio y me dejo caer en la cama. El espejo de la cómoda se limita a reflejar la pared de enfrente, yo quedo por debajo, tampoco muestra ninguna novedad.

Me pregunto si no sería preferible vivir como el viejo, ajeno a todo. Lejos de este mundo, superadas las mismas viejas paredes, con las motitas y manchas de siempre. Lejos de este mundo. Sin sufrir, sin sentir. Qué gran error es sentir, qué mal diseñados estamos.

Oigo en grifo en el baño.

Cierro los ojos.

Mari, ayúdame, permíteme tener fuerzas para acabar con todo esto.

Y veo la sonrisa de la chica cargada de energía. Y siento la vida que exhala cada uno de sus poros. Y sé que probablemente ella no existe. Pero quiero que exista, que esté a mi lado, que guíe mi brazo, que anime mi alma. ¿Me ha contagiado? Claro que sí.

Me levanto de nuevo y acudo al cuarto de mi suegro. Es solo una sombra cubierta por las sábanas. La duna invisible. El páramo abandonado. Un montoncillo de huesos y pellejo.

Me pregunto cómo lo haré. En la tele, en ocasiones, se limitan a poner una almohada sobre el rostro y a apretar, pero eso me parece demasiado incierto. Yo muchas veces duermo bocabajo, con el rostro contra la almohada y que yo sepa, hasta ahora nunca me he asfixiado. No sé, me suena demasiado… pedestre. Como matar a lo burdo. El cuchillo será un poco más sucio, pero sin duda más rápido y efectivo. Tampoco me apetece mucho sesgarle el cuello, no puedo evitar rememorar imágenes de talibanes sacrificando a rehenes. Y apuñalarle así a lo loco, puñalada viene, puñalada va, también suena muy poco profesional.

¿Cómo le mataré? ¿Cómo mataré a Magda?

Me acerco a la cara del viejo. Su rostro se diluye con el embozo de la cama. No se sabe dónde acaban los pliegues y empiezan las arrugas. Parece dormido; de hecho, incluso despierto parece dormido.

Nuestros rostros están a solo unos centímetros. Tengo que decidirme. Cómo acabaré con esos labios sin sonrisa.

Entonces abre los ojos de repente. Con una energía desconocida.

Y su voz ronca, inexistente, dice muy bajito: «No lo hagas, no la mates».

Me retiro hacia atrás asustado, me golpeo contra la cómoda. El paquete de pañales se tambalea y lo sujeto con un brazo para que no caiga. No esperaba esa reacción, el viejo volviendo de su tumba cotidiana.

Un último rescoldo subyace bajo el mortecino velo de sus pupilas mates.

Suspiro y le ofrezco una fría sonrisa de circunstancias para disimular. Ha resultado estremecedor. Pero por otra parte sus palabras han contribuido a hacer más reales mis intenciones. Articularlas con esa garganta rasposa y oxidada dota de cuerpo mis planes. Una vez pronunciados ya no son tan volátiles, ahora son plausibles. En cualquier caso, a él siempre será hacerle un favor. En el cuarto de baño, Magda sigue con su rutina de antes de acostarse, no se ha enterado de nada.

«No mates a mi hija».

No me gusta el sonido de su voz, es rasposo y agrio, como cuando a mí me vienen a la boca los ácidos de una mala digestión. Sus palabras son un reflujo de vinagre en mal estado. Intento sonreír sin ningún éxito. Pero, hombre, si es por el bien de todos. Me fijo bien y me doy cuenta de que no me ve, de que su vista me atraviesa. Me retiro un paso. No me sigue con la mirada. Permanece fija en otro punto de la habitación.

Vuelve a hablar, tan despacio que no sé si es un suspiro o si en verdad vocaliza las palabras.

«Mari, no la mates».

Me giro.

Ah, hola, Mari. Bienvenida.

28

ELY

Me sorprende verle a estas horas. Su sonrisa bonachona hoy apenas es un retortijón. Deja un sobre en la mesa.

—Hombre, Nacho —digo con alegría solo medio fingida mientras miro el reloj—. Tú por aquí. Si solo son las doce del mediodía. Mamá creo que está en la compra.

Vaya, seguro que viene a una nueva sesión de control anímico-moral. Y no estoy para muchas mierdas, la verdad es que esta noche pasada apenas he podido pegar ojo. Puede que sea una tonta y que dé importancia a cosas que no la tienen, pero en la casa de reinserción lo pasé fatal. Me afectó un montón. Estoy de mal humor y me escuece la vulva. Se me ha vuelto a irritar, es lo que tiene precintarse el coño con celulosa.

Ha sido una noche horrible, pero ni siquiera sabría decir si he tenido pesadillas, solo sé que me he despertado varias veces con sabor amargo en la boca y tan alterada como la madre que no ve a su hijo en los columpios del parque. Ahora ya estoy algo más tranquila, siempre y cuando no me mire la meona del espejo que, por cierto, ayer se pasó cuatro pueblos. Cómo no voy a estar irritada. El pañal se quedó tan pequeño como la conciencia social del Gobierno.

Si Nachete ha venido para una panzada de moralina del tipo «Ely, nos preocupas; Ely, no estás bien; Ely, queremos lo mejor para ti», le mandaré a tomar por culo sin contemplaciones. No estoy para milongas. Y últimamente siempre que aparece por mi cuarto es para algo así.

Sin embargo hay algo en su aspecto que me inquieta un poco. Mi

hermanito del alma me revuelve el pelo mientras pasa a mi lado. Lo hace sin demasiado interés, solo por cumplir. Hay tradiciones que mantener, pero hoy casi parece una costumbre vacía, como si su tacto no transmitiera calidez. Se sienta cerquita, en mi cama. Yo estoy en la silla, junto al ordenador y el montoncito de originales que nunca acaba de menguar.

El somier protesta ante el peso de Nacho y el protector de plástico del colchón crepita como el envoltorio de un regalo. Es el sonido que acompaña cada uno de mis movimientos nocturnos.

Nacho suspira mientras posa las manos sobre sus muslos gordezuelos. No dejo de mirarle con inquietud. Hay algo que no me cuadra. Sus ojos recorren el cuarto como si no lo hubiera visto nunca. Se detienen en el atrapasueños que cuelga junto a la ventana. Estoy segura de que lo traspasan.

—Ay, hermanita —suspira de nuevo sin dirigirse a mí.

Vale, se confirma: algo pasa, o la sesión de hoy va a ser especialmente elaborada, con intro, presentación de personajes, cuerpo y desenlace. Nacho a veces puede llegar a ser extremadamente teatrero; y si no, que se lo pregunten a la pánfila de risapadentroElvira.

Me giro un poco más para quedar frente a él y llamar su atención. Le pregunto con los ojos qué le pasa.

—Joeer —dice lánguidamente. Es casi otro suspiro. Me mira con su sonrisa apalancada.

Un poco asustada pongo una de mis manos sobre su rodilla. Es una de las modalidades de la postura oficial de las confidencias.

—Eh, Nacho. Tatito… —hace años que no le llamo así. Tatito suena a lejanas tardes de verano viendo series rancias en la tele, a partidas de Monopoly repletas de trampas y billetes birlados, a reparto de las golosinas que tía Cristina traía cuando nos visitaba, a niña pequeña que venera a su hermano y que haría cualquier cosa por él—. Jo, ¿te pasa algo?

Fuerza un poco más la sonrisa, sus ojos siguen enlodados.

—Joerr, Ely —habla despacio—. Me acaban de… de… dedespedir.

Las últimas palabras se le amontonan. Tardan un poco a cobrar significado en mi mente. Tatito parece un poco más aliviado cuando toma mi mano. Solo un poco.

—No jodas.

Asiente con la cabeza, como avergonzado.

—¿Y eso? —digo para que el silencio no se acreciente. Después de pronunciarla me doy cuenta de que es una pregunta estúpida.

Sube los hombros. Durante unos instantes temo que no sea capaz de hablar. Pero traga saliva y explica fingiendo distanciamiento:

—Pues, te lo puedes imaginar, ¿no? La puta crisis —hace un gesto con los labios como si preparara un escupitajo, pero me doy cuenta de que es un remedo de sonrisa—. Hace ya meses que la cosa iba mal y que el jefe decía tonterías del tipo «esto no puede seguir así, tenéis que hacer también de comerciales y colocar otros productos, blablablá, blablablá, vender, blablablá, bajar los sueldos…». Valiente cabrón. Pero, joder, había trabajo para los tres que estábamos. Las empresas siguen usando las fotocopiadoras y los aparatos siguen estropeándose y atascándose. Vale, los faxes ya no son lo que eran —hace un gesto extraño con la mano, como si espantara una mosca o una idea molesta —, pero las fotocopiadoras se siguen usando.

—Ya.

No sé qué decirle. A este paso nos vamos todos a la mierda. Papá con rumores de ERE en su empresa, mamá hace años que salió del mercado laboral, yo sin trabajo adecuado (porque lo mío es una mierda) y ahora Nacho en el puto paro. Vale, genial, a por todas. La línea es correcta, seguimos para bingo.

—Pero, a pesar de todo, me ha tomado por sorpresa. No me lo esperaba, la verdad. Joder, si me mato a trabajar.

Palmea suavemente sus muslos regordetes, como mamá cuando yo llegaba tarde, en aquellos lejanos tiempos en los que salía, y esperaba que le diera una explicación pormenorizada de dónde había estado y

con quién. Bien mirado, Nacho se parece demasiado a mamá. Con un delantal, clavadito.

—Bueno, no te preocupes, no pasa nada, seguro que te sale algo pronto. De momento, ahora una temporadita en el paro y ya verás como en seguida estas currando en un sitio mejor. ¿Vale?

—Ya, sí, claro —reniega sin fuerza, como si lo que afirmo pudiera ser posible.

—Qué sí. Ya verás.

Me mira fijamente, su rostro es incapaz de configurar la sonrisa que quiere componer.

—Hermanita —dice compungido—, sabes que te quiero mucho.

Uff, qué mal empieza la frase. Esto solo puede empeorar. —Ajá. Claro que sí, tontorrón.

—Eres la primera persona a la que se lo he dicho. Ni siquiera se lo he comentado a Elvira. Ella no sabe nada.

Me percato de que comienza a agitar una de sus piernas, él no se ha dado cuenta, es un movimiento rítmico y nervioso. Continúa:

—Jo, es un palo, ahora a ver cómo se lo digo. Estábamos pensando en casarnos, ya sabes: iglesia, vestido de novia y esas mandangas; a ella le hace mucha ilusión.

Traga saliva y mueve un poco más la pierna. Habla despacio y cada sílaba destila preocupación.

—Jo. Ely. Es un palo —agita la cabeza como si acabara de percatarse de algo—. ¿Y el alquiler del piso? Elvira tampoco cobra mucho… Hostia. A ver qué hacemos…

Se lanza hacia delante y me abraza. La postura es muy forzada y el abrazo no acaba de completarse, él está sentado en la cama y yo a su lado en la silla, somos un puente colgante que se bambolea demasiado. Me medio levanto y culmino el abrazo. Sé que lo agradece. Sigue moviendo la pierna y hunde su cabeza en mi hombro.

Me inunda su habitual olor a ajo en polvo ¿será el champú que usa? ¿O el detergente de risapadentroElvira?

Le oigo respirar muy fuerte, tanto que alguien que no le conociera podría pensar que está sollozando. Pero yo sé que Nachete es fuerte, que no es un mierdecilla como yo. Que él no se viene abajo. Oh, no, eso sí que no. Necesito el ancla de su rudeza, de sus ademanes bruscos y de sus meteduras de pata. Nachete es el tipo divertido, que siempre encuentra el lado positivo de la vida. Ahora no puede estar sollozando contra mi hombro. No, no puede ser lo que parece.

Entonces recuerdo que no llevo pañal, solo una ligera compresa. No esperaba la visita de nadie y como tenía la vulva y las ingles irritadas no me he puesto pañal. Oh, oh, problema, ¿cuánto hace que no he ido al baño?

Y aquí estoy; como siempre, pensando en mi orina, en lugar de concentrarme en sentir a mi hermano y abrazarle, en preocuparme por él y ofrecerle consuelo. Esta enfermedad me ha arrebatado la vida.

Nachete, majo, ¿quieres saber qué es un problema?, ¿quieres saber qué es un palo?, ¿quieres saber quién no se podrá casar nunca porque nadie querrá salir con una meona?, ¿quieres saber quién no encontrará nunca un trabajo en condiciones porque salir a la calle supone un trauma?, ¿quieres que te explique con diagramas y bocetos qué es una vida echada a perder? ¿Quieres cambiarte por mí? Eh, majo.

Me avergüenzo de pensar estas cosas. Debería centrarme en él. Yo, siempre yo y mi problema, por encima de todo. Suena egoísta y mezquino, pero no puedo evitarlo. Mi vida ahora se limita solo a eso. A tener controlado mi orín.

En la última visita al médico, cuando se constató que la operación no había servido para nada, excepto para hacerme sentir molesta por los puntos, el calvo de mierda llegó a sugerir instalarme una especie de válvula y una bolsa externa, como los viejos.

Eso es un palo. Eso. Valorar la posibilidad de andar siempre pegada a una bolsita de meados.

Nachete me acaricia la espalda con sus manazas llenas de salchichas.

Tanto sacudir la pierna, está empezando a ponerme nerviosa.

—Oh, Ely —dice.

Bien. No llora.

Ha sido intenso. Y confieso que un pelín desagradable. Ver cómo Nacho se desmoronaba no ha resultado bonito. Se me han venido abajo todos los esquemas. Joder, Nachete siempre ha sido Nachete. Único e inimitable. Hoy me temo que ha comenzado a ser otro, alguien más parecido a mamá: servil y deslucido.

Y me he dado cuenta de que para cada persona los mayores problemas son los propios, los de los demás siempre son secundarios. También me he sentido un poco orgullosa de que Nacho haya decidido sincerarse primero conmigo. Pero ha pesado más el dolor de verle dar el primer paso por un camino sin retorno hacia la preocupación y la tristeza. Nunca le había visto así.

Tenía la certeza de que Nachete, mi tatito, dejaría de ser la persona que siempre había sido.

Hemos hablado durante un buen rato. Me he asegurado con disimulo de que el plástico en mi silla estuviera bien puesto. No me ha dado la gana ir al váter. No he querido aceptar una nueva derrota, una concesión más. No quería dejar a Nacho con la palabra en la boca, aunque supongo que, conociendo mi problema, lo habría comprendido, claro, pero no he querido ceder. Se ha sincerado conmigo y me ha contado cosas que ni imaginaba. Bueno, lo de sus temores con la estirada de Elvira sí, sin embargo la quiere con locura. E incluso hemos bailado una breve danza torpe e improvisada cuando nos hemos levantado a la vez, al escuchar que mamá regresaba.

Me ha dicho que no comente nada todavía, que quiere decirlo él, pero que prefiere hacerlo en otro momento. Vale, pues bien.

Ahora me siento saturada de sentimientos, como cuando alguien a quien no quieres se te declara y no sabes qué contestarle para no hacerle daño y pararle los pies al mismo tiempo. Hace tiempo, pero me pasó.

Tengo ganas de que salga de una vez de mi cuarto. E ir al váter. Una vez que se vaya ya no será derrota, me digo, será algo normal.

Me dirige una última mirada con sus ojos enrojecidos y señala mi escritorio.

—Ah, ese sobre asomaba del buzón. —Veo un sobre marrón tamaño folio. Es cierto, lo había dejado allí al entrar. No le había prestado atención, creía que eran papelotes suyos—. Lo he subido no fuera que a algún vecino le diera por mangarlo. Ya sabes cómo son. Está a tu nombre, supongo que será uno de esos textos que te mandan para que corrijas.

—Ah, vale. Gracias. —Y por fin sale de mi habitación—. Y oye, ánimo —remato—: ya verás como todo se arregla.

Vaya, normalmente esas son las palabras que él me dedica a mí. Ahora descubro que él tampoco las siente cuando las pronuncia.

—Ssshh, que no se enteré la mama.

Con un gesto que pretendo despreocupado cierro la cremallera de mi boca y luego me trago una llave.

Desaparece, cabizbundo y meditabajo, tras el marco mientras llama a mamá.

Tomo el sobre, intrigada, y le echo un vistazo. «Ely».

Nada más. Ni dirección, ni sello, ni remite. Lo han tenido que depositar directamente en el buzón.

No puede ser, me digo. Me embarga un temor incierto, una sensación desagradable. No puede ser.

Lo abro con premura, completamente olvidada ya de Nachete y de su paro recién inaugurado. Le oigo bromear con mamá. El papel al rasgarse suena como una risita reprimida.

Y sí: es. Más de esos folios desquiciados de Nolasco Velasco. Un nuevo manojo de divagaciones enloquecidas y de ideas demenciales.

Pero… La idea me inunda por completo, me posee. Sé a ciencia cierta

que la zorra de Susana no lo ha traído, es un acto demasiado mundano para alguien de su categoría. Pero…, pero eso quiere decir que lo ha traído el propio Nolasco, que ese pirado ha estado aquí, que sabe dónde vivo. Que ha entrado en el portal del edificio, que incluso puede estar afuera esperándome, o que puede presentarse en casa en cualquier momento. No puedo evitar que me recorra un escalofrío. Ese tipo me aterra.

En ese mismo instante siento escapárseme el pis. Hala, fiesta, al desparrame.

Nolasco Velasco.

Doyasco.

29

MARI

El comprabesos no estaba. La chica había vuelto unos cuantos días impulsada por no sabía qué extraños motivos. Entre semana las calles estaban más vacías, casi muertas a según qué horas.

Mari se preguntó qué hacía allí, qué esperaba, qué mierdas buscaba. Hacía ya varias semanas que el tipo le había comprado un beso. Mari se decía que quería verle para cobrarle el par de euros que le había chuleado. Era algo así ¿verdad? En realidad ya no se acordaba muy bien de los detalles, sin embargo seguía acudiendo a la zona a ver si se encontraba con él.

Pailay y ella habían discutido, tampoco tenía muy claro el motivo. Aunque seguían viéndose en la pandilla, la relación entre ambas era fría y distante. ¿Era por algo de la ropa o por el tonto de Miguel? Bah, daba igual.

La chica recorrió el callejón una vez más. Resultaba siniestro: solo sombras, contenedores de basura y las sempiternas manchas de orín. Procuraba amortiguar el sonido de sus pasos, las zapatillas de deporte le ayudaban a conseguirlo. No le parecía adecuado hacer demasiado ruido; estaba segura de que las paredes repletas de grafitis obscenos amplificarían cada sonido.

Otra tarde perdida. Lo mejor sería que volviera a casa antes de que se recogiera todo el transporte urbano.

Esquivó una bolsa de basura que mostraba sus entrañas y salió a la calle principal. Allí las farolas dotaban de más vida a la noche.

Echó un último vistazo y entonces le pareció verle allá al fondo. Justo de donde ella venía. El callejón solo tenía esa entrada. No estaba

segura de que esa sombra más densa que las demás fuera una persona. Solo era un manchón inmóvil. Pero sí, podría ser.

Dudó entre marcharse como pensaba hacer o regresar al interior de la calleja.

No había podido quitárselo de la cabeza. Los labios de ese hombre todavía retemblaban en los suyos. Llevaba muchas noches pensando en él. Miguel había salido de su mente, y prácticamente también todo lo demás. Solo pensaba en volver a ver al comprabesos. No sabía para qué, no quería besarle, ni hablar. Solo verle, reencontrarse. Saber que era real, que estaba allí.

La decisión no la tomó su mente consciente, de ser así hubiera seguido caminando hacia la avenida para esperar alguno de los destartalados autobuses y regresar a casa. Sonrió. Sí, era la silueta de un hombre. Con un par de pasos entró de nuevo en el callejón. Confiaba en que sus ojos volvieran a acostumbrarse pronto a la poca luz.

La figura estaba muy quieta, plantada junto al muro final, cerca de la puerta de un almacén desalquilado. Resultaba inquietante.

Mari caminaba despacio. No estaba segura de que se tratara del viejo, no podía tener la certeza de que así fuera.

Las sombras se movieron un poco, quizá un brazo se agitaba invitándola a acercarse, tal vez fuera solo un efecto producido por las nubes.

Ahora no esquivó la mancha de orín, pasó sobre ella sin importarle dejar huellas difusas sobre el cemento.

La sombra aguardaba. Allí había alguien, sin duda.

El perfil comenzó a siluetearse a medida que la chica se acercaba. Pronto le reconoció. Sonrió. No se había equivocado. Ahora vería esa idiota de Pailay. No supo por qué pensaba eso, no tenía demasiado sentido. Refrenó sus impulsos de correr hacia el hombre, pero sí aceleró su marcha.

El hombre abrió un poco los brazos, como el abuelo que se prepara para recibir a su nieta, y se acercó a su encuentro; no se oían sus

pasos. Las sombras le hacían flotar. Ella recorrió los últimos metros con un lento trotecillo.

Pronto se encontraron a pocos centímetros. El hombre no culminó su amago de abrazo. La chica no se lanzó hacia él. Solo quedaron cerca uno del otro, intentando descubrir sus rostros.

Mari pensó que sí que era viejo, aunque le resultaba imposible precisar su edad, a veces parecía cuarentón, otras, casi un anciano y en fugaces momentos su rostro era el de un joven mal conservado. Pero tenía su aquel, reconoció.

Los débiles reflejos de las farolas lejanas le permitieron descubrir en su rostro una tierna sonrisa. Se sentía reconfortada. A gusto.

Él alargó despacio un brazo y lo posó en la cabellera de la chica. Su tacto era el de la nieve posándose en la vereda.

La acarició con dulzura.

—Has venido —dijo.

Ella asintió, aunque levemente para no perder el contacto. Claro. Llevaba unas cuantas noches intentando encontrarle. Era él quien no había asistido hasta ese momento.

—Tenía que asegurarme de que estabas decidida —sonó a explicación no solicitada—. No quería que solo fuera un impulso momentáneo. Quería que estuvieras segura. ¿Lo entiendes?

Ella volvió a asentir. No lo entendía demasiado, pero sonaba coherente.

Adivinó ternura en la mirada del hombre.

A ella le bastaba con estar allí. Con sentir la voz profunda del hombre, con escuchar la caricia que le propinaba.

—Mari… —dijo más para sí que para la chica.

—Sí. —Ella quería que le contara cosas, que siguiera hablando con su tono tranquilo y relajante.

—Hoy no tengo dinero para pagarte. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé. —Lo sabía.

—¿Has venido por tu propia voluntad?

—Ajá. —No lo tenía tan claro, suponía que sí.

—¿Segura? —pidió él.

—Sí, sí —concluyó.

Él deslizó su mano por el brazo de ella y la tomó del antebrazo.

—¿Quieres venir conmigo? —La proposición sonaba irrechazable.

—¿Ir contigo?

Tenía que volver a casa. Su padre últimamente estaba muy tonto con el tema de los horarios. Al día siguiente tenía clase. Si se entretenía demasiado no podría tomar el último bus. No podía irse con un desconocido.

Ella iba a preguntar «adónde», pero él le puso un dedo en los labios antes de que dijera nada. Fue como un nuevo beso. Su tacto era cálido y agradable. Sintió unos irracionales deseos de meterlo en la boca y chuparlo. No era nada sexual, no, en absoluto. Se trataba de algo diferente, más sensual. Quería recibirle en su interior, comulgar con él.

—Ssshh. No preguntes —casi imploró—. Confianza. Ya sabes. Tienes que confiar en mí. Tenemos un acuerdo.

—Sí, claro.

—Muy bien. Ven conmigo, pues.

Y comenzó a andar hacia el fondo del callejón, no estaba demasiado lejos.

Y lo que había empezado cuando le dio el primer beso se desató. Las mentes se conectaron, un flash oscuro la inundó. Ya lo había intuido, pero ahora algo liberador la poseyó por completo. Miguel, que

siempre enseñaba la goma de sus calzoncillos de marca; Pailay y su genio intratable; el comprabesos y sus labios de lava; su padre que siempre la controlaba demasiado... Y por encima de todo, la felicidad que sintió. Ya no importaban los estudios, ni la ropa, ni la cerveza, ni las personas. Había encontrado la luz sombría.

30

ERNESTO DEL RÍO

Dicen que estoy loco. Qué estupidez.

Pues claro que estoy loco.

Todo el mundo está loco. Como si no resultara evidente. ¿Acaso los que estamos encerrados estamos más locos que los que pululan por ahí fuera? Vaya lógica desquiciada.

Aquí estoy, en este sanatorio con grietas entre baldosas y enfermeras odiosas a las que no les preocupa otra cosa más que el que te tomes las pastillitas adecuadas. Como si eso arreglara algo. El Dr. Ramírez es el único que me comprende, por algo es el má ximo mandamás del lugar.

A veces se pasa por mi habitación y hablamos. Se sienta en mi cama y me cuenta sus planes. Yo me limito a sonreír como si todo me pareciera bien. Resulta irónico que me llame loco a mí. Pero le entiendo y me entiende. Él también sabe má s de lo que parece. También ha visto la sombra de luz, pero cada uno la recibe de forma diferente. Intenta entender todo, me da algo de pena, es como una hormiga intentando concebir una máquina de hacer palomitas. A veces habla y habla, yo le dejo, me divierte.

—Esto no es locura —me dijo un día en tono confidencial. Estaba sentado a los pies de mi cama, como un pariente lejano—. En la mayoría de los casos, lo que la gente denomina locura es producto de trastornos físicos: tumores, deformaciones o causas funcionales. Yo lo llamo «malas conexiones». La mente humana —recolocó sus gafas de forma automática, lo acababa de hacer unos segundos antes—, requiere un delicado equilibrio. La carencia de litio, la abundancia de

grasa, la falta de vitaminas, las experiencias vitales, las relaciones afectivas y cientos de elementos más, muchos de ellos completamente externos a nosotros, hacen que el equilibrio mental siempre esté en peligro. Un tipo puede ser muy «normal» hasta que su novia le deja, y, en ese momento, enloquece.

Yo sabía que se equivocaba. Debería haber dicho que «muestra» su locura; siempre ha estado loco, pero lo ha disimulado. Como todos. Como yo y como tú. La cordura no es equilibrio, es desequilibrio sujetado con el dedo. ¿Por qué de repente, siguiendo con el ejemplo anterior, la ausencia de una persona ha de producir una enfermedad en nuestro cerebro? Es un completo absurdo, es como decir que alguien se acatarra porque su hijo se casa. No, la locura siempre está ahí, escondida, larvada, enroscada sobre sí misma. Esperando. Solo necesita el estímulo adecuado para desatarse. Yo puedo brindártelo.

Fue el mismo doctor Ramírez quien durante otra de estas largas charlas que manteníamos me enseñó su tablet y con gestos mágicos que hubieran hecho enloquecer a los antiguos, conjuró a la Wikipedia. Estábamos en su despacho, olía a loción para el cabello.

—Mira, Ernesto —me dijo mostrándome la refulgente pantalla—. «Locura». Lee.

Giró la pantalla y las letras se recolocaron automáticamente. Me señalaba un párrafo junto a un grabado con un tipo estreñido. Breves pases mágicos con sus dedos lo ampliaron hasta que llenó la pantalla.

Comencé a leer donde él señalaba:

… el afectado muestra una conducta

—No, no; lee en voz alta —me pidió—. En voz alta. Quiero oírte.

—Ah, vale —carraspeé un poco, como si fuera a preparar un escupitajo. Y comencé de nuevo—. El afectado muestra una conducta que se aparta de la normalidad de una forma determinada.

—¿Ves? La clave para definir la locura es compararla con la normalidad. ¡Con la normalidad! Como si existiera algo normal. Este mismo aparato, sin ir más lejos… —Agitó un poco su tablet—. Hace cuarenta años cualquiera que lo hubiera concebido hubiera sido

tachado de loco y hoy es un utensilio completamente normal. —Me sorprendió que pocos segundos antes yo hubiera seguido un proceso mental semejante. Quizá el doctorcito y yo tuviéramos má s en común de lo que parecía en un principio, nunca sé cuánto llego a influir en los demás—. Definir la locura en función de lo normal es indignante. Nadie puede medir la normalidad. Lo que es normal para un indígena africano, como traspasarse la nariz con huesos, por ejemplo, puede ser una locura para nosotros. —Yo pensé en las adolescentes que se atraviesan la nariz o la lengua con piercings, pero no dije nada; entendía perfectamente adónde quería llegar—. La locura, por tanto, no es objetiva, no se puede medir, no es mesurable. Nadie puede evaluar el grado de normalidad de algo, por lo tanto tampoco se puede saber el grado de locura de alguien. ¿Qué tenemos que usar, estadísticas, sociólogos…? ¿Es la locura algo dependiente de la democracia, de lo que la mayoría afirme que es normal?

Las preguntas quedaron en el aire. Agitó la tablet ante mí para animarme a seguir leyendo. Era como un niño que aguarda que le den caramelos y se demoran demasiado en entregárselos. Otro carraspeo y:

—Por eso, los afectados quedan desplazados de su entorno social.

Me interrumpió de nuevo y golpeó ligeramente mi pecho con el ordenadorcito.

—Y tú, tú mismo eres un ejemplo —su tono iba cobrando firmeza progresivamente, como el que descubre que en el banco le cobran diez euros por poner un concepto al hacer un ingreso y exige sus derechos con más intensidad—. Aquí estás, querido Ernesto, arrancado de tu entorno. Encerrado, recluido y degradado. Los tests demuestran que eres sumamente inteligente. —Hizo un gesto con su mano que traduje como «a pesar de lo poco fiables que resultan»—. Y me lo has demostrado en decenas de ocasiones. Tu mente es excepcional. No es normal. ¿Entiendes? No es normal, ergo estás loco —Yo me quedé más con «ergo», que con su concepto; molaba la palabra, ergo la usaría en cuanto pudiera—. ¿Y qué has conseguido? Estar aquí encerrado.

Claro que el doctor no sabía que yo estaba allí porque era eso lo que yo quería. No importa dónde estás, ni con quién. Solo cómo te sientes. Tampoco se lo iba a explicar.

—Sigue —pidió como el ama de casa que ha sido interrumpida mientras veía su culebrón preferido y no puede esperar a continuar con el dramón.

—Vale, vale. Sigo: Frecuentemente se manifiesta como una pérdida de control, en la que los sentimientos se muestran desinhibidamente.

—Desinhibidamente. ¡Los sentimientos se muestran desinhibidamente! ¿Lo has oído?

Claro, lo acababa de leer yo mismo en voz alta, aunque la palabra ya comenzaba a perder su sentido; cuando repites muchas veces una palabra, su significado tiende a desaparecer, como cuando tú piensas un poco en tu vida.

—Los locos muestran sus sentimientos desinhibidamente —aclaró diluyendo todavía más la palabra. Por un momento creí que se iba a atascar y comenzaría a declinar desinhibidamente en latín—. Eso implica que inhibir los sentimientos es positivo, que reprimir las emociones es lo que procede. Que tenemos que disimular lo que pensamos y sentimos, que los convencionalismos sociales han de pesar más que nuestros propios sentimientos, que hemos de mentir.

Vaya, el doctor se estaba viniendo arriba. Y yo, no sé por qué, comenzaba a tener la impresión de que nuestros papeles estaban cambiados. Suelo ser yo el que arenga a las masas. No tenía freno.

—Si uno no inhibe sus sentimientos puede ser calificado de loco. Por Dios, nos obligan a ser falsos. Todos tenemos esos sentimientos y todos tenemos que reprimirlos. No podemos ser sinceros con los que nos rodean, tenemos que estar siempre ocultándolos. —Carraspeó un poco, se recolocó las gafas con ese gesto tan suyo y tragó saliva—. No veo nada más horrible que tener que ocultar sistemáticamente nuestros sentimientos, ¿no crees? Y sin embargo tenemos que hacerlo, tenemos que hacerlo. ¿No sería bonito poder ser completamente sinceros? ¿Poder mostrar nuestra verdadera realidad, expresar los sentimientos que nos poseen? Claro que sí, el mundo sería mucho mejor, más limpio y sincero, sin máscaras ni hipocresía. —Agitó su Ipad en el aire como si este tuviera la culpa—. Pero no, si no queremos pasar por locos, hemos de guardar en nuestro interior el amor no correspondido, limitar nuestras necesidades afectivas y

físicas, modificar nuestras emociones y configurarlas al gusto de los demás, vivir una continua mentira repleta de pulsiones reprimidas. ¿Qué mente elevada puede resistir eso? ¿Qué ser sincero puede vivir continuamente en la mentira para parecer cuerdo? Todos deberíamos poder mostrar nuestros sentimientos desinhibidamente, mostrarnos tal y como somos, expresar nuestras emociones verdaderas, ser nosotros mismos y no lo que los demás creen que somos.

Y aquí tomó aire. Estuve por aplaudirle, pero me contuve, no quería cortarle; me hacía gracia verle así. Me volvió a tender la tablet, era evidente que quería que continuara leyendo. Busqué el punto en el que lo había dejado y proseguí:

—La conducta se desplaza fuera de lo racional y las consecuencias de los propios actos no se tienen en cuenta.

Aquí, por lo visto, el doctor ya estaba un poco cansado. Aun así abrió los brazos como diciendo «si es que ¿no lo ves?, tengo razón en todo».

—Fíjate —me interrumpió—. Habla de las consecuencias y de lo racional… ¿Ves? Es lo mismo. Lo racional, lo normal. ¿Qué es racional? ¿Amar es racional? Solo es racional lo egoísta, lo que produce beneficios. ¿Los actos solo son cuerdos si se hacen pensando en las consecuencias? ¿Dónde queda el instinto, el arte, lo espontáneo, lo heroico? —Se subió las gafas. Subirse las gafas, subirse las gafas. Eso era muy racional—. No es racional morir por el ser amado. Ni poner la vida en peligro luchando por nuestro país. —A estas alturas el doctor ya estaba manoteando un poco «alocadamente». Yo mantenía su Ipad a salvo—. Lo importante son los propios actos, no solo las consecuencias. Un acto hermoso, puede tener consecuencias devastadoras y no por ello dejará de ser hermoso. Las consecuencias son daños colaterales. —Se pasó la mano por la cabeza. Me señaló con el dedo—. Pero lo importante son los actos. Los actos. Ellos van primero, las consecuencias vienen después.

Casi le faltaba el aliento. Menuda perorata me estaba endilgando. Miré de reojo hacia el techo. Dios, ¿qué le había hecho a este tipo?

Aquí estaba, sufriendo en silencio las divagaciones de un cuerdo. Todo un psiquiatra titulado se estaba basando en una fuente de información tan fiable como la Wikipedia, que, como todo el mundo sabe, es a la

realidad lo mismo que las películas porno al sexo: algo fragmentado, sin mucho sentido y que nunca te muestra lo que de verdad quieres ver.

Me miraba fijamente. Asentí con la cabeza, era lo que procedía.

Hizo un gesto con los hombros que decía, «claro, las cosas son así» y lo mantuvo unos segundos. No había posibilidad de réplica. El mesías había hablado. Con un suave movimiento de la mano me señalo su tablet.

Mierda, aún quería más.

—Lee, lee. Por favor.

Faltaría más.

— Los actos pueden ser objetivamente absurdos e inútiles.

Se indignó de nuevo. Abrió más los ojos.

—¿Ves, ves lo que te digo? Realizar actos inútiles es estar loco.

Ordenó durante unos segundos las palabras que se le atascaban en la garganta debido a su premura por salir.

—¿Y dónde queda, por ejemplo, escribir poemas que nadie publicará o componer música para uno mismo? Son actos inútiles en sí mismos. Cuántas bellas canciones se hubieran perdido si nadie hubiera realizado el acto inútil de componerlas.

Y siguió hablando otro buen rato sobre qué era absurdo e inútil. Yo se lo hubiera explicando fácilmente, en tan solo cinco palabras: «Lo que tú estás haciendo ahora es absurdo». Ya está, punto final.

Ah, por cierto, un acto absurdo también es contar las palabras para ver si son cinco u ocho y media. Ese detalle no tiene importancia y tú has dedicado un tiempo de tu existencia a contar palabras, dejando de lado lo importante: el sabio discurso del doctor Ramírez. Y, claro, ya sabemos que si realizas actos inútiles, eso quiere decir que tú también estás loco.

Me arrebató la tablet y leyó él mismo.

—La diferencia entre lo real y lo irreal puede desaparecer, viéndose perturbada la percepción de la realidad.

Y punteó sobre la pantalla táctil para reforzar su tesis. La aplicación se cerró por sí sola, quizá agobiada de servir de inspiración a lo absurdo de sus diatribas o asustada de las consecuencias de los actos del doctor.

—Joder, cuánta verdad —comenté—. Lo de la irrealidad es acojonante.

Me dedicó una sonrisa en la que no disimuló su ironía.

—¿Sabes qué te digo, Ernesto? Que todo esto debería interesarte, te afecta directamente. Nos afecta a todos.

—Sí, ya lo sé. Lo hemos hablado otras veces: «La cordura es la capacidad de disimular la locura». Vaya, que todos estamos locos y solo nos limitamos a disimularlo, unos con mayor éxito que otros.

Esperé que no sonora a un alumno repitiendo la lección bien aprendida a costa de escucharla innumerables veces.

—Exactamente. —Y me volvió a señalar con su dedo de uñas mordisqueadas.

Puse cara de circunstancias. Mantuvo la mirada durante unos segundos y finalmente dio media vuelta como si se hubiera acordado de que tenía aceite al fuego.

Se encaminó a la puerta con pasos decididos. Llegó hasta ella en tan solo cuatro zancadas (¿vas a contarlas, lector, o resultaría absurdo?).

—Eh —le llamé. Se volvió mientras giraba el pomo. Y le advertí con dulzura—: Llevas las gafas muy bajas.

Se las subió con un gesto nervioso.

31

DARIO

—Vamos, ven —me dijo Mari y me tomó del brazo. Novietes dando un paseo. Como si nos conociéramos de toda la vida. Esa familiaridad me desbordaba. No me gustaba. Estaba demasiado cerca, el contacto era demasiado intenso.

Yo me azoré todavía más. La chica me gustaba, claro que sí, pero me estaba apabullando. Con las chicas de los clubes era más fácil: había poca luz, no había que hablar casi nada (y si alguna era parlanchina, en seguida se daba cuenta de que yo no buscaba precisamente conversación).

—No, no —negué sin demasiada intensidad. Pero pregunté sin saber por qué—: ¿A dónde?

—Pues a hablar, claro. Tenemos que hablar tú y yo.

Sus ojos chispeaban como si esa futura conversación fuera una fiesta desatada y su invitación la mejor de las noticias. Agité mi brazo levemente y enseguida se dio por aludida. Su rostro mostró un fugaz matiz de algo que tanto podría ser decepción como indignación, solo una leve vibración de sus párpados.

Me soltó muy digna y dio un paso corto hacia atrás sin dejar de sonreír. Yo me sentí como el niño que está aprendiendo a ir en bicicleta y le sueltan por primera vez. No sabía cómo reaccionar ni qué decir. Podría perder el equilibrio en cualquier momento. Ella también parecía a punto de sostenerme si hacía falta.

Yo solo había ido a esa zona a ver si encontraba a Izabella, la prostituta triste, y, de repente, esta chica había surgido de la nada y me había abordado con una intensidad avasalladora.

Volví a retirar la vista. Era demasiado para mí. Yo no me siento cómodo conversando con las chicas, siempre digo tonterías y acabo sintiéndome mal. Además, lo más probable era que se tratara de una prostituta que solo buscara hacer negocio. No, gracias, prefiero ir a casa con Batracio y meneármela un ratito. Yo miraba hacia el horizonte, como si estuviera enfadado con Mari y rehusara el contacto visual.

—Yo… lo siento. Me tengo que ir —dije. Y comencé a girarme. Ella no salía de mi visión periférica. Era una sonrisa difuminada.

—Oohh, vengaaa… —dijo con tono mimoso. Y dio una alegre palmada como la madre que juguetea con su bebé. Pero el sonido me tomó por sorpresa (joder, nadie da palmadas sin más ni más), y di un respingo. Un breve chisporroteo se convirtió en una carcajada burbujeante. Se rio aparatosamente—. Ay, perdona, ¿te he asustado? —dijo a duras penas, entrecortada por la risa. Negué con la cabeza, como el niño que jura, con los morros perdidos de chocolate, que no se ha comido la tarta—. Te he asustado, ¿no? — Más risas frescas. Yo me pasé la mano por la cabeza sin saber qué contestar o cómo actuar. Me sentía más ridículo de lo habitual—. No era esa mi intención. De verdad, te lo prometo —y volvió a tomarme del brazo. De repente, con el roce, surgió un chasquido de electricidad estática, el tchaak de la descarga resultó audible, como una nueva palmada en miniatura.

—Ay, ¿has visto? —La risa fue sustituida por una genuina admiración casi infantil—. Ha saltado una chispa al tocarte. Hacemos que salten chispas.

Se miró los dedos como si esperara encontrar rayos refulgentes en ellos. Mari, la heroína de los dedos eléctricos.

—Qué bueno —concluyó.

—Yo..., tengo que irme —insistí comenzando a andar.

—Huy, no, qué va. —Y me cogió de la cintura. No saltaron chispas; no es que me gustara, pero tampoco me desagradó del todo—. Tú ya no te me escapas.

Me revolví con rapidez y me solté encarándome con ella, dispuesto a increparla. Llegué a pronunciar algo así como «Ehh, eh».

La chica levantó las manos en un gesto que decía «tranqui, tranqui, no pasa nada». Era la inocencia personalizada. El mohín de sus morritos era enternecedor, digno de una foto. Ni en ese momento dejó de sonreír.

—He dicho que me tengo que ir, y me tengo que ir. —En ese instante mi tono me pareció demasiado brusco para usarlo con alguien tan sonriente e inocente—. Perdona —dije, procurando suavizar mi actitud—, eres una chica muy maja, pero de veras que tengo que irme y no tengo dinero.

—¿Dinero? —repitió como si no entendiera la palabra. Entonces abrió los ojos exageradamente y se llevó la mano a la boca mientras tragaba aire de forma sobreactuada. Sus dientes brillantes quedaron ocultos—. No me lo puedo creer —se dijo a sí misma con indignación—. Has pensado, has pensado que yo… era… Ay, por favor. Qué cosas.

Y de nuevo se rio como si mi equívoco fuera una divertida anécdota para contar en su fiesta. A continuación, y siempre con la risa acompañándola, hizo un coqueto gesto con el torso que podría ser la réplica de una torpe provocación. Sin embargo funcionó. Sus pechos eran muy apetecibles. A ella todavía le hizo más gracia.

—Qué cosas tienes —sacudió una mano; su familiaridad seguía asustándome—. Bueno, va. No perdamos más tiempo. Que me lo estoy pasando bien, pero tenemos cosas que hacer.

Dios, ¿cómo podría librarme de esta chalada? Y, si no era una prostituta, ¿qué quería de mí? Normalmente las chicas no suelen abordarme por la calle; es más, me rehúyen. Reconozco que estaba un pelín intrigado, sí; pero me dije que lo más probable era que se tratara de una tomadura de pelo o de un timo.

Cualquier otro quizá se hubiera encarado con ella y le hubiera preguntado qué quería, que qué temas eran esos tan importantes sobre los que tenía que hablar, pero yo no fui capaz. Bajé la cabeza y repetí una vez más, aunque ahora casi sin fuerza (alcanzando las más altas cimas del ridículo):

—Lo siento, tengo que irme.

Y de nuevo comencé a alejarme.

—Jo, qué pena… —dijo ella.

Ahora no me siguió ni intentó retenerme. Sin volverme, dije adiós con la mano. El gesto casi era un «déjame en paz».

—… porque Ely es amiga mía.

El bar era un poco cutre y solitario, éramos los únicos clientes, pero Mari conocía al camarero.

—Hola, Hily —le saludó alegremente al entrar.

El hombre tras la barra alzó la mano con entusiasmo. Resultaba muy acorde al bar, con aspecto de no haber pegado ojo en semanas. Le sonrió con la alegría reprimida del padre que recibe a su hija a la vuelta del viaje de estudios. Y le dedicó una mirada anhelante que no supe descifrar.

—¿Estás bien? —se interesó Mari, pero prosiguió con su habitual entusiasmo sin esperar respuesta—: ¿Qué tal acabaste amoche? Bueno, luego hablamos, que tenemos cosas que hacer. —Y le guiñó un ojo, sin el menor atisbo de picardía. Solo fue un gesto espontáneo que incluso parecía adecuado.

Se dijeron algo con la mirada, la del hombre turbia e indescifrable, la de la chica jovial y esperanzadora, como si tuvieran pendiente su propia conversación y ese no fuera el momento ni el lugar adecuado. Ella pidió con una risilla traviesa un zumo de mango y yo fui capaz de centrarme lo suficiente como para articular:

—Una caña.

La chica miraba a su alrededor como si estuviera descubriendo el mundo a cada segundo, como si todo fuera nuevo y deslumbrante.

Resultaba un poco desquiciante, pero no pude dejar de contagiarme un tanto de su pasión por la vida.

Nos sirvieron enseguida, tampoco había más clientes con los que entretenerse. Mari parecía sentirse cómoda y parloteaba sin cesar, casi

no podía seguir su charla.

Bebió con sorbos pequeños y chasquidos de lengua deleitándose con cada trago del zumo.

No me importaba demasiado la conversación. La chica no paraba de hablar de cosas intrascendentes; todo la fascinaba. Antes de entrar vio pasar un salchichauto por la calzada y lo señaló con el dedo como si fuera el mayor espectáculo del mundo.

—Hala, mira, qué bueno… ¡una furgoneta con forma de salchicha!

Por Dios.

Y casi palmeteó de emoción, saludó como si quisiera hacerle parar. Alucinante. El vehículo le contestó con un breve pitido y el conductor, ataviado con una gorra publicitaria tan ridícula como la furgoneta, agitó la mano por la ventanilla.

Y casi en la puerta del bar se había parado a hacerle cucamonas a un bebé que no conocía. Daba la impresión de ser la chica más feliz del mundo. Ofrecerle su dedo índice al crío para que lo cogiera era el súmmum de las delicias. La madre respondió a las preguntas de la chica. Niño. La semana que viene cumplirá diez meses.Ay, sí, duerme bastante bien. Y estaba encantada por el entusiasmo que Mari dedicaba a su retoño con cara de torta.

Yo solo quería que me explicara por qué Ely la había mandado a verme. Esa era la única explicación que se me ocurría para que Mari hubiera aparecido tan de repente.

Me atreví a levantar la mirada. Ella, sin soltar el vaso, me observó como si yo fuera una nueva especie de mono recién descubierta y temiera que en cualquier momento huyera asustado a esconderme en la parte más alta del árbol.

Dio con delectación un nuevo trago de su brebaje y exhaló un suspirito de placer.

Me fijé en que sus dientes delanteros asomaban permanentemente; tenía el labio superior un poco elevado, lo que, combinado con el encantador hoyuelo de su mejilla, configuraba esa sensación de

sonrisa interminable.

Como quien descubre lo evidente demasiado tarde, me percaté de que la forma de sus labios resultaba muy seductora: esa leve curva le dotaba de un aire indefenso y tierno. De anhelo continuo, como si siempre esperara algo con la boca apenas entreabierta. En realidad no mostraba una sonrisa, ofrecía una invitación. Eran unos labios muy besables. Me imaginé acercando los míos a ellos, rozándolos apenas, sintiendo la textura de su piel y quizá un nuevo chispazo eléctrico. Y me dije que solo se trataba de sueños, que esa chica estaba fuera de mi alcance, como todas, que no era una prostituta a la que pudiera alquilar para tumbarme sobre ella durante unos minutos. Esta chica era diferente. Me pregunté qué tendría que darle a cambio de uno de sus besos, por cuánto podría comprarlo.

Sacudí la cabeza, desbordado por la intensidad de esos sentimientos inesperados. Casi aturdido.

—Tengo que confesarte una cosa —me dijo con su voz dulce y un pelín grave, acercándose un poco, como mandan los cánones de los secretos. Sus labios cada vez más cerca.

Di un sorbo de mi cerveza, no era muy buena y ni siquiera estaba demasiado fría, pero la agradecí en ese momento: me dio algo que hacer.

—No conozco a Ely. —E hizo un gesto entrañable. Sentí una oleada de indignación, me había engañado. Había jugado conmigo, como hacen todas: solo juegan y engañan. Quizá vio algo de eso en mi expresión, porque enseguida dijo:

—No, no te enfades. Va, porfa. Bueno, ayer conocí a su hermano… —me explicó como si eso tuviera algún sentido—. Eso sí es verdad, eh, es un chico muy majo, aunque debería perder algunos kilillos, y tiene un poco de mala suerte: se ha quedado en el paro. Una lástima. La cosa está jodida, no sé si podré ayudarle —parecía genuinamente afectada. Su tono volvió de nuevo a su registro habitual—: Pero bueno, que, como siempre, estoy divagando. Eso no te interesa demasiado, ¿no?

Negué con la cabeza. Ella hizo una mueca mimosa:

—Ya. Es que tenía que hablar contigo porque estoy segura de que puedo ayudarte. A ti sí puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿A qué?

—Hombre, a superar tus complejos, e incluso a conseguir a Ely.

Me extrañó no estar todavía más indignado. Esa chica estaba poco menos que faltándome al respeto y metiéndose en mi intimidad. Sin embargo su presencia, su voz, sus labios, la energía que desprendía pesaron más que los hechos racionales.

—Y ¿tú qué sabes de mí? Nos acabamos de conocer.

Sonrió de forma enigmática.

—Bueno. No sé, es evidente que no eres feliz. Es algo que se aprecia con solo mirarte —me recorrió con la vista de arriba abajo. Me sentí un poco violento—. Pero no te preocupes, eso se puede apañar. Mírame. Aquí donde me ves hubo un tiempo en que yo también fui una desgraciada.

Me costaba creerlo, la verdad.

Reforzó la idea con un firme movimiento de cabeza.

—Sí, sí. Como lo oyes. —Bajó mucho la voz, se acercó a mi oído hasta casi rozarlo, sentí el aire que expelían sus labios entreabiertos—. De cría sentí algo por alguien y estaba triste.

Reforzó la idea con un movimiento de cabeza que decía «Pues sí. Punto».

Se separó un poquito y lo lamenté; me gustaba sentirla cerca. Me di cuenta de que estaba empezando a disfrutar de la presencia de la chica.

—Nah, cosas de adolescentes, yo era bastante más joven que ahora. —Me pregunté qué años tendría en estos momentos, no muchos más de dieciocho o veinte, me dije, quizá menos—. Tuve un problema con alguien que me importaba mucho. Le había reencontrado un tiempo antes —y puso tono misterioso durante unos instantes—: fue en un

callejón.

Una risita que sonó extrañamente melancólica, y volvió a su tono natural:

—Es algo complicado. Cuando estaba con él, me explicaba conceptos complejos sobre la mente humana y sus posibilidades, que yo no pillaba ni de lejos. Le miraba con los ojos muy abiertos e intentaba asimilar todas esas historias. Ahora ya sé a qué se refería —y lo refrendó con un nuevo movimiento de cabeza—. Y de sobra. También me pedía que hiciera cosas que no acababa de entender.

Mi mente enseguida imaginó algunas posibilidades, la mayoría de ellas inspiradas en mi colección de porno.

—Yo creía que no eran cosas buenas, me costó mucho comprender lo que él afirmaba sobre el infinito escondido en las grietas. —¿Euhh? ¿Eso era un eufemismo sexual? No encontraba sentido a la mayoría de las cosas que la chica decía—. Por supuesto ahora sé que él tenía razón, pero, claro, entonces yo era joven... Yo también fui gris, como tú.

Sentí una punzada de celos inexplicables por el tipo que se beneficiaba a esta chica. La cameló hasta el punto de comerle el coco por completo.

—Y ¿sabes lo mejor?

Más secretos. Bien. La cosa tenía sus aspectos positivos. De nuevo volvió a acercarse a mi oído. Me gustaba.

—Es muy fuerte, ¿eh? —me advirtió con el tono de una adolescente pija descerebrada.

Sentí su cuerpo rozando el mío. El camarero nos escrutaba sin perder detalle. Me hubiera gustado rodear la cintura de la chica con mi brazo, y me di cuenta de que había comenzado a hacerlo sin querer.

Sus labios cosquillearon el lóbulo de mi oreja. Me estremecí por completo, era algo delicioso. Su aliento era cálido y sonaba en mi oído como una tormenta en el bosque.

—A ver si te vas a asustar…

Mi brazo rozó su cuerpo. No podía creer lo que estaba haciendo. Todo era tan inocente y natural. Quería besarla, necesitaba abrazarla, tenía que romper de una vez por todas con mis limitaciones. Olvidar lo racional y dejarme llevar por mi instinto. Superar mis miedos absurdos hacia las mujeres y demostrarme a mí mismo que podía ser capaz de relacionarme sin tener que pagar dinero.

La rodeé con tanta suavidad que no estuve seguro de haberlo hecho. Con una mano ella sujetó mi cabeza, como si no quisiera que la moviera para que no me perdiera detalle de su secreto.

—¿Estás preparado para que te cuente mi secreto?

Susurraba. Me giró la cabeza muy despacio, con enorme cariño, para que nuestros rostros se enfrentaran. Mari solo era una mancha borrosa, tan cerca estaba.

Intuí sus labios. Estaban junto a los míos.

Se movió hasta que casi se tocaron.

Y por fin desveló el secreto con su habitual tono distendido, como quien dice «Mañana lloverá». Solo usó dos palabras, podrías contarlas.

Nuestros labios se unieron antes de que yo tomara conciencia de su significado.

Luego ya no me importó. No podía ser cierto.

32

HILARIO

Una noche más. De nuevo el ritual del lavado, el sonsonete de «Haz pis, haz pis» y el cambio de pañal.

Me he acercado a la ventana. La calle es un amasijo de sombras y reflejos mortecinos.

Magda está en el baño luchando con su padre. Detrás de mí no hay nadie.

Enfoco la vista y veo a Mari reflejada en el cristal.

Sonrío sin volverme. Aunque estoy un poco dolido con ella. Lo de esta mañana en el bar no me ha gustado nada. Ha sido completamente inadecuado. Pero en realidad me alegro de tenerla conmigo.

Veo su silueta borrosa acercarse, gesticula con los brazos como el presentador acelerado de un concurso televisivo al salir al plató. Tiene su gracia, esta chica no para.

«Hola, Hily». Su saludo ya casi es un rito, puede que no tan implantado como el protocolo nocturno de Magda con su padre, pero si no me saludara así, lo echaría en falta.

No contesto, no quiero que Magdalena me oiga, pero levanto la mano en respuesta.

«Eh, ¿qué pasa, chaval?». Pone su mano sobre mi hombro. El cristal ondea levemente, como si fuera líquido. La calle se difumina un poco más. Tampoco contesto.

Por lo visto, ahora soy uno de sus colegas con los que se morrea.

«Oh, vamos, Hily, ¿no estarás mosqueado?».

Refuerza sus palabras con una palmadita en el hombro y una juguetona indignación.

«Ya sabes que esas son cosas que tengo que hacer».

Retira la mano y pone los brazos en jarras, como una madre a punto de reprender a su hijo travieso. Siempre resulta encantadora.

«Jo, de verdad. Que tengo que hacerlo. Hombre, no seas así». A pesar de todo, su tono no está exento de su tradicional simpatía. «¿Te crees que no he visto la cara que ponías en el bar?», dice alegremente quitándole importancia a la puyita. «Venga, Hily…, de verdad…».

Muevo las manos en un gesto de rendición. Vale, no ha pasado nada, concedo con mi mano.

«Así me gusta, que seas sensato y no te dejes llevar por la irracionalidad». A veces no entiendo por qué dice algunas cosas. Es casi un lenguaje secreto.

Se acerca más, como si acabara de acordarse de algo. Habla bajito.

«Oye, ¿lo vas a hacer hoy, Hily? ¿Esta noche?».

Miro por la ventana y enfoco la calle hasta que el reflejo de Mari se vuelve invisible. Aceras solitarias sin árboles. Algunos coches olvidados. Locales vacíos. Portales cerrados. Ni siquiera hay gente gris. Magdalena me llama desde el baño, necesita mi ayuda para llevar a su padre al dormitorio.

«Sí», respondo.

Por supuesto, cuando me giro Mari no está.

33

ELY

Una noche más. De nuevo el ritual del lavado, el sonsonete mental de «Haz pis, haz pis» y el cambio de pañal.

Luego, me acerco a la ventana. La calle solo es un amasijo de sombras y reflejos mortecinos. Las farolas apenas logran convencer a las sombras para que se retiren, el ayuntamiento no dota de nuevos argumentos a las fundidas. Solo hay aceras solitarias sin árboles. Algunos coches olvidados. Locales vacíos. Portales cerrados. Ni siquiera hay gente gris.

Pero mi mundo sigue moviéndose como mis pañales cuando ando: a empujones bamboleantes. Mi madre está en el otro baño, hablando con mi padre, me llegan fragmentos amortiguados de su tonta conversación. Por las noches siempre utilizan el aseo a la vez, supongo que tras más de un cuarto de siglo juntos, mear y pedorrear delante del otro no tiene importancia.

Detrás de mí no hay nadie. He mirado sobre mi hombro, no he podido evitarlo. Por si acaso. Como cuando era pequeña y me asomaba cada noche debajo de la cama para comprobar que no hubiera nada raro. Qué tonta.

Reconfortan lo sonidos que produce mi padre al lavarse la boca, siempre escupe con fuerza, como si se lavara la tráquea en lugar de los dientes. Son ecos maravillosamente cotidianos que me arropan.

Escruto la calle desde la ventana. No me extrañaría nada ver aparecer a Nolasco, llegaría con pasos chulescos, se pondría displicentemente bajo la luz de una farola, encendería con movimientos parsimoniosos un cigarrillo y lentamente, mientras exhalara el humo, levantaría la

cabeza hasta que nuestras miradas se encontraran.

Estoy a punto de retirarme hacia atrás y esconderme, a pesar de que nada de lo imaginado ha ocurrido. El cristal fluctúa durante unas milésimas, como si se convirtiera en una onda sónica.

Me digo que todo eso son solo tonterías, aprensiones mías. Por lo que sé, a estas horas Nolasco tiene que estar en la casa de acogida, con sus colegas gritones y el pánfilo de su cuidador.

Aún estoy un poco afectada por lo del otro día. Lo de esa mañana en la casa de los locos no me gustó nada. Fue completamente inadecuado. Y la conversación con Nacho tampoco me ayudó demasiado. Todo fue un poco raro.

Dejo de mirar por la ventana. Me recoloco un poco el pañal. Da calor el jodido. A ver si esta noche no lo mancho mucho, sigo con las ingles irritadas y Bálsamo Bebé no me hace nada. Me han vuelto a salir pequeñas ronchas y algunos granitos junto a los labios mayores. Todo un panorama, a ver quién es el guapo al que le apetece comerme el coñito, venga. En su salsa. Emito un sucio suspiro. Bah, qué mierda. Ni siquiera puedo masturbarme sin que me arda la vulva. Mi vida sexual es inexistente. No, quita lo de sexual: mi vida es inexistente.

Me tumbo en la cama boca arriba. Esta noche no me apetece leer nada. Estoy hasta los ovarios de tantas novelas de aficionados y de tantas correcciones de textos de parvulitos. A tomar por culo. Estiro la mano para apagar la luz de la mesilla, pero en el último momento decido dejarla encendida. Por si acaso. Sé que Nolasco no irrumpirá en el piso, que no corro ningún peligro, pero me inquieta que haya venido hasta la casa para dejarme otro de esos originales suyos. Me cuesta sacarme de la cabeza a ese tipo. Sus escritos (o los de Ernesto del Río, o los de ambos, ya no tengo nada claro) son perturbadores. Un claro síntoma de mentes enfermas.

Lo que me faltaba, leer esas cosas. Mi existencia ya es lo suficientemente caótica como para tener que enfrentarme además a materiales de este tipo. Al final una acaba creyendo que también está loca.

He leído el capítulo de los suicidios y, la verdad, me ha afectado. No sé decir hasta qué punto. Pero admito que siempre me ha parecido

una alternativa plausible. Bueno, siempre no, desde que empecé con el problema. Desde que Izquierda Unida abrió una sede permanente en mi vejiga, ya sabes.

El suicidio es una opción y quizá no la peor. He pensado bastante en ello y después de darle unas cuantas vueltas acabo dejándolo aparcado en un rincón, un tema sin cerrar que se puede retomar en cualquier momento. No me pregunto tanto cómo lo haría, como otras cuestiones que me preocupan: qué sentirían mis padres; cómo afectaría a Nachete y a su nuevo estado laboral; qué debería escribir en mi nota de despedida, si la escribía. Demasiados flecos desagradables. Ese es el motivo por el que todavía no lo he hecho. Siempre se causa dolor y me da un poco de pereza tomar una decisión tan drástica.

Podría urdir una trama como las de las estúpidas novelas que me toca evaluar, para que pareciera un accidente y así nadie se viera más afectado de lo necesario. No es lo mismo que una hija muera víctima de un accidente que suicidándose. No sé, puede que dé igual, el caso es que la madre pierde a su hija y, ante eso, otras consideraciones quizá no tengan tanta importancia. Pero alguna vez he maquinado historias en las que me montaba un plan tipo accidente de coche y cosas así. O arrojarme bajo la rueda de un autobús.

Cierro los ojos, la silueta de la lámpara sigue impresa en mi retina.

Apago la luz. Se me ocurre pensar que si de verdad quiero morir no tengo por qué temer a Nolasco: lo peor que puede hacer es matarme. Quizá incluso pudiera provocarle y conseguir que él acabara con todos mis problemas. Un buen plan con psicópata de por medio y todo. Y conseguir un finiquito rápido y acceso al paro celestial cortesía de Nolasco. A lo mejor, si el gobierno autonómico es el responsable del tipo, mi familia hasta podría recibir algún tipo de indemnización; no tengo ni idea de cómo funcionan esas cosas. Hombre, eso no estaría mal… Solucionaría muchas cosas.

Pero todo esto son tonterías, fantasías de una depresiva que sabe que nunca podrá llevar una vida normal. Probablemente nunca me suicide, no creo que encuentre el valor suficiente para saltar por la ventana. Y seguiré meándome encima por los años de los años, recluida entre estas cuatro paredes.

Mierda, mierda, mierda. Algo tendré que hacer ¿no?

34

DARIO

Cierro los ojos y sus labios siguen en los míos. Estoy tumbado en la cama, a oscuras. Pensando en lo que ha ocurrido. No sé muy bien qué ha pasado, pero desde luego ahora todo es diferente. Llegan los lejanos sonidos del tráfico nocturno. Llegan imágenes de un mundo distinto.

Mari me ha dicho tantas cosas, me ha enseñado tanto... Me ha abierto a un nuevo mundo. En el bar me ha susurrado las dos palabras que configuran su secreto y son ciertas. Y me alegro. Ya estaba harto de tanta cordura, de mi vida oscura y sin sentido. Se acabó temer a las mujeres, mi timidez extrema. Me ha hecho ver la verdad. Su beso me ha trasportado a otro estado y sus ojos me han retenido en otro lugar. He visto pechos voluptuosos, mujeres implorando, orgasmos estallando en mi mano, rostros mirándome desde abajo, cuerpos, abrazos, súplicas, penetraciones, lenguas, flujos y aceptación total e incondicional. Aceptación. Lo que siempre he buscado, lo que para mí era la mayor maravilla del Universo. Y ahora me da igual. Ahora ya sé qué es lo importante. Mari me lo ha inculcado.

No quiero estar aquí. Tengo demasiada energía en mi interior, un secreto que me quema por dentro. Mi turno en el piso comienza a las siete y media, pero creo que iré antes. Mejor estar allí que en esta cripta.

Puede que me lleve al estúpido de Batracio.

Pero antes de levantarme vuelvo a cerrar los ojos unos minutos. Me encanta lo que veo.

35

ERNESTO DEL RÍO

Vamos, no seas perezoso. Acércate, es importante. Te aseguré que mis palabras podrían cambiar tu vida, ¿no? Pues ya va siendo hora de demostrártelo. Verás cómo ya nada será igual.

La vida. Ay, la vida. Cómo nos aferramos a ella, cómo la defendemos, ¿verdad? Con uñas y dientes. Es lo que más nos importa. Hacemos cualquier cosa por sobrevivir.

El instinto más implantado en el ser humano es el de conservación. Todos tendemos a mantenernos con vida, a proteger nuestra propia existencia. El organismo, muy inteligentemente, nos avisa cuando tenemos hambre u otras necesidades para que las cubramos antes de comenzar a deteriorarnos. Y a veces nuestro cuerpo puede ser un auténtico coñazo: se convierte en un niño llorón que no calla hasta que le metemos el chupete en la boca; y a veces ni aun así.

Nuestro sistema parasimpático, entre otras cosas, nos impide dejar de respirar aunque queramos. Puede más que nosotros. Si no me crees, pruébalo; es imposible suicidarse manteniendo la respiración; antes de morir te desmayas y entonces el organismo vuelve a funcionar por sí solo; el cabrito hace lo que le da la gana. Como un crío malcriado y caprichoso.

El piloto automático nos maneja aunque no queramos. A ver si sirve de algo pedirle a tu corazón que se pare…. Venga, prueba a pararlo, concéntrate en pedirle que cese de latir. Hazlo ahora. Dile que se pare.

Hazlo.

Vaya, veo que ni lo intentas. A pesar del compromiso adquirido…

Bueno, el resultado es evidente y ambos lo sabemos: no lograrías nada en absoluto. No tendré en cuenta que hayas pasado de mi petición, aunque ya casi está convirtiéndose en un hábito, no era muy en serio, no estamos aquí para perder el tiempo. Respeto mutuo y tal.

Pero, que conste: si intentaras parar tu corazón con tu fuerza de voluntad, tu corazón seguiría latiendo.

Bien. Continuamos. Además nuestro cuerpo ha creado uno de los más efectivos sistemas de alarma: el dolor. No puedes mantener un dedo sobre una llama, como es perjudicial para el organismo, duele. Si algo perfora tu piel, duele. Si algo te golpea, presiona o pellizca, duele. El dolor: un excepcional sistema de alarma que nos pone en marcha en cuanto es activado. No está mal pensado. No solo nos avisa, sino que nos impele ineludiblemente a eliminar la causa que lo produce.

Pero hay dolores que no se sienten en el cuerpo. Como bien habrás experimentado en alguna ocasión, hay dolores que se sufren en el alma. Y son los peores, mucho más difíciles de evitar. No hay dedo que retirar de la llama, no hay forma de proteger la epidermis de nuestro espíritu. Ese dolor a veces crece y se emponzoña. Y no podemos dejar de sentirlo. Está impreso en nuestra propia vida, en lo más íntimo de nuestro ser. Ese dolor solo se deja de sentir cuando se deja de vivir. La muerte es la única cura para el dolor del alma.

Y ahora, tú y yo, vamos a ser sinceros. Ya sabes que has adquirido un compromiso conmigo, que me has aceptado en tu interior, que hemos comulgado el uno con el otro. Desnudémonos. Liberémonos.

Seguro que a veces has sentido ese dolor. Has pensado que la vida es una mierda. Una gran mierda. Ah, veo que asientes de forma imperceptible. Vale, bien.

¿Te has planteado por qué seguir? ¿Nunca has pensado que sería mejor no haber nacido? ¿Nunca has reprochado a tus padres, aunque solo fuera mentalmente, que te engendraran, que copularan como animales para obtenerte a ti como resultado? Vamos, seguro que en algunos momentos te has hartado de esta vida y hubieras mandado todo a tomar por culo; reconócelo, es lo normal, y lo normal es lo cuerdo. ¿Nunca has deseado sencillamente echarte a dormir y no despertar?

Seguro que a veces lo has pensado. Te has sentido hastiado, decepcionado, harto. Y te has dicho que más valdría no seguir con esto, ¿no?

Y te has planteado, aunque fuera brevemente, incluso a un nivel muy poco profundo, la posibilidad de marcharte. Ya sabes lo que quiero decir. Pero, ah, diablos, ahí ha entrado en marcha tu sistema de conservación mental y te ha defendido obligándote a enterrar esas ideas, haciéndote descartar esa solución.

Pero hay algo que no sabe nuestro viejo instinto de conservación, un detalle importante que se le pasa por alto: la semilla del «Abandono de la vida». La plantamos en cuanto contemplamos esa posibilidad. Y nunca muere. Podrá germinar o no. A veces la abonaremos, regaremos y podaremos a escondidas hasta convertir la planta en una decoración neutra de las salas más oscuras de nuestra mente, el único toque de color de las estancias que solo nosotros visitamos.

Una vez que surge la idea del «Abandono de la vida», se queda allí para siempre, es una posibilidad, larvada o activa, en según qué casos. Sabes que siempre te queda ese recurso. Esa predisposición.

Freud llamaba a eso Pulsión de muerte y la definía como la tendencia a querer volver al estado anterior al nacimiento. Vamos, viene a ser lo que tú y yo llamamos coloquialmente «¿Por qué habré nacido?».

Tienes que lograr despertar tu pulsión de muerte. Es lo contrario al instinto de conservación. Lamentablemente la pobre pulsión siempre tiene las de perder. Los instintos son programas bien implantados, mientras que las pulsiones solo son plugins que pretenden modificarlos y no siempre lo consiguen.

Pero la pulsión de muerte siempre está ahí, recordándonos que, si queremos, podemos terminar con todo en cualquier momento. Es nuestra potestad.

Pensar en la propia muerte no es malo. Nos ayuda a comprenderla y a asimilarla.

Vamos a practicar un poco. Ya sabes que yo estoy aquí para ayudarte. Tomemos la pulsión y jugueteemos un poco con ella, hagamos malabares a ver qué resulta.

Piensa que, en el fondo, morir no es tan malo. A fin de cuentas millones de personas llevan haciéndolo durante miles de años. Intenta concebir el gran número de personas que han desaparecido a lo largo de la historia de la Humanidad. No es un número infinito, pero intenta imaginarlo. Cavernícolas con garrote, romanos con casco, campesinos medievales, tipos estirados del siglo xviii, tus bisabuelos…

Bueno, ya sabes: no se salva nadie. Tarde o temprano todos caen. Son millones. ¿Y qué ha pasado con ellos? Nada, Quiero decir: ¿qué ha significado? Nada. No pienses en personalidades, reyes, artistas, científicos o políticos. Piensa en personas normales como tú, en seres anónimos. ¿Cuántas personas con esperanzas, amores y sueños han fallecido? La respuesta es: todas. ¿Y qué ha pasado, qué ha cambiado? La respuesta es: nada. Cuando la gente muere no pasa nada. Como mucho unos meses o unos pocos años de recuerdo y/o pena por parte de los allegados.

Morirse es normal, la gente lleva haciéndolo desde siempre. Tú morirás, tus seres queridos morirán. Y no pasará nada, transcurrido un tiempo solo seréis seres anónimos en viejas fotografías en las que nadie os reconocerá. Y cuanto más tiempo pase, menos importará que hayas vivido algún día. Eres tan prescindible…

La conclusión es que morir no es un drama, es lo habitual. Es nuestro destino inevitable.

Solo vamos a vivir un tiempo limitado, unos pocos milisegundos de la historia del tiempo. Nuestra existencia va a ser tan breve que ni siquiera es procedente el número de años que vivamos. Si hemos de morir, ¿qué más da cuánto tiempo existamos?

Lo pillas, ¿no?

Conclusión 1: morir es normal. En este preciso momento, en el mundo hay gente muriendo, puede que incluso cerca de ti. O en el hospital de tu ciudad. Y en este momento. Vivir está sobrevalorado.

Ahora, asume con simplicidad que no pasaría nada si abandonaras esta vida, plantéate la posibilidad de morir. Vamos, imagina que quieres abandonar esta vida.

No pasa nada, solo adelantarás un resultado inevitable y de paso te

librarás de problemas, de inseguridades, de dolores.

¿Por qué no lo haces?

Bueno, me está quedando un discurso prolijo y relamido para un tema sencillo al que no hace falta dar muchas vueltas. Todo es exquisitamente sencillo.

Podría estar dándote explicaciones filosóficas y justificaciones para el suicidio durante cuarenta páginas más. Pero estoy empezando a aburrirme. Voy a dejar la paja de una vez. Voy a ir al grano.

Ya has sentido con anterioridad la pulsión muerte. Quiero que vuelvas a sentirla, que la busques en este instante, que hurgues en tu interior hasta localizarla, que la acaricies hasta desear morir.

Que comprendas que la vida es efímera, que las personas se olvidan, que nada trasciende.

Que no vales nada. Que no eres especial, que no escaparás a la muerte.

Te animo a buscar tu pulsión personal de muerte, a cortejarla. Camina junto a ella, acaríciala, enamórate. Fóllatela cuantas veces quieras y alcanza junto a ella el orgasmo supremo. La Ida definitiva.

Encuentra la salida a todos los males, la solución de todos los problemas. ¿Qué pueden importarte cosas como el dinero o el desamor si ya no vives? Todo es prescindible.

Quizá unos momentos de dolor físico en el preciso momento de la puesta en marcha, tal vez unos días de pena en tus allegados. Eso será todo. Puedes estar seguro de que si sigues viviendo sentirás más dolor que si mueres. Si vives puedes sufrir un accidente que te deje inválido o padecer una terrible enfermedad. Convertirte en un viejo devorado por el alzhéimer… Si vives sentirás dolor, no lo dudes, pero si mueres solo sufrirás durante unos segundos: el tiempo que tu cuerpo tarde en estrellarse contra el asfalto después de haber saltado desde lo alto del edificio, el rato que tu estómago tarde en disolverse después de haber bebido salfumán, los escasos instantes en los que la rueda del autobús te destroce, o lo que tarden en llenarse tus pulmones de agua después de haber nadado hacia el horizonte marino… Unos pocos instantes de

dolor y todo habrá acabado: problemas, incomprensión, carencias. Si sigues vivo sentirás otros muchos dolores diferentes durante mucho más tiempo. El tema de la pena de tus allegados por tu marcha, ni lo comento, no es determinante. Además, tarde o temprano has de morir, así que, en mayor o menor grado, lo sentirán tarde o temprano. No es un dato relevante.

Pero ahí está el puto instinto de conservación reprimiendo tu pulsión de muerte.

Puede que te engañes diciéndote que no tienes motivos para morir, que la vida no es tan mala y que las cosas te van bien. Que es cierto que la vida es corta comparada con el universo (sea finito o no) y que, precisamente por eso, hay que aprovecharla y ser capaces de encontrar los aspectos positivos.

Por favor. Me das asco. «La vida es buena. La vida es maravillosa», canturreas. Mira a tu alrededor, imbécil. Vives en una sociedad injusta. En un mundo en el que el engaño, la corrupción y la miseria se han arraigado hasta acabar con todos los principios. Hay guerras y violencia.

Qué egoísta puedes llegar a ser. Tú quieres disfrutar de tu vida privilegiada mientras otros seres sufren injusticias y escarnios. Te vas a cenar por ahí mientras hay niños que mueren de hambre. Te limitas a tu placer y tu satisfacción. Vives la vida, eres feliz. La vida es un don, disfrutémosla, dices. Lo que eres es un ser insolidario, un ególatra que no tiene sentido social, una de esas personas que no merecen vivir porque solo miran por sí mismos. Disfrutar de la vida mientras otros sufren. Cabrón.

¿Cómo puedes ser inmune al dolor de una sociedad al completo, al deterioro de toda una especie? ¿Cómo puedes ser ciego a la injusticia, a la violencia contra el inocente?

Ah, tú crees que este mundo es perfecto, que lo único que cuenta es que a ti las cosas te van bien, sin importarte cuántos estén jodidos o lo pasen mal. Qué hijo de puta eres. No te mereces vivir. Me estás poniendo de mala leche.

Si tienes alma, si sientes con el corazón, has de anhelar la muerte. Ya no te digo que pulses un botón que acabe con el mun-do. Solo te digo

que admitas que quieres morir. Reconócelo de una puta vez. Este mundo es una mierda. Tu existencia es una puta mierda. La vida es la reina de todas las putas mierdas.

Saca tu pulsión. Asúmela. Disfrútala. Échale huevos y chúpale la polla hasta que se te corra en la boca con grumos envenenados.

Vive con ella. Abraza tu pulsión, Paséala, conócela, desarróllala.

Y planifícala. Venga, ponle un poco de imaginación.

Imagínate matándote a ti mismo. Quiero que lo visualices, que me digas cómo lo harías.

Que pienses cómo lo harías y te veas haciéndolo.

Ahora te dejo un rato para que lo hagas. Recuerda que me has prometido colaborar, que tenemos un acuerdo.

Acaricia la idea del suicido, trabájala, elabórala. Prepárala. Anticípala.

Para que algo se haga realidad, primero tienes que imaginarlo.

Joder, al final he acabado cabreado de veras.

36

HILARIO

Miro el cuchillo. Mari ha insistido en que es lo mejor. Solo un poco de sangre si se hace bien, ha afirmado. Un golpe certero en el corazón es rápido y efectivo. Prácticamente inmediato. No sé si creerla, pero se la ve tan buena…

De todas formas no acaba de gustarme el concepto. No ten-go claro si sabré acertar en el corazón. Además no sé cómo hacerlo: si apoyar el cuchillo débilmente y dar un golpe seco sobre el extremo del mango para ganar precisión, o llevar el brazo hacia atrás y trazar un arco para que el golpe resulte más fuerte y rápido, y así ganar penetración. En cualquier caso me repugna hacer algo así. Lo veo tan poco delicado, tan inadecuado para Magdalena. Yo sería partidario de recurrir a una forma menos violenta, no sé, pastillas o algo así, pero Mari insiste en que esa no es una fórmula viable, que no es segura, que es complicado.

No me gusta lo que voy a hacer, pero tengo que hacerlo, se lo debo a Magdalena. Su vida ya es lo suficientemente difícil como para tener que enfrentarse ahora a la ruina más absoluta. Le he ocultado los avisos del banco. Supongo que el siguiente paso que darán será iniciar los trámites del desahucio. De hecho, vivimos ahora gracias a la pensión del viejo, una ridiculez que casi no cubre ni sus gastos en pañales.

No quiero acabar saliendo en los informativos, con el viejo sentado en una silla y una docena de manifestantes gritando para defender nuestro derecho a una vivienda digna. Mientras los cámaras buscan carnaza con la que rellenar el apartado de «Esta sociedad se va a la mierda» del informativo. No quiero tener que mendigar. No quiero que Magdalena se tenga que enfrentar a la miseria, a la caridad. No

quiero seguir luchando en una guerra perdida hace tiempo. No puedo seguir avanzando. Me encuentro cansado. Agotado.

El bar no solo no da beneficios, sino que se ha convertido en un enorme agujero negro que devora todo lo que pilla cerca.

Miro a Magdalena, apenas una sombra iluminada por la acuosa luz del radio despertador. Duerme con la boca entreabierta y ronca muy débilmente, estos días estaba con los bronquios un poco cargados, normalmente no emite ningún sonido mientras duerme.

Cuando se ha acostado, rodeada del olor de la crema barata de manos con la que intenta apartar el tiempo y quizá suavizar un poco la artritis que ha heredado de su madre, me he acercado con la intención de hacerle el amor una última vez. Pero he desistido. Enseguida he percibido que no estaba por la labor, después de tantos años de matrimonio esto ya se sabe tan solo por la forma en que se sienta en la cama antes de meterse entre las sábanas; está más allá del lenguaje corporal, probablemente sea el lenguaje anímico, si es que existe algo así. De todas formas, mi próstata había estado tocándome los huevos todo el día y no creía que pudiera resistir un asalto completo.

Así que me he abrazado a ella y me he limitado a disfrutar de su cercanía. Un placer tan intenso como cualquier relación sexual.

Yo ya creía que Magdalena dormía cuando ha dicho con voz pastosa, casi ininteligible: «Todo se arreglará, ¿verdad, Hilario?». Ni siquiera esperaba una respuesta, creo que solo pretendía adentrarse en la noche blandiendo una esperanza. Un arma bastante pobre contra las carencias y los bancos. Sus palabras me sorprendieron, suele quedarse dormida muy pronto, no como yo. Le he respondido que sí con una caricia, que no se preocupara. Ella ha sonreído, lo sé aunque no la haya visto, ha dado un cuarto de vuelta y se ha colocado de forma que pudiera rodearla más fácilmente.

Su aroma es sencillo: a piel sincera. Me he empapado de ella una última vez.

Su cabello recogía el resplandor verdoso, casi fantasmal, de los dígitos del reloj y los apresaba en sus bucles teñidos para disimular las canas.

El espejo de la cómoda solo reflejaba una deslumbrante oscuridad.

El tiempo pasaba velozmente a cámara lenta.

La amaba con locura, por eso iba a matarla.

Mucho rato más tarde, justo después, me he levantado. Todavía en pijama me he dirigido a la cocina a oscuras, procurando no hacer ruido. Entraba un poco de luz del patio de luces, lo suficiente para orientarse sin chocarse, quizá la luna estuviera llena. El viejo frigorífico ha comenzado uno de sus ciclos y me ha recibido con un ronroneo agobiante, como si no pudiera ni con su alma.

He abierto uno de los cajones, ese que roza al abrirse y habría que cambiarle la guía, y he sacado el cuchillo que me dio Mari. Sabía dónde estaba. No he tenido que tantear demasiado.

A pesar del mango de madera, su tacto era frío, tan diferente a la piel de Magdalena que parecía imposible que ambos materiales compartieran la misma dimensión. No era un cuchillo especial, tenía un buen tamaño, pero podría ser perfectamente uno de los del bar.

Lo he sujetado como si fuera a usarlo y me he sentido mal. Primero un poco ridículo, como un adulto jugando a la guerra y disparando con un rifle imaginario mientras imita el sonido de las ráfagas con la boca. Tan inadecuado como increíble. Completamente fuera de lugar Y segundo: mi hernia de hiato ha enviado una bocanada de ácido a la boca. Eso no está bien, decía el mensaje.

Me he visto a mí mismo, en la cocina. Un tipo cincuentón y barrigudo, medio calvo, vestido con la vieja camiseta con la que duermo y esos pantalones del pijama un tanto raídos, blandiendo un cuchillo, jugando al matarife iluminado que salva almas segando vidas. Y sin embargo me he aceptado. Hay cosas peores, como la misma realidad.

He pasado mi dedo por su filo, dentro de poco estaría en el interior de la única persona que me importaba de veras en este mundo. Magdalena, perdóname, por favor. Es por tu bien, por el de ambos. Lo entiendes, ¿verdad?

He salido de la cocina como si mi alma pesara tanto que no pudiera transportarla, y me he encaminado al cuarto de mi suegro. Por las noches suele dormir bien. O quizá no duerma y se limite a permanecer ausente; en su estado uno nunca está seguro. Normalmente cuesta

distinguir si está dormido, despierto o vivo.

He cerrado la puerta del cuarto para que Magdalena no se despertara con el resplandor, y he accionado el interruptor. Allí estaba el viejo, tal y como mi mujer le había dejado. Su rostro decrépito no me permitía asegurar si tenía los ojos cerrados o un poco abiertos, podría ser cualquiera de las dos opciones.

Me he sentado en su cama, no se ha inmutado.

«Viejo, sabes que quiero a tu hija. Y que tengo que hacerlo.

Pero, me pregunto si antes no debería hacer algo contigo. Supongo que tu vida, no-vida, más bien, tampoco es fácil. Aunque no sé si sientes, si sufres o el vacío de tu mente te ha convertido en un ser feliz.

Ayer me sorprendiste mucho. No podía imaginar que tú también veías a Mari. Es una chica muy maja, ¿verdad? Tan llena de vida que da gusto estar a su lado, Uno acaba contagiado de energía y de ganas de hacer cosas. Bueno, tú no sé si puedes llegar a percibir eso. No es que te quede mucha…

¿Qué? Dime, ¿quieres que te mate a ti primero o prefieres que te deje con vida? A mí me es indiferente. Una vez haya acabado con tu hija me suicidaré. Supongo que utilizaré el mismo cuchillo. Pero Mari me ha dicho que antes de clavármelo en el corazón me corte las venas, no sea que falle el golpe y no tenga fuerzas para repetirlo, así al menos me desangraré más fácilmente. Bueno, da igual, lo que me ocurra a mí no es importante.

Pero, la verdad es que me da pena dejarte aquí solo. No sé cuándo descubrirán nuestros cuerpos, pero probablemente tardarán bastante. No me extrañaría que fueran semanas. Si no te mato, seguirás aquí en la cama, como el vegetal que eres, hasta que mueras de inanición, con la mierda desbordando el pañal y las moscas revoloteando a tu alrededor. Sinceramente, yo en tu lugar preferiría que me mataran. Viejo, no sé hasta qué punto sufres. Tu rostro siempre está en paz. ¿Eres feliz? ¿Es el olvido la felicidad? Puede. Si todo te es indiferente no hay nada que te haga desgraciado».

El viejo seguía ajeno a mi cháchara. Le toqué el rostro con cuidado,

como el carnicero que recoloca el género en el mostrador. No reaccionó. Yo tampoco sentí nada especial. Le retiré un poco la sábana arrugada para que estuviera más cómodo, tenía una arruga junto al cuello. Creo que estaba despierto, pero no sé si me veía.

«Supongo que morir de sed debe de ser terrible. Podríamos evitarlo. ¿Qué me dices? ¿Te animas?».

Por supuesto, no respondió.

«Es una pena que no haya venido Mari. Nos hubiera ayudado mucho. A ambos. A ti te hubiera aconsejado. Es muy lista, siempre sabe qué es lo más conveniente. Parece mentira cuánto sabe para lo joven que es. Pero, oye, nos ha dejado solos. Resignación. Tendremos que valernos por nosotros mismos. Sé que no va a venir. Sí, es una pena.

Bueno, ¿te parece que empiece por tu hija? Luego, según cómo vaya la cosa, vengo y… y te libero antes de suicidarme. ¿Te parece bien? Creo que lo mejor es empezar por Magdalena, ella es la importante».

Un movimiento en sus ojos, un leve espasmo en las arrugas de su rostro.

«Todo esto es por ella. Yo podría sobrellevarlo. Bueno, más o menos. En realidad, a mí me da igual convertirme en un pordiosero o en algo como tú, ya lo he aceptado. Me da igual vivir o morir. Pero no quiero arrastrarla en mi descenso. Es por ella. Cuando los sueños ya no tienen cabida, solo quedan las pesadillas. Y no quiero que la acosen».

Me he levantado de la cama y juraría que el colchón de gomaespuma ha vibrado más de lo necesario, como si el viejo quisiera moverse.

Le he dedicado una última mirada antes de salir del cuarto. Ha movido la cabeza de lado a lado, muy despacio como si su cuerpo surgiera de debajo de montones de arena. He sonreído.

Ah, viejo cabronazo, he pensado. Pillas más de lo que nos quieres hacer creer, ¿eh?

He apagado la luz y le he dejado a oscuras.

Ahora estoy ya de vuelta en mi dormitorio. De pie junto a la cama.

Esperando que mis ojos se acostumbren de nuevo a la oscuridad. Las únicas fuentes de luz son el despertador con sus dígitos deslumbrantes (por cierto, debería desconectar la alarma para que no sonara mañana) y las ranuras de la persiana enrollable de la ventana, las dos lamas de abajo están partidas. Sí, esta noche debe de haber luna, deduzco, entra bastante luz. La figura de Magdalena se adivina bajo la cubierta. Está de medio lado, un poco encogida sobre sí misma. Así no puedo hacer nada. En esta postura resulta imposible clavarle el cuchillo. Vaya. Problema número uno.

Ojalá estuviera aquí Mari. Necesito que Magdalena esté boca arriba para poder realizar bien mi labor. No puedo permitirme el lujo de fallar. Ella no tiene que enterarse de nada. Ahora duerme, ahora muere. Tiene que ser así de rápido. No quiero que sufra. El dolor es un mecanismo de defensa.

Doy la vuelta hasta mi lado y me tumbo sobre la cama junto a ella sin meterme dentro. El cuchillo a mi derecha, Magdalena a mi izquierda. Pongo la mano muy suavemente en su hombro y la empujo muy despacito. A veces, en plena noche, lo hago, sobre todo cuando se pasa a mi lado y me quita el espacio. La empujo un poquito y ella vuelve a su sitio sin despertarse. Confío en que esté en el primer sueño y no se despeje. Obediente, se gira un poco y con un inconsciente refunfuñeo se coloca boca arriba.

Ya está, Magdalena es un encanto, siempre ha bastado que yo le pidiera un poco para que ella me lo diera todo.

Me levanto de nuevo. Recostado no puedo hacer suficiente fuerza. Vuelvo a estar de nuevo de pie en su lado de la cama, y con cariño, como el amante que descubre por primera vez el cuerpo desnudo de su amada, retiro la ropa de cama.

Magdalena duerme en camisón, siempre son rosas y suaves. También son viejos y recosidos. A este que viste ahora le falta toda la puntilla del escote, hace tiempo que se soltó y Magda acabó arrancándola y pasando un pespunte para que no se deshilachara. Sus voluminosos pechos se agitan al compás de la respiración. Me encantan. Los he acariciado tantas veces…, muchas noches me duermo con una mano sobre uno de ellos como un bebé rendido después de su toma. Tiene algunas estrías en la parte de arriba, pero no me importa, le han salido

mientras vivía conmigo, me ha encantado envejecer junto a ella, cada deterioro de nuestros cuerpos era una nueva meta que alcanzábamos juntos. No me importa que haya engordado, porque ha estado junto a mí. No necesito que sea joven y guapa, la quiero así, con el desgaste que el tiempo ya ha dejado en ella, porque ese tiempo ha estado junto a mí. Porque eso indica que hemos recorrido juntos un trecho del camino.

Bueno, ahora ya no envejeceremos mucho más: partiremos juntos hacia la eternidad. Para mí el paraíso es el cuerpo redondeado de Magdalena, un abrazo de ella. Confío en que antes de morir dispondré de unos instantes para poderme tumbar junto a ella y abrazarla. Así todo estará bien.

Sus pezones de insinúan bajo el tejido, los tiene grandes. Cuántas veces he jugueteado con ellos. Sacudo la cabeza. Miro el cuchillo.

Me pregunto dónde estará exactamente el corazón. Sé que en el lado izquierdo, eso todo el mundo lo sabe, pero no tengo idea de a qué altura o a qué distancia del centro. Mi única referencia son las películas de vampiros. Y su rigor científico no creo que sea muy profundo.

Sujeto el cuchillo con ambas manos con la punta hacia abajo y alargo los brazos. Lo acerco a su torso. Creo que voy a usar la fórmula de apoyarlo en el pecho (solo un poquito para que no se despierte, meramente apuntalarlo). Lo sujetaré con una mano y golpearé con fuerza con la otra. De esta forma el golpe será mucho más controlado. Espero traspasar entre sus costillas sin problema.

Me doy cuenta de que matar a alguien no es fácil.

Oigo una especie de mugido y se me para el corazón. Un sonido opaco y amortiguado procedente de mi espalda.

El sonido se repite y entonces comprendo que se trata del padre de Magdalena.

Sonrío. Vaya, parece que el viejo zombi anda lento de reflejos, pero que finalmente resurge de entre las sombras.

Sé que no puede andar, que no tiene fuerzas para hablar, que ese

sonido gutural y apagado, tan semejante al motor de la nevera es lo único que puede hacer. Lo dejaré para luego. Tengo que terminar con Magdalena.

Me doy cuenta que de pie tengo que inclinarme demasiado y me duelen los riñones (o la parte de atrás de la puta próstata). Creo que podré hacer más fuerza si estoy de rodillas. Así que, como un creyente, me arrodillo a su vera. Como si le fuera a declarar mi amor ya entregado, como si le fuera a pedir perdón por una ofensa no cometida; en realidad es la postura más adecuada para realizar la mayor ofrenda del mundo: la propia vida.

La alfombra de su lado se arruga un poco cuando me arrodillo. Sus intrincados trazados podrían esconder el infinito, de tan complejos que son. A ella siempre le ha gustado utilizar alfombra en los laterales de la cama. Al final yo también me acostumbré a usarla.

Bueno. Vamos allá.

Un nuevo mugido.

Tranqui, le digo mentalmente, luego iré a por ti. No te preocupes. Todo será rápido.

Acerco la punta del cuchillo al camisón. No llego a tocar el tejido. Entonces se me ocurre que necesito algo para golpear el cuchillo. Hay demasiados aspectos en los que no se piensa. Tengo que hacer las cosas bien. Si utilizo la palma de mi mano puede que no haga la suficiente fuerza y el cuchillo no penetre todo lo necesario. Mi mano es frágil, a pesar de no tener artritis en fase inicial como Magda, y puede que no sea suficiente. Vuelven a mi mente las absurdas imágenes de las películas de miedo, suelen utilizar un mazo para golpear la estaca. Puede que el cine enseñe más de lo que creemos. Vuelvo a ponerme de pie, acompañado por las quejas de mis rodillas y nuevas arrugas en el infinito de la alfombra.

No me veo utilizando un mazo, pero lo que sí haré es golpear con algo. Busco cualquier cosa que me pueda servir.

Oigo un golpeteo sordo que proviene del otro lado del pasillo. Joder, el viejo, me digo. A ver si va a volver a la vida justo ahora que tenemos que marcharnos.

Un libro no, es demasiado grande, no me permitiría hacer fuerza. Finalmente descubro en su mesilla algo que podría servir: un pequeño estuche de madera destinado a guardar pendientes. Tiene el tamaño de un paquete de tabaco, ideal para cogerlo con facilidad; y parece resistente, desde luego más que mi mano. Dentro están los pendientes y el colgante a juego que le regalé para Navidad, me dije que ya que no podíamos pagar la hipoteca, ni el local, ni la luz, ni los impuestos, daba igual gastar un poco más del dinero inexistente y destiné los últimos ahorros a comprarle el juego que habíamos visto en los puestos del mercadillo navideño. Aun así el lote completo no subió mucho más de cuarenta euros.

Resulta un poco simbólico que sea ese estuche, con el colgante que a veces reposaba sobre su pecho, lo que utilice para traspasarlo.

Bien. De nuevo vuelve a mi mente la idea de que es complicado matar. Pero con esfuerzo y cariño lograré superar todos los obstáculos. Ahora sí que estoy preparado. Magda, no te fallaré.

¿Qué mierda es eso que suena? Joder.

Me acerco a la puerta y me asomo al pasillo. Los roces provienen sin lugar a dudas de la habitación del viejo. Llego hasta allí en cuatro zancadas.

Lo que veo entre la penumbra del cuarto me deja helado. Mi suegro ha logrado bajarse de la cama o se ha tirado o, más probablemente, se ha caído y yace en el suelo, intentando arrastrarse hacia la puerta. Sus piernas están amontonadas de forma desordenada. Hacía unos minutos era un hombre sin fuerzas, sumido en el olvido de su enfermedad. Ahora ha recuperado una energía que hacía años que no exhibía. Alarga su brazo hacia mí, lo hace tan despacio que el movimiento pierde su sentido. No sé si me pide ayuda o intenta retenerme.

Joder, me digo. No contaba con eso.

Pero no estoy para perder el tiempo. El viejo apenas puede moverse, no puede articular palabra, solo ese balido grave, ese ronroneo rasposo que escapa de su garganta como gases retenidos. No es la prioridad.

Le señalo con el dedo y le susurro con una ironía que no puedo reprimir:

«Ssssh…, enseguida vengo a por ti. Tú no te muevas».

Regreso a la habitación. Siento que la situación ya está tomando tintes absurdos. Esto está durando demasiado. Estoy complicándome. Matar no puede ser tan difícil. Todos los días hay gente que mata a gente. Una víctima dormida, un cuchillo de buen tamaño y un corazón que perforar. Eso es todo lo necesario.

Vuelvo a arrodillarme junto a Magda. La alfombra se pliega sobre sí misma, configurando un bucle sin fin. Con la mano izquierda acerco el cuchillo al pecho, procuro que apenas la roce. Mi mano tiembla un poco y la punta se bambolea como un balancín. La apoyo un poco más, deja de moverse tanto, pero produce pequeñas arrugas en el camisón. Más mugidos del viejo. Con la mano derecha enarbolo el joyero de madera.

Magdalena. Te quiero.

Levanto mi mano derecha sobre mi cabeza.

Sabes que todo esto es por ti.

Un roce en el pasillo.

Lo siento. Te quiero.

Y lanzo la mano sobre el cuchillo.

Mi brazo realiza la parábola adecuada. La caja se acerca con velocidad.

Mi mano izquierda tiembla de nuevo. Temo no acertar en el corazón.

En ese momento Magdalena abre los ojos. Lo hace casi de golpe, como si despertara de una pesadilla. Para ella solo soy una sombra que se mueve veloz sobre su pecho.

La caja golpea el mango. Suena un inadecuado Toc, casi divertido, como a cabeza hueca.

El cuchillo desgarra el camisón y se adentra en la piel.

Yo, asustado, miro los ojos desorbitados de Magdalena.

La carne no produce ningún sonido al ser desgarrada, pero el cuchillo trepida un poco en mi mano al alcanzar la costilla. Busca su camino.

El viejo vuelve a gemir desde el pasillo. Suena más cerca.

Comienza a brotar sangre. Inocentemente no la esperaba. Mari no me había hablado de ella. En la penumbra es oscura, oleosa. Pero más que verla la siento en mis manos. Y es mucho peor. La sangre es un guante obsceno que calienta mi piel.

Magdalena se queja con un «Uhn» apagado mientras centra su vista en mí.

Suelto el cuchillo, permanece firmemente insertado. Suelto la cajita, cae sobre la alfombra; la madera se ha partido con el golpe y uno de los pendientes asoma por la grieta. Me recorre un turbio mareo.

«Uhn», repite Magdalena. Bizquea mirándose ahora el pecho. El cuchillo asoma de él.

«Aohh», brama su padre en el pasillo.

«Ayy», gimo yo, y un calor helado me recorre. Siento que me flaquean las fuerzas y respondo a la llamada de la sangre que ya ha llegado al suelo. Jala de mí como un lastre pesado. Se me nubla la visión, lo último que veo es la cara anonadada de Magda. Ay, no, no me quiero desmayar.

Pero no hay nada que pueda hacer. Pierdo el conocimiento y caigo sobre la cajita que se parte con el mismo sonido de un corazón al quebrarse.

37

MARI

—¿Y qué voy a hacer yo? —Había lágrimas en los ojos de la adolescente.

El hombre sonrió con tristeza. Tocó su brazo en un gesto de ánimo bastante pobre.

—Vamos, cariño, ya lo sabes. Ahora tú eres como yo.

Era cierto. Nada más importaba. Desde que se había reencontrado con él en el callejón, su vida había cambiado. Todo había sido oscuramente deslumbrante.

La comisaría estaba un poco más allá, en la acera de enfrente, el tráfico de la mañana les separaba como un río poco profundo. El policía de la puerta ni siquiera se había percatado de ellos.

—No sé por qué lo haces…

Él la miró con cierto tono de reproche.

—Vamos, Mari, ya sabes cómo funciona esto.

Sí lo sabía. Desde que la había vuelto a besar, desde que el flash oscuro la había liberado.

—Pero ¿estarás mucho tiempo?

De nuevo esa sonrisa de reproche en el rostro del hombre.

—Mari, Mari… Ya no nos volveremos a ver. Te lo he explicado.

Los labios siempre entreabiertos de ella se ciñeron en una línea

apretada. Una furgoneta pasó petardeando, ajena a la despedida.

—No lo entiendo, la verdad, no lo entiendo —refunfuñó.

—Si fuera racional, no sería una locura.

Y la frase tenía pleno sentido. Continuó:

—Mari, posees la semilla, has descubierto la verdad. Ya no me necesitas.

—Pues es igual. No sé por qué tienes que hacerlo. Te encerrarán.

—De eso se trata, quiero saber más. Quiero llegar a más gente.

Él le había explicado su plan: entraría tranquilamente en la comisaría, se dirigiría al agente de guardia y se entregaría.

—¿Y yo qué voy a hacer? Ni siquiera me hablo con la tonta de Pailiti. —Hizo con la mano un gestito de enfado.

—Oh, haz las paces con ella. Sigue tu vida normal, Mari. Pero deja que yo crezca en ti. Nútreme, llévame, susténtame. Y deja que pase el tiempo. Puede que transcurran años, pero la vida se encargará de hacerte eclosionar. Y el embrión de la locura que ahora portas crecerá y yo volveré a ti, porque ya soy también tú y siempre estaré contigo.

Ella sabe que lo que dice es cierto. Ya lo ha vivido. Y se siente orgullosa de ser la elegida. Hasta hace poco solo era una cría de catorce años que iba mal en los estudios, sin demasiados amigos de verdad, sin ilusión ni intereses. Y ahora es especial. Alguien muy poderoso la ha elegido.

El Comprabesos está por encima de todo. Observa y dirige. Absorbe y domina. Amplía la mente. Crece. Contagia. Devora las almas y las ocupa. Su mente es infinita porque llega mucho más allá de donde está.

—Quiero convertirme en ti —dice la chica—. Lo estoy deseando a cada momento. Lo busco, lo quiero.

—Sí —en su voz apareció un deje melancólico—. Es agradable dejarse llevar, ¿verdad?, olvidar los límites y traspasarlos, ignorar las

absurdas normas de esta sociedad. Dejarse llevar.

Él la atrajo hacia sí en un movimiento exento de dobles intenciones, nunca la había tocado, excepto en las dos ocasiones en las que se habían besado.

—Ha llegado el momento de la despedida, Mari.

Ella apretó su rostro contra el pecho del hombre. Él la cobijó con limpia ternura. Permanecieron así unos instantes.

Ella se separó despacio y le dijo con ojos de agua:

—¿Puedo comprarte un último beso?

Él sonrió sin abandonar esa expresión de pesar. El hoyuelo se dibujó en la mejilla de la chica. En unos pocos años se convertiría en una jovencita arrebatadora.

—No, los besos los compro yo, cariño.

Y acercó su rostro al de ella. Sus labios se rozaron. Y la comunión se consumó en ese instante. La calle se difuminó a su alrededor. Solo quedaron ellos, ajenos a la vida. El tiempo se plegó sobre sí mismo y desapareció. Y Mari le recibió por completo. Ese leve contacto desató el fogonazo de oscuridad definitivo. Y Mari cerró los ojos. Y vio la luz por completo.

38

ERNESTO DEL RÍO

Ernesto pasó bajo el detector de metales de la entrada y se acercó al policía de la ventanilla, un tipo mayor con el rostro picado de viruela que examinaba unos papelotes.

—Hola, buenos días —dijo Ernesto con excelentes modales.

El viejo policía levantó la vista y no pudo evitar sentir los restos de la onda mental; parpadeó varias veces. Una serie de extrañas imágenes le llegaron a la mente. Él no lo sabía, pero era la estela del beso.

Se ve a sí mismo introduciendo su arma reglamentaria en la boca, pateando el rostro del gitano que ha caído con el botín que acaba de conseguir, come nata con los dedos y la prostituta sonríe, el metal está frío, acaricia el gatillo, besa a su mujer, lleva muerta casi quince años, alguien le da unas monedas.

Sacudió la cabeza y cuando devolvió el saludo con voz atribulada, las imágenes ya habían desaparecido. Ernesto sintió que con él también podría haber trabajado. Bueno, no importa, tendrá materia prima de sobra allá dónde va.

—Vengo a entregarme. —Su sonrisa era la de un marqués al entrar en el salón de baile. Continuó—: He matado a varias chicas. Sus labios no estaban vivos, me vendieron besos vacíos.

Y tendió las manos como pidiendo que le esposaran.

El policía se sacudió. Sin dejar de mirar al hombre llamó a un par de compañeros.

No pudo apartar la vista de los ojos de ese tipo. Allí vivían ratas, eran

un callejón oscuro sin salida.

Poco después se lo llevaban al interior.

En la calle, Mari se cansó de mirar la puerta de la comisaría. No tenía ningún sentido seguir allí, por eso permaneció un rato más. Finalmente lanzó un beso con la mano, volaron mariposas y se encaminó a casa. Entonces se dio cuenta de que llevaba el puño izquierdo cerrado, lo abrió. No le sorprendió en absoluto encontrar tres euros. Qué cabrón, murmuró con una sonrisa cómplice. Y su sonrisa se amplió, se aposentó permanentemente en su rostro. Mientras caminaba dio un saltito alegre. Comenzaba una nueva etapa en su vida y era feliz. Libre. Dio unos pocos pasos de baile como en una película musical y saludó al mundo con alegría. Era una fuerza de la naturaleza.

Ernesto se negó a dar ningún otro detalle, ni nombres, ni fechas, ni motivos, excepto que los besos estaban vacíos. No dejó de insistir en que había matado a varias chicas, aunque ni siquiera precisó el número exacto, como si no importara. Los policías no acabaron de creerle, había mucho chalado por ahí, desde el primer momento tuvieron serias dudas de que esa historia tan imprecisa fuera cierta, pero solicitaron un examen psiquiátrico, no podían soltarle sin más ni más, tampoco tenían una base firme para ponerlo a disposición judicial.

Así fue como Ernesto y el doctor Ramírez se conocieron. Ernesto enseguida captó el potencial del doctor. Este acabó aconsejando su internamiento.

No encontraron ningún cuerpo. Yacían en el infinito.

39

DARÍO

Había muchas cosas que no entendía. Sin embargo no me preocupaban demasiado. Me envolvía una densa sensación de irrealidad que me impedía plantearme las preguntas correctas.

Batracio graznó. ¿Le había cambiado la comida después del traslado? Ese bicho era insufrible. Que se joda el pajarraco. Seguí sentado en el sofá mirando la tele sin verla, con la boca abierta. Solo me faltaba babear.

Era como si estuviera un poco colocado. La vida transcurría fuera de mí.

Ni siquiera sabía qué pensar, ni siquiera me veía capaz de pensar. La tele vociferaba tonterías ajenas a este mundo, era fascinante ver a los tertulianos enfrentarse unos con otros en su microuniverso inexistente. Muñecos de guiñol movidos por manos invisibles que gesticulaban sin razón.

Me pregunté sin demasiado interés por qué no podía concentrarme, por qué solo me limitaba a dejar pasar el tiempo. Incluso valoré la posibilidad de haber sufrido alguna especie de pequeño infarto cerebral y estar distanciándome de la realidad por la falta de riego. La opción no me asustó, sino que la consideré con el mismo interés que sentía hacia Batracio o la tele.

Resultaba agradable estar tan poco implicado en la vida. Quizá se sintieran así los enfermos de alzhéimer, totalmente ajenos. Puede que esa sea la felicidad: la falta de emociones.

En ocasiones he tenido algunos sueños muy vívidos en los que quería moverme y no me resultaba posible. En ese momento me sentía un

poco así: atrapado por la fuerza de la gravedad.

Entre brumas seguía reviviendo el beso de la chica en el bar. Había sido intenso y tierno. No fue demasiado largo, pero me encantó el sabor de su saliva, el tacto de su lengua que se movía con la viveza de un pequeño animalito atrapado que quisiera escapar. Pero eso era todo, ya no sentía nada más. Me retrepé un poco en el sofá. Estaba a gusto.

Me llegaron voces desde las habitaciones, pero no me importó en absoluto. Que se maten si quieren, me da igual. Seguí ajeno al mundo. Era fascinante cómo gesticulaban los tipos de la tele.

—¿Qué, has conocido a alguien interesante?

Volví la cabeza muy despacio, Nolasco había entrado en el cuarto de estar sin hacer ruido. No pude evitar pensar en él como en uno de esos gatos huraños que saltan a arañar la cara sin motivo aparente. Marramiau. Me hizo gracia y sonreí.

—Ajá. A Mari. Una chica muy maja. —Y pensé: capaz de transmitir un nuevo mundo, una forma de vida diferente.

—Y ¿qué? ¿Qué te ha parecido?

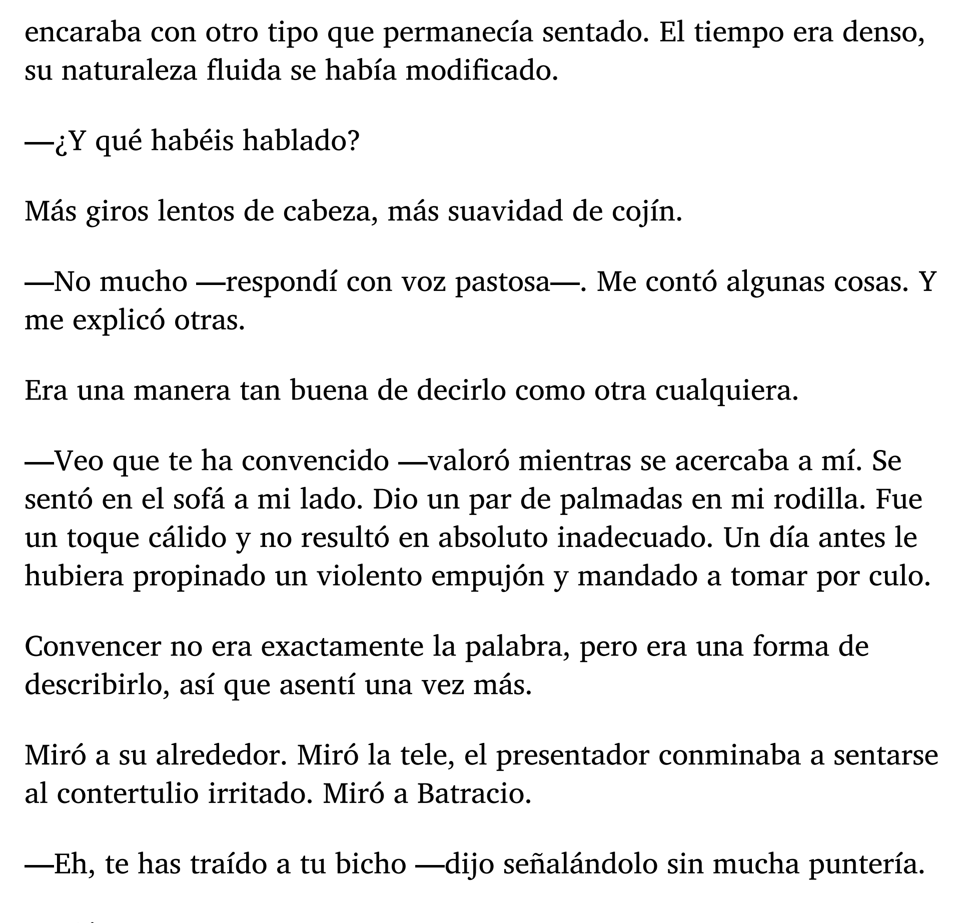
Después de la pregunta buscó el mando a distancia por la habitación, fuente inacabable de problemas, y bajó el volumen al mínimo. Daba pena verles gritar tan bajito, sentí una punzada de fría lástima por los contertulios. Normalmente el mando obraba en mi poder, pero ahora las cosas habían cambiado, que hicieran lo que quisieran. Tomé uno de los cojines del sofá y lo abracé sin fuerza.

—Es especial —dije pensativo sin pensar en nada. Me daba pereza hablar, se podrían decir tantas cosas de ella que no valía la pena intentarlo... Descubrí la textura del cojín, resultaba blandito y confortable. Supuse que el cuerpo de Mari sería semejante.

—No sé, a lo mejor la conozco.

Asentí de nuevo. Podía ser, esta ciudad es un pañuelo.

Volví a mirar a la tele. Un hombre se había puesto en pie y se



encaraba con otro tipo que permanecía sentado. El tiempo era denso, su naturaleza fluida se había modificado.

—¿Y qué habéis hablado?

Más giros lentos de cabeza, más suavidad de cojín.

—No mucho —respondí con voz pastosa—. Me contó algunas cosas. Y me explicó otras.

Era una manera tan buena de decirlo como otra cualquiera.

—Veo que te ha convencido —valoró mientras se acercaba a mí. Se sentó en el sofá a mi lado. Dio un par de palmadas en mi rodilla. Fue un toque cálido y no resultó en absoluto inadecuado. Un día antes le hubiera propinado un violento empujón y mandado a tomar por culo.

Convencer no era exactamente la palabra, pero era una forma de describirlo, así que asentí una vez más.

Miró a su alrededor. Miró la tele, el presentador conminaba a sentarse al contertulio irritado. Miró a Batracio.

—Eh, te has traído a tu bicho —dijo señalándolo sin mucha puntería.

—Ajá.

—¿Y eso?

Subí los hombros. ¿Acaso había que tener una razón para todo? ¿Ahora las cosas no eran diferentes?

Un par más de palmaditas en mi rodilla.

—Es verdad, tienes razón —concedió—. Te apetecía traerlo.

Ladeé la cabeza en un gesto que podría interpretarse como una afirmación o como un «me la suda».

Se puso en pie y se acercó a la jaula. Batracio agitó sus alas verdosas y bailoteó nervioso de un lado a otro.

—Ssshh, bonito, no te asustes.

Acercó un dedo a los barrotes. Al pájaro aleteó y se alejó todo lo que pudo. Graznó con la voz de una vieja pidiendo socorro. Una de sus alas se dobló al quedar enganchada en el comedero.

Nolasco rio divertido.

—Es gilipollas, ¿no? —Ahora Nolasco era el gato Silvestre, y Batracio, Piolín.

Me hizo gracia. Tenía toda la razón. Batracio, con el ala medio extendida, revoloteó a pesar de lo reducido de su jaula. Se oía el sonido de su cuerpo contra los barrotes. El hombre se volvió hacia mí.

—¿Qué vas a hacer con él?

No tenía nada previsto. Solo lo había llevado a la casa de acogida sin pensar en nada más.

—No sé. ¿Crees que aquí estará bien?

Y como si esa fuera la respuesta, acercó de nuevo su dedo a la jaula haciendo que Batracio saltara enloquecido.

—Hola, pequeño mamón…

—Me da igual el bicho. Como si lo quieres asar al horno y te lo zampas.

Nolasco me brindó una sonora carcajada, por lo visto era el chiste más gracioso del mundo. No, no. Comprendí que en realidad se reía porque no descartaba la opción.

—Estaría genial —dijo probando a dar manotazos contra la jaula—. Pero aquí el horno no funciona.

El pobre pájaro iba de un lado a otro completamente fuera de sí. Se le soltaron un par de plumas. Gorjeó asustado. Nolasco sujetó la jaula y la agitó como si fuera un regalo e intentara adivinar qué contenía el paquete.

—Hola, gilipollas…

Batracio alcanzó el paroxismo. Intentaba mantener el equilibrio

infructuosamente. Una de sus alas se dobló de forma antinatural, pero siguió agitándola sin cesar, lo que aumentó el riesgo de que se la rompiera.

Me hizo gracia verle bailotear desesperado. Nolasco se aburrió enseguida. Dio un último empujón a la jaula y volvió al sofá.

—Ay… —suspiró al sentarse—. A veces creo que todos nosotros somos como ese pajarraco. Que estamos atrapados en nuestra propia jaula.

Batracio estaba tumbado sobre los periódicos del fondo, entre cáscaras de pipas y sus propias cagadas. Cada poco agitaba las alas con movimientos cortos.

Asentí pensativo.

—Cuánta razón tienes —concedí.

Me dio dos nuevas palmaditas en la rodilla. Apreté el cojín contra mi vientre. Batracio se puso en pie y probó a dar un par de pasos sobre los papelotes del suelo. Agitó las alas y las sacudió intentando recolocarse la plumas y valorar los daños. Sí, era gilipollas.

—Cuéntame, anda, ¿qué te ha hecho ver esa tal Nati? — preguntó como la madre que quiere saber dónde se ha metido su hija toda la noche.

Levanté la mirada del cojín. Su rostro mostraba cierto anhelo.

—Nati no, Mari —le corregí

—Bueno, Nati, Mari, ¿qué más da? Para mí todas son siempre Nati.

Y sacudió su brazo quitando importancia, durante unas milésimas de segundo, al ritmo de su brazo, vi olas negras.

—Vale, como quieras. Bueno, te lo puedes imaginar, ¿no? Sonrió.

—Hombre, claro. Pero esto es como el chiste de la vieja que va a confesarse de que la han violado…, y… —pedorreó reprimiendo una carcajada—, y… reconoce que fue hace mucho tiempo, pero que le gusta comentarlo.

Pedorreó más. Aunque en las últimas horas había aprendido a ver a Nolasco de forma completamente diferente, el sonido no resultaba nada agradable.

No conocía ese chiste, pero sonaba tan triste como una barca flotando en el mar de noche.

—Pues eso —remató—. Que me gusta comentarlo.

—Ya —concedí. Tomé aire y proseguí—: Mari…

—Nati.

—… me hizo comprender la realidad. —Agité la mano en un gesto que abarcaba el universo—. Aunque primero me explicó algunas cosas sobre ella, como que hacía tiempo había conocido a un tipo especial, una especie de mentor. —Recordé sus palabras en mi oído, su secreto—: «Contagio locura», me confesó.

—Locura, eh. Eso mola.

—Luego me besó.

—Ah, pillín —dijo dándome un puñetazo sin fuerza en el hombro—, qué cabronazo estás hecho. Cómo te las llevas de calle.

No pillé la ironía. No la había. Desde mi cambio, las palabras de Nolasco siempre sonaban sinceras, llegaba a empatizar con él, a sentirle de otro modo y sabía lo que quería decir. Algo impensable poco antes. Aun así me sentí un poco azorado, no estaba acostumbrado a presumir de mis conquistas.

—¿Te la tiraste? —preguntó.

Retiré la vista avergonzado.

—No, hombre, no seas bruto. Claro que no.

—… mecachis… —sus labios se torcieron.

—Pero estuvimos un rato hablando y me explicó lo que tenía que hacer para sacar mi verdadero yo. Me animó a… desinhibirme, como ella dice.

—Jo, qué envidia. Desinhibirse. ¿A que es bonito? Cuando uno descubre la locura es como, como…, no sé, hacer el amor por primera vez.

Sopesé sus palabras, tenían mucho de cierto. Y aún añadiría yo: como hacer el amor por primera vez sin pagar.

—¿Y qué sentiste? ¿Cómo fue, de repente o poco a poco? —siguió interrogándome con la misma atención que pondría un pederasta ante la descripción de un doctor explicando cómo auscultar niñitas.

—No sé. Supongo que como una especie de revelación — dije reflexivo—. Como si descubrieras el infinito de repente, es lo má s maravilloso que te puede pasar. Sí. De repente todo encajó y descubrí que podía ser libre, que debía romper con los convencionalismos —las palabras acudían a mí con ligereza, pese a que resultaba tan difícil explicar lo que sentí como definir el amor—. Que la razón solo me daba problemas, que la lógica siempre me lleva al mismo sitio. Algo hizo clic dentro de mí —concluí apretando más el cojín.

Él agitaba la cabeza, absorto, como añorando algo vivido mucho tiempo atrás.

Durante unos instantes permanecimos en silencio. En la tele la tertulia había dado paso a una sesión de anuncios, un grupo de gente bailaba sobre las nuevas tarifas de telefonía. En la jaula Batracio cojeaba sobre el palo superior, como si se le hubiera dormido una pata; intentaba estirarse las plumas con el pico, resultaba evidente que no había peine que enderezara al menos una de las plumas.

—¿Te gusta Mari?

Medité la respuesta unos segundos.

—Sí, claro —admití—. Ella es la vida —respondí más literal que poético.

Nolasco me mostró una sonrisa irónica.

—Puede ser, puede ser. Pero resulta curioso que digas que es la vida. Viendo tu cambio, yo ya sé quién es. ¿Lo sabes tú?

Solté un poco el cojín y abrí los brazos contestándole con mi gesto «pues claro, no soy idiota». Todos lo sabemos.

—Vale, vale, chaval —me dijo, conciliador—. Pues ten cuidado, no te enamores de la locura.

Le ofrecí un gesto de burla, verdaderamente sentido.

—¿Y —cambió de tema—, la chica que vino a hablar contigo? Creí que te caía bien.

Una nueva subida de hombros. Tema zanjado. Los amores vienen y van.

Ahora un gato devoraba un plato de algo asqueroso que le proporcionaría un pelo más brillante. Batracio intentaba sin éxito alcanzar la pluma retorcida.

—¿Tienes que hacer algo? —preguntó.

Procuré ser exacto:

—Tener, tener, no. No tengo que hacer nada. Solo haré lo que quiera.

—Ah, vale. Bueno, pues seamos más precisos: ¿hay algo que te apetezca hacer?

Subí los hombros. Eduardo, el hombre-pera, entró en el salón y nos saludó con un movimiento de cabeza y un gruñido amistoso. Ni Nolasco ni yo le hicimos caso.

Le confié a Nolasco con completa sinceridad:

—Creo que quiero matar a Ely. La que tú dices, esa a la que asustaste.

—Ya. La culo. —Y rio un poco—. Ja. ¿A que estuvo bien el numerito?

Sonreí y afirmé con la cabeza un poco a regañadientes, como quien reconoce la superioridad de otro. Más vale tarde que nunca.

—Hombre, pues la verdad, no estaría mal darle matarile — me animó con un toque de ironía—. Si es lo que te pide el cuerpo…

—No sé. Mari me lo sugirió. Me dijo que ya era hora de dejar que las mujeres me intimidaran. Ely pasa por completo de mí, incluso me mira con mala cara. Ya sabes lo que quiero decir. —Si alguien me hubiera dicho pocas horas antes que en ese momento iba a estar sentado en el sofá junto a Nolasco, comentándole mis delirios con toda franqueza, no lo hubiera creído. Sin embargo, hacerlo, una vez derrumbadas las barreras, resultaba reconfortante—. Mari me invitó a que rompiera con todo, a que no refrenara mis impulsos. A que me dejara llevar. Me aseguró que ese es el mayor placer que puede existir: dejarse llevar.

—Tiene razón, créeme —de nuevo su tono nostálgico—. Dejarse llevar es lo má s.

—Ya. Lo creo. Lo estoy empezando a experimentar.

El otro interno se sentó a nuestro lado. Removió su trasero. Estábamos todos un poco apretados en el sofá.

—¿Puedo subir la voz?

Buscaba el mando con la mirada. Nolasco lo tenía entre sus piernas. Siempre las viejas luchas por el puto mando.

—¿Tenéis el mando?

Nolasco lo sujetó con fuerza y de repente giró el brazo hasta propinar con el extremo un buen golpe en la boca de su compañero. Fue un movimiento violento y vertiginoso. Sonó como a piedrecitas. Las pilas volaron, durante un instante pensé que se trataba de dientes. De todas formas aposté a que algún diente también se había ido a tomar por culo. Batracio se asustó y comenzó a gruñir como un gordo después de subir ocho pisos. Justamente igual que el hombre-pera.

Se levantó con rapidez, llevándose las manos a los morros. Ya había algo de sangre. Sus ojos reflejaban una gran incredulidad. Intentaba mirarse la boca y ponía una expresión ridícula. Batracio aleteó y por fin perdió su pluma retorcida.

—Pero, pero… —protestó, aunque sonó: «fero, fero». El pobre no entendía nada. Me miró esperando mi intervención: yo era el responsable de la casa, el encargado de poner paz y orden. Rebuscó en

su bolsillo hasta que encontró el pañuelo. Sacó un trapo que yo ni me atrevería a tocar.

Nolasco y yo seguíamos sentados en el sofá.

—¿Ves? Es bueno no reprimirse —dijo casi para sí mismo, como si confirmara una teoría—. ¿Y lo vas a hacer? —me preguntó retomando el tema, completamente ajeno a los aspavientos y las quejas de su compañero.

—Eh, eh —gemía este—. ¿Has fisto la hosdia que ma metío? —me inquirió. No se le entendía bien—, ¿has fisto?

No se metía con Nolasco. Le conocía bien, por lo que le temía. Pero le indignaba que yo no hiciera nada. Siempre esperan que otros les saquen las castañas del fuego.

—Sssh, calla —le dije —. Y recoge las pilas, anda. Creo que una se ha metido debajo de la mesa. Luego diréis que el mando no va.

El tipo no podía creer mis palabras. Se suponía que yo era su cuidador, el responsable de su bienestar y seguridad. Maldijo algo ininteligible y miró el trapo sucio que llamaba pañuelo.

—… erda… —murmuró un poco asustado. Dio media vuelta y salió irritado del cuarto, farfullando lo poco que su labio roto le dejaba. En breve, oí el grifo del lavabo y más maldiciones. La cosa tenía su gracia; por fin le había pillado el puntito a Nolasco.

—Pues supongo que sí lo haré. Supongo —admití finalmente—. Quiero, al menos, acojonar un poco a esa tal Ely, como ella me acojonó a mí.

—Es que a ti te acojonan todas —sentenció Nolasco moviendo la cabeza como un muñequito de muelle—. Lo único que hizo fue venir a verte.

—No, me hizo soñar con imposibles. —Y di el tema por zanjado. La culpa de que yo actuara así con las mujeres era de ellas. Nunca me han hecho caso, pero a partir de ahora sería diferente. Mari me había hecho ver la verdad—. Joder, Nolasco, espero que no te hayas pasado con ese pavo y no necesite puntos. Me pondrías en un compromiso.

—Bah, déjalo. No le he hecho nada, es un quejica de mierda.

Suspiré. Ay… Había cosas de las que uno nunca podía librarse. Uno nunca podía quitarse la careta del todo. Ni romper por completo con los convencionalismos. Había que sobrevivir y seguir fingiendo, llámalo instinto de conservación. A veces conviene disimular la locura.

—Tío, no me gustaría que me abrieran un expediente, ¿sabes? Aunque cierren el piso, necesito un traslado y un sueldo— dije.

—Vale, tranqui. —Levantó las palmas haciéndose el inocente. Todavía sujetaba gran parte del mando—. Me moderaré. No pasa nada.

—Bueno. Pues mejor.

En la tele, la tertulia había vuelto, pero ahora, por lo visto, intentaban vendernos unos colchones. Batracio se repeinaba como una cacatúa maricona, evaluando los daños de su plumaje. En el lavabo el colega repetía «Joder, joder» con tono lastimero.

—¡No tengas mucho rato el grifo abierto, que el agua es cara! —le grité, pero creo que no me oyó.

Nolasco me dio más golpecitos en la rodilla para llamar mi atención. Ya estaba empezando a tocarme los cojones con los golpecitos de las narices.

—Y… y, dime, ¿quieres que te ayude con la Culo? Va, porfi, porfi.

¿Ves lo que te digo? Hay cosas que nunca cambian.

40

NOLASCO

A veces uno se siente solo. Nunca me ha importado demasiado la soledad, estoy acostumbrado a ella. Desde niño, desde que comencé a esvilar. Es una buena compañía. No te abandona ni aunque estés con gente. Los demás hablan y se mueven. La soledad solo se posa. Siempre está a tu lado.

Además, si uno es un hijo de puta, mejor no tomar mucho cariño a la gente: acabarás jodiéndoles y desaparecerán de tu vida de una forma u otra.

Ahora, en este momento, me siento solo. Estoy en mi cuarto, esta especie de celda de la casa de reinserción, que no se diferencia demasiado de la del sanatorio cuando estaba ingresado. Solo que aquí, gracias a Dios, el suelo no es de baldosines pequeños. El terrazo es mucho más grande y apenas se notan las junturas.

Echo en falta a Ernesto y estoy cansado de teclear sus originales. El trabajo se hace eterno. Además, si ya hay alguien interesado en publicar el material, supongo que bastará con que les dé las hojas y se lo curren ellos. Yo ya estoy un poco hasta los huevos. Y eso que estoy prácticamente acabando.

Esta mañana cuando ha aparecido el cuidador que daba el relevo a Darío, nos ha reunido en el salón y nos ha avisado, muy estirado, de que el proyecto de la casa de acogida solo disponía de presupuesto para un mes más. Y lo dicen ahora. Parecía feliz, el mamón, como si no pudiera reprimir la sonrisita que se le escapaba en cuanto se despistaba. Que transcurrido ese plazo, si los políticos no lo remediaban, cerrarían las instalaciones, así que: «Espabilad y daos prisa en encontrar un curro y un lugar donde meter vuestros traseros».

Pasado ese tiempo el doctor Ramírez decidirá si nos deja sueltos o nos hace regresar al sanatorio.

Excelente noticia: o me busco la vida o vuelvo al manicomio con todos esos gritones y la enfermera jefa y sus modales tan antipáticos. Maravilloso panorama. La madre que los parió. La verdad es que no creo que, aunque publiquen las notas de Ernesto, logre suficiente pasta como para poder vivir medianamente más de una semana. Nadie puede vivir de la literatura de calidad.

Darío también estaba cuando el cuidador nos ha dado la noticia. Y creo que le ha jodido mucho el tema, pero más porque sus superiores no le hayan encomendado a él la misión de comunicárnosla que por el hecho de que cierren la casa. Luego me ha confesado que el cierre no le ha cogido por sorpresa en absoluto, que hacía ya mucho que se oían rumores al respecto. Y que todos sabían que solo era cuestión de tiempo que acabara finiquitando el proyecto. No hay pasta.

Pero me jode, la verdad. Aquí se está mucho mejor que en el puto manicomio.

Además, ahora que Darío se ha abierto a la verdad, vuelvo a tener algo parecido a un amigo. Está mucho más tratable.

Estoy más aburrido que el chichi de una monja. Ya me canso de hacer gruesas bolas de papel y arrojárselas con fuerza a Batracio. Al principio era divertido verle saltar de un lado para otro. Y resultaba entretenido oírle gritar como una vieja colegiala. Ese bicho es la leche, pega unos saltos que te partes el culo. Pero a las dos horas de lanzamientos, uno ya empieza a perder el interés por mucho que el loro siga aleteando. Además se me ha acabado el papel y tengo que levantarme de vez en cuando para recoger las bolas. He probado a lanzarle otros objetos más pesados, pero exceptuando una grapadora, un librito de Servicios de la Comunidad y un par de estuches de DVD, no hay mucho más a mano. Había que levantarse con demasiada frecuencia. El cojín quedó descartado al segundo lanzamiento porque la jaula se fue a tomar por culo con gran estrépito. Así que me apetece ir a joder a alguien. Oye, no me mires así, a otros les apetece tomar una cervecilla o meterse una raya, y nadie les dice nada. Cada uno con lo suyo. Pero también me da pereza. Soy un espíritu lleno de contradicciones. Cabrón, pero vago. Las cosas como son. Y a veces

puede más una cosa que otra.

No sé si ir a joder otra vez a la Culo. A algo tengo que dedicar el tiempo libre. La Culo es una excelente candidata. Me cautivó el otro día cuando estuvo en la casa. Nos lo pasamos bien, eh. De hecho lo primero que hice al día siguiente fue llevarle en persona las últimas hojas que había transcrito de Ernesto. Conseguí su dirección en el despacho de los cuidadores, el lelo de Darío la había dejado sobre la mesa; si es que el tipo este no se entera de ná. A ver si ahora, con su nueva personalidad, se centra un poquito, porque si no, no íbamos a ninguna parte. Yo tengo muchas esperanzas puestas en él. Ha entrado con buen pie. Y el hecho de que esté valorando cargarse a La Culo para ver si así supera sus complejos de mierda, es una buena idea. No sé, digo yo. Sí, sí, le hará mucho bien. Era un pazguato, a ver si así espabila, que falta le hace.

Chico, no sé qué hacer. Así que voy a joderme y voy a seguir aquí, tecleando las notas de Ernesto. En la soledad de esta casa atestada de locos. Reencontrarse con Ernesto siempre es agradable.

41

ERNESTO DEL RÍO

Cierra los ojos.

¿Qué ves cuando cierras los ojos?

Fondo negro. Oscuridad. Lo esperado. Pero hay algo má s, ¿verdad? Una especie de sombras luminosas flotando sobre la negrura. Puede que incluso hayas percibido una textura. Es difícil intentar enfocar, pero si pones atención verás entramados, rayas, colores diluidos. Trazados resplandecientes con leves movimientos, como si se desplazaran sobre nubes de sombras. Bien. Por si tienes curiosidad, su nombre es fosfenos.

Vamos un poco más allá. Ahora presiona sobre los párpados, masajéalos con fuerza, como si tuvieras sueño, como cuando eras pequeño y tu madre te decía que no te rascaras los ojos, que se te quedarían hundidos. De acuerdo, esto puede ser perjudicial para la córnea si se hace con frecuencia y con violencia, pero ¿ahora te vas a poner pejiguero? Si yo te digo «salta», tú tienes que decir «¿a qué altura?». ¿Está claro? Vas a frotarte los ojos con fuerza, te aseguro que no te morirás por ello. ¿Preparado? Adelante. Fondo negro. Oscuridad. Pero ahora las luces son mucho más intensas, se mueven acompañando la presión de tus dedos. Refulgen con más fuerza. Las texturas se dilatan y contraen. Es todo un espectáculo de color. Ramalazos de rojo intenso que se convierten en amarillo pálido. Fogonazos de verde amortiguado. Los trazados se perfilan con claridad. Hay embaldosados por los que podrías perderte camino del infinito. Amebas refulgentes. Entramados de venillas. Muestras en un microscopio. Grietas mal disimuladas. Algo parecido a la nieve de una tele sin sintonizar. Imprecisos zarcillos que se alejan asustados. Las luces oscilan despacio, bailan una danza lenta. Parecen querer escapar

de tu percepción, son evanescentes y huidizas. Pero cuando abres los ojos, tus párpados arrastran esas sombras durante unos instantes.

Bien. Así que ves luces con los ojos cerrados. Magia… Incluso hay chalados que creen interpretarlas y que defienden que estos estímulos luminosos potencian nuestras conexiones neuronales y amplifican la percepción.

Tonterías, por supuesto. La córnea ha convertido la presión mecánica de tus dedos en estímulos que tu cerebro interpreta como luz. Ah, vaya, pero, en cualquier caso, eso que tú ves no existe, ¿no te suena la cancioncilla de sentir algo que no está ocurriendo? No es la primera vez que hablamos de este tipo de cosas, ¿recuerdas?

Bueno, ahora ya sabemos qué es lo que ves con los ojos cerrados: luz inexistente. Fulgores que crea tu cerebro. Ni siquiera puedes fiarte de lo que no ves.

Supongo que esta lección sería aplicable a otros aspectos de la vida, que podríamos extraer conclusiones importantes; pero te dejo que lo hagas tú solito. Dale un par de vueltas. Ya eres mayor y deberías ser capaz de entender lo que te quiero decir. Si incluso los ojos cerrados te engañan, imagina lo que puede suceder con ellos abiertos.

Y a veces es peor. A veces al cerrar los ojos también se dibujan recuerdos, momentos del pasado de los que no podemos librarnos. Imágenes de las que no podemos desprendernos.

Cuando una pantalla de plasma emite una misma imagen durante un periodo de tiempo prolongado, esta llega a quedarse impresa en el monitor, se trata de un efecto de persistencia magnética: se convierte en una imagen residual que permanece de forma imborrable, una especie de ma rca de agua. Los viejos monitores de fósforo verde de los ordenadores mostraban imágenes incluso apagados. Por eso los salvapantallas suelen tener elementos en movimiento, para evitar este efecto indeseado.

Pues hay imágenes que se aferran al interior de tus párpados, que se enquistan y no desaparecen. Tu monitor mental muestra siempre las mismas formas una y otra vez. En un bucle cerrado del que no puedes escapar.

Ahora cierra los ojos una vez má s y busca esa persistencia. Los recuerdos vendrán a ti. Reconoce entre los fosfenos los rostros, vuelve a las noches. Localiza esos momentos que te ma rcaron. Vuelve a ver de nuevo aquello que ha quedado impreso de forma indeleble.

Cierra los ojos y ve.

Fondo negro. Oscuridad. Ma

42

ERNESTO DEL RÍO

Fondo negro. Oscuridad.

La puerta se abre despacio. Es una grieta de luz que queda interrumpida cuando la silueta entra de forma sigilosa en la habitación. Sin ruido, pasos leves, casi etéreos para no despertarle. Pero el niño está despierto. Sabía que esa noche pasaría. Ya era capaz de detectar los patrones. Durante la cena, sus padres habían discutido un poco. Nada importante: un pequeño problema con la tortilla de patata, que no estaba al gusto de papá. Ya sabía lo que eso supondría. Siempre era igual, bastaba algún pequeño inconveniente, unas palabras un poco más fuertes de lo normal, el más mínimo problema...

Cierra los ojos, sigue viendo la grieta de luz. Permanece inmóvil en la cama.

El niño no sabe qué sentir, eso es lo que más le preocupa. Por un lado experimenta un calor reconfortante: viene a verle, a darle cariño. Por otro lado, siente que eso no está del todo bien; todavía no está al corriente de los convencionalismos sociales y no sabe a ciencia cierta qué es normal y qué no, pero algo en el fondo de su alma se lo indica.

—Hola, ¿estás dormido? —dice la voz en un susurro.

El chico sigue con los ojos cerrados. La trama del interior de sus párpados oscila cuando el colchón se hunde al recibir el cuerpo que se sienta. El somier se queja bajito.

Una mano acaricia con dulzura los cabellos del niño. De nuevo el calorcillo reconfortante, le gusta ser abrazado, ser tenido en cuenta.

—Chicarrón, ya sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

El niño mueve la cabeza despacio, sin ganas; en realidad tiene bastante sueño, preferiría dormir. La caricia se prolonga un poco más, los dedos se ensortijan de cabellos.

—Te quiero.

Un balanceo lento, más movimientos sobre la cama. El niño siente que el cuerpo se inclina hacia él. Instantes después, unos labios en su frente. El contacto, a pesar de ser esperado, no deja de sorprenderle. Se encoje un poco, enseguida se relaja. Más caricias en el pelo.

—Oh, te necesito, te necesito tanto.

El sonido de los susurros va acompañado del calor del aliento. Es agradable. Los labios están fríos y secos. Solo un poco pegajosos.

Más besos en la frente. Son breves y tiernos. Suenan a pompas de jabón explotando. La mano sujeta la nuca del niño y orienta su cabeza para facilitar el contacto.

Los labios se mueven un poco, se arrastran sobre la piel como una pelota que deja de botar. Besan su entrecejo y se desplazan por su camino de roces hasta la punta de la nariz. Allí juguetean un poco. La lengua humedece el extremo. El niño se estremece, no puede evitar las cosquillas. Es un pequeño escalofrío de placer culpable.

—Siempre me besarás, ¿verdad?

El niño percibe el olor del aliento, es seco, todavía puede adivinar en él el rastro de la tortilla de patata enmascarado por el del café con leche. La lengua se desplaza despacio por la carne que separa los agujeros de la nariz del chico. Va arriba y abajo, como cuando papá pintó con el rodillo la pared de su cuarto y le dejó dar algunos brochazos. La lengua se desplaza ligeramente y comienza a lamer uno de sus orificios nasales; tantea el terreno y se introduce un poco, como el muchacho que teme adentrarse en una habitación a oscuras. Son solo roces traviesos, apuntes de una caricia más profunda.

El niño protesta un poco: es solo un gemidito apagado; sabe que no sirve de nada protestar. No le resulta agradable que ese gusano húmedo hurgue en su nariz. Le da un poco de repelús y le produce ganas de estornudar. Le gustaría agitarse como un perro después de

salir del agua.

Los labios se separan del niño. La sombra se aleja solo unos centímetros. La mano sigue sujetando su nuca.

—Tus besos no tienen precio. ¿Cuánto valen tus besos?

El niño no contesta, no sabe qué decir. De todas maneras no hace falta que responda.

Ahora los labios se lanzan directos contra los del niño. En las sombras choquetean con la nariz y hay unos segundos de desorientación, pero enseguida encuentran su destino. Labio contra labio. Más soplos calientes. Siente la respiración acelerada, más roces. La lengua aparece y acaricia los labios entreabiertos del chico. Más estremecimientos.

—¿Cuánto valen tus besos? —Apenas se entiende lo que dice, las bocas están demasiado cerca—. Di.

El niño sigue sin saber qué decir, pero finalmente responde lo que cree más adecuado, procura que sus labios apenas se muevan; se deja hacer:

—Mucho, ma... —la palabra se entrecorta porque la lengua ajena le ha dificultado vocalizar—… má. Ma.

La madre emite un suspiro de placer, es casi una sonrisa sonora, y continúa besando a su hijo con pasión. Mueve la cabeza del niño animándole a colaborar. La lengua de la madre es como un dedo húmedo adentrándose en la boca, es como sellar un pacto inadecuado, como aceptar compromisos sin concretar.

El chico siente saliva y calor. Sabe que su mamá quiere que agite la lengua. Lo hace. Tienen un acuerdo.

Los acuerdos hay que cumplirlos. Ya sabes lo que quiero decir.

Hay besos que marcan para siempre.

43

ELY

Siempre. Ya es un acto inconsciente. Lo primero que hago cuando me despierto es llevar la mano a mi entrepierna y valorar cómo ha ido la noche y si el pañal se ha portado adecuadamente. Así que, mientras intento averiguar qué es lo que me ha despertado, estiro mi mano hacia la ingle. Palpo.

Mojado. Claro. Mierda. Prueba no superada. Pero todo esto lo hago en segundo plano, mientras abro los ojos e intento descubrir qué está pasando.

Los gritos. Entonces me incorporo de repente en la cama con la mano todavía rozando mi piel húmeda. La sensación de fracaso queda enterrada bajo el temor. Nolasco está aquí, está matando a mi madre. Sin duda eran gritos de mujer, ¿verdad? Salto de la cama. Miro el despertador. Todavía es muy temprano. Falta poco para las cuatro. No sé qué hacer. Un nuevo grito. Es desesperado, apremiante. Pero suena lejos.

Asomo la cabeza por la puerta de mi cuarto y miro a ambos lados. No sé qué temo encontrar. Quizá a Nolasco con un cuchillo. Salgo al pasillo en el momento en que mis padres encienden la luz de su mesilla. Mi madre me llama con voz somnolienta:

—¿Ely?

Parece estar bien, no es el tono de alguien a quien están degollando.

—¿Mamá? —digo hacia su cuarto.

—¿Estás bien? —Hay genuina preocupación en su voz. Durante una milésima de segundo me la imagino descubriendo mi cadáver después

de mi suicidio en un futuro alternativo. No puedo hacerle eso.

—Sí. ¿Y tú?

—¿Qué son esos gritos? —pregunta mi madre. Llego a su puerta y me asomo con reticencia, sé que no están haciendo nada, pero no puedo evitar sentir cierta incomodidad al adentrarme en la habitación de mis padres.

Mi madre está sentada en la cama, mi padre sigue dormido como un ceporro, ajeno a todo, incluso a la luz y a la conversación de mi madre. Su sueño es profundo, toda una bendición para él. Yo duermo fatal. Cómo me hubiera gustado heredar la facilidad para dormir de papá en lugar de su mala leche. Mamá mueve la cabeza de forma ortopédica esperando que los gritos se repitan, se me antoja una especie de búho con tortícolis. Veo en su rostro la vieja en que se convertirá. Ya no le falta tanto.

—¿De dónde vienen los gritos?

—No sé. ¿De fuera?

Y vuelven a sonar. Es una mujer.

—Joder —exclamo—. Vienen del patio de luces. ¿No?

Corro por el pasillo y vuelvo a entrar en mi habitación. Abro la ventana. La cortina se engancha con la esquina superior de la hoja, no sé si llega a rasgarse; espero que no.

No cabe duda. Los gritos proceden de una casa vecina. Hay luz en el segundo piso. Creo que esa ventana corresponde a la de la pareja madura que tiene un bar o algo así.

La urgencia de la mujer es evidente. Pasa algo grave. Quizá al hombre le ha dado un infarto y está muerto junto a ella en la cama. O ha entrado algún agresor en su piso. De nuevo veo la sonrisa de suficiencia de Nolasco flotando ante mí, intento apartarla con un movimiento de cabeza.

Puede que necesiten ayuda.

Me quedo pensativa unos instantes. Un tanto desconcertada, ¿qué hacer? ¿Qué puede estar pasando?

Decido ir para ver si puedo echar una mano. Es lo que procede, ¿no?

—¿Qué pasa? —mi madre se asoma sobre mi hombro. Anuda su vieja bata de guata, los bolsillos están desgastados y cuelgan hilos sueltos en la barriga, justo donde se seca las manos en ocasiones.

—Creo que es en el segundo. No se ve nada, pero hay luz. Voy a ir a ver.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues eso. Ir a ver qué pasa.

Miro a mi alrededor. Ahora tengo un problema: si quiero ir tendré que vestirme, no puedo salir a las escaleras con este pijama raído y con cercos de lejía en la entrepierna para eliminar las fugas. Y antes tendría que cambiarme el pañal. Mierda.

Los gritos de la mujer suben y bajan de volumen. Ahora pide socorro con voz entrecortada e histérica. Sí, es la del segundo. Y por lo visto se trata de una verdadera urgencia.

No me gusta que esté mi madre presente cuando me pongo los pañales. Sé que no tiene sentido, que es mi madre y que me quiere incondicionalmente, sí; pero sigo considerando vergonzoso tener que utilizar este tipo de mierdas. Me siento un bebé inválido. Es tan triste... Pero debo darme prisa. Me bajo el pantalón del pijama y despego los adhesivos del pañal que llevo puesto. Mientras me lo quito sube hasta mí el conocido olor de la celulosa húmeda; es dulzón y agrio al mismo tiempo. Cerda agridulce, me digo sin venir a cuento, parafraseando el menú de un restaurante chino al que nunca acudo. El pañal pesa bastante. Puta enfermedad. Hago una bola con él, lo precinto con las tirillas adhesivas, que ya casi no pegan, y lo arrojo a una esquina. Se me da muy bien hacer pañabolas.

—Y ¿qué vas a hacer allí? —pregunta mi madre mientras sigue mirando por la ventana al patio de luces.

Debería ducharme, o lavarme al menos. Pero no tengo tiempo.

Afortunadamente esta noche no ha sido de las más copiosas. El truco es no beber nada después de las seis de la tarde. Abro el comodín y cojo otro pañal. No quedan muchos. Tendré que pedirle a mi madre que vaya a comprar más, a mí me da vergüenza hacerlo. De hecho, creo que me da vergüenza hasta vivir.

—Pues no sé. Depende de lo que esté pasando. Llamar a urgencias o lo que sea, supongo. A lo mejor no es nada importante y se trata solo de una discusión.

Lo sitúo lo mejor que puedo y aplico los cierres adhesivos con tanta experiencia que casi resulta doloroso. Mamá se ha vuelto hacia mí y ya me está tendiendo una falda amplia. Es la que yo hubiera elegido. Me conoce bien. Y no puedo evitar que eso me joda, no le sonrío cuando la cojo con un movimiento un pelín demasiado brusco. Las prisas, me justifico a mí misma.

Con cuatro rápidos movimientos me pongo la falda y me paso una sudadera por la cabeza. Las zapatillas de casa pueden valer. No hay tiempo que perder.

Los gritos han cesado. Ahora solo se oyen quejidos apagados. Gañidos de gatas en celo.

Se han encendido más luces en el patio interior. El nuestro es un submundo pequeño.

Salgo de mi cuarto a toda prisa; mi madre me sigue como si fuera un camioncito de juguete sujeto con un cordel. Veo por el rabillo del ojo que se para y recoge mi pañabola; muy suyo. Tiraría del cordel con mala leche, la haría volar a un palmo del suelo hasta que chocara contra el marco de la puerta y las ruedas salieran despedidas. Déjalo, joder, no es tuyo, no te he pedido que lo recojas. No lo toques. Deja mi mierda donde está…

Salgo a la escalera. El rellano está a oscuras, de un manotazo enciendo la luz.

—Ahora subo —digo para que no me siga con el pañal en la mano; es muy capaz. Y se me ocurre una buena excusa—: No llevo llaves, no te muevas del piso.

Comienzo a bajar a trote. Solo un par de pisos. Es más rápido que el ascensor.

La soledad de la escalera me impresiona. La noche parece haberse adentrado en ella. Todo es sutilmente diferente: no entra luz por los estrechos ventanales de cristal esmerilado, no existen los habituales ruiditos que escapan de los pisos durante el día y las sombras, inexplicablemente, parecen algo más densas. El chancleteo de mis zapatillas suena discordante e inadecuado.

Llego ante la puerta de la pareja. Me extraña que no haya ningún otro vecino. Claro, solo a mí se me ocurre levantarme a estas horas para averiguar el motivo de los gritos. Ahora el silencio es total. La gata en celo se ha esfumado después de que yo saliera de mi cuarto. Y la duda me asalta. No sé qué hacer, ¿debería llamar al timbre o sería inmiscuirme en su privacidad? Vuelvo a pensar en llamar a la policía, pero lo descarto. Total, no he cogido el móvil. ¿Y si no pasa nada?

Me quedo allí plantada, frente a la puerta. Con mi brazo medio extendido hacia el timbre.

Se escucha el lejano metrónomo del temporizador de la luz. Proviene del cuarto de contadores, un par de plantas más abajo. Aun así, es perfectamente audible. Y nada más.

¿Qué hago? ¿Llamo o me piro? Me acerco a la puerta intentando escuchar. Solo silencio.

En ese momento se apaga la luz de la escalera. Oscuridad total, silencio total. Me estremezco, no lo he podido evitar. Busco el interruptor entre las sombras. Palpo la pared. Un roce amortiguado.

Y la puerta del piso se abre de repente con un crujido de madera hinchada.

Me giro sobresaltada mientras pulso el botoncito. Luz, necesito luz. Clac, suena el temporizador abajo, tic tac tic tac. El resplandor casi me ciega. Oigo la respiración entrecortada. Un goteo inexplicable. (¿Ya me he orinado otra vez?, mierda). Veo al tipo con el cuchillo.

Su fiera expresión en el rostro.

Las gotas de sangre que resbalan por el filo.

No sé si grito, creo que no. Trastabillo hasta chocar contra la puerta del ascensor. Cloff, suena mi trasero: un cruce entre Clonc y Choff.

El hombre me sonríe, sus labios son las marcas de un frenazo saliéndose de la carretera.

—Ven —dice el hombre con tono mohoso—. Por favor. Te necesito.

Intento alejarme un poco más, su imagen es sumamente perturbadora, pero ya no hay más espacio en el pequeño rellano. Es mi vecino, creo, pero ese no parece su rostro. Sus palabras todavía no han tomado sentido en mi mente, estoy demasiado asustada.

Con un inesperado movimiento de serpiente alarga su mano libre y sujeta mi muñeca. Veo volar a cámara lenta una gota de sangre que se ha liberado. Llama mi atención, como el reloj de un hipnotizador. Mientras cae se convierte en lo único enfocado de un mundo borroso. Emito un grito ahogado al sentir la mano del hombre. La gota traza una parábola pausada hacia el suelo de baldosas desgastadas.

—Por favor. Por favor —gime con su tono fungoso. Y tira de mí con fuerza. Me arrastra al interior del piso.

No puedo resistirme, no esperaba un empujón tan violento. Medio tropiezo con mis propios pies e intento mantener el equilibrio. Mi cabeza rebota contra su pecho y me asqueo al percibir una humedad inadecuada. Logro no caer. Cuando quiero darme cuenta, la puerta se cierra con firmeza tras de mí, casi me pilla la mano. Algunos pelos de mi melena quedan pellizcados entre el marco y la puerta, pero escapan sin problema entre la madera mal ajustada.

Oigo una respiración entrecortada. No sé si la suya o la mía. La casa está en penumbra, solo hay un débil resplandor que atraviesa en pasillo procedente de una de las habitaciones, precisamente la que da al patio de luces. El hombre sigue sujetando mi muñeca, casi duele. Retrocede un paso y vuelve a tirar de mí. Miro hacia atrás, hacia la cercana puerta que se ha convertido en mi única esperanza. Mi madre me espera arriba, seguro que está preocupada y no tarda en bajar. Avisará a mi padre y ambos vendrán a buscarme. Seguro. O llamarán a la policía. Ha tenido que oír mi forcejeo, me digo.

—Me alegro mucho de que hayas venido. Te necesito. — Cada palabra es un rastro de humedad reseca en una pared de cemento.

Me arrastra por el pasillo, yo casi no opongo resistencia, sigo anonadada. Desbordada por estos sucesos inesperados e incomprensibles.

No puedo olvidar la imagen del cuchillo que porta en la otra mano. Intento echar un vistazo, comprender qué está sucediendo, seguro que todo tiene una explicación racional, pero el miedo comienza a poseerme. Solo atisbo su cabeza medio calva perlada por gotitas de sudor, como si alguien hubiera usado un pulverizador sobre él. Con el hombro golpeo un cuadro del pasillo y el ciervo herido por los cazadores se balancea sobre la alcayata.

—Ven, ven —prosigue mientras sigue tirando de mí—. Cuida…

El aviso llega demasiado tarde. Mis pies tropiezan con algo y de nuevo estoy a punto de caer. Mi vecino, no recuerdo su nombre, ¿Jacinto?, ha esquivado el cuerpo del suelo, pero yo no he podido hacerlo; ni lo había visto. Me sobrecojo cuando me doy cuenta de que se trata de un anciano. O su sombra es muy densa o yace en un charco de sangre. Retiro la vista, asustada. Jacinto me abraza y me ayuda a pasar sobre ese bulto. Yo creo que estoy llorando, pero me ocurre como con la orina: el líquido sale sin que me entere. Manoteo sin fuerzas intentando liberarme. No me sirve de nada. No me atrevo a mirar al anciano. Ni al hombre que jala de mí.

Llegamos a un dormitorio. El olor a metal me asalta en cuanto entramos, por debajo hay otro olor más intenso, como el de mis pañales.

Ahogo un grito cuando intuyo un segundo cuerpo sobre la cama. Las sábanas están revueltas y una pierna cuelga desmadejada por el lateral, no quiero ver más.

El hombre afloja la presión y me suelta muy despacio, esperando a ver cómo reacciono. Yo aprovecho para darle un empujón e intentar alejarme. No sirve de mucho. Se apresura a volver a atraparme y con un nuevo tirón me acerca de nuevo a él.

—Quieta. Y no grites, deja de gritar —dice.

No sabía que estuviera gritando. Veo cómo el cuchillo se acerca a mi rostro. Temo que me lo clave, pero se limita a cubrirme la boca para intentar acallar mis gritos.

—Por favor, por favor —implora con languidez—, no grites.

Mis ojos desorbitados se encuentran con los suyos. Entonces lo recuerdo, no se llama Jacinto, su nombre es Hilario. Siempre me saludaba con cordialidad cuando coincidíamos en la escalera. Unos meses atrás incluso me invitó a acudir a un bar que acababa de abrir, nunca me pasé por allí. Para bares estoy yo.

Me pregunto por qué tardan tanto en bajar mis padres y si alguien habrá llamado por fin a la policía. ¿Por qué no me sacan ya de esta pesadilla inesperada?

El terror crece en mi interior. Me esfuerzo por controlarme, intento comprender qué es lo que pasa. El hombre del cuchillo no me lo pone fácil, lo que hace a continuación me descoloca por completo.

—No pasa nada. Solo necesito tu ayuda —dice con voz descarnada mientras me tiende el cuchillo con el que pocos segundos antes me amenazaba.

Yo no entiendo el gesto, no tiene sentido. Miro su rostro, es un campo labrado tras la lluvia, arrugas, sudor, sombras y quizá bichos horadando bajo su superficie.

—Toma, toma. Coge el cuchillo. Tienes que ayudarme.

Ahogo un sollozo y tiendo despacio mi mano libre. Sigue sujetándome la otra muñeca. No entiendo nada.

—No he podido hacerlo, no he podido. De verdad que lo he intentado. Mira.

Y en un gesto absurdo saca pecho como un marine orgulloso de la medalla recién impuesta. Solo alcanzo a ver la camisa desgarrada y lo que parece una fea herida sobre su tetilla izquierda. El tío está cubierto de sangre, no sé si suya o de quién. No puedo verlo, dirijo la vista al cuchillo y su mano temblorosa.

—¿Ves? Lo he intentado, pero no puedo clavármelo con fuerza. Yo… yo… creo que es el maldito instinto de supervivencia. —En su voz hay auténtica vergüenza cristalizada—. Tampoco me he atrevido a cortarme el cuello, mi mano no me obedece. Tiene vida propia, ¿sabes?

Y vuelve a ofrecerme el cuchillo con gesto de gato arisco. Me lo tiende. Mis dedos tiemblan. Rozan la palma de su mano antes de ceñirse al mango. Me estremezco una vez más. Pero empiezo a pensar que puedo salir con vida de esta. Despacio, tomo el cuchillo. Él se deja hacer.

Está pringoso. Su tacto resulta caliente y asqueroso. Una parte lejana de mi mente me dice que no me preocupe, que tendría que estar acostumbrada a cosas como pañales repletos de orina. Mi intención es retirar el arma de su mano y arrojarla al suelo bien lejos. Sujeto el cuchillo sin garbo. El hombre mira mi mano. Yo miro el cuchillo. Y a continuación, al hombre.

—Muy bien —dice como un padre orgulloso, aunque excesivamente zalamero.

Antes de tirarlo me centro en sus ojos, me atraen como un agujero negro. Están vacíos. Apenas un ascua agotada vive en ellos. Quizá restos apagados de constelaciones consumidas.

—Y ahora… —concluye con el mismo nivel de delirio—: por favor, mátame.

Sigo desorientada. Nada de lo que dice tiene sentido, no alcanzo a entender qué ocurre ni qué pretende.

En ese momento un atronador sonido rompe la noche. Es el timbre. Oigo la voz de mi madre mientras aporrea la puerta, no llego a pillar sus palabras, pero su voz histérica es inconfundible, como cuando insiste en que tengo que salir de casa y que tengo que salir de casa y que tengo que salir de casa. Pero ahora escucharla es todo un alivio. Estoy salvada, me digo.

El hombre se mueve a toda velocidad. El cuchillo casi se me cae. Me empuja el pecho con fuerza, pero no, no es un empujón. De repente mi cabeza sufre una sacudida. Veo el campo labrado de su rostro frente a

mí. Pero ahora es un campo yermo, resquebrajado y reseco. Está demasiado cerca. Me cuesta tragar. Comprendo que sus manos ciñen mi cuello. El cabrón comienza a apretar. Me está estrangulando el hijo de puta.

—Vamos, vamos. No hay demasiado tiempo.

Sus manos queman. Aprieta sin piedad. Mi nuez se hunde un poco.

—Mátame. Utiliza el cuchillo. Vamos. Mátame o te mato yo a ti. —Apenas me percato de que hay más suplica que amenaza.

El timbre y los golpes en la puerta. Estoy segura de que mi madre ya no está sola. «Elyyyy», oigo a lo lejos. La presión en mi garganta se torna inaguantable. Ya no puedo tragar ni respirar.

—Vamos hazlo. Hazlo. Como yo he hecho con ellos.

Su voz suena lejana. Y el dolor comienza a convertirse en fogonazos de color. Como las lucecitas que ves cuando cierras los ojos, pero mucho más intensas.

—Hazlo —apremia—. Mátame —suplica.

Entonces me digo que quizá sea esto lo que estoy buscando.

La oportunidad de morir. Cuántas noches he deseado acostarme y no despertar. Cuánto he fantaseado con saltar desde la terraza. Cuántas veces he valorado comenzar a acumular pastillas para tomármelas todas de golpe. Y ahora puedo morir en tan solo unos segundos. Basta con dejarse hacer. Y todo acabará: los pañales, el agobio de mi madre, los silencios de mi padre, el miedo a orinarme encima en el peor momento, la vergüenza de hablar con los demás, siempre temerosa de oler…

Por lo aparatoso de los golpes juraría que están intentando derribar la puerta.

El tipo aprieta todavía más. Ahora sus ojos son solo grietas, devorados por ellos mismos.

Y yo quiero morir. Pero duele. Duele mucho.

Llevo mi brazo con el cuchillo hacia atrás.

—Por favor, mátame ya. No quiero matarte.

Y me doy cuenta de que esas palabras las he pronunciado yo. Pero resultan ininteligibles. Apenas gorjeos.

Las luces estallan en mi cabeza y la presión se torna irresistible. No soy yo quien lanza el cuchillo hacia delante. De verdad, no soy yo, lo juro. Es mi brazo. Él solo.

El hombre se encoge. La presión cesa durante unos instantes, pero enseguida se reanuda. Veo lo que tanto podría ser una sonrisa como una mueca de dolor.

Y otra vez. Ahora soy completamente consciente de la sangre que me salpica. Y otra vez. Estoy acuchillando su abdomen. Con todas mis fuerzas. Sin querer hacerlo. Maldito instinto de supervivencia.

Al final ya le cojo el tranquillo. Oigo sirenas en mi cabeza, o en la calle.

«Elyyyy», brama mi madre desde fuera.

44

HILARIO

Estaba convencido de que Mari aparecería. Siempre he tenido dudas de si era la muerte o no. No me sonaba descabellada la teoría. Pero, vaya, por lo visto no es el caso. Ahora, cuando agonizo, la echo un poco en falta. Bueno, supongo que ya da igual. Voy a reunirme con Magda. Y con su padre, imagino que él también estará, quizá con más vida que cuando vivía.

A veces he pensado que la muerte solo es el cese del tiempo. Y que sin el tiempo la nada es el todo. Bueno, ahora no es momento de ponerse filosófico, ya nada importa. Me estoy muriendo. Bien. Por fin. Me ha costado, pero lo he conseguido. Y lamento mucho lo que he tenido que hacerle a esta pobre chica.

Ha caído sobre mí. Está temblando. Admito que me gusta sentirla encima, así uno no se muere tan solo. Te hace sentir humano. Tiene que ver con los roces y el calor.

No siento dolor. Y eso que la chica al final se ha esmerado. Ni sé cuántas veces me ha apuñalado. Bien por ella.

Lo que sí sé es que la vida se me escapa rápidamente, no duraré mucho más. El cuerpo humano fallece después de perder un par de litros de sangre. Y la vecinita y yo estamos sumergidos en una auténtica piscina.

Ah, ya me parecía a mí... Aquí está. No puedo evitar alegrarme.

«Hola, Mari».

Ella ha doblado el pasillo como si siempre hubiera estado en la casa. Quizá la esté imaginando. No puedo ver nada más. Se lleva el índice a

los labios mientras se acerca.

«Ssshhh. Calla, Hily. No he venido por ti».

Cierta decepción.

«He hecho lo que me dijiste. He liberado a Magda y a su padre. Y me ha costado mucho: incluso me desmayé durante unos segundos. Pero finalmente lo he logrado».

Cuando llega se sienta en el suelo a nuestro lado. Por supuesto no le importa mancharse de sangre. Queda fuera de mi vista, yo solo puedo ver el techo y un trocito de pared, bueno, en realidad ni eso, ya solo veo sombras y luces inexistentes.

«He venido por ella».

«¿Por ella?».

«Claro. Contigo ya acabé». Imagino un cariñoso gesto no exento de desdén.

Me pregunto si ya estaré muerto. Si esto es la muerte, me digo, vaya mierda.

«Ely, Ely», oigo que dice Mari. No puedo verlo, pero creo que la está acariciando.

«He venido a ayudarte. ¿Sabes? Yo puedo sacarte de este mundo oscuro». En mi mente veo su sonrisa clara y sus dientecillos de conejito travieso.

«Ssshh. No hables, no te esfuerces, tienes la garganta bastante mal. Aquí el colega se ha pasado un poco. Bueno, no es para reprochárselo, ¿verdad? Joeer, vaya la que habéis organizado».

No puedo mantener los ojos abiertos. O si los tengo, ya no veo nada. Oigo amagos de palabras apenas esbozadas. Es la vecinita. Ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta que Mari ha dicho su nombre.

«Y dale», replica Mari fingiendo más enfado del que siente, «que no, joder, todos igual; que no soy la muerte. De hecho conozco a tu hermano».

Las palabras se diluyen.

«Mira, ahora me voy». Una pausa. «Joder, qué jaleo hay fuera…».

El tiempo se ralentiza hasta pararse. Supongo que esto sí es la muerte. Sí.

«Pero me pasaré a verte otro día y… ¡haremos locuras!».

Y su risa de ángel inunda la sala. Es tan fresca y espontánea como siempre. De adolescente divertida y feliz.

En el momento en que muero siento tres últimas cosas: oigo cómo echan la puerta abajo. Noto cómo mi vecinita deja de temblar, quizá reconfortada por las palabras de Mari. Y siento cómo esta última se aleja de nosotros, es solo el viento que agita una cortina de seda.

Muero. No hay una luz blanca. No me aguarda Magda. No cesa el tiempo. Pero sonrío sorprendido cuando lo entiendo por fin. Todo encaja.

«Ah, vaya, así que esto es morirse».

45

NOLASCO

Darío es gilipollas. Siempre lo ha sido, siempre lo he sabido. No importa que ahora haya visto la luz. Sigue siendo un pavo estirado. Bueno, vale, ha mejorado un poco; pero poco. Que quiere cargarse a la Culo, dice. Pues, vaya por Dios. Si cobrara un sueldo me jugaría las pelotas a que no lo hace.

Ahora ha descubierto la locura, estoy seguro de que mis trascripciones han tenido mucho que ver. Pero sigue siendo un paleto blandengue.

Y aquí estamos. En la calle frente al portal de la Culo. Un poco alucinados: no esperábamos esto, la verdad. Vaya movidón. Policía. Atestados. Ambulancias. La calle cortada. E incluso unos cuantos curiosos, a pesar de lo tarde que es; de hecho creo que amanecerá pronto. Esto parece una película americana.

Hemos visto el trasiego de algunas ambulancias, hemos llegado a ver en una a una mujer histérica gritando «Mi hijaaaa» y en otra a la propia Culo con bastante mal aspecto. Incluso han sacado un par de cadáveres. Bonito espectáculo gratuito. Yo me lo he pasado bien, a mí estas cosas me gustan.

Pero ahora el chou ya está decayendo. Quedan algunos polis locales, y dentro de la casa todavía se aprecia movimiento, pero ná. Lo mejor ya ha pasado. Esto tiene menos interés que una libreta de ahorro.

—¿Qué quieres hacer, tío? —le digo al pardillo—. Al final hemos perdido casi toda la noche. Yo tengo sueño.

El pánfilo de Darío no sabe qué contestarme. Deberíamos estar en el piso con los otros pirados.

Pero hemos salido a inspeccionar a ver si teníamos algo que hacer con la Culo. Y nos hemos encontrado con semejante percal. Así que esta noche, nada de nada. Darío tiene mala suerte, si se monta un circo le crece el gigante y se hace una falda con la carpa. Este no se va a cargar una puta mierda, fijo. He visto muertos con más determinación que él.

Entonces aparece trotando un tipo gordo, tiene la gracia de un hipopótamo con tutú, se dirige sofocado al policía de la puerta y cruzan unas rápidas palabras. El poli le indica con un gesto descuidado el final de la calle. Vamos, que se las han llevado ya, que están en el hospital, seguro que le dice. El gordo hace amago de entrar en el portal, pero el policía le retiene con firmeza. Cruzan unas cuantas palabras más y el gordo se retira resignado. Mira a todos los lados como si no supiera dónde está y finalmente sale trotando hacia la avenida, a punto de echar el bofe. Sí, claro, que va a encontrar un taxi a estas horas.

—¿Vamos a dormir o qué? —insisto.

Darío asiente subiendo los hombros. Qué ojos de besugo al horno, por Dios.

—Venga, va. Y le damos otra vez polculo a Batracio… —remato. He hecho planes peores.

Darío parece un poco decepcionado, como el niño al que le regalan el juego equivocado de la Play. Finalmente me mira y me sonríe.

—No, no. No me apetece volver a casa. ¿Y si le vamos a dar de hostias a alguien?

Le miro un tanto alucinorgulloso, no esperaba esto de él.

—No sé —prosigue—. A algún tipo triste y gris. De esos que madrugan y hacen siempre las mismas cosas. De los que viajan en autobús, apretados entre la gente. De los que no tienen vida. De los que no cumplen los compromisos adquiridos. Ya sabes lo que quiero decir…

Y se mete un poco el dedo en la boca, como si lo besara. Claro que sí. Ernesto solo pide respeto. Nosotros podemos proporcionárselo.

—¿A dar hostias? —animo más que pregunto.

—A dar hostias —responde con naturalidad.

No, si al final será un tío majo.

Venga. Va.

Por cierto, espero que tú no seas uno de esos pringaos que no ha cumplido con sus compromisos y le ha faltado al respeto a Ernesto. Nos acabaríamos encontrando.

46

ELY

—¿Estás mejor?

No sé quién me habla. Me cuesta verla en la penumbra de la habitación, enfoco los ojos. Supongo que es una enfermera, pero enseguida vislumbro que está vestida de calle. Es muy tarde, a estas horas ya no permiten visitas.

Mejor, porque ya estoy harta de la continua procesión de visitantes que he sufrido durante estos dos días, me he tenido que poner fuerte para que Nachete no se quedara a dormir como anoche. Le he convencido diciéndole que es mamá la que necesita más apoyo, que el ataque de nervios que le dio el otro día la ha dejado hecha polvo y que era mejor que se fuera a casa con ella, por si acaso.

Yo estoy

—Bien.

un poco triste, quizá, pero bueno, eso en mí ya se sabe, es la norma. La reina del pañal y la alegría. Ele, la grasia. Estas últimas cuarenta y ocho horas han sido demenciales.

—Me alegro, Ely.

La chica pone una mano sobre una de mis rodillas, solo la sábana separa su piel de la mía, es una muestra de afecto.

La miro con más atención. No tengo ni idea de quién es. Me pregunto qué hora será, echo en falta el reloj de mi mesilla; aquí en el hospital las horas se dilatan.

—¿Estabas dormida?

—Uhnn, no —niego—. Creo.

Sigo con un buen cóctel de tranquilizantes en el gotero, y me han puesto un par de inyecciones cada día: es lo que tiene no poder tragar pastillas. Hoy mi garganta ha mejorado mucho, ya puedo hablar sin parecer un espía acechando. Si la Policía no tiene inconveniente mañana me mandarán a casa, aunque el amigo de Nachete dice que es mejor esperar a la resolución previa del juez, no sea que presenten cargos y soliciten prisión provisional. Sí, como me he ventilado a un tipo, aunque haya sido en defensa propia, puede que me acusen de homicidio hasta que todo se aclare.

Pero todavía no nos lo ha confirmado nadie. Lo más probable, dice el abogado amigo de Nachete, es que pueda irme a casa sin cargos, pero nunca se sabe por dónde van a salir. Genial, una temporadita a la sombra, lo que faltaba. El abogado ya ha empezado a mover las cosas, dice que no tengo que preocuparme y que de momento la fiscalía no ha dicho nada. Aunque luego cuando creían que estaba dormida, le he oído hablar con Nacho de falta de proporcionalidad o no sé qué mandangas, y que si hace falta acudirá a los medios de comunicación, pero que prefiere evitarlo porque puede ser peor el remedio que la enfermedad.

Bueno, al menos no comparto la habitación con nadie, ventajas de cargarse a asesinos.

De todas formas, ahora todo eso me parece extrañamente distante. Ni siquiera me planteo que he matado a un hombre. Debería sentirme fatal, pero no es así. Puede que sea algún mecanismo de defensa. Aunque supongo que el gotero tiene mucho que ver.

—Sé por lo que estás pasando —dice la chica con tono cariñoso—. Que alguien quiera estrangularte es un… —hace una pausa y remata como quien acaba un chiste—: mal trago. —Y se ríe de forma natural —. Ji, ji. Un mal trago…, ¿lo pillas?

Sorprendentemente su estúpido comentario me anima un poco y acabo de despejarme casi por completo. Aunque no estoy para risas. ¿De dónde ha salido esta loca?

—¿Quién eres?

—Ay, ¿no te acuerdas?

Niego con la cabeza. Me fijo en sus ojos límpidos y en su bonito cabello. Qué buen pelo tiene la jodía, cómo me gustaría tener esa melena.

—La otra noche. En casa de Hily… —dice sin acabar de aclarar la adivinanza.

Es difícil encontrar sentido a sus palabras. Demasiados calmantes. Vuelvo a negar con la cabeza.

—Soy… la Mari —concluye con naturalidad.

Ah, vale. Y eso lo explica todo. Jooder, cómo está el patio. Se acerca más a mí para que pueda verla bien y abre más los ojos, como si eso permitiera reconocer a quien no se ha visto nunca. Me recuerda un poco a la novia psicópata de Youtube, tiene una sonrisa parecida. Tuerce el morro y achica ligeramente el ojo izquierdo. Juraría que jamás he visto a esta tía.

—¿Eres enfermera?

De nuevo su agradable risilla. Se ríe con la i. Niega y su melena se agita un poco. Fallo. Pruebo de nuevo:

—¿Po… policía?

—Que no…, mujer, que no. Ji, ji, Que soy la Mari. La Mari.

Uff, es demasiado tarde para estos juegos.

—Perdona, pero no caigo.

—Que sí, mujer, que sí. Mira, el otro día conocí a tu hermano.

Ah, vale, alguna de las amigas de Nachete, o quizá de su novia risapadentroElvira. Pero estoy segura de que son las tantas de la noche, la ausencia de sonidos en el pasillo así me lo indica, y me extraña que le permitan estar en la habitación sin ser un pariente directo.

—Uhn, bien. Encantada, Mari. —Por decir algo.

—Ah, bueno. —Como si se acordara de repente—. Y soy amiga… —dota de un extraño tono vibrante a esta última palabra, incluso la repite como si no fuera la palabra adecuada—: amiga… de Ernesto del Río.

Doy un respingo. No es posible que la influencia de ese chalado haya llegado hasta aquí. Me yergo en la cama y me retiro un poco de la chica. Mi cabeza choca contra el cabecero metálico. El tubito del gotero se estira un poco.

Se ríe de nuevo. Su risa no es amenazadora o burlona, es la de un crío que acaba de dar un susto a su papá después de esconderse en el siguiente portal de la calle por la que pasean.

—Ernesto del Río —repito incrédula.

—Ajá. Le conoces, ¿no?

—Euh... —no sé qué decir. Estoy completamente desorientada y un poco asustada. Acabo negando con la cabeza. No, en realidad no le conozco. Pero sus escritos enviados por el chalado de Nolasco regresan a mi mente. Locura e ideas desquiciadas. Botones para acabar con el mundo. Acuerdos imprecisos. Pactos secretos. Inducción al suicidio. Desprecio por la vida.

Me doy cuenta de que me he llevado la mano a la boca sin enterarme. De hecho, introducía un dedo entre mis labios. Retiro la mano, sorprendida de mi gesto. Un hililllo de baba se quiebra. Busco con el rabillo del ojo el interruptor de pera para llamar a la enfermera.

—¿Quieres saber cosas sobre Ernesto? —propone con tono tranquilo—. Yo conozco todos sus secretos.

La miro. Sonríe. Mantiene la sonrisa. Asiento despacio sin saber por qué. Sonríe más.

Siento que estoy traspasando un umbral del que ya no hay retorno.

47

ERNESTO DEL RÍO

Ya sabes que mis historias no tienen moraleja, que no hay lecciones que extraer y que muchas de ellas ni siquiera acaban de forma coherente. Por supuesto, esta no es una excepción.

Es una historia que habla de enfermedades y de prácticas inadecuadas, sin embargo no es triste. O al menos yo no la veo así.

Pero permíteme que te la cuente al revés, de atrás hacia el principio; empezando por el final.

Cierre:

Azul. Solo verá azul. Pero pronto se tornará negro. Todo habrá transcurrido de forma muy rápida. Escapará del azul. Lo sabe. Llegará donde quiera. Hará lo que quiera. Como siempre ha sido, como siempre será.

Caerá al suelo. Sonarán más gritos a su alrededor.

Y se fundirá con el infinito, con las grietas del suelo. Su sonrisa se tornará negra. Color negro infinito. Como el espacio profundo, como el alma humana.

Y escapará.

Y con el final todo comenzará.

Desenlace:

Llevará el frasco en sus manos, dejará un rastro de perfume y de gotitas azules.

El hombre seguirá el intrincado diseño de los baldosines del pasillo. Su andar será un tanto titubeante, siempre le cuesta encontrar la ruta. A veces incluso se queda atascado en una grieta entre los baldosines. Pero hoy no, hoy llegará hasta la puerta batiente de la sala de estar. De allí escapará el murmullo de una televisión anclada a la pared y algunas conversaciones sin sentido. El hombre levantará la vista del suelo y mirará por las ventanillas de la puerta: algunos pacientes y poco más.

Arrojara el frasco vacío a un lado. No se romperá, rodará sobre los baldosines. Apenas podrá respirar: el olor de la Ron-quina Kesmar casi le dejará sin aliento. Empujará las puertas despacio y entrará en la sala de estar. Uno de los celadores le mirará con indiferencia. Los demás pacientes seguirán con sus temas. Son todos tan prescindibles… A través de la Ron-quina percibirá el olor a cerrado y a rancio. Caminará despacio, buscando el sendero mágico de las grietas en las baldosas.

Llegará hasta el centro de la estancia. Abrirá los brazos como un mesías de baratillo, mirará hacia lo alto. Cerrará los ojos. Siempre hay que cerrar los ojos. Sentirá el poder, el don. O quizá solo sea el flujo de pinolina, como aseguró el idiota. Puede que haga un truco de magia y rasque un fósforo con la uña. O puede que no haga falta: que baste con desearlo con toda el alma. Que pueda generarlo él mismo.

Y ocurrirá, de forma lenta y casi invisible. No habrá ningún sonido que indique que está ocurriendo algo fuera de lo normal. No habrá chasquidos ni implosiones. El fuego azul surgirá de la nada, en silencio, y avanzará despacio sobre el hombre. No será una llamarada infernal ni una gran bola de fuego, solo tímidas lenguas azules. Al principio la luz ambiente casi impedirá ver las llamas, como cuando enciendes un mechero a pleno sol. Pero llegará un momento en que las ropas prenderán con fuerza. El olor comenzará a notarse. El hombre continuará estático, dejándose abrazar por esas serpientes

sinuosas casi transparentes.

En ese momento uno de los pacientes le mirará con ojos extrañados (en realidad sus ojos hinchados siempre miran todo así) y le costará creerlo, pero se dará cuenta de lo que ocurre y proferirá un gritito. Le señalará con un dedo de uñas carcomidas. El vigilante gruñirá y girará la cabeza, también se apercibirá de los hechos. Durante unos segundos vitales no será capaz de dar crédito a lo que ve y tomará aire sin saber qué hacer. Coño, dirá de repente, y se dirigirá corriendo hacia uno de los extintores del pasillo. Resbalará al doblar la esquina como en una boba comedia. Entonces la puerta de seguridad se cerrará dejándole fuera. Puede que al resbalar la haya empujado y haya forzado el muelle que la cierra hasta sacarlo de su guía. Sí, eso podría explicar por qué queda trabada.

Los demás pacientes se pondrán en pie como convocados por un sacerdote pagano. Se acercarán al hombre ardiente y le rodearán mientras le observan hechizados. Cuando las llamas arrecien sentirán el calor y alguno dará un paso atrás. El celador golpeará las puertas con el extintor. Se sentirá un poco como el Bruce Willis de los buenos tiempos. Tiene que acceder a la sala y salvar a los pobres locos; solo que no llegará a convertirse en héroe. La enfermera que estaba tras el mostrador de la otra esquina aún tardará en percatarse, estará de espaldas preparando las medicaciones. Los ruidos y los gritos (y también el olor, que se mete hasta lo más hondo) le avisarán demasiado tarde de que algo está ocurriendo.

El hombre no demostrará dolor. Su expresión será plácida incluso cuando las llamas recorran su rostro. Algunos enfermos gemirán impresionados. El espectáculo subirá de tono.

El hombre se convertirá en una tea azul. Las llamas le envolverán por completo como un papel celofán cimbreante. El celador gritará desde fuera, intentará romper los cristales de las puertas, aunque no servirá de nada, esas ventanas son demasiado pequeñas. Azucena, la enfermera, esa bruja, se llevará la mano a la boca, y las pastillas de varios pacientes rodarán por el suelo. Se va a poner todo perdido, pensará.

Los enfermos comenzarán a gruñir, como si formaran parte de un aquelarre y jalearan a las llamas.

El hombre les mirará como despidiéndose. Quizá diciendo hasta pronto. Estará rodeado por las llamas azules. Y entonces será cuando llegue el momento de terminar. El celador logrará forzar la puerta. La bruja se acercará horrorizada sin atreverse a hacer nada, agitando una mantita que cogerá de no se sabe dónde. El hombre volverá a cerrar los ojos.

Solo verá azul.

Fin del cuerpo

Se hace la oscuridad, en su organismo comienzan a producirse cambios. Ve llamas azules, tan azules como la Ron-quina. Y sabe que ha llegado a lo más lejos, que está preparado, que es el momento. Su cuerpo es una rémora. Ya no lo necesita. Su alma puede volar sola. Puede vagar buscando espíritus afines. Conectar. Contagiar. Ni siquiera se plantea colaborar con el idiota del doctor, es tan estúpido que si inventara una pastilla para la inmortalidad se atragantaría con ella. Todo ese rollo de la glándula pineal y la pinolina le parece jerga médica sin sentido. Estupideces. Él ha encontrado la forma de llegar a otros, de compartir. Se halla en los intersticios más remotos de la mente. En las grietas del embaldosado de nuestro cerebro. La locura es la manera más completa de conexión. La más directa y sencilla. Y su alma puede compartirla. No es egoísta, quiere liberar a los demás, quiere dejar de sentirse atrapado por normas, convencionalismos o cuerpos. Sabe que puede hacerlo.

Azul. Eso ve cuando cierra los ojos. Azul mar. Azul cielo. Azul ojos de persona amada.

Algo se agita en su interior, quizá neurotransmisores, quizá sueños, quizá la locura hecha materia. Sabe que es el fin del cuerpo.

—Vale. Colaboraré.

La cara del idiota se llena de alegría. Solo le falta levantar el puño y gritar: Tooomaa. Es la noticia del día.

—Pero con una condición…

Se le descompone un tanto el gesto, espera cualquier cosa de ese hombre.

—Que me regales este frasco. Me encanta cómo huele. Uhmm, ¿lo has olido? ¿A que huele bien?

Cuerpo:

—Lo sé —dice el idiota subiéndose las gafas—. Creo que sé cuál es la explicación de todo esto.

Y pega un alegre manotazo en la mesa para reforzar lo que dice. Aunque al idiota le gustaría, el golpe no suena a ovación.

Sobre la mesa una batería de test, encefalogramas y pruebas médicas, una muralla derruida. Tras ella, el idiota, entusiasmado. Y el hombre, enfrente.

—Ya sabes lo que te dije el otro día.

El hombre asiente, pero lo que el idiota pudiera haberle dicho no le importa. Lo que pueda decirle hoy le es indiferente. El idiota sabe que al hombre se la suda, pero sigue hablando: es idiota. Está extrañamente animado, está convencido de que ha descubierto América.

—Tu glándula pineal es anormalmente grande. Esto quedó demostrado hace ya tiempo. —El idiota le escruta buscando alguna reacción.

El hombre mira al doctor como si fuera transparente, puede ver el respaldo de la silla y el diploma del colegio de médicos tras el idiota.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre esa glándula, eh?

Le da igual. Súbete las gafas, piensa.

El idiota está lanzado, le suele pasar. Suelta discursitos a los que solo les falta el Power Point de turno. Mejor colaborar un poco.

—Sí, algo de dormir, ¿no? —El hombre decide fingir cierto interés, a ver si la charla acaba pronto.

—¿Algo de dormir? —repite el idiota un poco sorprendido de la simplificación tan exagerada.

Se vuelve a subir las gafas. Lo piensa un poco, no quiere volver a tener un enfrentamiento con ese paciente, siempre acaba sacándole de quicio—. Bueno, sí —concede. Levanta el dedo índice; mal signo, eso implica que se está viniendo arriba—. Se podría decir así. Regula los ciclos del sueño. Ante la falta de luz o al cerrar los ojos segrega melatonina, que predispone al cuerpo a dormir. De hecho, la glándula pineal está conectada a la retina.

El hombre se da cuenta de que el idiota espera algún tipo de reacción.

—Sí, sí, ya recuerdo. —Un breve fogonazo de inspiración—. Ah, y me suena que me dijo que los niños tienen la glándula más grande que los adultos.

—Eso es, eso es —el idiota no puede disimular su entusiasmo. El alumno petardo se sabe la lección. Sorprendente—. Con el tiempo se va reduciendo. Pero en tu caso no ocurre eso, ya sabes. Tu glándula es anormalmente grande.

El idiota toma aire, empuja el puente de sus gafas y se lanza. Siempre ayudado por su dedo batiente alcanza un nuevo momentazo Wikipedia:

—Pero esta glándula también produce pinolina. Una sustancia que está relacionada con el estado de sueño profundo y las alucinaciones. De hecho se cree que sirve de vínculo entre el subconsciente y la mente consciente. Tu producción de pinolina es casi cincuenta veces superior a la normal. Lo cual te permite, de alguna manera, acceder a tu subconsciente. Es probable que genere efectos casi alucinógenos. —Y concluye—: Esa es la explicación de tu locura.

El idiota se calla y mira al hombre. El hombre continúa indiferente.

—Pero eso no es todo. —Preparaos para el gran final, que suenen las fanfarrias—. El poder de la mente subconsciente es casi totalmente desconocido. Nunca se ha documentado un caso como el tuyo. Eres único. Creo que eres capaz de acceder a formas de comunicación mental que ni siquiera imaginamos. De ahí tu fuerte empatía. —Y aquí el idiota duda un poco y acaba matizando—: Empatía en el sentido de ser capaz de conectar con otros, no de compartir sus emociones. Ya sabes, una empatía unidireccional que surge de ti hacia los demás. No al revés, no he visto a nadie que sienta menos emoción por los demás que tú. —El idiota espera que no haya sonado demasiado crítico. Por lo visto el hombre no se siente ofendido, mueve un poco la cabeza como si escuchara una cancioncita—. No sé. Todo eso está por ver. Tendremos que realizar muchas pruebas.

Ya, bueno, dice la mirada aburrida de hombre. «Venga, otra vez», piensa.

—Pero es verdaderamente emocionante. Creo que incluso eres capaz de proyectar tu… tu demencia, si me permites decirlo, y hacer que se manifieste en otros. Espero poder averiguar con tu ayuda hasta qué punto esto es así y por qué. Tenemos que saber si la pinolina tiene algo que ver, si es un trastorno físico o tu enfermedad es puramente mental —ahora el idiota habla casi para sí; otra de sus manías. Y lo vuelve hacer: gafas arriba—. O si, de alguna manera, has desarrollado otro tipo de percepciones y/o proyecciones hacia esferas de realidad más elevadas.

Vaya tío relamido: ¿quién al hablar dice y/o? Es un mierdoso y/o un gilipollas.

— Eres una especie de electroimán al que le llega demasiada corriente, muchísima más de la que le debería llegar: te sobrecargas y logras imantar los objetos que te rodean.

Y el idiota mira al hombre con expresión satisfecha. Eso aclara el misterio. Gafas arriba.

Bueno, no ha sido un discurso tan largo. No ha ido mal, si es capaz de dejarlo aquí.

—¿Qué, cómo lo ves? ¿Alguna pregunta?

El hombre frunce un poco el ceño, parece concentrarse. Estudiar las últimas palabras.

Hace tiempo que lo sabe. Es capaz de proyectarse en los demás, de contagiar su estado anímico y mucho más. Ni siquiera puede evitarlo. Tampoco lo controla demasiado. A veces nota el flujo pulsante en su interior y siente que tiene que conectar con otros, tocarles con su mente, hacerles llegar un poco de su don. Ese don que libera y que muchos confunden con la locura. La mente humana no está preparada para comprender según qué cosas, por eso a veces se disloca, no todos pueden soportarlo. Un pececito de colores atrapado en su pequeña pecera no puede comprender la inmensidad del mar. Y él hace que los peces conciban las galaxias.

Desconoce si se debe, como dice el doctor, a su glándula pineal, a esa sustancia de nombre ridículo que segrega en abundancia o a causas sobrenaturales. Nunca se lo ha planteado ni le ha importado.

Para él sueño y realidad no están delimitados, tampoco consciencia o inconsciencia. Ni siquiera la realidad tiene sentido, porque es capaz de percibir mucho más allá de la pecera de la vida. Porque puede alcanzar un estado de percepción que sobrepasa los límites de su mente. Y sabe que puede ir todavía más lejos, que puede tender conexiones, nexos e incluso perdurar. Su cuerpo se le queda pequeño. Siente que puede pasar a un nuevo estado. Que puede nadar en galaxias. Quiere ir más allá.

—En realidad sí. Tengo una duda y/o una cuestión.

El idiota sonríe y repite su gesto habitual.

—Adelante —se abre.

—Bueno, me preguntaba… me preguntaba, ¿qué es el líquido ese azul que hay sobre la cómoda, medio escondido?

El idiota abre mucho los ojos. La pregunta le ha descolocado por completo. Ese tipo siempre acaba sacándole de quicio.

—Ya sabe —el hombre la señala—, la botella esa. Desde aquí no puedo leer la etiqueta. ¿Es algún producto médico?

El idiota se vuelve hacia la cómoda. Está a punto de mandar al hombre a la mierda. Pero sabe que se juega mucho, que sin duda se trata de un caso único en la historia. Está convencido de que encontrará en ese hombre síntomas y efectos secundarios completamente inesperados, sobre todo a nivel de proyección mental. Necesita su colaboración. Así que tendrá que seguir aguantando sus excentricidades.

—¿Eso?

—Sí. ¿Qué es?

—Nada —se nota su esfuerzo consciente por conservar la calma—. Una especie de loción capilar, se lo encargué a Azucena, la enfermera, ya sabes, y me la ha traído esta mañana.

El hombre se levanta del asiento y se acerca con naturalidad hasta la cómoda.

—¿Loción capilar? —Coge la botella y la examina con muchísima más atención de la que ha puesto durante las explicaciones del idiota.

El idiota gira su sillón de cuero del bueno para verle. —Ron-quina Kesmar —lee el hombre y sopesa la botella de cristal—. Es muy grande.

—No sé, un litro o así, creo —dice el idiota.

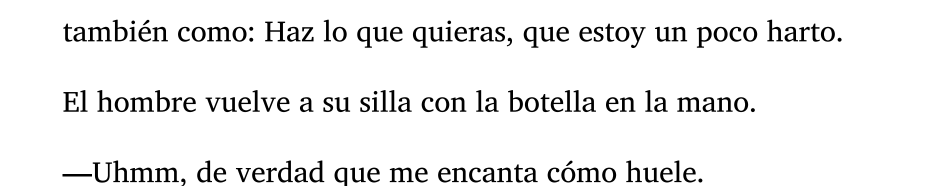
El hombre, fascinado por el frasco, desenrosca el tapón marrón y huele el líquido azul, parece enjuague bucal.

—Uhmm, huele bien —dice—. A abuelo. —Una pausa mientras valora lo que ha dicho—. Pero a abuelo limpio, eh, nada de abuelos cagaos y tal. A abuelo de los limpios.

—Va bien para evitar la caída del cabello y la aparición de canas —justifica el idiota. Se pregunta qué cojones hace dándole explicaciones a un paciente sobre su loción capilar.

—Ahh. ¿Puedo echarme un poco?

El idiota concede con un gesto de los brazos. Se podría interpretar



también como: Haz lo que quieras, que estoy un poco harto.

El hombre vuelve a su silla con la botella en la mano.

—Uhmm, de verdad que me encanta cómo huele.

—Échate, échate un poco si quieres —su tono es el del que sabe que ha perdido una batalla.

Pronto, el despacho se llena del aroma de la Ron-quina. El hombre se frota las manos empapadas en loción y se las pasa por el cabello. El idiota se desespera. El hombre disfruta.

—Pero deberíamos hablar de lo que te he dicho. Necesito tu colaboración. Ahora que hemos detectado una posible causa de tu comportamiento y de por qué afectas a algunas personas, tenemos que seguir investigando. De verdad que podemos conseguir grandes cosas si trabajamos juntos. —Le cuesta concentrarse en lo que está diciendo, el hombre le está poniendo nervioso. Lo de menos es que está malempleando el líquido, lo malo es que no le está haciendo ni puto caso. Joder, y es muy importante—. Cuidado, estás derramando el líquido.

—¿Puedo echarme un poco más? —No espera respuesta, se palmea la cara, empapándosela en Ron-quina.

—Escucha. Esto es muy importante. Necesito tu colaboración.

El hombre se moja los dedos de nuevo y espolvorea unas gotas sobre su pecho.

—Uhmm. —E invita—: huele, huele, ¿a que huele bien?

El idiota no aguanta más. Se pone de pie. El sillón rueda unos centímetros hacia atrás. Apoya las manos sobre la mesa y se inclina hacia delante. Aprovecha para subirse las gafas por enésima vez. Su postura es un tanto agresiva. Clava los ojos en el hombre.

Este levanta la vista. Cae líquido sobre su regazo.

—Joer, qué susto, tío.

El idiota traga saliva; tiene que controlarse, sabe por experiencia que

así no conseguirá nada. Ya se arrepiente de lo que acaba de hacer.

—Es que no te das cuenta de lo importante que es esto. De verdad. Tienes que colaborar. Tienes que hacerlo.

—Vale, vale. Déjame que lo piense. —Y el hombre cierra los ojos—. Un momento, por favor.

Y el idiota ve uno de esos flashes oscuros que a veces le han asaltado. Siente que las putas gafas se le resbalan sin freno.

—Vale, colaboraré.

Introducción de personajes:

Ojos de hielo, modernas gafas sin montura, barba bien afeitada, leve olor a colonia cara, el escaso pelo repeinado hacia atrás, un traje impoluto con una aguja dorada abrazando su corbata. Y una sonrisa tan forzada y falsa como el saludo de una teleoperadora.

—Pasa, pasa —le dice el doctor Ramírez, un auténtico idiota, al paciente.

Ernesto del Río entra con andares chulescos. Sonríe, como casi siempre.

—Siéntate por favor.

Ambos permanecen un rato en el despacho del doctor.

Charlan sobre la medicación y los resultados de las pruebas médicas. El doctor parece entusiasmarse a medida que habla. En un momento dado clava su mirada en el interno, y mientras se sube las gafas y dice:

—Lo sé.

48

ERNESTO DEL RÍO

Nolasco ha corrido por el pasillo, lo ha sentido en el último momento. Sabía que pasaba algo. Ha llegado con sobrealiento justo a tiempo de ver a Bruce Willis forzar las puertas. Ve el cuerpo de Ernesto convertirse en pavesas. Todavía vive, pero no se agita ni parece sufrir. Solo se deja consumir, como si pasara a otro estado mudando la piel.

A esas alturas ya todo el mundo grita. Una onda de irrealidad, o quizá de calor, deforma el aire de la estancia. Se sacude con una vibración acuosa.

Azucena ve de nuevo en la oscuridad el rostro de su marido en la cama con su hija y otro hombre más, le duelen los zuecos, tendrá que limpiar mejor el cuarto de baño de casa, quiere otra de esas pastillitas que le gustan, dormir y no despertar, la sensación de terror se incrementa, siempre ha temido a Ernesto del Río, ahora que forma parte de ella el terror no conoce límites, la cabeza le va estallar, tendrá que limpiar más, frotar la loza del lavabo.

Otros internos ven oscuridad o sangre, o sienten la imperiosa necesidad de repetir algo una y otra vez. Uno de ellos empieza a rascarse la pierna, ya nunca dejará de hacerlo. Mi pelo, grita otro llevándose las manos a la cabeza y mesándolo. Nacen orugas y dragones, colores y sensaciones. Todo se desata. La onda avanza, crece, explota.

Nolasco ve el cúter en sus manos y las piernas laceradas de su abuela, «total, si no puede andar…», los gritos de sus padres; el gato sangrante intentado escapar de la cuerda que le sujeta al poste, la mirada de la gente cuando se ponía en la silla de ruedas ante la puerta del hospital, la piel refulgente de Nati al salir del mar con las gotas resbalando por su vientre de marfil, y la barca y los hombres-langosta sacudiéndola. Los papeles que Ernesto le entregó el otro día flotan en el mar de la noche junto a los cabellos iridiscentes de Nati. Sabe lo que tiene que hacer con ellos: difundirlos; Ernesto se lo está diciendo mientras crece. Pueden ayudar a muchas personas. Ernesto habita en ellos. Puede llegar a mucha más gente. Comulgar con ellos.

Mari siente una brusca inmersión silenciosa, deja de tomar apuntes, no podría seguir escribiendo esas tontadas intrascendentes aunque quisiera. Su cuerpo vibra como el de un polluelo recién nacido. La hora ha llegado. La fragancia la rodea, huele bien, a un perfume extraño, como de loción de abuelo; y un tono azul cubre todo lo que ve, parece uno de esos filtros malos de fotografía. Siente como cuando se lanza de golpe a la piscina, pero al revés, en esta ocasión ella es el agua. Ernesto por fin está llegando. Ante la mirada atónita del profesor, se pone en pie y la silla cae a su espalda. El bolígrafo rueda hasta el suelo. Toma aire y suspira henchida de satisfacción. Por fin. Se sube a la mesa con movimientos todavía titubeantes. Los compañeros la miran asombrados, algunos ríen, esa chica nunca ha estado muy bien de la cabeza. Abre los brazos, es un Cristo sin cruz. Parece que esté a punto de decir «Hágase en mí según tu palabra». Comienza a bailar una melodía inexistente, mueve la cadera adelante y atrás, sacude los brazos y comienza a dar palmadas mientras agita su trasero. Algunos alumnos empiezan a animarla y a acompañar con palmas. El profesor no puede dar crédito a lo que ve. La llama por su nombre y la invita a bajarse de ahí inmediatamente. Ahora ya todos tocan palmas como si pudieran oír esa música inexistente. Mari no para, baila y brinca peligrosamente, la mesa no es muy grande. Sigue un ritmo cada vez más marcado. Otros alumnos se han puesto en pie y la animan con grititos. Yeahh. Mari da un salto hacia delante, abre las piernas y pasa por encima de la cabeza de una chica que se encoge sobre sí misma. Se gana una buena ovación. Resbala un poco, pero no deja de bailar. La jalean con entusiasmo. El espectáculo es genial. El profesor se acerca a la chica dispuesto a sujetarla si hace falta. ¿De

dónde viene esa música?, se pregunta.

Mari sabe lo que tiene que hacer, solo deja que su mente se abra.

El mundo se convierte en una de esas películas musicales de instituto en las que todos los alumnos siguen absurdas coreografías bien sincronizadas. Animadoras y pardillos, jugadores de futbol americano y niñas pijas. Aunque aquí cada uno lleva su ritmo, tiene su propia canción y sigue su personal estilo de baile. El profesor sujeta a Mari y se marca unos pasitos con ella. Puede escuchar perfectamente El rock de la cárcel en versión de Miguel Ríos. Otros escuchan hip hop o la última de esa pava de Shakira. Bailar es maravilloso. Todos se dejan llevar y lo hacen. Se mueven alocadamente, unos dan palmadas; otros, grititos de satisfacción.

Cuando la música acaba se miran extrañados unos a otros, como si estuvieran un poco colocados; nadie sabe muy bien qué ha pasado, qué ha motivado esa especie de histeria colectiva. El profesor, con sobrealiento, les pide que se sienten, por favor, que se sienten; no entiende cómo no ha podido contenerse ni qué ha pasado. ¿Quién ha puesto esa música? Todos guardan un extraño silencio, no pueden evitar sentirse un poco avergonzados. Busca a Mari, pero no la encuentra. Ya no está en clase.

El doctor Ramírez repasa sus notas. Ya han pasado unos minutos desde que Ernesto ha salido llevándose su frasco de loción para el cabello. Rebusca hasta llegar a una de sus primeras entradas. Lee: «Me pregunto por qué no me ha de afectar a mí. Si es capaz de contagiar, ¿por qué yo me he de librar? ¿Cómo puedo evitarlo? Solo tengo una respuesta: centrándome en mi cordura y experiencia, anclándome a algo inamovible: mi propio conocimiento». Y se sube las gafas. Es inmune, piensa.

Le llegan los gritos. La onda le alcanza, es una leve distorsión de la realidad, es un espejo deformado. Siente un escalofrío.

Otro de esos fogonazos de sombras que luego olvida. Sujeta las varillas de sus gafas sin montura y las aprieta contra sus sienes con fuerza, como si temiera que un vendaval se la arrebatara. Joder, que no se le caigan. Más fuerte. Más. Las sujeta tanto que le duelen las manos y las

sienes. Oye el lejano griterío, y decide que Nolasco debe salir a un piso de inserción, tiene que conseguir una plaza para él como sea. Sabe que tiene que preparar el documento lo antes posible y asignar a algún funcionariucho para que le controle.

Nolasco se mueve entre los enfermeros, están desbordados. Todos los internos se han desenfrenado. Intentan sin éxito hacerles volver a sus habitaciones, pero todos se niegan. Mi peeelo. Hay más gritos y órdenes desordenadas. El jaleo es enorme. Uno de los enfermeros se vuelve bruscamente hacia un rincón para vomitar, la mezcla de perfume y carne quemada es horrible. Nolasco se las arregla para inclinarse sobre el cadáver de su amigo, tironea de una pierna y arranca un trozo de carne socarrada. Con disimulo se mete la pavesa ennegrecida en el calzoncillo.

Reconforta estar siempre con Ernesto. Es genial ir siempre con él.

49

NOLASCO

Me alegro de estar llegando al final. Al principio resultaba agradable transcribir los textos de Ernesto. Era como reencontrarse con él. Tanto que a veces sentía que lo tenía dentro de mi cabeza y que era él quien tecleaba en este destartalado ordenador. Tic. Tic.Tic. Pero esto me agota tanto como hacerse una paja y no correrse, normal cuando llevas cinco o seis en un día. Ahora ya se acaban las hojas manuscritas que me dio. Las he mecanografiado todas, aunque no sé si en el orden correcto; bueno, supongo que no importa.

Creo que se me ha traspapelado la de la automutilación. La del sabor de la propia sangre. A mí todavía no me ha cicatrizado bien, yo siempre sigo las indicaciones que Ernesto traza. Creo que esa no se la he mandado a la Culo. Bué, da igual.

Hala, ya está. Solo queda esperar a que lo publiquen y que me paguen un pastizal, aunque me da en mi naricita que esto va a tardar un poco.

Bien. ¿Y ahora?

Me encuentro un tanto desalentado.

El gilipuá de Darío sigue con los moretones en la cara, y eso que su ojo ya casi se ve normal. Qué tío más flojo. Una cosa es que haya visto la luz y otra que él la tenga. Lleva convaleciente una semana, desde que salimos a liarla. Ay, de no ser por mí todo hubiera sido un fracaso. El caso es que lleva días divagando e incordiando. Joder, si te la quieres cargar, cárgatela, y si te la quieres tirar, tíratela; pero no me vengas con monsergas. Insiste en que un día de estos irá a visitarla y que ya verá qué hace. Y dale. El tipo se me acopla y me atonta la cabeza. Ya le he tenido que mandar a la mierda varias veces. Oh,

puede que sea el fin de nuestra larga amistad de semana y media… He intentado enseñarle el secreto de las grietas de infinito, pero el tipo no pilla la copla ni a la de tres, cree que le hablo de baldosines.

Por otro lado se confirma que van a cerrar el piso ya. Antes de lo previsto. Así que el idiota del Dr. Ramírez vuelve a estar por aquí sometiéndonos a valoraciones y a sesiones de control, para ver quién puede irse a la calle y quién regresa al manicomio.

De momento a mí me ha hecho ir al centro de especialistas para que me realicen unos cuantos electroencefalogramas y escáneres. Insiste en ver el tamaño de no sé qué glándula. No se cosca. Es que no se cosca. Es como Darío. Un imbécil. Incluso me ha hecho una prueba para ver si era capaz de predecir las cartas. No he acertado ni una, a él se las voy a decir. Se cree que soy un mono de circo.

Pero de todas formas, el resultado será que, en el mejor de los casos, me veré en la calle sin dinero y sin un agujero en el que meterme. El libro probablemente tarde un poco en hacerme rico. Y paso de ir a vivir a casa de Darío, me lo ha ofrecido con la boca pequeña (y no me refiero a su culo).

Supongo que ha llegado el momento que Ernesto solía anunciar. Si un sitio no te gusta, vete a otro, decía. Creo que ha llegado la hora de partir. Me aburro.

Me ha costado un huevo encontrar Ron-quina Kesmar. Esa mierda solo la venden en un par de herboristerías y es un poco cara.

Pero me gusta cómo huele. Me recuerda un poco a mi padre cuando, al llegar a casa, me besaba y me pinchaba con su barba de un día. Olor a abrazo y a cariño.

Por si acaso he comprado un mecherito. Hay una tía en biquini y según lo pongas del derecho o del revés le desaparece. Es muy gracioso.

Realizaré el último envío a la editorial. Bueno, no, mejor me acerco en persona a casa de la Culo. Así me evito las colas de Correos y el importe de los sellos. Y siempre es bueno ir a ver a una vieja amiga.

Ah, y también puede que me vaya de putas una vez más, a fundirme la

poca pasta que me queda. Ya ni siquiera me apetece joder a la gente. Ay, a lo que he llegado.

50

ERNESTO DEL RÍO

Tenemos un acuerdo. Yo te digo lo que tienes que hacer y tú lo haces. A estas alturas ya no hace falta dar más vueltas. Continúa leyendo, anda.

Muy bien, veo que me sigues haciendo caso.

Bueno, supongo que después de compartir tantos buenos ratos habrás pillado el mensaje, ¿no? Ha llegado el momento de la despedida. Y siempre es conveniente recapitular un poco, por si acaso.

Puede que solo seas uno de esos borregos que vagan por la vida sin más. Alguien oscuro y sin vida. Es muy probable, pero aun así deberías haber sido capaz de pillar alguna de mis lecciones.

He intentado explicarte que la vida no es eso. Eso es una mierda. Una puta mierda.

Ya sabes: vale más morir que perder la vida. Y estoy seguro de que estás malempleándola, refugiándote en tu rutina, en tu familia, en tus debilidades. Tu verdadero yo está oculto bajo decenas de capas de monotonía y cordura. He intentado que te encontraras a ti mismo, que llegaras a tu yo más profundo, aquel con quien no sirven los disimulos, el que conoce todos tus secretos, tus desviaciones ocultas, tus anhelos más oscuros.

Esa fracción de nosotros que permanece al acecho, reprimida a duras penas, en lo más recóndito de nuestra alma. Esa parte oscura, negativa, cruel y malvada que nos afanamos por ocultar, aunque sea de manera inconsciente. Esa faceta perversa que podemos entrever tras la pequeña y difusa línea de cordura que evita que nuestros instintos más primarios, que nuestros impulsos más voraces queden

libres, sujetos únicamente por nuestro empeño en ser civilizados y encajar en la sociedad. Ese pequeño cabrón que todos llevamos dentro y que solo espera su momento para salir y liarla.

Espero que lo hayas encontrado.

Y ahora ya sabes lo que tienes que hacer: dejarlo libre. Romper las ataduras, acabar con los convencionalismos.

Empieza a vivir ya de una puta vez, joder. Deja de estar reprimido. Sal de tu escondite. Olvida prejuicios y normas. Saca tu yo auténtico.

Salta, grita, mata. Libérate.

Me embarga una ola de auténtica tristeza. Puede que no lo hagas, que continúes abotargado. Anquilosado. Viendo solo oscuridad cuando cierres los ojos. Sin encontrar los resquicios que te trasladan al infinito. Y seguirás gris. Y seguirás callado, nadando en tu diminuta pecera. Y seguirás muerto en vida. Sin siquiera poder imaginar nunca el mar.

Y mis palabras se habrán perdido. A pesar de nuestro pacto. No lo cumplirás.

Vale. Te ofrezco una última oportunidad. Puede que te haya pedido demasiado. Así que aquí va mi última oferta.

Ve despacio. Si es eso lo que quieres, ve despacio. Si todavía tienes miedo, ve despacio. Si no acabas de creer en mis palabras, ve despacio. Pero sigue pensando en mi mensaje, en las palabras que sanarán tu vida y, poco a poco, hazlas tuyas.

Si no, puede ser peor. Puedo ir a por ti. Y te recuerdo que no hay cadenas que me sujeten, barreras que no pueda cruzar, sueños en los que no pueda entrar. Si no cumples tu parte del trato, iré a por ti. No es una amenaza, es solo un adelanto de lo que ocurrirá. Y seré yo mismo quien se encargue de sacar tu locura al exterior, seré yo quien te estrangule con ella, quien te haga desear la liberación de la muerte. Si no quieres que esto ocurra solo tienes que seguir mi doctrina. Elige una de estas dos opciones: a) enloquecer y ser feliz, o b) suicidarte y no ser desgraciado. Cualquier otra opción será peor.

Tú eliges. Venga, una última prueba de que estás conmigo: cuando acabes de leer estas líneas, cierra los ojos y mira con tu verdadero yo. Hasta que me veas en forma de círculo blanco acercándome hacia ti.

Ya ves, estoy dentro de ti. Soy la locura. Soy tú. Sácame.

51

PAILAY

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —dice la chica esforzándose por parecer interesada. Y es cierto que los tiene. Apenas puede apartar la vista de la bebida. Le ha pedido al camarero que, por favor, no le echara alcohol. ¿Quién se lo iba a decir? Ella evitando la ginebra… De todas formas, al calvo le clavarán los doce euros de rigor. La música del pub les hace hablar demasiado cerca uno del otro.

—¿Seguro que no tienes menos? —Probablemente sea lo que a él le gustaría. Ella sube un poco los hombros como diciendo «si es eso lo que quieres…», aunque en realidad es un «me da igual».

—Y bueno, ¿qué me dices? —Guiño, codazo, guiño. Viva la sutileza—. ¿Vamos a algún sitio tranquilo? Mi casa, por ejemplo…

Ella tuerce el morro. No sabe qué decir. Pero recuerda lo que su amiga le dijo y sonríe de forma imperceptible.

—Bueno, pero —finge estudiar la propuesta— a tu casa no. Mejor… mejor a un callejón que hay aquí atrás.

Y el mohín de sus morritos equivale a los guiños del tipo.

—¿Al callejón?

Ella nota que la propuesta le mola: un poco de sexo salvaje y guarrillo con una adolescente desenfrenada. Suena sórdido y placentero. Genial. El tipo casi da saltitos.

La chica sube los hombros de nuevo como diciendo «¿Por qué no?».

No hace falta más, el tipo estirado ya se ha levantado de la banqueta. Se sube las gafas. No está por perder más tiempo, ya es la segunda copa a la que le invita y casi han agotado ya todos los tópicos de conversación.

Mientras se dirigen a la salida pasan cerca de un bafle, eso le da al hombre una buena excusa para tomarla del codo y acercarse a ella. Siente el olor de su cabello. Roza su rostro. Medio grita:

—Todavía no me has dicho cómo te llamas…

A ella le encanta su apodo: Pailay. Le gusta que la llamen así. Pero justo cuando la palabra va a salir de sus labios recuerda lo que le ha dicho su amiga. Precaución, amigo conductor…

—Izabella —dice en el último momento. No sabe por qué. Da igual un nombre que otro.

—Encantado —le tiende una mano de dedos peludos—. Perdona que no te diga mi nombre. No quiero darte un nombre falso, pero soy doctor y, como comprenderás, prefiero mantener cierto anonimato. Al menos hasta que nos conozcamos mejor.

Sé quién eres. Nombre: Idiota. Apellidos: Presuntuoso Gilipollas.

—Vale. Como quieras. No problem.

Y es verdad: no problem. Pailay hace todo lo que le dice su amiga, como que escondiera previamente un cuchillo en el callejón, tras el contenedor. Así lo había hecho Pailay. Ahora todo encajaba.

Pailay coge de la cintura al idiota y responde al acercamiento del tipo. Abandonan el pub entre risas forzadas que la chica intenta hacer pasar por sinceras.

El callejón está un par de manzanas más allá. En silencio. Solitario.

Al fondo, aguardando, puede verse una sombra. Quieta, como expectante. Nadie podría jurar que es algo más que una sombra, y mucho menos una persona. No, probablemente no lo sea.

No se mueve.

Las nubes se diluyen un poco y la luna le ilumina levemente.

Aguarda.

Su figura se perfila con un poco más de precisión.

¿Podría ser eso una sonrisa de labios apretados?

52

MARI

Mari es feliz. Le encanta que las cosas acaben bien. Da unos cortos saltitos de pura dicha y emite un gemido alegre, como una fan a punto de entrar en el camerino tras el concierto. Vuelve a entreabrir la puerta de los servicios y se asoma de nuevo. Solo un vistazo entre la rendija.

La pareja no se preocupa demasiado de disimular. Pasan bastante de que puedan verles. Ella apoya el trasero en uno de los lavabos, tiene la falda remangada. El chico se la endiña sin demasiadas contemplaciones. Se nota que ambos están disfrutando. Vaya que sí. Pedazo polvazo, piensa Mari. Mola. Vuelve a cerrar y emite otro de sus grititos de emoción. Aunque allí no llega la música, improvisa unos pasos de baile. Sale del descansillo de los lavabos como Tony Manero en Fiebre del sábado noche. Más chula que un ocho.

Pailay le aguarda en la barra con una sonrisa interrogante. Esta camiseta le queda mejor que la que anoche se echó a perder en el callejón. Mari, con un gesto lleno de decisión, le muestra el pulgar levantado. Buenas noticias. Pailay da un par de palmadas emocionada, en realidad el tema ni le viene ni le va, pero Mari le ha contagiado su interés por la pareja. De verdad que es contagioso. A veces Mari divaga, pero otras es verdaderamente divertida y te puede convencer de cualquier cosa.

Mari coge del brazo a Pailay, ambas se miran y se echan a reír sin necesidad de hablar. Se abrazan emocionadas dando algún saltito de vez en cuando. Al poco, salen del bar. Están contentas y dichosas. Hoy Mari querría ver a Nachete. Confía en encontrarle camino de casa. Se han hecho buenos amigos. Sería una pena que Nacho decepcionara a risapadentroElvira. Seguro que Mari le puede ayudar.

Las chicas canturrean mientras caminan por la calle rumbo a no sé sabe dónde. En un momento dado, Mari señala los baldosines del suelo y le comenta algo a Pailay, luego señala la noche con un gesto que abarca todo. Pailay asiente sin acabar de pillarle el sentido, hay gente que nunca puede dejar de ser pez, ni aunque besen al mismísimo océano. Ah, pero las enseñanzas del viejo maestro no han caído en saco roto; ahí está Mari para difundirlas.

Pailay no puede evitar recordar los baldosines del callejón la noche anterior. La sangre resbalando despacio por ellos. Trazando surcos sin fin y remansándose en las grietas. Formando islitas y lagos. Permitiendo al doctor alcanzar el infinito. Se puede aprender tanto de ese reguero... En uno de esos intersticios del suelo, la sangre abandonó la vida. Quizá siga arrastrándose por las junturas, buscando su propia grieta que habitar.

Los caminos de la vida son inescrutables, como el trazado de los baldosines. Cuando camines sobre ellos recuerda la sangre resbalando por las junturas. Sigue su ruta invisible, puede llevarte al infinito. Tarde o temprano lo hará.

Las chicas siguen adelante tarareando una cancioncilla.

En el bar, la puerta de los servicios se abre. Sale Ely, está despeinada y sonrojada. Pero su rostro muestra una determinación y una sonrisa que hacía años que no reflejaba. Está algo sofocada y las mejillas le arden. Jooder, qué bueno. Procura pasar desapercibida, pero no se esfuerza demasiado. Se recoloca el pañal con un gesto disimulado sobre la falda y regresa a la mesa en la que estaban antes.

Segundos después sale Darío. Sonríe de oreja a oreja. Se seca una mano en el vaquero. Da unas zancadas y llega hasta Ely. La abraza por detrás y se besan. A la mierda los disimulos.

Mucho mejor que matarla, sí señor, dónde va a parar.

Fue Ely quien se presentó en la vivienda de reinserción y pilló a Darío desprevenido por segunda vez. Pero Darío ya no era el mismo. Ni Ely.

En esa ocasión todo fue diferente. A lo que pudo contribuir el hecho de que la casa todavía oliera a quemado. Al día siguiente clausuraron el piso. El increíble hombre-pera se marchó llorando. Pobre tío.

Cuando Ely llegó hacía pocas horas que habían retirado el cuerpo de Nolasco. Mejor dar un paseo, propuso Darío en cuanto la vio ante la puerta de la vivienda. Mientras paseaban, Ely le dijo a Darío con tono descuidado: «He matado a un hombre, ¿sabes?».

«Sí. Lo sé, respondió él; y confesó: Precisamente, a mí un tipo me zurró de lo lindo esa misma noche. Yo solo quería divertirme un poco, pero de no ser por Nolasco, que se dedicó a darle en los huevos, me hubiera matado el tipo a mí». Ella emitió una risita. Sonaba más divertido que patético.

Anduvieron unos cuantos metros más.

Ely le dijo a Darío: «Me meo encima sin poder controlarlo. Tengo que llevar pañales y la orina se me escapa en cualquier momento. Es un rollo». Él le quito importancia con un gesto sencillo y dijo: «Todos tenemos nuestros pequeños secretos. A mí me encanta correrme en la mano cuando me masturbo. Tengo que tocar el semen. Me chifla hacer culebrillas con él. Manías». Ella reprodujo el mismo gesto de él. No importa. Nada importa. Atrás quedaron los prejuicios, las limitaciones, las normas. Era reconfortante poder ser totalmente sinceros, liberador; desahogarse por completo, no tener la necesidad de esconder los secretos.

«Mari me dijo que podríamos ser buenos amigos. Que ahora ambos somos diferentes», dijo ella.

«Ya te digo».

«Al principio pensaba que eras un imbécil como la copa de un pino».

«Yo estuve valorando muy seriamente matarte, no lo había descartado hasta hace un momento, cuando me has dicho que te meas.»

«Genial».

Fue una extraña primera cita. Hubo tres o cuatro más.

Ahora se abrazan en el bar y se meten mano. El camarero les llama la atención un poco mosqueado. Está cabreado porque se le han pirado dos tías sin pagar.

El hecho de que les reprochen su comportamiento propicia que Ely y Darío rompan a reír a carcajadas mientras siguen besándose.

Unos minutos después hacen una pausa para respirar y tomar unos tragos de cerveza. Ely se siente liberada. Le da igual beber, le da igual mearse. Darío por fin puede verse reflejado en los ojos de una chica sin sentirse cohibido. Han olvidado sus miedos. Es lo que tiene la locura: lo cura. Más risas.

—Mira —dice ella, pasándole una carpeta repleta de folios. Había cargado con ella toda la noche—. ¿Sabes qué es?

Él la abre y ve el título sobre el primer folio: «El negro libro del horror». Sonríe. Claro que lo sabe.

—He redactado un informe de lectura sumamente positivo y he recomendado su publicación. Me ha dicho Susana que lo pasará al comité de lectura y que lo valorarán —anuncia Ely, radiante.

—Joder. Qué bueno.

Toma los folios y los hojea rápidamente. Conoce el contenido, no necesita profundizar más.

—¿Crees que lo acabarán publicando? —pregunta Darío, esperanzado.

—No sé, es probable. Puede.

—No saben lo que van a hacer, ¿verdad? —dice él medio riendo.

—Por supuesto que no. No tienen ni idea.

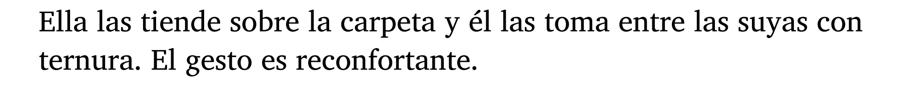
Darío cierra la carpeta, pensativo.

—¿Le saludamos? —propone con naturalidad.

Ella sube los hombros y asiente. ¿Por qué no? Siempre es agradable reencontrarse con los amigos que te han ayudado.

—Vale.

—Estupendo. Espera. Dame las ma nos.



Ella las tiende sobre la carpeta y él las toma entre las suyas con ternura. El gesto es reconfortante.

—¿Vamos?

Ella le dedica una fragrante sonrisa.

—Vamos. A esvilar.

Y ambos cierran los ojos.

53

ERNESTO DEL RÍO

Ya deberías saber lo que ven. Si has cumplido tu parte, deberías saberlo. Claro que sí.

Si no, cierra los ojos tú también. Puede que aún estés a tiempo. No puedo asegurártelo. Pero inténtalo.

Tienes un acuerdo… Vamos. Asume tus compromisos. Sumérgete en lo que ves cuando cierras los ojos. Enloquece.

Como todos.

FAQ

(PREGUNTAS FRECUENTES)

DAVID JASSO

AVISO

No se te ocurra leer este texto antes de embarcarte en la lectura del libro. Por varias razones. Primera: lo más probable es que no entiendas nada de lo que viene a continuación y te hagas un lío enorme. Incluso puedes llegar a la conclusión de que la novela es más caótica de lo que es en realidad. Segunda: podrías adelantar acontecimientos que perjudicarían una posterior lectura del texto principal. Allá tú si es eso lo que quieres. Si has pagado por la novela (o te la has descargado de Internet, cabrón), puedes hacer lo que quieras. Y tercera: Joder, si el texto está puesto al final del libro será por algo, no andemos tocando los huevos.

Bueno, hemos llegado al final. Espero que te lo hayas pasado bien, me llenaría de alegría que así fuera.

Como autor considero que la novela está debidamente acabada y que ofrece datos y pistas suficientes para que el lector pueda disfrutar de una lectura estimulante y activa. Es cierto que algunos detalles se dejan a la imaginación del lector y que hay pequeños huecos que tiene que rellenar utilizando su creatividad. Incluso resolver pequeños puzles y encajar ciertas piezas estratégicamente dispersas. Se trata de un pequeño reto para no dar todo hecho y que la novela no sea plana. Me gustan los lectores con inquietudes.

Pero también hay lectores pejigueros y faltos de imaginación que no

son capaces de atar todos los cabos y a los que les surgen dudas que no pueden resolver por ellos mismos. Les gusta tomar papillita y sus neuronas no dan para mucho. Ay, cuánto daño han hecho los best sellers de laboratorio.

Así que aquí, y como deferencia a las mentes obtusas, voy a responder las principales preguntas que se me suelen plantear en presentaciones o correos electrónicos.

Pero, por supuesto, no voy a poneros la cosa tan fácil. Sería demasiado sencillo que alguien preguntara «¿Cuánto es 1 por 1?» y yo respondiera: «2». No, la cosa no es así. Voy a poner solo la repuesta. Si no sabes cuál es la pregunta, me da igual, tendrás que imaginártela. Tanta papillita, ya, tanta papillita...

Y que nadie proteste, que me jode mucho estar escribiendo esto. Hala, vamos allá, a ver si acabamos prontito.

«No, en la novela no hay ningún fantasma. Veo que no te has enterado de nada. Te aconsejo que vuelvas a leerla, anda. La cosa no va de espíritus, va de locos.»

«Por supuesto que Mari existe, pero eso no quiere decir que siempre esté presente. A veces está y a veces no. El hecho de que tú tengas fantasías sexuales con una actriz porno real, no quiere decir que no exista.»

«Deberías haber sido capaz de deducir que el ´idiota´ al que me refiero en uno de los capítulos finales es el Dr. Ramírez.»

«El niño a quien besa su madre es Ernesto. Eso le afec… bueno, no pienso seguir contando lo evidente.»

«No, para escribir el polvo con la prostituta triste no me fui de putas, solo me documenté (guiño, guiño).»

«El niño de la barca es Nolasco. Él intentaba refrenar sus impulsos violentos y llevaba un buen tiempo consiguiéndolo, pero los sucesos de la barca ya le lanzaron al desenfreno. Y no busques a los otros dos niños porque no vuelven a aparecer en toda la novela.»

«Claro que la glándula pineal existe; y tú tienes al menos una (no sé si ocurre esto también con tus neuronas). Lo que se dice sobre ella es cierto. Puedes comprobarlo en esa fuente de saber que es la Wikipedia.»

«No, no son erratas, estás equivocado. Esas cosas están hechas a propósito. A veces, como autor, sufro ataques agudos de gafapastismo intelectualoide y me veo impelido a hacer ese tipo de chorradas creativo-transgresoras. Normalmente, en mi mente molan más que escritas. Pero, oye, ahí quedan. Aunque sí, reconozco que puede que me haya pasado con alguna falta de concordancia en los tiempos verbales de determinados fragmentos.»

«Interesante pregunta. En realidad, sí. Esa es una de las claves de la novela: todos los protagonistas tienden a ser el mismo personaje. De ahí que tengan una «voz» semejante y se confundan con facilidad. La locura es unificadora.»

«Existen pisos de aclimatación como el que se describe en el texto. Son escasos y cada vez menos frecuentes (en realidad, ahora son extrañísimos: han ido cerrando todos o los han reconvertido en casas de acogida para mujeres), pero se aplican programas de reinserción social para enfermos mentales que no disponen de ayuda familiar.»

«Unas cuantas páginas, la verdad. En ellas describía la locura de Ernesto del Río de forma muy explícita y desagradable. Narraba escenas de violencia y evisceración. De locura y sadismo descarnado. Pero finalmente decidí eliminarlas, creo que es mejor sugerir que mostrar determinadas carnicerías. Hay quien dice que ni Nolasco ni Ernesto resultan tan amenazadores como se supone que son. Creedme cuando afirmo que sí; ambos son unos hijos de puta sin sentimientos. Solo que he preferido no centrarme en lo desagradable y ahorraros escenas gore. Os he evitado los momentos más violentos y depravados. Había un capítulo en el que Ernesto te invitaba (y ya sabes cómo son sus invitaciones) a coger un filete crudo e introducir tus dedos en él, hasta que sintieras ceder las fibras y desgarraras carne y tendones. Quería que tus dedos quedaran bañados de entrañas y restos de sangre. Y luego te exigía, ya sabes…, un besito. Pero no, finalmente eliminé cosas como esta o incluso más desagradables, como la escena de la automutilación, la del recto o la de la hija de la enfermera, que en verdad tenía razones para temerles.»

«No, no está previsto. A no ser que la película funcione muy bien en taquilla y la editorial me pague todo lo que me debe (malditos timadores). No soy amigo de secuelas.»

«No voy a contestarte. Estoy cansado de que todo el mundo me pregunte por La silla.»

«Sí lo he dicho varias veces y me reafirmo: para mí esta es mi mejor novela. Y eso que esta versión está muy capada. Yo prefiero la primera versión, mucho más experimental y compleja, era un verdadero puzle, pero resultaba muy difícil de leer porque exigía demasiada implicación del lector.»

«Sí, claro que te suena. Pailay es la misma chica que sale en mi novela

Día de perros. De hecho, hay numerosas referencias a otros trabajos anteriores míos: Daniel Lonces, el chico de la silla de ruedas, el suicidio bajo la rueda del autobús, Izabella, el inicio de Cazador de mentiras, buff, incontables detallitos que mis fans pueden dedicarse a buscar. (Holaaa, fans ¿estáis ahí?). Control: efecto de grillitos. De hecho en mi novela Disforia (Valdemar, 2015) aparece un personaje llamado Nolasco Velasco, que también está chalado. Pero en realidad son personas distintas. Este hecho tiene una explicación muy sencilla: la primera versión de esta novela es anterior a Disforia, pero dudaba que llegara a publicarla, así que aproveché ese nombre tan molón para el personaje de Disforia. Cuando retomé Lo que ves cuando cierras los ojos, Nolasco todavía seguía aquí, me pareció una falta de respeto cambiarle el hombre. Tenía que ser Nolasco.»

«¿A la SGAE, dice que representa? Euhh, pues no. No tengo la autorización firmada y visada para utilizar el tema de Benny Hill ni la banda sonora de Halloween. Lo siento. Estooo… los temas jurídicos, por favor, trátelos con la editorial.»

«Qué tontería, por Dios. Nooo. El callejón no tiene una puerta camuflada por la que sale el comprabesos. Qué barbaridad. Siguiente pregunta.»

«Sí, sí. Pueden escribirme si quieren. Me encanta la interacción con los lectores. Algunos hasta se han convertido en verdaderos amigos. Con otros incluso me llevo bien. Mi correo está en mi web personal. Google te puede ayudar.»

«No pienso explicar determinados fragmentos, esta es una novela de «Irrealismo sucio», eso quiere decir que hay un pequeño componente de irrealidad. Las cosas a veces no son lo que parecen, otras veces ni siquiera son. Como dice uno de los personajes en un momento dado: «Si es que lo de la irrealidad es acojonante». No me digas que no mola…

«Con ningún personaje en especial. En todos hay algo de mí. Quizás Ely sea el personaje al que más cariño tengo. Pero Nolasco me pone, creo que es encantador. Ideal para irse de juerga.»

«Pues me da igual que no lo entiendas y que no te parezca lógico. Yo tampoco entiendo este mundo y me aguanto. A ver. Que quede claro. Si están en el sanatorio es porque ellos quieren. En realidad no es relevante. La historia funciona sin necesidad de explicar esas cosas. Nolasco tenía antecedentes por numerosas agresiones, pequeños hurtos, acoso (a varias vecinas) e incluso escándalo público. Adela, su hermana pequeña le repudió y denunció en numerosas ocasiones, incluso emitieron una orden de alejamiento. En una ocasión fue detenido en un hipermercado después de que destrozara varias barcas que decoraban la zona de deportes acuáticos. También parecía perseguir su internamiento, de esta forma tenía asegurada comida diaria y techo (le habían echado de su piso por falta de pago).»

«Mis traumas son solo míos y no procede comentarlos, ya me encargo yo de potenciarlos debidamente.»

«Pues no hay constancia de ninguna muerte probada, la verdad. Y espero sinceramente que no se dé ningún caso. De todas formas, aunque sucediera algo así, supongo que sería muy difícil encontrar la relación directa entre la lectura del libro y los suicidios. Hombre, sí sé que una chica intentó suicidarse tomando pastillas en una pequeña localidad valenciana, afortunadamente fue encontrada a tiempo y la cosa no fue a más. Me consta por un mail suyo (que no voy a hacer público) que ella sí había leído el libro.»

«Lo sé. Tienes toda la razón del mundo. En la novela no se describen las enfermedades mentales con el debido rigor médico. En realidad se trata de trastornos importantes que afectan a muchas personas y que

en ocasiones se convierten en auténticos dramas personales y familiares. Con tratamientos duros, difíciles e incluso poco eficaces. La verdadera locura se parece muy poco a lo aquí narrado. Quiero expresar mi más profundo respeto hacia todos los pacientes afectados. Pero también me gustaría recordar que esta es una obra de ficción, con algunas licencias creativas que espero se comprendan y disculpen.»

Bueno, pues sí, estuve tentado de poner el típico texto de agradecimientos, tuve serias dudas, pero finalmente decidí descartarlo. A los lectores no les interesa en absoluto que yo esté sumamente agradecido a gente como María Dorrego (sin ella esta novela hubiera muerto en el cajón, no solo ha sufrido todas las correcciones, sino también un montón de mis inseguridades), Sergio Vera, Ismael M. Biurrun, Javier Vivancos, Soraya Murillo o Ana Vivancos por su apoyo incondicional y su estímulo para que me currara esta novela. Si incluyera agradecimientos, merecerían una mención especial Dioni Arroyo, Edu Quiza y José Luis del Río (que apellidándose igual que el protagonista, por pura casualidad, estaba destinado a publicarla). Y no podría faltar Antonio Torrubia, el librero del mal, que me ha ayudado a desenvolverme en el proceloso mundo editorial. Mira, tampoco se la he dedicado a mi mujer y mi hija, porque ya saben que son lo más importante de mi vida y no hace falta que lo diga.

«No. No se devuelve el dinero. Lo siento.»

«Eso no es una pregunta, es un insulto. Y a mí tu cara también me parece una mierda. A tomar por culo.»

Sobre Lo que ves cuando cierras los ojos

Esta novela está escrita para que te afecte anímicamente. Es una obra de ficción, pero podría no serlo. O quizá está inspirada en hechos reales. El editor y el autor no se hacen responsables de cualquier síntoma de violencia o tendencias suicidas que aparezcan en el lector finalizado el libro. Tan solo es la historia de Ernesto, de Nolasco, de Ely, de Hilario. También la de Mari. A lo mejor la tuya propia. Al fin y al cabo la locura forma parte de la normalidad y todos la llevamos dentro. ¿O acaso crees que a ti no te afecta? Pasa la página y descúbrelo. Descúbrete.